

Las contradicciones del *socialismo real*

El dirigente y los dirigidos

Michael Lebowitz

Lom
PALABRA DE LA LENGUA
YÁMANA QUE SIGNIFICA
Sol

Lebowitz, Michael

Las contradicciones del socialismo real:
El dirigente y los dirigidos=The Contradictions of «Real Socialism»:
The Conductor and the Conducted [texto impreso] /
Michael Lebowitz; Rafael Agacino Rojas (traductor);
Pedro Landsberger Weber (traductor). –1ª ed. –
Santiago: LOM ediciones, 2017.

238 p.: 21 x 14 cm. (Colección Ciencias Sociales y Humanas).

ISBN : 978-956-00-1025-4

1. Comunismo 2. Socialismo I. Título. II. Serie.

Dewey : 335. –cdd 21

Cutter : V132s

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© **LOM EDICIONES**

Primera edición, diciembre 2017

Impreso en 1000 ejemplares

ISBN: 978-956-00-1025-4

Las publicaciones del área de
Ciencias Sociales y Humanas de LOM ediciones
han sido sometidas a referato externo.

EDICIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

TELÉFONO: (56-2) 2860 68 00

lom@lom.cl | *www.lom.cl*

Tipografía: *Karmina*

Registro: 212.017

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile

Las contradicciones del *socialismo real*

El dirigente y los dirigidos

Michael Lebowitz

Traducción: Pedro Landsberger y Rafael Agacino



Ciencia política | CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

Índice

Nota de los traductores | 9

Prefacio | 13

INTRODUCCIÓN

Nuevas alas para el socialismo | 19

OBERTURA

El dirigente y los dirigidos | 31

CAPÍTULO 1

La economía de la escasez | 39

CAPÍTULO 2

El contrato social | 63

CAPÍTULO 3

La naturaleza y reproducción de las relaciones
de producción de vanguardia | 85

CAPÍTULO 4

La reproducción impugnada dentro del *socialismo real* | 109

CAPÍTULO 5

El dirigente y la batalla de ideas en la Unión Soviética | 131

CAPÍTULO 6

De la economía moral a la economía política | 161

CAPÍTULO 7

Hacia una sociedad de productores libres y asociados | 187

CAPÍTULO 8

Adiós al marxismo vanguardista | 209

Bibliografía | 229

Nota de los traductores

Se ha realizado el máximo esfuerzo por poner a disposición de los lectores la traducción al español de todas las citas de las obras, generalmente en idioma inglés, que el autor utiliza. Se ha recurrido para esto a las traducciones al español disponibles y más recientes. No obstante, sea por la forma de citar del propio autor, o por las dificultades mismas –variantes, ausencia de palabras o frases, etc.– que surgen al tratarse de traducciones al inglés y al español de textos escritos en un tercer idioma, como ocurre con las obras de Marx y Engels redactadas normalmente en alemán, o finalmente, por la inexistencia de traducciones al español, se ha optado por algunos criterios para el tratamiento de las citas y sus referencias:

(1) Ofrecer siempre la traducción al español de la cita, sea acudiendo a una traducción española debidamente señalada en nota al pie y en la bibliografía, o traduciéndola directamente del texto del autor, cuando ésta no existe o no ha sido hallada, y

(2) Consignar en la bibliografía las obras originales utilizadas por el autor (en inglés), salvo cuando hemos tenido a disposición las traducciones al español, en cuyo caso indicamos la referencia en español respectiva.

PEDRO LANDSBERGER y RAFAEL AGACINO

*Para mis amigos de Cuba, Venezuela
y de dondequiera que la gente esté luchando
por construir un mundo nuevo.
¡Hasta la victoria siempre!*

Prefacio

Este no es un libro para aquellos que ya saben todo lo que es importante conocer acerca de lo que se ha llamado *socialismo real*. Para aquellas almas afortunadas que han heredado o adoptado las verdades eternas de sectas políticas particulares de la izquierda, las notas empíricas a pie de página que fortalecen su derecho al liderazgo son las principales tareas de erudición. Como resultado, para ellos la cuestión central acerca de este libro es posible que sea: «¿Él está con nosotros o contra nosotros?». O en pocas palabras: «¿Este libro es bueno para los elegidos?».

Yo presumo, sin embargo, que se trata de lectores que comienzan por hacer preguntas más que dar respuestas. ¿Qué fue este fenómeno conocido como *socialismo real* o *socialismo realmente existente*, un concepto creado en el siglo xx por líderes de países a fin de distinguir su experiencia real de ideas socialistas meramente teóricas? ¿Cuáles fueron sus características? ¿Cómo se reprodujo este sistema? ¿Por qué en última instancia éste se rindió al capitalismo sin la resistencia de las clases obreras que presumiblemente eran sus beneficiarias? Yo no planifiqué escribir este libro. Mi idea original era incluir unos pocos capítulos sobre el *socialismo real* en mi libro *La alternativa socialista: el verdadero desarrollo humano*, publicado originalmente por Monthly Review Press en 2010. Lo que quería decir era que la alternativa socialista es una alternativa no sólo para el capitalismo sino también para el *socialismo real*. Sin embargo, después de esbozar unos cuantos capítulos basados en particular en la experiencia de la Unión Soviética (URSS) y la Europa del Este, me di cuenta de que esta sección del libro estaba «imponiéndose» y exigía un libro propio. De manera que, como señalé en el prefacio a *La alternativa socialista*, decidí trasladar este material, más una discusión de la experiencia

yugoslava acerca de la autogestión de mercado, a un proyecto aparte que denominé «Estudios sobre el desarrollo del socialismo».

Ahora bien, en mi intento de aplicar la metodología de Marx al estudio del *socialismo real*, me fui sorprendiendo de manera constante porque el tema sujeto a investigación continuamente revelaba nuevos aspectos que debían ser explorados, aspectos que yo no había tomado en cuenta en mis años de impartir dicho tema. Como resultado, el libro aumentó de tamaño y demoró en completarse mucho más tiempo de lo previsto. Además, su alcance se redujo. Lo primero que se eliminó fue el análisis de la experiencia yugoslava, ahora pospuesto para un proyecto futuro, pero también fue truncado el propio análisis del *socialismo real*.

Originalmente mi plan era analizar el *socialismo real* como un sistema consolidado con posterioridad a 1950, y después continuarlo con una sección sobre su desarrollo histórico. Mi modelo en este sentido fue el tratamiento dado por Marx al capitalismo en *El Capital*, el cual reveló su naturaleza como sistema establecido (su *ser*), y a partir de ahí usé ese análisis como guía para examinar el surgimiento del sistema (su *llegar a ser*). Así, la primera parte exploraría la naturaleza de un sistema dominado por lo que he llamado «relaciones de producción de vanguardia», en tanto la segunda parte analizaría el surgimiento original (o acumulación originaria) de esas relaciones.

Por consiguiente, los capítulos esbozados para la segunda parte incluyeron temas como el surgimiento del partido de vanguardia en la URSS, la Nueva Política Económica (NEP), las relaciones sociales en el campo y la teoría de la «acumulación socialista primitiva». Sólo faltó por hacer el análisis de los años 30. Pero estas cuestiones por ahora también han sido aplazadas para otro trabajo.

Este no es en absoluto un libro sin premisas. Como revela la introducción, yo parto de un entendimiento de que en la esencia del socialismo hay un foco de atención al desarrollo humano, al desarrollo, efectivamente, de capacidades humanas, un proceso inseparable de la actividad humana. Pero ese espectro no es el tema objeto de este libro. Sugiero que comprendemos mejor el *socialismo real* no comenzando por la teoría y la aplicación simple de conceptos a partir del estudio del capitalismo, sino, como hiciera Marx, empezando por los fenómenos reales, concretos, de estas sociedades y tratando de comprender la estructura subyacente que los genera.

Nuestro examen del *socialismo real* comienza por investigar una característica omnipresente en el sistema: la escasez. Para comprender los factores que subyacen en la «economía de la escasez» tomamos en cuenta primeramente el concepto de un contrato social particular que ofreció algunos beneficios inequívocos para la clase obrera y entonces exploramos el carácter de las relaciones de vanguardia de la producción. Pero el *socialismo real* era más que un conjunto de relaciones.

Vemos una lucha inherente entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital; además vemos un conjunto de creencias de parte de la clase obrera (la economía moral de la clase obrera en el *socialismo real*), que brinda atisbos de una lógica alternativa, la lógica de la clase obrera. ¿Es posible construir sobre la base de ella en el *socialismo real*? Esa es la pregunta para la cual brindamos algunas sugerencias, aunque ninguna respuesta definitiva.

A pesar de que el objetivo es moverse del fenómeno concreto a una comprensión de esos fenómenos, iniciamos el libro con dos secciones abstractas. Primeramente, la introducción presenta mis premisas acerca del capitalismo y el concepto de socialismo para el siglo XXI. En este sentido, la misma proporciona un puente entre el análisis en *La alternativa socialista* y este libro. En segundo lugar, la obertura introduce la cuestión del dirigente y los dirigidos (el subtítulo de este libro). Ésta plantea específicamente una pregunta sobre la necesidad de una «autoridad dirigente» y la cuestión del poder. En realidad, la obertura introduce el *leitmotiv* del libro: la posibilidad del socialismo en una sociedad dividida entre dirigente y dirigidos.

Una vez más necesito señalar que este libro debe mucho al estímulo, dedicación y camaradería de mi compañera Marta Harnecker (cuya ética de trabajo hace que mi supuesta adicción a mi labor luzca como el comportamiento de un oso perezoso). Me he beneficiado mucho también con el trabajo de David Mandel, quien ha leído varias partes del libro y ha brindado útiles comentarios críticos. Por último, han sido especialmente estimulantes (y abrumadores) los mensajes de un gran número de personas que me han dicho cuánto esperan de este libro. Espero haber planteado las cuestiones correctas para ellos.

MICHAEL LEBOWITZ
25 de marzo de 2012

*¡Obispo, puedo volar!
Le dijo el sastre al obispo.
¡Fíjate, voy a probar!
Y con algo como alas
el sastre subió al lugar
más alto de la catedral.
Pero el obispo no quiso mirar.
Como el hombre no es un ave,
eso es pura falsedad
—dijo el obispo del sastre—,
nadie volará jamás.*

*El sastre ha muerto —la gente
al obispo fue a informar—.
Fue una locura. Sus alas
se tenían que desarmar.
Y ahora yace destrozado
sobre la plaza de la catedral.*

*¡Que repiquen las campanas!
Era pura falsedad.
Como el hombre no es un ave
—dijo el obispo a la gente—,
¡nunca el hombre volará!*

BERTOLT BRECHT*

* Bertolt Brecht, *Poemas y Canciones*.

INTRODUCCIÓN: Nuevas alas para el socialismo

En 1990 comencé a escribir un ensayo que llevaba como subtítulo «A Cautionary Tale» (Un cuento aleccionador) con el poema de Brecht sobre el sastre que se puso «cosas que parecían alas», subió al tejado de una iglesia, trató de volar y se estrelló¹. En 1990, lo que muchos llamaron «el mundo socialista» se estrelló². Y por doquier hubo expertos que vieron esto como la prueba de que el socialismo había fracasado. «Nadie volará jamás».

Lo que intenté hacer en aquel ensayo fue rebatir los argumentos teóricos en contra del socialismo, argumentos teóricos en particular contra el concepto marxista del socialismo. Y propuse que había habido una distorsión del marxismo tanto en la teoría como en la práctica, una distorsión que se olvidó de los seres humanos, un mensaje determinista enfocado en las fuerzas productivas que no se pronunció acerca de «la naturaleza de los seres humanos producidos dentro de un sistema económico». El argumento determinista que enfatiza la primacía de las fuerzas productivas –planteé– nunca podría comprender por qué Marx sacrificó su «salud, felicidad y familia» para escribir *El Capital*. Ni tampoco le encontraría sentido al hecho de que Marx nunca cesara de insistir en que los trabajadores sólo pueden capacitarse para crear una nueva sociedad a través del proceso de lucha.

-
- 1 El análisis en esta primera sección se basa directamente en mi trabajo *Alas nuevas para el socialismo* y en una conferencia en enero de 2007 en Caracas, en la presentación de la edición venezolana de mi libro *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*.
 - 2 Michael A. Lebowitz, «The Socialist Fetter: A Cautionary Tale», páginas. En *The Socialist Register*, Londres: Merlin. Ed. Ralph Miliband y Leo Panitch, 1991.

¿Cuál era mi punto fundamental? Hacer énfasis en la importancia de desarrollar un nuevo sentido común, uno que entienda la lógica de producir juntos para satisfacer necesidades humanas. El hecho de no hacer esto y, en su lugar, de enfatizar el desarrollo de las fuerzas productivas –propuse– conduce inevitablemente a un callejón sin salida, el callejón sin salida que pudimos ver frente a nosotros. El punto era simple: como destacara Che Guevara, para construir el socialismo resulta esencial, conjuntamente con construir nuevas bases materiales, construir nuevos seres humanos.

Pero, ¿cómo? Me centré en una serie de elementos. La autogestión en el proceso de producción –expliqué– era un elemento esencial: «en la medida en que la gente se produzca ella misma en el transcurso de todas sus actividades, el proceso en sí de participar en formas democráticas de producción es parte esencial en la generación de personas para quienes la necesidad de cooperación es una segunda naturaleza». Pero la autogestión en unidades productivas específicas no es suficiente. Se necesita –argumenté– sustituir un enfoque de egoísmo y auto-orientación por un enfoque de comunidad y solidaridad, un énfasis consciente en las necesidades humanas, es decir, la necesidad de participar en soluciones colectivas para satisfacer necesidades humanas debe ser «reconocida como una responsabilidad de todos los individuos». Y el producir personas de estas características jamás podría lograrse mediante un estado puesto por sobre y más allá de la sociedad civil. «Al contrario, sólo a través de sus propias actividades mediante organizaciones autónomas –a nivel del vecindario, de la comunidad y del país– pueden las personas transformar tanto sus circunstancias como a sí mismas». Dicho brevemente, lo que se requería era «el desarrollo consciente de una sociedad civil socialista».

De esta manera subrayé la centralidad de los seres humanos y el desarrollo de instituciones que les permitan transformarse a sí mismos. Esto no ocurrió en el modelo soviético. «Con su falta de producción democrática y cooperativa, su ausencia de una sociedad civil socialista y su mando burocrático realmente existente», el *socialismo real* no había producido los nuevos seres humanos que pudieran construir un mundo mejor. Y esa –propuse– era la lección que teníamos que aprender de esta experiencia. Más que sacar del estrellarse la conclusión de que el socialismo había fracasado y que

nadie podría volar jamás, la lección para los socialistas era diferente. Mi conclusión fue: «Nadie debiera jamás volver a tratar de volar con esas cosas que sólo parecen alas».

En ausencia de una alternativa

Han ocurrido muchas cosas desde 1990, cuando escribí aquel ensayo. Empero, algo que no ha cambiado es que, ahora al igual que entonces, la ausencia de una visión de una alternativa socialista asegura que no exista alternativa al capitalismo. Si no sabes a dónde quieres ir, ningún camino te llevará allí. El resultado es que acabas yendo a ninguna parte –o, más precisamente, tus luchas son derrotadas o absorbidas dentro del capitalismo.

Sin embargo, para muchos críticos del capitalismo el sistema está al borde del colapso. Es frágil; según algunos sólo requiere una cacofonía de fuertes *no* o un resonante coro de «pedos silentes» para que se derrumbe³. Para otros, dado que el capitalismo está a punto de entrar en su crisis económica final (y, de hecho, ha estado en ella durante décadas), es momento de documentar los días de agonía de este funesto sistema⁴. Pero para Marx *no era* tan simple, pues el capitalismo no era frágil. A pesar de su odio hacia un sistema que explotaba y destruía tanto a los seres humanos como a la naturaleza, él comprendió que el capitalismo es fuerte y que tiende a crear las condiciones para su reproducción como sistema.

El capitalismo es un sistema centrado en una relación entre capitalistas, propietarios de los medios de producción, empujados por el deseo de ganancia (plusvalía), y trabajadores, que están separados de los medios de producción y que no tienen alternativa para mantenerse como no sea vendiendo su capacidad de realizar trabajo (fuerza de trabajo). ¿Pero cómo –preguntaba Marx– se reproduce tal sistema? ¿Cómo se producen y reproducen sus premisas?

De la parte del capital, esto es fácil de comprender. A través de la compra de fuerza de trabajo, el capital obtiene tanto el derecho a

3 Ver mi análisis de los argumentos de John Holloway en Michael Lebowitz, «Holloway's Scream: Full of Sound and Fury», en *Historical Materialism*, 13/4.

4 Los economistas marxistas, en particular, tienden a involucrarse en animados debates sobre quién predijo correctamente la crisis –y lo hacen con toda la exactitud de un reloj parado.

dirigir a los trabajadores en el proceso de trabajo, como los derechos de propiedad de lo que el obrero produce. Utiliza estos derechos para explotar a los trabajadores (es decir, para obligar a la realización de trabajo excedente) y así producir bienes que contienen plusvalía. Lo que el capital quiere, sin embargo, no son esos bienes fecundados, sino realizar esa plusvalía en forma de dinero vendiendo dichos bienes.

Mediante la venta exitosa de esos bienes (y con ello la realización de la plusvalía), el capital puede renovar los medios de producción consumidos en el proceso de producción, contratar nuevamente trabajadores asalariados, mantener su propio consumo y acumular capital con el fin de expandirse. Sin embargo, la capacidad del capital para continuar operando como capital requiere la reproducción de los trabajadores como trabajadores asalariados (es decir, como trabajadores que reaparecen en el mercado laboral para vender su fuerza de trabajo con el objetivo de sobrevivir). Pero, ¿qué garantiza esto? Mientras el capital trata constantemente de reducir los salarios, los trabajadores empujan en la dirección opuesta. Así, ¿qué garantiza que los trabajadores no ganen salarios suficientes para no tener que vender su capacidad de trabajar a fin de sobrevivir?⁵

Una forma en que el capital mantiene bajos los salarios es dividiendo y separando a los trabajadores para que compitan entre sí, en lugar de unirse contra el capital. El capital puede hacer esto no sólo utilizando a los trabajadores uno contra el otro (como Marx describió la forma en que el capital se aprovechó de la hostilidad entre los trabajadores ingleses e irlandeses), sino también reproduciendo constantemente un ejército de reserva de desempleados sustituyendo trabajadores por maquinaria. Tanto la competencia entre trabajadores como la división entre empleados y desempleados tienden a mantener bajos los salarios. «La gran belleza de la producción capitalista», comentaba Marx, es que al producir «una sobrepoblación relativa de asalariados», los salarios son confinados «dentro de límites adecuados a la explotación capitalista y, finalmente, se afianza la tan imprescindible dependencia del trabajador respecto al capitalista»⁶.

5 Sobre este tema, ver en particular Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*. *La economía política de la clase obrera en Marx*.

6 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986), 960-961.

Sin embargo, Marx ofreció una razón adicional para la reproducción del trabajo asalariado (y con ello, la reproducción de relaciones capitalistas de producción). Dentro de las relaciones capitalistas los trabajadores no sólo son explotados, sino también *deformados*. Si olvidamos este segundo aspecto de la opresión capitalista, nunca podremos comprender por qué los trabajadores no se rebelan cuando el capital entra en una de sus muchas crisis. Necesitamos, en pocas palabras, comprender la naturaleza de los trabajadores producidos dentro del capitalismo.

Mientras el capital desarrolla fuerzas productivas para lograr su objetivo preconcebido (el crecimiento de la ganancia y del capital), Marx señaló que «todos los métodos para desarrollar la producción» bajo el capitalismo «mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fraccionado», lo degradan y «le enajenan las potencias espirituales del proceso laboral»⁷. *El Capital* explica la mutilación, el empobrecimiento, la «atrofia intelectual y física» del obrero, «con su anexión [...] vitalicia y total a una operación de detalle» que tiene lugar en la división del trabajo característica del proceso capitalista de producción. Pero, ¿el desarrollo de la maquinaria permite a los trabajadores desarrollar sus capacidades? La posibilidad estuvo presente, pero en el capitalismo esto *completó* la «escisión entre las *potencias intelectuales* del proceso de producción y el trabajo manual»⁸. En resumen, pensar y hacer se separan y vuelven hostiles, y se pierde «todo átomo de libertad, tanto en la actividad corporal como en la intelectual».

En el capitalismo se produce un tipo particular de persona. Producir bajo relaciones capitalistas es un proceso de «vaciamiento pleno», de «enajenación total», el sacrificio del ser humano como fin en sí mismo «frente a un objetivo completamente externo»⁹. ¿De qué otra forma sino con dinero –la verdadera necesidad que crea el capitalismo– podemos llenar el vacío? Llenamos el vacío de nuestras vidas con *cosas* –somos empujados a consumir. Además de producir bienes y el capital mismo, el capitalismo produce un ser humano fragmentado, lisiado, cuyo disfrute consiste en poseer y consumir

7 Ibid., 804.

8 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1987), 442, 589 y 516.

9 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982), 448.

cosas. Más y más cosas. El capital genera constantemente nuevas necesidades para los trabajadores y es sobre esta base que descansa su «justificación histórica» y también «el actual poder del capital»: cada nueva necesidad de bienes capitalistas es un nuevo eslabón en la cadena dorada que une a los trabajadores al capital¹⁰.

¿Es probable, entonces, que personas producidas en el capitalismo puedan comprender espontáneamente la naturaleza de este sistema destructivo? Al contrario, la tendencia inherente al capital es producir gente que piense que no hay alternativa. Marx tenía claro que el capital tiende a producir la clase obrera que necesita trabajadores que consideren al capitalismo como sentido común:

En el transcurso de la producción capitalista se desarrolla una clase obrera que, por educación, tradición y hábitos, reconoce las exigencias de ese modo de producción como el resultado de leyes naturales, evidentes por sí mismas. La organización del proceso capitalista de producción desarrollado quebranta toda resistencia¹¹.

¡Quebranta toda resistencia! Y Marx procedió a añadir que la generación por parte del capital de un ejército de reserva de desempleados «pone el sello a la dominación del capitalista sobre el obrero», y que el capitalista puede confiar en «la dependencia en que el mismo [obrero] se encuentra con respecto al capital, dependencia surgida de las condiciones de producción mismas y garantizada y perpetuada por éstas»¹². Obviamente, para Marx, los muros del capital nunca se derrumbarán con un fuerte grito.

Desde luego, los trabajadores *sí* luchan contra el capital por objetivos específicos: mejores salarios, días laborales más cortos y menos intensos, y beneficios que les permitan satisfacer un mayor número de sus necesidades dentro de esta relación salario-trabajo. Sin embargo, no importando cuánto puedan luchar en aspectos particulares tales como cuestiones de «justicia» (por ejemplo, salarios «justos», trabajo diario «justo»), mientras los trabajadores consideren los requisitos del capitalismo «como leyes naturales evidentes en sí mismas», esas luchas tienen lugar dentro de los límites de la relación

¹⁰ *Ibíd.*, 230; Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, Capítulo 3.

¹¹ Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 922.

¹² *Ibíd.*, 922.

capitalista. Al final, su subordinación a la lógica del capital significa que, enfrentados a las crisis del capitalismo, más tarde o más temprano actúan de modo que terminan garantizando las condiciones para la reproducción del capital.

Por eso Marx escribió *El Capital*. Precisamente por la tendencia inherente del capital a desarrollar una clase obrera que considera como sentido común los requerimientos de éste, el propósito de Marx fue explicar la naturaleza del capital a los trabajadores y ayudarles a comprender la necesidad de ir más allá del capitalismo¹³. Empero, no es suficiente entender que el capitalismo es una sociedad perversa que deforma a la gente y que el propio capital es el resultado de la explotación. Si la gente piensa que no hay alternativa, entonces lucharán por hacer lo mejor que puedan dentro del capitalismo, pero no perderán su tiempo y energía tratando de lograr lo imposible.

He aquí por qué la historia de la caída del *socialismo real* es tan importante. Sirve como un «cuento aleccionador»; el socialismo, se nos dice, no puede triunfar. «Era pura falsedad. Nunca el hombre volará». No hay alternativa. Para muchos, la historia del *socialismo real* mató la idea de una alternativa socialista.

Como lo entendió Marx, las ideas se tornan una fuerza material cuando se apoderan de la mente de las masas. Durante muchos años, como resultado de características del *socialismo real*—así como de su caída final, la gente descontenta con el capitalismo ha sido convencida de que no hay alternativa, que la lógica del capital es sentido común y que, por consiguiente, la mejor esperanza es un capitalismo con rostro humano. El resultado ha sido fortalecer el capitalismo.

Por esta razón, comprender el *socialismo real* y por qué se estrelló no es un mero ejercicio en el estudio de la historia (como el estudio del feudalismo). Más bien, ahora sabemos, más claramente que en 1990, *que tiene que haber* una alternativa a un sistema que por su propia naturaleza involucra una espiral creciente de producción enajenada, de necesidades crecientes y de consumo creciente, un modelo que la Tierra no puede sustentar. El espectro que enfrentamos es el de la barbarie, no sólo por los límites de la Tierra (que se reflejan en la evidencia del calentamiento global y las progresivas escaseces que

13 Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, Capítulo 9.

derivan en demandas cada vez mayores de recursos de la Tierra), sino también debido a la creciente competencia por sus recursos, una competencia que no es probable que se le deje al mercado.

Una nueva visión: socialismo para el siglo XXI

Existe una nueva visión del socialismo que ha surgido en el siglo XXI como alternativa a la barbarie. En su médula está la alternativa que Marx evocó en *El Capital*: en contraste con una sociedad en la que el trabajador existe para satisfacer la necesidad del capital para su crecimiento, Marx apuntó a la situación inversa, en la cual «la riqueza objetiva» existe «para las necesidades de desarrollo del trabajador». El desarrollo humano, en pocas palabras, está en el centro de esta visión de la alternativa al capitalismo¹⁴.

Desde su temprana discusión acerca de un «ser humano rico» hasta sus comentarios posteriores sobre el «desarrollo de la rica individualidad que es tan multilateral en su producción como en su consumo», el «desarrollo de todas las fuerzas humanas como un fin en sí mismo» y «el desarrollo multilateral del individuo», Marx se centró en la necesidad de desarrollo pleno de nuestras capacidades; esta es la esencia de su concepción de socialismo: una sociedad que elimina todos los obstáculos al pleno desarrollo de los seres humanos¹⁵.

Pero Marx siempre comprendió que el desarrollo humano requiere práctica. No llega como un regalo del cielo. Su concepto de «práctica revolucionaria», ese concepto de «la coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana o cambio de los hombres mismos» es el hilo rojo que recorre toda su obra¹⁶. En todo proceso de actividad humana hay más de un producto del trabajo. Comenzando por su articulación del concepto de «práctica revolucionaria», Marx sistemáticamente enfatizó que, a través de su actividad, la gente cambia al mismo tiempo que cambia las circunstancias. En pocas palabras, nos desarrollamos a través de nuestra propia práctica y somos los productos de todas nuestras actividades, los productos

14 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 772. Este tema del desarrollo humano es el centro en Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*.

15 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, Capítulo 1.

16 Karl Marx, «Tesis sobre Feuerbach», en Marx y Engels, *La ideología alemana (Apéndice)*, 635.

de nuestras luchas (o de la falta de ellas), los productos de todas las relaciones en las cuales producimos e interactuamos. En resumen, en toda actividad humana se genera un doble producto (*joint product*), que consiste tanto en el cambio operado en el objeto de trabajo, como el que ocurre en el propio trabajador¹⁷.

La unidad del desarrollo humano y la práctica constituye en Marx el eslabón clave (*key link*) que necesitamos comprender si vamos a hablar de socialismo. ¿Qué tipo de relaciones productivas puede proporcionar las condiciones para el pleno desarrollo de las capacidades humanas? Tan sólo aquellas en las que exista una cooperación consciente entre productores asociados, tan sólo aquellas en las que el objetivo de la producción sea el de los propios trabajadores. Una administración obrera que termine con la división entre el pensar y el hacer es esencial, aunque está claro que esto requiere más que administración obrera en los centros de trabajo individuales. Esas relaciones productivas también deben ser los objetivos en la sociedad, vale decir de los trabajadores en sus comunidades.

Por tanto, nuestra necesidad de ser capaces de desarrollarnos a través de una actividad participativa y protagónica en todos los aspectos de nuestras vidas está implícita en el énfasis de este eslabón clave entre el desarrollo humano y la práctica. Mediante la práctica revolucionaria en nuestras comunidades, en nuestros lugares de trabajo y en todas nuestras instituciones sociales nos producimos como «seres humanos ricos» –ricos en capacidades y necesidades–, en contraste con los seres humanos empobrecidos y lisiados que produce el capitalismo. Esta concepción es de una democracia *en la práctica*, *democracia como práctica*, *democracia como protagonismo*. La democracia en este sentido –democracia protagónica en el lugar de trabajo, así como en los vecindarios, comunidades, comunas– es la democracia de gentes que se están transformando a sí mismas en sujetos revolucionarios.

Estamos describiendo aquí un elemento en la concepción del socialismo para el siglo XXI, una concepción de socialismo como sistema orgánico particular de producción, distribución y consumo. La *producción social organizada por los trabajadores* es esencial

17 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 54-59; 144-49.

para desarrollar las capacidades de los productores y construir nuevas relaciones, tanto de cooperación como de solidaridad. Y si los trabajadores no toman decisiones en sus lugares de trabajo y comunidades ni desarrollan sus capacidades, podemos estar seguros de que otros lo harán. En resumen, la democracia protagónica en todos nuestros lugares de trabajo es una condición esencial para el pleno desarrollo de los productores.

Pero existen otros elementos en esta combinación socialista. La sociedad que queremos construir es una que reconoce que «el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos». ¿Cómo podemos garantizar, sin embargo, que nuestra productividad comunal, social, esté dirigida al libre desarrollo de *todos* más que a satisfacer los objetivos privados de capitalistas, grupos de individuos o burócratas estatales? Un segundo aspecto de lo que el fallecido Presidente Chávez, de Venezuela, llamó en su programa *Aló Presidente*, en enero de 2007, el «triángulo básico del socialismo» se refiere a la distribución de los medios de producción¹⁸. La propiedad social de los medios de producción es ese segundo lado. Desde luego, es fundamental comprender que propiedad social no es lo mismo que propiedad estatal. La propiedad social implica una profunda democracia en la cual las personas funcionan como sujetos, tanto en calidad de productores como de miembros de la sociedad, al determinar el uso de los resultados de nuestro trabajo social.

¿Son, sin embargo, la propiedad común sobre los medios de producción y la cooperación en el proceso productivo suficientes para «garantizar el desarrollo humano global»? ¿Qué clase de gente se produce cuando nos relacionamos con otros a través de una relación de intercambio y tratamos de obtener el mejor resultado posible para nosotros? Esto nos lleva al tercer lado del triángulo: *la satisfacción de las necesidades comunales y de los objetivos comunales*. Aquí el enfoque recae en la importancia de basar nuestra actividad productiva en el reconocimiento de nuestra humanidad común y nuestras necesidades como miembros de la familia humana. En síntesis, la premisa es el desarrollo de una sociedad solidaria en la cual vayamos más allá del interés individual y donde, a través de

18 Ver *Aló Presidente* #263 y #264, extraído de: <<http://www.alopresidente.gob.ve/>>.

nuestra actividad, construyamos solidaridad entre la gente y al mismo tiempo nos produzcamos de forma diferente.

Estos tres lados del «triángulo socialista» forman parte de un todo. Son parte de una «estructura en la que todos los elementos coexisten simultáneamente y se ayudan unos a los otros», siendo un sistema orgánico de producción, distribución y consumo. Productores asociados trabajando con productos del trabajo pasado y de propiedad colectiva para producir para las necesidades sociales, reproducen sus condiciones de existencia a través de su actividad¹⁹. «En el sistema burgués desarrollado –comentó Marx sobre el capitalismo–, cada relación económica presupone a la otra bajo la forma económico-burguesa y así cada elemento puesto es al mismo tiempo supuesto; tal es el caso con todo sistema orgánico»²⁰. Esto se cumple también para el socialismo como un sistema orgánico, ya que toda relación económica presupone todas las demás en su forma económica socialista en el sistema socialista desarrollado.

Cosas que sólo parecen alas

Este libro, pese a lo anterior, no es acerca de la teoría del socialismo como un sistema orgánico. Más bien es acerca del intento en el siglo XX de construir una alternativa al capitalismo, una alternativa que se basaba en cosas que parecían alas y que se estrelló.

Pero, ¿qué eran esas cosas que parecían alas? Para algunos, el cuento alicionador trata solamente de la propiedad estatal sobre los medios de producción. Por consiguiente, para escapar al destino infausto del *socialismo real*, argumentan que debemos aceptar que la propiedad privada sobre los medios de producción es esencial. Para otros, el cuento gira alrededor de la dependencia de la planificación central en el *socialismo real*. Así, su respuesta es que los mercados no son específicos del capitalismo y que una alternativa viable para el capitalismo debe aceptar el mercado.

19 El análisis original de estos tres elementos fue hecho en un trabajo escrito para Chávez en diciembre de 2006, cuando dirigía un programa sobre «Práctica transformadora y desarrollo humano» en el Centro Internacional Miranda en Venezuela. Utilicé este trabajo en enero de 2007 para el lanzamiento de la edición venezolana de *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*, antes mencionada.

20 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982), 220.

Sin embargo, si somos escépticos acerca de tales conclusiones, ¿cuál es nuestra explicación alternativa sobre el destino del *socialismo real*? ¿Seleccionar y culpar a un elemento *distinto* de la combinación que dio forma al *socialismo real*, por ejemplo al capitalismo subdesarrollado, a la ausencia de una revolución mundial, a los hombres de baja estatura y con bigotes? Eso puede ser un interesante juego de salón, pero, en ausencia de una cuidadosa consideración de cómo diversos elementos dentro del *socialismo real* estuvieron interconectados e interactuaron para formar ese todo, ¿podemos realmente entender su destino? ¿Qué aspectos fueron inherentes, incluso necesarios, y cuáles fueron elementos circunstanciales, meramente históricos?

Para comprender la importancia de los elementos individuales, necesitamos tratar de comprender el *socialismo real* como un sistema. Incluso, elementos que corresponden a lo que puede hallarse en el capitalismo o al concepto de socialismo para el siglo XXI, por sí mismos, no son suficientes para identificar la naturaleza del sistema. Las partes, después de todo, obtienen su sentido por las combinaciones particulares en las que existen, es decir, el todo del cual ellas son parte. Incluso las alas *reales* son sólo partes.

OBERTURA

El dirigente y los dirigidos

¿Necesitamos dirigentes? Ciertamente, cuando trabajamos en equipo en función de un proyecto común somos más eficientes que cuando estamos solos y aislados. El todo es más grande que la suma de las partes individuales. Pero, ¿para trabajar juntos en un proyecto común necesitamos a alguien que nos dirija?

Una autoridad que dirija

Dentro de las relaciones capitalistas de producción, el capitalista emplea poseedores de fuerza de trabajo «individuales, aislados», dirige su labor cooperativa y se adueña del producto de ésta. Como propietario del resultado de esta labor, es el beneficiario de «la fuerza productiva social que surge de la cooperación», siendo «un regalo gratuito» para dicho capitalista²¹. Para Marx, sin embargo, la dirección del proceso de cooperación no es única del capitalismo: «Todo trabajo directamente social o colectivo, efectuado a gran escala, requiere en mayor o menor medida una dirección» que la dirija. Marx planteaba dos razones para esto: (a) para asegurar «la armonía de las actividades individuales» y (b) para que se ejecuten «aquellas *funciones generales* derivadas del movimiento del cuerpo productivo total, por oposición al movimiento de sus órganos separados»²².

En pocas palabras, para Marx la necesidad *general* de la función de dirección «se convierte en función del capital no bien el trabajo que le está sometido se vuelve cooperativo». Este requerimiento general,

²¹ Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»* (Caracas: Monte Ávila Editores S.A., 2006), 165.

²² Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 1 (Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2009), 402.

sin embargo, no debe ser confundido con el contenido y la forma específicos que adopta en el contexto del capitalismo. Después de todo, la esencia de la dirección capitalista incorpora el impulso del capital para incrementar la plusvalía (y por tanto, la mayor explotación posible de los trabajadores), la necesidad de vencer la resistencia de los trabajadores y la necesidad de proteger sus inversiones en los medios de producción. En consecuencia, la dirección capitalista es un proceso inherentemente *antagónico* y asume una forma «despótica» —una jerarquía de supervisores cuya función consiste en vigilar a los trabajadores y darles órdenes en nombre del capital²³.

Pero un estilo despótico de dirección no es exclusivo del capitalismo. «En todos los modos de producción que se basan en el antagonismo entre el trabajador, en cuanto productor directo, y el propietario de los medios de producción», la supervisión y el control de los productores resulta esencial. Marx señalaba, por ejemplo, la supervisión de los esclavos en el Imperio Romano, así como los «Estados despóticos» en los cuales la «supervisión y la intromisión del gobierno en todos los aspectos» involucra «las funciones específicas que surgen del antagonismo entre el gobierno y la masa del pueblo»²⁴. En todos estos casos, «la dirección es dual en su contenido»; y es general y particular tanto en lo relativo a todo proceso laboral socialmente combinado, como en lo relativo al mantenimiento del tipo específico de explotación²⁵.

Intentemos, no obstante, separar lógicamente estos dos aspectos y considerar en sí misma la parte *general*—que el «trabajo de supervisión y administración se origina necesariamente en todos aquellos lugares en los que el proceso directo de producción tiene la figura de un proceso socialmente combinado y no se manifiesta como trabajo aislado de los productores autónomos». Según Marx, esta labor colectiva en sí misma ya es suficiente para necesitar una autoridad que dirija. Donde «cooperan muchos individuos», planteó que «la cohesión y la unidad del proceso se representan necesariamente en una voluntad dirigente, y en funciones que no afectan a las labores parciales sino a la actividad global de ese lugar de trabajo, como el caso

23 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009), 403-404.

24 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1987), 491.

25 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 403.

del director de una orquesta»²⁶. En un proceso cooperativo, alguien debe tener la responsabilidad sobre el todo, sobre «el organismo productivo completo».

Para Marx, el director de orquesta era un símbolo de autoridad dirigente que no se basaba en la división entre productores y propietarios de los medios de producción. El director no conduce la orquesta porque posea los medios de producción. «Un director musical», escribe Marx, «no tiene por qué ser, en absoluto, propietario de los instrumentos de la orquesta»; más bien su papel como director es el resultado de «las funciones productivas que todo trabajo social combinado impone a determinados individuos como tarea especial»²⁷. En resumen, el director de orquesta es *necesario*. «Un solista de violín se dirige a sí mismo; una orquesta necesita un director»²⁸.

El «trabajo especial» asignado al director de orquesta consiste en visualizar a los miembros de ésta como un todo, más que como un conjunto de músicos individuales, y asegurar que éstos funcionen armoniosamente y con éxito, como una unidad, al ejecutar la partitura predeterminada. Para esto el director aprovecha las capacidades específicas de los músicos individuales y las articula como una capacidad colectiva, en la que el todo sobrepasa la suma de las partes individuales. Pero para asegurar esa «colaboración armoniosa» y desempeñarse como el agente del todo, el director debe ser capaz de ejercer autoridad sobre los miembros individuales.

¿Tiene poder, entonces, el director sobre los integrantes de la orquesta? Para Elías Canetti, el director es la *encarnación* del poder:

Su mirada [...] abarca la orquesta entera. Cada integrante se siente observado por él; más aún: escuchado por él. Las voces de los instrumentos son las opiniones y convicciones a las que presta mayor atención. Él es omnisciente, pues mientras los músicos sólo tienen ante sí sus propias voces, él tiene la partitura completa en la cabeza, o sobre el pupitre. Él sabe con toda exactitud qué le está permitido a cada cual en cada instante. El hecho de que preste atención a todos en conjunto le confiere el prestigio de la omnipresencia. Por así decirlo, está en la cabeza de todos y de cada uno. Él sabe lo que *ha de hacer* cada cual y sabe también lo *que hace* cada cual.

26 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7, 490.

27 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7, 494.

28 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 1, 402.

Él, la suma viviente de las leyes, actúa a ambos lados del mundo moral. Por el mandato de su mano dispone lo que sucede y evita lo que no ha de suceder. Su oído explora el aire en busca de lo vedado²⁹.

Ciertamente, se trata de poder: «Con un movimiento mínimo, despierta a la vida de pronto a ésta o aquella voz, y lo que él quiere que enmudezca, enmudece. Así tiene poder sobre la vida y la muerte de las voces. Una voz, que durante mucho tiempo está muerta, por orden suya puede resucitar». Para poder ejercer ese poder, por otra parte, requiere que los músicos acepten sus órdenes: «Su disposición a obedecer permite al director transformarlos en una unidad, que entonces él representa para ellos, públicamente visible»³⁰.

En esta descripción de la orquesta no hay espacio para la espontaneidad o la improvisación. Más bien, debe ser respetada la partitura predeterminada. En esta división del trabajo, cada músico tiene un encargo preciso. Al ejecutar las tareas asignadas, con la regularidad de una máquina y en correspondencia con las indicaciones del director, la orquesta como un todo logra el resultado que existe idealmente en la mente (o el podio) del director.

El «eslabón clave»: desarrollo y práctica humanos

Como señalé antes, siempre hay más de un producto de la actividad humana. Cuando captamos el «eslabón clave» del desarrollo y práctica humanos, comprendemos que todo proceso laboral dentro y fuera del proceso formal de producción tiene como resultado un *doble producto (joint product)* –tanto el cambio en lo que ha sido objeto del trabajo, como el cambio en el trabajador mismo.

Si éste es el caso, entonces siempre necesitaremos preguntar no sólo si el proceso laboral ha logrado alcanzar una meta específica predeterminada, sino también la naturaleza y las capacidades humanas producidas dentro de este proceso. Que las capacidades de los trabajadores crezcan por medio de su actividad resulta una inversión esencial en los seres humanos. En consecuencia, en mi libro *La alternativa socialista* argumento que la «contabilidad

29 Elías Canetti, *Masa y Poder* (Barcelona: Muchnik Editores, 1981), 499.

30 *Ibíd.*, 498.

socialista» y un concepto de «eficiencia socialista» deben incorporar explícitamente los efectos de toda actividad en las capacidades humanas³¹.

Marx exploró extensamente este asunto en *El Capital* al demostrar los efectos *negativos* en las capacidades de los trabajadores sometidos a relaciones capitalistas de producción. Señaló que bajo el mando del capital, los productores se subordinan a un plan diseñado por el capitalista, y su actividad está sujeta a su autoridad y sus objetivos; el doble producto que emerge de este proceso laboral social específico separa el pensamiento de la acción, y sus resultados deben ser asumidos como negativos en cualquier sistema de contabilidad que valore el desarrollo humano³².

Esto es lo que necesitamos tener muy claro cuando pensamos en el socialismo. La producción social organizada por trabajadores es una condición necesaria para el pleno desarrollo de los productores; no es algo que pueda postergarse para una sociedad futura. «Mientras a los trabajadores se les impida desarrollar sus capacidades, combinando el generar y el hacer en el lugar de trabajo, seguirán siendo seres humanos alienados y fragmentados cuyo disfrute consiste en poseer y consumir cosas»³³. Una vez que captamos esta idea de la práctica revolucionaria en Marx –la importancia de ese vínculo clave entre el desarrollo y la práctica– reconocemos que el proceso de construir el socialismo debe simultáneamente producir nuevos seres humanos socialistas, es decir, *dos* productos en vez de uno solo.

Retornemos, no obstante, a la metáfora de Marx acerca de la necesidad general de una autoridad que dirija –el director de orquesta– allí donde muchos individuos cooperan. Pensemos cómo ese director específico hace cumplir la división del trabajo de los músicos (incluyendo la separación entre pensamiento y acción) para que puedan ejecutar una partitura predeterminada como una unidad armónica; y pensemos en lo que él *rechaza* –creación espontánea, interacción colectiva entre los músicos, jazz.

31 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista* (Nueva York: Monthly Review Press, 2010), 144-149.

32 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 403; Lebowitz, *La alternativa socialista*, 145-146.

33 Michael Lebowitz, *Ibid.*, 86.

La orquesta ejecuta la música. Pero, ¿cuál es el doble producto en este proceso? ¿Qué desarrollo de capacidades humanas tiene lugar en este proceso de trabajo social bajo la batuta del director de orquesta, tal como ha sido descrito hasta ahora? Ciertamente, este proceso es mucho más gratificante que la actividad individual y aislada. «En la cooperación planificada con otros, el obrero se despoja de sus trabas individuales y desarrolla su capacidad en cuanto parte de su género»³⁴. Y no menos cierto es que los integrantes de la orquesta pueden sentirse orgullosos de su logro colectivo.

Pero cuando están trabajando en función de un plan diseñado por alguien que está por encima de ellos y están sujetos a una estricta división del trabajo, los logros del colectivo se obtienen a costa del integrante individual. Como en el caso de la división del trabajo desarrollada en la manufactura, el «conocimiento, criterio y voluntad» –que de otra manera serían ejercidos por un músico individual– en esta relación se concentran en el representante del todo³⁵. Lo que los individuos pierden en este proceso es la oportunidad de desarrollar sus propias capacidades por medio de la aplicación de su conocimiento y el ejercicio de su criterio y voluntad, de forma colectiva.

Comparemos esto con un proceso en que los músicos se escuchan entre ellos, entablen conversaciones y construyan con base en sus respectivos aportes. Ese es un proceso en que el todo supera la suma de las partes individuales y en el que las capacidades de los productores crecen a través de su práctica. El liderazgo en esos casos, en mayor o menor medida, conlleva una guía general y también el espacio para la iniciativa desde abajo; su doble producto se revela en el surgimiento de *nuevos* dirigentes.

Subordinarse a la música

¿Necesitamos dirigentes? Existe una gran diferencia entre, por una parte, reconocer la importancia de una coordinación y, por otra, concluir que el liderazgo es «el trabajo especial» asignado a individuos particulares. Lo primero proviene de una comprensión

34 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 400.

35 *Ibíd.*, 439.

de los beneficios de la cooperación social y no es algo específico de ninguna forma de coordinación. Lo segundo implica una división particular del trabajo –una relación social en que los papeles de dirigente y dirigido son fijos y las órdenes fluyen en un solo sentido.

Un proceso general de dirección de trabajo combinado es una abstracción. La coordinación siempre tiene lugar «en el seno y por intermedio de una forma de sociedad determinada», y el ejemplo del director de orquesta identificado por Marx es una forma (pero sólo una forma) de dirección no capitalista³⁶. Para desmitificar la naturaleza del capital, a Marx le fue suficiente señalar al director de orquesta para demostrar que los capitalistas como tales no son necesarios como funcionarios de la producción. Eso, sin embargo, no significa que la relación de dirigente y dirigidos sea la forma adecuada de cooperación en la sociedad de productores asociados³⁷.

Existen distintas formas de liderazgo, así como metas diferentes. Si la gente se produce por medio de su actividad en el marco de relaciones particulares, los productos humanos de una sociedad dividida en dirigentes y dirigidos serán específicos de esa sociedad. Y, ¿cómo es que esa sociedad se reproduce? ¿Aquellos que reciben órdenes de un dirigente necesitarán *siempre* de ciertos individuos que detenten el poder de dirigir como su «trabajo especial»? Y, ¿cómo serán «producidos» y elegidos aquellos que ejerzan el poder?

Analicemos al director. Si asumimos el planteamiento de Canetti, el director no busca el poder en aras de beneficios personales o para ejercer el poder. Más bien, la música es lo único que importa y nadie está más convencido de esto que el propio director. Para convertir un conjunto de personas diferentes en una unidad, para controlarlos a todos de cerca, para asegurar que todos ejecuten su parte correctamente y para acallar a quienes se desvíen de lo pautado, nadie está más convencido que el director que su misión consiste en «dirigir», que «está al servicio de la música» y que la

³⁶ Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982), 16.

³⁷ El caso del gerente en una fábrica de producción cooperativa, pagado por los obreros (más que representar al capital para los obreros), fue otro de los ejemplos expuestos por Marx, uno en que «desaparece el carácter antitético del trabajo de supervisión». Las fábricas de trabajo cooperativo, de hecho, demostraron que el capitalista, «en cuanto funcionario de la producción, se ha tornado tan superfluo como él mismo» (Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7, 494).

«ha de transmitir con exactitud»³⁸. Soy esencial, piensa; sin mí se armaría el caos.

Las metáforas son peligrosas –pueden iluminar por un momento, pero nunca podrán sustituir el análisis³⁹. Para entender el *socialismo real* necesitamos ir más allá de la metáfora.

38 Elías Canetti, *Masa y Poder*, 497.

39 Esta metáfora en particular puede también ser fuente de gran discrepancia entre los amantes de la música clásica.

CAPÍTULO 1

La economía de la escasez

Comencemos por identificar el objeto de estudio. El *socialismo real* como concepto surgió en los años setenta en la URSS y Europa del Este, con el propósito principal de distinguir el sistema existente de conceptos teóricos o abstractos del socialismo. Las críticas al capitalismo, se argumentaba, ya no podían estar «confinadas al reino puramente conceptual. Las mismas son impulsadas por la rica experiencia de países que han construido (o están construyendo) exitosamente el socialismo». En pocas palabras, había un socialismo desarrollado, «una sociedad socialista realmente existente», una nueva sociedad que había sido constituida como resultado de la práctica real⁴⁰.

El desarrollo de este concepto de *socialismo real* desempeñó varios papeles. Primero, sirvió como medio para defenderse contra la crítica al modelo soviético por parte de aquellos que querían remontarse a Marx y Engels, aquellos que argumentaban la necesidad de reformas (por ejemplo, los que buscaban un «socialismo con rostro humano»), así como aquellos que pensaban que podían construir el socialismo por otro camino (como en China por esa época)⁴¹. Había también otra función, ya que este concepto de *socialismo real* le permitía a la dirigencia de Brézhnev diferenciar su enfoque de la tensión que había existido en el período precedente, de Jrushchov, por construir el comunismo. El *socialismo real* debía entenderse todavía como una etapa de la historia anterior al comunismo; sin embargo, necesitaba

40 Richard Kosolapov, *Socialism: Questions of Theory* (Moscú: Editorial Progreso, 1974), 8, 11, 12 y 482.

41 Ver, por ejemplo, las discusiones sobre Checoslovaquia y China en Richard Kosolapov, *Problems of Socialist Theory* (Moscú: Editorial Progreso, 1974).

ser entendido como un sistema consolidado y estable, y ser celebrado como tal.

Para nuestros fines, el *socialismo real* se refiere a la naturaleza del sistema en la Unión Soviética y en los países de Europa Oriental y Central que adoptaron el modelo soviético aproximadamente desde los años cincuenta hasta los años ochenta del siglo xx. De esta forma, nuestro enfoque principal es hacia el sistema que estaba más o menos consolidado y estable, más que sobre el surgimiento original de ese sistema⁴².

La sociedad como sistema orgánico: el paradigma sistema

Para considerar al *socialismo real* como un sistema, el punto de partida adecuado es con Marx –«el pionero del paradigma sistema», según Janos Kornai, el analista húngaro del *socialismo real*. «Los investigadores que razonan en términos del paradigma sistema», sugiere Kornai, «están preocupados del sistema como un todo y de las relaciones entre el todo y sus partes»⁴³. Eso fue ciertamente lo que Marx hizo. Al considerar el concepto de un sistema orgánico –una estructura «donde todas las relaciones coexisten simultáneamente y se sostienen las unas a las otras»–, Marx enfatizó que sus elementos no podían ser tratados como «esferas autónomas, independientes», relacionados extrínseca o accidentalmente, sino que más bien ellos «constituyen articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad»⁴⁴.

42 Esta división y ordenamiento, que corresponde a la distinción hecha por Marx entre la acumulación del capital en el capitalismo y la acumulación originaria del capital (es decir, el *ser* y el *devenir* del capital, respectivamente), no es arbitraria. Marx desdénaba a los economistas burgueses que distorsionaban la clara naturaleza del capital «tomado las condiciones de su devenir por las condiciones de su realización actual» (Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 421). La consideración del sistema consolidado es esencial, no sólo para comprender ese sistema, sino también para guiar la investigación histórica. Véase el extenso análisis en el Capítulo 4, «El ser y el devenir de un sistema orgánico», en *La alternativa socialista* de Michael Lebowitz.

43 Janos Kornai, «The System Paradigm», Discussion Paper Series No. 58: 4 y 8.

44 Karl Marx, *Miseria de la Filosofía* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982), 69; Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 10 y 20.

Este enfoque sobre la totalidad es una revolución metodológica⁴⁵, pues rompe con la herencia «cartesiana» que ve las partes como «ontológicamente anteriores al todo, es decir, las partes existen aisladamente y se juntan para configurar totalidades». En ese paradigma cartesiano, descrito brillantemente por Levins y Lewontin, «las partes tienen propiedades intrínsecas, que poseen en forma aislada, y las prestan al todo». En la perspectiva dialéctica de Marx, por el contrario, las partes *no* tienen existencia previa independiente como partes. «Adquieren propiedades en virtud de ser partes de un todo particular, propiedades que no tienen aisladamente o como partes de otro todo»⁴⁶.

Además de situar las partes dentro de todos particulares, el paradigma sistema nos lleva a reflexionar acerca de cómo cambian tales sistemas. «Lo que distingue el pensamiento de aquellos que trabajan dentro del paradigma sistema del de sus colegas que lo hacen fuera de él», argumenta Kornai, «es que ellos están interesados en los *grandes* cambios, en las *grandes* transformaciones. Por ejemplo, investigan qué procesos de deterioro están teniendo lugar dentro de un sistema, de manera que éste llegará a un fin y dará lugar a otro sistema. Preguntan cómo se produce una transición de un sistema a otro, o de una versión típica de un gran sistema a otra»⁴⁷.

Pero también debemos preguntar: ¿por qué los sistemas no cambian? ¿Por qué la esclavitud duró siglos? ¿Por qué lo hizo el feudalismo? ¿Y qué hace que el capitalismo continúe existiendo? ¿Por qué mañana habrá capitalistas y trabajadores asalariados? ¿Qué hace que estas relaciones sean estables? En resumen, cuando uno se concentra en los sistemas, uno pregunta ambas cosas: ¿qué permite la reproducción de un sistema? y también ¿qué conduce a su no-reproducción?

45 Lukács argumentaba: «La categoría de totalidad, el dominio omnilateral y determinante del todo sobre las partes, es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y transformó de manera original para hacer de él el fundamento de una nueva ciencia». Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase* (México DF: Editorial Grijalbo S.A., 1969), 29.

46 Richard Levins y Richard Lewontin, *The Dialectical Biologist* (Cambridge: Harvard University Press, 1985), 269, 273, 3; Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 122. Como ilustración de su enfoque en el todo, Kornai rechazaba la premisa neoclásica de preferencias individuales dadas como un punto de partida y comentaba que «De acuerdo con el paradigma de sistema, las preferencias individuales son en gran parte producto del mismo sistema. Si el sistema cambia, cambian las preferencias» (Kornai, *The System Paradigm*, 10).

47 Janos Kornai, *The System Paradigm*, 9-10.

La reproducción de los sistemas económicos

«Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción», declaró Marx al inicio del capítulo 23 del tomo I de *El Capital*, «es necesario que éste sea continuo; que recorra periódicamente, siempre de nuevo, las mismas fases. Del mismo modo que una sociedad no puede dejar de consumir, tampoco le es posible cesar de producir. Por tanto, considerado desde el punto de vista de una interdependencia continua y del flujo constante de su renovación, todo proceso social de producción es al mismo tiempo proceso de reproducción»⁴⁸.

A continuación de esa afirmación general inicial, Marx demostró que su análisis específico en *El Capital* había proporcionado la base para considerar al capitalismo como un sistema de reproducción. Él subrayó este punto cerrando el capítulo de la siguiente forma:

El proceso capitalista de producción, considerado en su interdependencia o como proceso de reproducción, pues no sólo produce mercancías, no sólo produce plusvalor sino que produce y reproduce la relación capitalista misma: por un lado *el capitalista*, por otro *el asalariado*⁴⁹.

Así, el sujeto era un «todo conectado» en constante proceso de renovación –uno que produce y reproduce productos materiales y relaciones sociales que son en sí mismos presupuestos y premisas de la producción. «Aquellas condiciones, como estas relaciones, son por un lado supuestos, y por el otro resultados y creaciones del proceso capitalista de producción, el cual las produce y reproduce»⁵⁰. De esta manera el capital produce espontáneamente sus premisas: en el sistema burgués consolidado, toda relación económica presupone toda

48 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 695.

49 *Ibíd.*, 712. Marx demostró la continuidad de su pensamiento sobre la reproducción de las relaciones capitalistas de producción al escribir la siguiente nota al pie en su obra de 1849 *Trabajo asalariado y capital*: «El capital presupone trabajo asalariado y el trabajo asalariado presupone capital. Ellos condicionan recíprocamente su existencia, dan lugar recíprocamente el uno al otro. ¿Es que el obrero en la fábrica de algodón produce solamente artículos de algodón? No, produce capital». Esta idea de un «todo conectado» caracterizada por dos partes que dan lugar una a la otra puede encontrarse también en los *Manuscritos de 1844* de Marx, y subsiguientemente cuando hablaba en *La sagrada familia* (1845) sobre cómo «el proletariado y la riqueza son antinómicos. Como tales constituyen un todo» (Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 317).

50 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 8 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986), 1043.

otra relación en su forma económica burguesa, y todo lo propuesto como principio es también una presuposición; este es el caso de todo sistema orgánico⁵¹.

Pero un sistema económico «consolidado» no cae del cielo. Un nuevo sistema emerge basado inicialmente en premisas históricas, aquellas que hereda de la sociedad anterior más que las que produce él mismo, y «su desarrollo hasta alcanzar la totalidad plena consiste precisamente» en subordinar «todos los elementos de la sociedad, o en que crea los órganos que aún le hacen falta a partir de aquella»⁵². Para que el capitalismo se convirtiera en un sistema orgánico, el capital necesitó alterar el modo de producción y crear uno «específicamente capitalista». Como se indica en la introducción a este libro, una vez que ese proceso capitalista de producción está «plenamente desarrollado», el capital produce los trabajadores que necesita, quienes consideran los requerimientos del capital como sentido común⁵³.

Sin embargo, ¿qué asegura la reproducción del obrero como trabajador asalariado antes de que el capital haya «puesto el modo de producción a él adecuado»?⁵⁴ Cuando se enfrenta a trabajadores que *no* consideran los requerimientos de la producción capitalista como leyes naturales manifiestas, trabajadores que por educación, tradición y hábito aún consideran como no natural la venta de su fuerza de trabajo, «la burguesía naciente necesita y usa el *poder del Estado*». Así, el capital procedió a subordinar a sí mismo todos los elementos de la sociedad a través del poder coercitivo del Estado (por ejemplo, mediante «una *legislación terrorista y grotesca*»), utilizando este poder para obligar a los trabajadores a aceptar «la disciplina que requería el sistema de trabajo asalariado»⁵⁵.

51 Karl Marx, véase *supra*, Introducción, nota al pie 21.

52 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 220; Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 97-98.

53 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3 (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986), 922.

54 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo II (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982), 221.

55 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 922. De forma similar, para garantizar la reproducción de las relaciones de producción capitalistas cuando los obreros son capaces de ahorrar con el fin de escapar del trabajo asalariado (como ocurrió, por ejemplo, en los asentamientos norteamericanos, donde «el obrero asalariado de hoy es el campesino o artesano independiente de mañana, trabajando para sí»), Marx argumentó que el capital necesitaba utilizar al Estado para introducir medios extraordinarios, «artificiales» (Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 94-98).

Por consiguiente, hasta alcanzar el desarrollo del modo de producción específicamente capitalista, la reproducción de las relaciones capitalistas de producción requirió un modo específico capitalista de *regulación*⁵⁶. Este modo de regulación era necesario para impedir que los trabajadores se sustrajeran de su dependencia del capital y entraran en una relación «diametralmente opuesta» –una en que el productor «que, en cuanto poseedor de sus propias condiciones de trabajo, se enriquece a sí mismo en vez de enriquecer al capital»⁵⁷.

En resumen, el capitalismo no fue totalmente exitoso en subordinar todos los elementos de la sociedad, o en crear a partir de ella los órganos de los que aún carece hasta que desarrolló el modo de producción específicamente capitalista. Hasta tanto el sistema burgués no es «desarrollado» como un sistema orgánico, existen elementos en la sociedad que son ajenos a las relaciones capitalistas. Así, cuando analizamos la sociedad en ese punto, no es estrictamente ni un sistema ni otro. Más bien, necesariamente una característica de la sociedad existente es una *reproducción en disputa*, una lucha entre relaciones productivas que difieren entre sí, entre «dos sistemas económicos diametralmente opuestos».

En *La alternativa socialista* yo propuse que eso mismo sería aplicable al socialismo. Mientras los productores asociados no desarrollen su propio modo de producción específicamente socialista, uno que produzca una clase obrera que «por educación, hábito y tradición considere los requerimientos de ese modo de producción como leyes naturales manifiestas», se requerirá un modo de regulación socialista. Mientras el socialismo no se desarrolle sobre sus propios cimientos, los elementos que hereda de la vieja sociedad lo seguirán infectando, y la situación aquí también es de «reproducción impugnada», una lucha entre dos sistemas económicos opuestos. En pocas palabras, para garantizar la reproducción de relaciones socialistas de producción bajo estas condiciones, es esencial un modo de regulación específico que subordine los elementos de la vieja sociedad⁵⁸.

56 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 92-98.

57 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 956; Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 96.

58 Para un análisis concreto de un modo socialista de regulación, ver los capítulos 6 y 7 de *La alternativa socialista* de Michael Lebowitz.

Es necesario formular las mismas preguntas en relación al *socialismo real*. ¿Cómo se reproducía el sistema? ¿Logró desarrollar un modo específico de producción que espontáneamente produjera su premisa, o requirió de un modo específico de regulación para garantizar su reproducción?

El método de la economía política

¿Cómo llegamos al punto de poder explorar tales cuestiones? Para Marx, estaba claro que el punto de partida debe ser un estudio cuidadoso de una sociedad real. Lo concreto es «el punto de partida para la observación y concepción». Pero el estudio empírico por sí mismo no nos permite comprender el sistema como un todo; más bien, necesitamos del instrumento del teórico, «la facultad de abstraer»⁵⁹. El método de investigación, como señaló Marx, «debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus diferentes formas de desarrollo y rastrear su nexo interno». Y esa apropiación detallada del material es una *precondición* para llevar a «una ciencia al punto en que admita una presentación dialéctica»⁶⁰.

Esta presentación dialéctica, entonces, es precisamente lo que Marx llamó el «método científicamente correcto». Comenzando por el estudio de lo concreto es posible destilar principios simples que permitan deducir elementos en una secuencia determinada por la naturaleza de sus relaciones dentro de la sociedad en cuestión⁶¹. La deducción permite comprender las interconexiones dentro del todo concreto y, de esa forma, no tratar los elementos como «vecinos independientes, autónomos». Partiendo de esas concepciones simples a una concepción del todo «como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones» fue como Marx construyó el concepto del sistema orgánico. A través de este método fue capaz de demostrar cómo los desarrollos posteriores lógicos en el capitalismo están latentes en los conceptos simples.

59 Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 1, 6; Marx, *Grundrisse*, 100-101; Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 122 y 123.

60 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 1, 19.

61 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 21. Ver la discusión del método de Marx en Michael Lebowitz, *Following Marx: Method, Critique, and Crisis*, especialmente en la parte 2, «The Logic of Capital», y el Capítulo 10, «Marx's Methodological Project as a Whole».

Pero el punto de partida tiene que ser esa apropiación detallada de lo concreto. Eso es lo que hace que el examen del *socialismo real* hecho por Janos Kornai sea un andamio tan útil. Comenzando por su análisis inicial del comportamiento gerencial y el sistema de planificación en su nativa Hungría durante los años cincuenta hasta su subsiguiente estudio en profundidad de la «economía de la escasez» en general y su posterior síntesis de las «regularidades inmanentes de una economía socialista», incuestionablemente el punto de partida de Kornai fueron las características concretas de las economías del tipo soviético.

Sin embargo, para Kornai convertir su análisis en algo más que un informe empírico constituyó un intento consciente de imitar el método de Marx. Así, tal como señaló Marx, «en el sistema burgués acabado cada relación económica presupone a la otra bajo la forma económico-burguesa», Kornai concluyó que las características del *socialismo real* «no existen solamente de forma paralela e independiente, sino en la más estrecha de las relaciones entre una y otra»⁶². Los fenómenos, apuntó, «están todos juntos y se fortalecen uno al otro. Esto no es un conjunto flojo de partes separadas; la suma de las partes hace un todo integral»⁶³. Es decir, el *socialismo real* definitivamente fue una estructura en la cual todas las «relaciones coexisten simultáneamente y se sostienen las unas a las otras»⁶⁴.

Para Kornai, el *socialismo real* era, pues, un sistema orgánico, un sistema cuya «combinación de características principales forma un todo orgánico». Era un «sistema coherente», «un todo coherente» cuyos elementos están «conectados orgánicamente y se refuerzan uno al otro». Y característico de ese todo coherente es que «se produce una afinidad entre sus elementos, de manera que se complementan mutuamente y se atraen uno al otro». Además, en correspondencia con la descripción de Marx del «devenir» de un sistema orgánico que consistiría precisamente en la subordinación de todos los elementos de la sociedad a sí mismo, o en crear a partir de él los órganos de los que aún carece, Kornai argumentó que el proceso del devenir en el

62 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 220; Janos Kornai, *The Socialist System: The Political Economy of Communism*, 16.

63 Janos Kornai, *The Socialist System*, 366.

64 Karl Marx, *Miseria de la Filosofía*, 69.

socialismo real consistió en que «formas e instituciones específicas crecieron orgánicamente dentro del sistema»⁶⁵.

En ese proceso tiene lugar «una selección natural de instituciones y de patrones de conducta, y en última instancia se fortalece enormemente y se consolida grandemente la coherencia interna del sistema». En efecto, una vez que los elementos clave están presentes, la terminación del sistema tiende a ocurrir espontáneamente: «La nueva estructura prolifera con una fuerza elemental, propagándose y penetrando toda relación social. Una vez que el inicio del proceso se impone a la sociedad, el mismo continúa de manera espontánea»⁶⁶. De esta forma, argumentó, el *socialismo real* procedió a producir sus propias premisas, con el resultado de que cada relación económica presupone otra en su forma económica «socialista real».

En pocas palabras, Kornai intentó «apropiarse del material en detalle, para analizar sus diferentes formas de desarrollo y descubrir su conexión interna». Para representar al *socialismo real* como un sistema orgánico, siguió explícitamente el camino de Marx de partir de conceptos simples a una concepción del todo «como una rica totalidad de muchas determinaciones y relaciones». En la construcción lógica del *socialismo real* por parte de Kornai, «una línea de pensamiento deductivo [...] conduce desde unas pocas premisas principales a toda una red de pensamiento de conclusiones»⁶⁷.

Esa combinación de estudio concreto y un serio intento influido por Marx de aprehender la estructura interna y las tendencias inherentes del sistema hace que la obra de Kornai se destaque entre los análisis sobre el *socialismo real*. Sin embargo, como se verá en este capítulo y en otros que siguen, yo argumento que él se equivoca en su comprensión del *socialismo real* como un sistema orgánico. Para llegar a esa conclusión, en efecto, él descartó la «reproducción impugnada» y en particular la lógica del capital.

65 Karl Marx, véase *supra*, nota al pie 13; Janos Kornai, *The Socialist System*, 198, 500, 570 y 366.

66 Janos Kornai, *The Socialist System*, 368 y 369.

67 *Ibid.*, 16.

Escasez crónica

Comencemos por lo concreto: las características de la URSS y de los países de Europa Oriental que siguieron el modelo soviético desde aproximadamente los años 1950 hasta los años 1980. Partimos con un fenómeno superficial obvio: la escasez crónica. Escasez para los consumidores, escasez para los productores; en todos los aspectos de la vida en el *socialismo real* había escasez. En realidad, responder a la escasez era un modo de vida. El consumidor iba al mercado y no podía encontrar lo que buscaba, de manera que tenía varias opciones: podía seguir buscando ese producto, podía posponer la decisión de comprar hasta otro momento, podía pararse en una cola o podía sustituir el producto originalmente deseado por otro. Todos estos ajustes obligados a las intenciones de compra frustradas eran parte de la vida bajo la escasez⁶⁸.

También lo era el acaparamiento, cuando era posible. «Es usual decir que se recomienda a todo miembro de la familia llevar una bolsa de compras para el caso de que encuentre algo que valga la pena comprar; Si ve una cola, deberá pararse en ella sólo para asegurar el puesto, después puede preguntar qué están distribuyendo»⁶⁹. Naturalmente, si uno tenía más de lo que necesitaba de un artículo en particular, siempre existía la posibilidad de cambiarlo con alguien que tuviera lo que uno quería. En realidad, redes informales, contactos personales y favores a (y de) amigos eran modos de supervivencia dentro del contexto de la escasez. Además de los mecanismos formales, existía un principio informal de distribución: a cada cual según lo que sus contactos personales puedan proporcionar⁷⁰.

Las mismas pautas eran válidas para empresas y firmas. Como vendedor en un mercado —una característica de la economía de escasez— está en una situación favorable frente a la firma. En cambio, como comprador enfrenta los problemas del ajuste forzoso, ya que debe esperar, buscar, hacer cola o acometer una sustitución forzosa. Sin embargo, no puede posponer fácilmente la obtención de insumos

68 Este análisis se basa en Michael Lebowitz, «Kornai and Socialist Laws of Motion», en *Studies in Political Economy*, 18 (otoño, 1985).

69 Janos Kornai, *Economics of Shortage* (Amsterdam, 1980), 457.

70 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours: Blat, Networking and Informal Exchange* (Cambridge University Press, 1998), 87.

si ha de producir; de esta forma, «la firma, como compradora, trata de adquirir tantos insumos como sea posible a fin de que la escasez no obstaculice la producción»⁷¹. Esto, naturalmente, aumenta la escasez de dichos insumos y estimula un mayor acaparamiento. Desde luego, esos insumos almacenados pueden intercambiarse con otras firmas por otros insumos escasos. Para garantizar que las empresas pudieran obtener los insumos requeridos para cumplir sus metas, su plantilla incluía personas (los *tolkachi* o «empujadores») que podían navegar bien en tales redes informales.

¿Fue la escasez crónica una cuestión casual y contingente, producto de malas políticas, o reflejaba algo inherente a la naturaleza del *socialismo real*? Según Stalin, en su discurso al XVI Congreso del Partido en 1930, bajo el capitalismo el suministro tiende a exceder la demanda, mientras que en el socialismo la demanda tiende a exceder el suministro: «En la URSS, el crecimiento del consumo (poder adquisitivo) de las masas continuamente aventaja el crecimiento de la producción y lo empuja hacia delante, pero bajo el capitalismo, por otra parte, el crecimiento del consumo (poder adquisitivo) de las masas nunca alcanza al crecimiento de la producción y continuamente se queda rezagado detrás del mismo, lo cual condena la producción a la crisis»⁷².

Dejando de lado la cuestión de si esto alguna vez fue una descripción exacta, ¿qué fue dentro del *socialismo real* durante el período en estudio lo que generó el fenómeno de la escasez crónica? ¿Fueron los planificadores y «el plan» lo que creó esta situación? En su obra anterior, *Anti-Equilibrium*, Kornai sostuvo que había tres causas inmediatas del proceso de escaseces o «succión»: inflación reprimida en el intercambio de bienes de consumo, planes rígidos impuestos a las empresas y el carácter en extremo ambicioso de las intenciones de inversión. Todas ellas, sin embargo, podrían reducirse a una fuente común: «La reproducción de la succión está relacionada, en última instancia, con la persecución impaciente de crecimiento económico, el forzar la aceleración de la tasa de crecimiento»⁷³.

71 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 29.

72 Michael Ellman, *Socialist Planning* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), 207.

73 Janos Kornai, *Anti-Equilibrium: On Economic Systems Theory and the Tasks of Research* (Amsterdam: North-Holland, 1971), 321.

Este fue el mismo argumento básico que Kornai había presentado desde hacía más de una década en su *Overcentralization in Economic Administration*: las escaseces eran atribuibles a exageradas metas de crecimiento fijadas por las autoridades centrales, lo que a su vez generaba una presión sobre ellas mismas, reforzando inevitablemente «las formas administrativas centralizadas de dirección de la economía»⁷⁴. Por consiguiente, Kornai había llegado a la conclusión en los años 1950 de que las escaseces no eran inherentes, sino que eran el resultado de políticas particulares que podían ser cambiadas. La sobre-centralización, los planes excesivamente ambiciosos y las escaseces eran todos parte de «un mecanismo coherente, unificado, que tiene su propia lógica interna y varias tendencias y regularidades distintivas»⁷⁵. Desde este punto de vista, el remedio para la economía de escasez era la descentralización –descentralización de la economía y, en particular, de las decisiones de inversión. Al apartarse de la dirección administrativa centralizada de la economía, se cortarían el mecanismo auto-reforzado de centralización y escasez.

Desde luego, la pregunta obvia era por qué prevalecían estos modelos. La prueba empírica estuvo pronto disponible bajo la forma de la descentralización efectuada en Hungría. Con la experiencia de esas reformas, la posición de Kornai cambió significativamente, sosteniendo que no eran aquellos que estaban a la cabeza la causa inmediata de la economía de la escasez. «Incluso si la administración económica central fuese más moderada», sugirió en su principal trabajo sobre la economía de la escasez, «el empuje por la expansión y el hambre de inversión estarían aún presentes»⁷⁶.

El director de empresa «ejemplar»

El impulso expansionista centrado en los directores de empresa individuales se convirtió en la principal explicación de Kornai para la economía de la escasez. En particular hizo énfasis en la

74 Janos Kornai, *Overcentralization in Economic Administration: A Critical Analysis Based on Experience in Hungarian Light Industry* (Oxford: Oxford University Press, 1959), 168 y 186.

75 *Ibíd.*, 215.

76 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 547.

identificación del director de empresa con el trabajo: «en general, un director trata de hacer su trabajo correctamente. Se esfuerza por garantizar la subsistencia, la supervivencia y la viabilidad de la unidad puesta a su cargo». Quiere garantizar un proceso de trabajo fluido. «Desea evitar la confusión y el desorden. Aunque sólo fuera por esa razón, lucha por la mayor seguridad posible: obtención de más insumos y mayores reservas». El director de empresa, además, quiere «ganarse el reconocimiento de sus superiores, evitar su disgusto y satisfacer sus expectativas: no sólo sus instrucciones sino también sus deseos»⁷⁷.

En resumen, Kornai sugirió que las escaseces *en realidad* se debían al comportamiento y disciplina de principios del director de empresa. Al criticar a aquellos que seguían subrayando la dependencia burocrática y el énfasis en el crecimiento por parte de las autoridades centrales como explicación de la presión cuantitativa sobre las empresas –su anterior argumento–, Kornai ahora argumentaba que la principal explicación era la identificación del director con el trabajo: «Esta motivación general es *suficiente en sí misma* para provocar la casi insaciable demanda de insumos por parte de la empresa y, como veremos más adelante, una motivación insaciable por la expansión»⁷⁸.

En relación a la inversión en sí, Kornai también se retractó explícitamente de su punto de vista previo, declarando ahora que «la política de crecimiento de la dirección económica es un factor secundario de la explicación»⁷⁹. «En una economía socialista», sugirió, «no hay empresa o institución no lucrativa que no quiera invertir». Y de nuevo Kornai enfatizaba la identificación del director con su trabajo como el elemento central que generaba el interés por la expansión y el hambre de inversión. «Está convencido de que la actividad de la unidad a su cargo es importante. Por lo tanto, tiene que crecer»⁸⁰.

Es cierto, había intereses personales: «el *poder* del líder, el prestigio social y por consiguiente su propia importancia aumentan junto con el crecimiento de su empresa o institución no lucrativa». Sin embargo, las consideraciones materiales eran secundarias. Incluso

77 *Ibid.*, 62-63.

78 *Ibid.*, 63.

79 *Ibid.*, 556.

80 *Ibid.*, 191.

en ausencia de ellas el líder «peleará como un león» por inversiones adicionales. La motivación expansionista, sugirió Kornai, se había enraizado profundamente en el pensamiento. «Uno *debe* crecer». Esta motivación expansionista se hallaba a todos los niveles de la jerarquía económica: «Cuando se trata de la distribución de recursos de inversión, cada uno lucha por mayores inversiones para *nuestro* equipo, *nuestra* empresa, *nuestro* ministerio»⁸¹.

Y era una lucha a favor de sus trabajadores. Dada su identificación con sus propios trabajos y empresas, los directores también se identificaban con sus trabajadores. Cada director trataba de incrementar el nivel salarial de los trabajadores de su esfera. Por lo tanto, si los trabajadores intentaban incrementar sus salarios, no estaban en lucha con sus superiores inmediatos, pues los directores «también luchan por la corrección de los salarios relativos a todos los niveles. El capataz desea satisfacer las reivindicaciones en el taller, el director de la empresa satisfacer las de la empresa y el ministro o su sustituto quiere satisfacer las de toda la industria»⁸².

Kornai sugirió, pues, que había una característica única en estas relaciones: la dirección a todos los niveles actúa en negociaciones salariales con autoridades superiores «*como funcionarios sindicales y no como empleadores* [...] Todo director trata de arrancar a sus superiores mayores salarios para su taller, sección, etc.». Esto fluye desde la perspectiva del empresario: «El director siente que es responsable, en primer lugar, de resolver los problemas de la *parte* del sistema que le ha sido confiada. Se siente responsable no de la economía en su conjunto, sino de una parte claramente especificada de la misma y se identifica con ella»⁸³.

Hay, sin embargo, un problema bastante significativo con esta descripción de la motivación y el comportamiento empresariales, ya que contradice muchos otros informes de los directores, jempizando por el del propio Kornai!

81 *Ibíd.*, 192-94.

82 *Ibíd.*, 402.

83 *Ibíd.*, 403.

Los directores de empresa como agentes

Consideremos la situación de las autoridades económicas centrales (los «planificadores»). En su plan central ellos tienen amplios objetivos para el crecimiento de la economía a largo plazo (cinco años, de quince a veinte años, etc.), que están especificados de forma general (tasas de crecimiento, modelos regionales, categorías específicas de producción, etc.). Y, al considerar los requerimientos de insumos para esos objetivos, tratan de identificar obstáculos y embotellamientos potenciales que pudieran impedir la realización de esos planes. Mientras más corto el período, más específicos y precisos los objetivos.

Así, el plan anual detalla objetivos para la producción de bienes de consumo y bienes de producción particulares, y asigna metas específicas a las empresas. En este sentido, los planificadores tratan de coordinar la actividad de las empresas como parte de una unidad económica nacional, integrada y única. Quieren que las empresas cumplan esas metas porque el cumplimiento por cada empresa de su meta de producción es necesario para que otras empresas puedan obtener sus insumos y puedan existir suministros adecuados y planificados de bienes de consumo. En otras palabras, el éxito del plan anual como un todo depende del éxito de las empresas individuales.

Si asumimos que los directores corresponden a la descripción que entrega Kornai, tendríamos que esperar que éstos reconocieran la interdependencia que existe entre sus metas de producción y el éxito de la economía como un todo, y que actuarían de forma correspondiente. La identificación del director con el trabajo y su deseo de principio de hacer debidamente su trabajo sería todo cuanto haría falta para garantizar que la empresa produjera lo que el plan necesita para asegurar la coherencia de la economía durante un tiempo dado.

Pero este es un supuesto que los planificadores no hicieron. Por el contrario, asumieron que los directores estaban motivados por el interés material, es decir, que actuaban como si quisieran maximizar sus ingresos personales en el presente y el futuro. Efectivamente, Joseph Berliner comentaba en esos tiempos que: «la predictibilidad con la cual los directores se adaptan a un nuevo esquema de estímulos puede ser comparada con la fidelidad con que una brújula busca el norte magnético. El director mismo es un programa de computación maravillosamente eficiente para maximizar el valor de cualquier

función ajustada a él, que varíe positivamente con el ingreso»⁸⁴. Para estimular a los directores a producir de acuerdo con el plan, los planificadores proporcionaban estímulos (o primas) por el cumplimiento exitoso del plan.

Esos estímulos no eran una parte despreciable del ingreso de los directores. Berliner hacía notar que aunque el estímulo para los directores de empresa soviéticos en 1934 constituía aproximadamente el 4% de su ingreso (y creció al 11% en 1940 en el contexto de ataques a los «rumores de igualitarismo»), éste aumentó al 33% durante la guerra pero fue rebajado subsiguientemente al 7,7% en 1960, cuando Jrushchov presionó para reducir la desigualdad en los ingresos. Esta rebaja de los estímulos fue vista como un error por aquellos que sustituyeron a Jrushchov. Según Berliner, el nivel promedio de estímulos aumentó al 21,5% en 1966 y al 34,5% en 1970. Incluso señaló un caso de una empresa bien administrada (la fábrica de maquinaria agrícola de Rostov), donde en 1966 los estímulos al personal de ingeniería y técnico representaron el 21,5% de su ingreso, y para los directores y jefes de departamento, entre el 40% y el 60% de su ingreso⁸⁵.

De esta forma los planificadores operaron bajo la premisa de que al especificar metas de producción (en el transcurso de un año, por ejemplo, por mes, trimestre, etc.) y asignando un estímulo por el cumplimiento del plan, los directores responderían; esto garantizaría que las empresas recibieran sus insumos y que las tiendas tuvieran los bienes de consumo adecuados. Pero, ¿cómo exactamente fue especificada esa meta de producción? Eso *era importante* porque los directores que maximizaban el ingreso tenían una discrecionalidad que les permitía interpretar las metas. ¿En cantidades físicas o en términos de valor (a fin de sumar diferentes productos, modelos, tallas, etc.)? Y en el primer caso, ¿cómo se especificaban esas cantidades?

La prensa soviética destacaba regularmente cuánto importaba la especificación de las metas, de formas que iban desde la clásica viñeta mostrando un marco con trabajadores que portan un clavo gigantesco (con la leyenda: «La fábrica cumple su plan») a los pesados candelabros (denunciados por Jrushchov) hasta el grueso papel producido por la

84 Joseph Berliner, citado en *Proceedings, American Economic Review* (mayo, 1966), 157-158.

85 Joseph Berliner, *The Innovation Decision in Soviet Industry* (Cambridge, MA: MIT Press, 1976), 478 y 481.

industria papelera, los edificios incompletos porque a las empresas de construcción se les acreditó más valor agregado en las etapas iniciales de la producción que posteriormente, y la práctica del «baño de oro» (en la que, por ejemplo, una fábrica de ropa utilizaba para el forro de un abrigo un material dos veces más costoso que el de la tela exterior, con lo cual incrementaba sustancialmente el valor de los abrigos producidos)⁸⁶.

Estos fenómenos, al parecer perversos, fueron identificados por Kornai en su clásico estudio de la industria ligera de Hungría en los años 1950. Dando un ejemplo de la característica de «convertir el 100% en un fetiche», Kornai describía una fábrica de pieles cuya meta estaba expresada en valor. Dado que el valor del trabajo en proceso podía ser tomado en cuenta, la forma de obtener algún porcentaje extra en los últimos días era echar grandes cantidades de pieles sin curtir en los tanques de remojo. «El valor neto agregado», señalaba, «es prácticamente cero, pero, a los efectos de calcular la producción total, el material tirado al baño de desinfección asume inmediatamente un valor igual al 75% del valor de las pieles terminadas»⁸⁷.

Se hicieron todos los esfuerzos para garantizar que el cumplimiento del plan alcanzara el 100%. Así, los directores se convirtieron en artistas ideando métodos para embellecer sus resultados: «Los astutos directores económicos son más que maestros en el arte de amañar indicadores y simplemente explotan las ambigüedades y contradicciones económicas contenidas en el sistema de índices vinculados al pago de primas». Sobre este mismo punto Kornai indicó que, «de hecho, no es posible encontrar un solo director u otro funcionario que tenga que ver con los planes que no sepa cómo hacer aparecer un uno o un dos por ciento adicional cuando se le empuja realmente a hacerlo a fin de garantizar su estímulo; y esto sin ninguna violación efectiva de las regulaciones»⁸⁸.

86 Ver los ejemplos citados en Maurice Dobb, *El nuevo socialismo*. (Barcelona: Oikos Tau Ediciones, 1973), 50-51; Marie Lavigne, *The Socialist Economies of the Soviet Union and Europe* (Nueva York: International Arts and Science Press, 1974); y Alec Nove, *The Soviet Economic System* (Londres: George Allen & Unwin, 1977).

87 Janos Kornai, *Overcentralization in Economic Administration*, 37.

88 *Ibid.*, 132-33.

Estrechamente vinculado con el fetiche del 100% estaba lo que Kornai describió como «la desigualdad periódica de la producción», es decir, la tendencia a grandes esfuerzos de producción y trabajo en las últimas etapas del plan a fin de cumplir la cuota. En la URSS, esta última práctica fue conocida como *frenesí*, y entre sus efectos estuvo un significativo deterioro en la calidad de la producción (una razón para que el sentido común aconsejara tratar de comprar algo producido en la primera quincena del mes y no después de ésta). Había constantes quejas sobre la calidad de la producción, por ejemplo las aspiradoras que electrocutaban, las cuales fueron mencionadas en un periódico soviético de septiembre de 1985⁸⁹. Este problema era conocido y antiguo. El presidente de la planificación en Checoslovaquia afirmó en 1951 que: «este *frenesí* es uno de los sistemas más gravosos y [despilfarradores] para alcanzar el objetivo del plan... Induce a desaprovechar equipos, a desaprovechar capacidad, al despilfarro de materiales, a un aumento incrementado de mermas y a un aumento antieconómico de salarios por el concepto de horas extras»⁹⁰.

En síntesis, los directores hacían todo lo posible por asegurar sus primas. ¿Qué podía evitarlo? ¿Una escasez de materiales? La respuesta era almacenar insumos y acumular materiales. ¿Dificultades para conseguir suficientes materiales en puntos clave? La respuesta era producirlos por sí mismos. O conceder favores, sobornar funcionarios o hacer alianzas para garantizar que los recibirían. ¿Escasez de trabajadores disponibles para los períodos de *frenesí*? Acumular y tener reservas de trabajadores.

Pero, ¿qué sucede si a pesar de todos estos esfuerzos la empresa aún no se acerca a su meta? ¿Qué ocurre si está a más de un 10% de alcanzarla? ¿Qué pasa entonces con el fetiche del 100%? Kornai respondió que lo que se desarrolló fue «la psicología de perder la esperanza». Los directores abandonaban la lucha: «Desde un punto de vista financiero (aunque desde luego, no desde un punto de vista moral), es una cuestión de total indiferencia para la dirección que el grado en que cumplan sus indicadores ascienda al 99 o 91 por ciento»⁹¹.

89 Boris Kagarlitsky, *The Dialectic of Change* (Londres: Verso, 1990), 248-49.

90 Maurice Dobb, *El nuevo socialismo*, 55, nota 3.

91 Janos Kornai, *Overcentralization in Economic Administration*, 130.

Otra razón para abandonar la lucha en el corto plazo era la de reservar la producción potencial para el próximo período del plan. En efecto, otra categoría de problemas identificada por Kornai fue el «conflicto entre el hoy y el mañana». Obviamente, el apuro al final de cada mes, ese frenesí, podía conducir a escasez en el inicio del próximo período, debido al agotamiento de las existencias y de trabajadores (lo que generaba, por tanto, irregularidad en la producción). Una preocupación a más largo plazo, sin embargo, era el efecto de este proceso sobre el desarrollo de nuevas técnicas de producción, el mejoramiento en la calidad de los productos, el mantenimiento de los equipos, y el entrenamiento de aprendices y personal calificado. Todos estos afectan el desempeño futuro; sin embargo, el énfasis en ellos podía interferir en el cumplimiento del plan actual. «El trabajo oportuno de mantenimiento puede requerir parar las máquinas, cuya operación continuada contribuiría de forma muy concreta al cumplimiento de un plan mensual»⁹².

Si bien Kornai sí reconoció que vincular las primas con el cumplimiento del plan impulsaba aumentos significativos en la producción, hubo un aspecto de este enfoque hacia los incentivos materiales que claramente afectaba la calidad de la planificación. Como es obvio, la probabilidad de obtener una prima por el cumplimiento del plan era mayor cuanto más bajo era el plan. «Si el plan es confeccionado con holguras», indicó, «esto naturalmente facilita la tarea de cumplirlo, de obtener la prima con relación al mismo y de ganar aprobación moral. La alta dirección de las empresas tiene así un interés personal directo en que se les dé un plan fácil de cumplir».

Por consiguiente, existía una tendencia sistémica a intentar mantener bajas las metas del plan, a «omitir ante las autoridades aquella información relativa a las potencialidades y reservas de sus empresas»⁹³. La respuesta de los directores de empresa a las exigencias de arriba, según el economista y reformador checoslovaco Ota Šik en 1968, era adoptar «el modo de defensa más obvio: subvaloraban sus potencialidades y sobrevaloraban sus necesidades [...] Y se desarrolló un mecanismo de engaño a gran escala, de no mostrar la

92 *Ibíd.*, 141.

93 *Ibíd.*, 133.

mano propia. Esta era la única esfera en la cual la iniciativa popular pudo realmente desarrollarse al máximo»⁹⁴.

Alec Nove describió el modelo de la siguiente manera:

Los flujos de información están llamados a ser afectados, distorsionados, por los intereses de los suministradores de la información, quienes de hecho son competidores por recursos limitados [...] Pero esperar recibir información imparcial de aquellos interesados en los resultados que dependen de dicha información, es «estar en la luna»⁹⁵.

En otras palabras, la información falsa fluía hacia arriba. Aquí estaba el dilema: una buena planificación dependía de información precisa. Pero ésta no estaba disponible porque no era de interés económico para los directores enviar información exacta hacia arriba. Šik comentaba que «la consecuencia es que la economía checoslovaca perdió su último activo –información objetiva sobre necesidades, reservas y potencialidades»⁹⁶.

Por supuesto, los planificadores y funcionarios de los ministerios sabían que esto estaba pasando. Sabían que había empresas que escondían información, es decir, la calidad de la información que enviaban hacia arriba estaba parcializada a favor de esas empresas, de manera que respondieron de una forma lógica: enfatizaban la necesidad de planes estrictos a fin de movilizar los suministros ocultos de insumos, argumentando que las empresas estaban inventando «falsas dificultades». Los directores de empresa y los planificadores estaban así envueltos en constantes pugnas sobre cuán rígido o flexible sería el plan. Dada la orientación al crecimiento de los planificadores, era del todo previsible que si la empresa demostraba que podía producir muy bien, el plan del próximo año sería mayor. En otras palabras, los resultados de la producción de cualquier año serían incorporados al plan del año siguiente.

Naturalmente, ese aumento haría que el plan del año siguiente fuese más difícil de cumplir y, lo que es más importante, los estímulos del

94 Ota Šik, *Czechoslovakia: The Bureaucratic Economy* (Nueva York: International Arts and Sciences Press, 1972), 102.

95 Alec Nove, *The Economics of Feasible Socialism Revisited* (Londres: Harper Collins Academic, 1991), 22.

96 Ota Šik, *Czechoslovakia: The Bureaucratic Economy*, 101-2.

año siguiente serían más difíciles de obtener. Así, el comportamiento obvio de parte del director de la empresa era no cumplir demasiado. Maurice Dobb citaba a un ruso diciendo: «Un director prudente cumple su plan en un 105%, pero nunca al 125%»⁹⁷. Kornai había descrito el mismo fenómeno: «Es interesante señalar que los jefes de los departamentos de planificación de las empresas se asustan de verdad al aproximarse el cierre de un trimestre si ven que los resultados van a ser demasiado elevados»⁹⁸.

Claro está que los directores de empresa supieron encontrar vías para mantener tanto bajas como altas las cifras de producción; por ejemplo, mantener producción sin ser incluida como producto terminado. Kornai concluyó que «en una palabra, los actuales sistemas de planificación e incentivación han provocado una tendencia espontánea cuyo efecto es inducir a las direcciones de las empresas a acomodar los planes, a esconder potenciales y a retener resultados destacados en la producción. Esto es altamente peligroso y dañino»⁹⁹. Es decir, la clara imagen que Kornai vio en los años 1950 fue que el comportamiento de los directores de empresas era contrario a los intereses de la sociedad.

Pero, ¿no era debido a defectos de los directores! Más bien, insistió Kornai, los problemas eran inherentes al sistema existente de dirección de la economía y supervisión de resultados productivos. Estas eran tendencias necesarias, pero no consecuencias necesarias de una economía planificada como tal. Por el contrario, «ellas son consecuencias necesarias de los actuales métodos de dirección de la economía, es decir, de nuestro mecanismo económico actual». De este modo Kornai argumentaba que era la combinación particular de instrucciones e incentivos la que generaba aquellos resultados perversos. De hecho, el subtítulo de un capítulo contaba la historia: «Algunas tendencias útiles y dañinas que resultan de los efectos conjuntos de las instrucciones del plan y de los incentivos».

El problema era que los directores enfrentaban un conflicto entre sus intereses económicos y su sentido de la responsabilidad hacia la economía total; y «es simplemente humano si el interés económico

⁹⁷ Maurice Dobb, *El nuevo socialismo*, 57.

⁹⁸ Janos Kornai, *Overcentralization in Economic Administration*, 136.

⁹⁹ *Ibid.*, 137.

individual demuestra ser más fuerte»¹⁰⁰. El problema, afirmó Kornai, era el mecanismo económico, ya que el sistema de incentivos financieros estaba totalmente equivocado. El mecanismo económico existente tenía que ser cambiado, pero no podía ser cambiado mientras la política económica continuara insistiendo en metas «demasiado ambiciosas y poco realistas»¹⁰¹.

El problema, efectivamente, estaba señalado en el título de aquel libro de 1959, *Overcentralization in Economic Administration* (Exceso de centralización en la dirección de la economía). Ese argumento, sin embargo, era que el exceso de centralización era producto de «políticas de industrialización excesivamente ambiciosas», las cuales por sí mismas generaban escaseces (y con ello, un proceso de auto-reforzamiento). Si hubiera un ritmo más lento en la industrialización, entonces sería posible que «se desarrollara un mecanismo económico en el cual las empresas tuvieran mucha más independencia»¹⁰².

Así que, ¿cuál era su solución en 1959? Reducir las metas de crecimiento, descentralizar y liberar a las empresas. La empresa, que era «la unidad básica, la *célula* de la economía», recibía demasiadas instrucciones verticales para ejecutar y tenía sólo una capacidad mínima para involucrarse en transacciones horizontales con otras empresas¹⁰³. Y aun cuando su explicación de las escaseces en los años 1970 (como hemos visto) cambió subsiguientemente y reforzó la motivación de expansión de los directores de empresa, su solución siguió siendo en esencia la misma: *¡dar mayor independencia a los directores de empresa!*

No fue, después de todo, el comportamiento particular de aquellos directores de empresa ejemplares (que se identificaban con su trabajo y querían hacerlo bien) la causa real del problema. El problema partía de la cima. Aquí tenemos la famosa explicación de Kornai: la motivación de expansión y el hambre de inversiones de las empresas sólo eran operativos, porque ellas tenían «limitantes de presupuestos flexibles». La empresa tradicional socialista sabía que, de enfrentar

100 Ibid., 107.

101 Ibid., 178 y 186.

102 Ibid., 186.

103 Ibid., 192.

pérdidas, sería «ayudada a salir adelante de alguna manera»¹⁰⁴. «Su supervivencia permanente está garantizada incluso en el caso de un déficit financiero perdurable»; por consiguiente, sólo sus recursos la limitan¹⁰⁵. La limitante de un presupuesto flexible, argumentó Kornai, caracteriza unívocamente a la empresa socialista y determina sus expectativas y comportamiento particular. La limitante del presupuesto flexible, declaró, es «causa suficiente» del hambre de inversiones en la economía socialista¹⁰⁶.

Una vez más, esto apuntó directamente a las autoridades centrales como responsables de la reproducción de la escasez, ya que son ellas las que «ablandan» las restricciones presupuestarias de las empresas. ¿Por qué? Kornai respondió: «por el paternalismo». Haciendo una analogía explícita entre las relaciones económicas y las relaciones padre e hijo, notó que «las autoridades centrales se responsabilizan por la situación económica» y deseaban «dar forma al curso de la vida económica». Por tanto, el reforzamiento del paternalismo desde abajo –por parte de los directores– se explica por el simple hecho de que «paternalismo significa protección y seguridad totales». El paternalismo, concluyó Kornai, «es la explicación directa del “ablandamiento” de la restricción presupuestaria», conllevando «la casi insaciable demanda de trabajo y la tendencia a acumularlo, el hambre casi insaciable de inversiones, etc.»¹⁰⁷.

Aunque Kornai identificó a los directores de empresas como aquéllos que estaban participando directamente en actividades que tenían significativos efectos negativos, la culpa tendría que recaer en las autoridades centrales que crearon los incentivos y el ambiente en el que era «simplemente humano» que los directores de empresa actuasen de esa forma. Desde luego, la pregunta obvia (explorada en el siguiente capítulo) es: *¿por qué los planificadores escogerían seguir políticas que producían efectos tan negativos?*

¹⁰⁴ Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 28.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 110.

¹⁰⁶ *Ibid.*, 209-10 y 306-11.

¹⁰⁷ *Ibid.*, 566 y 568.

CAPÍTULO 2

El contrato social

Una forma útil de explorar la interacción entre planificadores y directores de empresas en el *socialismo real* es considerarla como un problema entre *el principal y el agente*¹⁰⁸. En ese contexto, asumimos la existencia de una parte dominante –un principal– que tiene una meta particular que desea alcanzar. Y este principal tiene que depender de otra parte –el agente– que posee sus propias metas, las cuales difieren de las del principal. En otras palabras, empezamos por reconocer que los intereses del principal y los del agente no son idénticos. Se presume además que el agente sabe algo que el principal desconoce (el problema de la información asimétrica), y que es difícil y costoso para el principal adquirir esa información. Por consiguiente, el problema del principal y el agente gira alrededor de los mecanismos que el principal utiliza para hacer que el agente actúe en concordancia con la meta del principal.

En la interacción que hemos descrito entre planificadores y directores de empresa, es usual considerar al planificador como el principal que trata de inducir al director de empresa (el agente) que produzca de acuerdo con el plan mediante el otorgamiento de incentivos materiales en forma de primas por cumplimiento. Ciertamente, como vemos, los directores respondieron como ese «maravillosamente eficiente programa de computación» para maximizar su ingreso presente y futuro, descrito por Berliner. ¿Por qué entonces los resultados eran tan deficientes? ¿Era esto lo que el principal quería?

108 Ver, por ejemplo, el análisis de relaciones *principal-agente* (o el «problema del agente») en Joseph Berliner, *The Economics of the Good Society: the Variety of Economic Arrangements*, 329-31 y 339-43.

Los directores de empresa como principales

En el modelo principal-agente se asume que el primero sabe lo que el segundo quiere (es decir, su función de utilidad) y, por lo tanto, crea las condiciones que producirán los resultados deseados. En este caso particular, la premisa es que el planificador, aunque careciendo del conocimiento detallado necesario para planificar, sabe que los directores responden a incentivos materiales y, por consiguiente, fija las primas adecuadamente. Así, si las primas eran ante todo para el cumplimiento de planes de producción a corto plazo, podemos presumir que ello se debía a que los planificadores querían maximizar la producción a corto plazo.

Sin embargo está claro que los planificadores no se sentían contentos con los resultados que estaban obteniendo. Todas las historias acerca de perversidades y de productos fabricados con baja calidad eran ataques a la conducta de los directores de empresa, ataques dirigidos y orquestados por quienes estaban a la cabeza. No es accidental, por ejemplo, el hecho de que la prensa soviética estuviera llena de tales materiales. Así que, ¿cuál es la explicación de que los planificadores no obtuvieran los resultados que realmente deseaban? ¿Era que no contaban con suficiente información para introducir los esquemas de incentivos apropiados?

Ya en la época en que escribió *The Socialist System*, Kornai se había apartado de lo que él llamó reformismo ingenuo, para oponerse al socialismo en cualquier forma. Ahora rechazaba explícitamente el argumento de que el esquema principal-agente (que se adaptaba bien a su propio viejo argumento) fuera adecuado para describir el *socialismo real* y que una reforma del mecanismo económico podía resolver el problema. «Algunos observadores y críticos de la economía socialista», comentaba, «tienden a preguntar por qué no se introduce un sistema de información e incentivos más adecuado en el socialismo. Piensan que la sociedad puede ser percibida como la realización de un gigantesco modelo principal-agente». Desde esa perspectiva, debe asumirse que los líderes fueron estúpidos por no haber encontrado el esquema correcto de información e incentivos. Pero los líderes *no* eran estúpidos; de hecho, Kornai argumentó que la naturaleza del sistema era tan coherente que no

podía ser alterada aplicando unas pocas ideas de ese tipo para su reorganización¹⁰⁹.

Entonces, ¿cuál era el problema? Antes de asumir que éste era efectivamente un problema principal-agente –que debía ser solucionado adoptando el esquema de incentivos correcto por parte de los planificadores–, debemos preguntar si hemos identificado correctamente a los actores. *Quizás los directores conocían las metas de los planificadores mejor de lo que los planificadores conocían las metas de los directores.* Tal vez los directores se empeñaron en ciertas actividades para inducir a los planificadores a seleccionar aquellos mecanismos que fuesen óptimos para el empresario.

De hecho, esta inversión está implícita en el concepto de la restricción del presupuesto flexible. Es el reconocimiento por parte de los directores de que los planificadores no les van a permitir fallar, lo que los lleva a actuar de determinadas maneras. Aunque Kornai no explora sus implicaciones, este es realmente el texto oculto en el concepto de Kornai: el conocimiento de los directores respecto del comportamiento de los planificadores les permite perseguir (por el motivo que sea) su casi insaciable apetito de expansión y esto crea variados problemas generados por las escaseces resultantes. Esta inferencia puede ser complementada con ejemplos explícitos de cómo acciones iniciadas por algunos directores generaban disfunciones significativas en el *socialismo real* y creaban problemas para los planificadores.

Por ejemplo, Tamas Bauer argumentó que los ciclos de inversión, más que deberse a los objetivos irrazonables de inversión y expansión de los de arriba, eran generados desde abajo. Los directores tenían técnicas especiales para presentar sus solicitudes de fondos adicionales de inversión¹¹⁰. Dado que los planificadores se esmeraban por controlar directamente la cartera de proyectos de inversión en proceso, Bauer señaló que «los demandantes encontrarán una forma de abrirse camino escondiendo sus solicitudes de fondos (omitiendo las inversiones

109 El rechazo por parte de Kornai de un modelo de principal-agente puede descartarse, ya que lo excluía de cualquier forma *por definición* cuando anunciaba que «las motivaciones de la dirección de la firma y de otros grupos de la burocracia no serán tratadas por separado. El objetivo es identificar los incentivos generales que se aplican a todos los líderes en la burocracia económica» (*The Socialist System: The Political Economy of Communism*, 118-119).

110 Tamas Bauer, «Investment Cycles in Planned Economies» (*Acta Económica*, 1978), 21.

adicionales necesarias en las propuestas presentadas, por ejemplo.) o subestimando los costos de la inversión». Al iniciar un proyecto con una cifra de inversión en el primer año artificialmente baja, una empresa podía lograr «meterse en el plan» porque los planificadores se ocupaban principalmente, en todo momento, de los desembolsos anuales de inversión. El problema era que los que estaban arriba no tenían información suficientemente buena para controlar y chequear esto.

Así, incluso si los planificadores querían un plan de inversiones factible y armonioso, quedarían sujetos a presiones desde abajo. Bauer le sigue la pista a un ciclo de inversión que comienza con muchos nuevos proyectos puestos en marcha simultáneamente. En la segunda fase, a medida que se revela la verdadera extensión de los proyectos, los desembolsos crecientes sobrepasan significativamente la inversión planificada. En una tercera fase, las escaseces resultantes llevan a los planificadores centrales a limitar la aprobación de nuevos proyectos de inversión y a tratar de acelerar la finalización de los proyectos existentes —llegando en última instancia al aplazamiento y suspensión de inversiones de menor prioridad y a una menor aprobación de nuevas inversiones. No obstante, una vez que las escaseces disminuyen, se ejerce una presión cada vez mayor por completar los proyectos pospuestos y suspendidos y por aumentar la aprobación de propuestas, y así el ciclo recomienza.

Esta era, pues, la explicación de Bauer para los prolongados períodos de construcción y las demoras en las finalizaciones, la menor eficiencia de la inversión, las bajas tasas de crecimiento y una introducción más lenta de nueva tecnología. ¿Este esquema era inherente a una economía planificada? Según Bauer, no. Más bien, esgrimió que el esquema reflejaba las relaciones particulares dentro de la economía: (a) los directores de empresa querían fondos de inversión porque ello hacía más fácil el cumplimiento del plan y porque una empresa más grande incrementaba su estatus de poder, y (b) los directores de empresa sabían que las entidades supervisoras aceptarían apoyar sus solicitudes de inversión si ellos aceptaban las cuotas propuestas.

Regresemos, pues, al rechazo por parte de Kornai del modelo principal-agente como explicación de las variadas perversidades del mecanismo económico existente. El argumento de Kornai es

que los de arriba no eran estúpidos. Entonces, ¿carecían de poder? Ciertamente, los directores estaban lejos de ser agentes pasivos de los planificadores; ellos más bien actuaban para tratar de sacar ventaja de «las ambigüedades y puntos ciegos de la planificación imperativa para promover sus intereses particulares a expensas del desarrollo económico general»¹¹¹.

A partir del estudio de la literatura de los economistas de Europa Oriental, Flaherty señala que los directores de empresa iban mucho más allá de los conocidos mecanismos de defensa tales como «el ocultamiento a las autoridades centrales de la capacidad total de producción, unido a la deliberada inflación o distorsión de los informes de producción». Los mecanismos individuales y descoordinados de defensa, precisó, fueron «suplantados por estrategias de ofensiva colectiva mucho más significativas. Estas respuestas concertadas se originan en los intentos de sub-unidades de producción por conseguir aliados organizativos»¹¹².

Flaherty también planteó que los *lobbies* y coaliciones sectoriales, que se convirtieron en poderes para sí mismos, procedieron a usurpar la autoridad de los «organismos centrales nominalmente soberanos»¹¹³. El resultado fue que, en la lucha por fondos de inversión, el patrón de inversión se convirtió «casi enteramente en una función del dominio sectorial, o de la correlación de fuerzas sumamente sesgada existente entre los contendientes»¹¹⁴. Las fuerzas atrincheradas, particularmente en la industria pesada, salieron triunfantes en todo. Y el costo, según algunos, fue la ausencia de una política industrial nacional coherente.

«A la luz de los destructivos efectos del predominio sectorial –indica Flaherty–, la pregunta lógica es: ¿por qué entonces el Estado no diagnostica la causa obvia de esas tendencias y toma las contramedidas apropiadas para reafirmar su control contra los monopolios?»¹¹⁵. Su respuesta es que *trató*, intentando introducir regulaciones adicionales e indicadores de plan para resolver los problemas; sin embargo, esto

111 Patrick Flaherty, «Cycles and Crises in Statist Economies». *Review of Radical Political Economics* 24/nros. 2-3, 1992, 113.

112 *Ibíd.*, 114.

113 *Ibíd.*, 116.

114 *Ibíd.*, 117.

115 *Ibíd.*, 118.

sencillamente desencadenó «esfuerzos redoblados de los directores de producción de menor nivel para evadir el escrutinio externo». Así, la autoridad central estaba «cada vez más incapacitada»¹¹⁶.

Considérese la aparente dificultad de apartarse de un modelo de crecimiento extensivo basado en la construcción de nuevas fábricas y llenarlas de una fuerza de trabajo obtenida mayormente del campo. Aunque este fue el patrón histórico de industrialización en el *socialismo real*, en el período que se analiza la necesidad de cambiar hacia una productividad cada vez mayor en las instalaciones productivas existentes era evidente. Ota Šik señaló que en Checoslovaquia la construcción de nuevas fábricas con recursos extraídos de empresas se hacía a costa de la modernización de plantas y (dada la concentración desproporcionada en la industria pesada) de la satisfacción de necesidades de consumo. La economía checoslovaca, insistió en 1968, necesitaba «cambiar, en un período relativamente corto, su énfasis de inversiones a largo plazo en la industria pesada a los sectores que han sufrido años de abandono»¹¹⁷. De modo similar, Kosygin recibió un importante informe en 1967 detallando serios problemas en la economía soviética y en 1970 Gosplan emitió un desalentador informe crítico de la dirección de la economía que señalaba que «todos los indicadores básicos se desacelerarán, deteriorarán o estancarán»¹¹⁸.

Sin embargo, nada parecía cambiar. Dirigiéndose al XXVII Congreso del Partido, el 25 de febrero de 1986, Gorbachov afirmó que durante el «período del estancamiento (palabra en clave para el período de Brézhnev) fallamos en comprender la necesidad aguda y urgente de convertir la economía a métodos intensivos de desarrollo». Más bien ha habido un desarrollo continuado «en gran medida sobre una base extensiva, con el objetivo puesto en atraer fuerza de trabajo y recursos materiales adicionales para la producción». Pero, ¿por qué no parecían capaces de hacer el cambio al desarrollo intensivo?

Las fuentes de Flaherty ofrecieron una explicación. Argumentaban que la incapacidad de cambiar del modelo de desarrollo extensivo al intensivo reflejaba en gran parte el poder de los grupos sectoriales concentrados en la industria pesada (tanto las empresas como los

116 *Ibíd.*, 119.

117 Ota Šik, *Czechoslovakia: The Bureaucratic Economy*, 46-50 y 52.

118 Moshe Lewin, *The Soviet Century* (Londres: Verso, 2005), 329-33 y 370-71.

ministerios). En Polonia, los *lobbies* de la industria pesada y minera se unieron en contra de la reasignación de inversiones y de esa forma siguieron extrayendo el grueso de las nuevas inversiones. De manera parecida, el intento de Brézhnev de mover la economía soviética lentamente hacia un modelo de crecimiento intensivo fracasó, evidenciando lo que fue descrito como «la impotencia del centro ante sus subordinados», cuando coaliciones sectoriales lograron apoderarse de fondos de ramas más débiles¹¹⁹.

Restricciones a los planificadores

¿Cuál fue la base de la «impotencia» de los de arriba? El poder de las autoridades centrales, enfatizó Kornai, no es absoluto: «El político no es el manipulador externo de una máquina que puede apretar botones y mover palancas a su voluntad». Más bien «reacciona con una acción definida a señales definidas»¹²⁰. ¿Qué determina esas reacciones? En su modelo macroeconómico de la economía de escasez, Kornai introdujo no sólo una «esfera real» que describe la producción, la inversión, el consumo, etc. (aspectos estándar de un modelo económico), sino también, significativamente, una «esfera de control» que representa el comportamiento de diversos decisores¹²¹. La política económica y los patrones de decisión fueron modelados como endógenos al sistema, y es en esta esfera de control (a través de aquellas reacciones definidas a señales definidas) que son generadas las características únicas y específicas de la economía socialista.

En el núcleo de este modelo está la cuestión de la *retroalimentación*. El modelo de Kornai describe no sólo la tendencia a la escasez crónica sino que incluye también importantes mecanismos de retroalimentación que tienden a reproducir un grado «normal» de escasez. De esta manera, donde los desarrollos en la esfera real provocan resultados que se desvían de las normas existentes –como consecuencia del «hábito, la convención, la aceptación social tácita o legalmente apoyada, o la conformidad»–, el sistema genera señales que son retroalimentadas

.....
119 Patrick Flaherty, «Cycles and Crises in Statist Economies», 117 y 124.

120 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 380.

121 Janos Kornai, *Growth, Shortage and Efficiency: A Macrodynamical Model of the Socialist Economy* (Berkeley: University of California Press, 1982).

al sistema por la vía de la esfera de control. Dicho en forma simple, las desviaciones de las normas producen reacciones típicas, una conducta predecible de parte de los decisores¹²².

Esto nos trae entonces a las restricciones impuestas a los planificadores –es decir, a su aparente impotencia. ¿Qué ocurrió precisamente en esa esfera de control cuando las normas fueron violadas? ¿Y por qué? Tómese, por ejemplo, la tasa normal de crecimiento del consumo real per cápita. Kornai argumentaba que esa era una norma crítica que los decisores centrales cumplían. Mirando de diez a quince años atrás, él informaba que muchos planificadores húngaros consideraban que el «límite más bajo de tolerancia» para esta tasa de crecimiento era de 2% y la tasa normal del 3% al 4%¹²³. Las desviaciones de esta norma, enfatizó, generaban un mecanismo de retroalimentación: «Si el crecimiento del consumo se mantiene por debajo de su tasa normal, se reducirá la escala de inversión a fin de dejar una mayor parte del ingreso nacional para el consumo»¹²⁴. Pero, ¿por qué?

¿Qué era precisamente lo que generaba el «mecanismo de control» que empujaba al sistema de regreso a la norma, en caso de desvío? Una respuesta negativa de la población subyacente, según Kornai. «Retener aumentos en el nivel de vida, o su reducción absoluta, e infringir el límite inferior [...] más tarde o más temprano conlleva serias consecuencias políticas y sociales, tensión e incluso *shocks*, lo que tras un retraso mayor o menor obliga a una corrección»¹²⁵.

Los de arriba, enfatizó, estaban limitados. La barrera «depende de la situación sociopolítica real, de qué nivel y tasa de crecimiento del consumo la población estaría dispuesta a aceptar, y dónde comienza la insatisfacción. Y si hay insatisfacción, en qué punto la misma comienza a poner en peligro la estabilidad del sistema. Es un hecho histórico que el malestar puede ser tan grande que induzca a los líderes a cambiar la política económica»¹²⁶. En resumen, las crecientes aspiraciones de

122 *Ibíd.*, 4-5, 24-33 y 76; Janos Kornai, *Economics of Shortage*, Cap. 21; Michael Lebowitz, «Kornai and Socialist Laws of Motion».

123 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 382.

124 Janos Kornai, *Growth, Shortage and Efficiency*, 47-48.

125 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 383.

126 *Ibíd.*, 212.

consumo de la población, argumentó, fueron un elemento que afectó la conducta típica de las autoridades centrales; y estas aspiraciones no podían ser ignoradas¹²⁷.

Estrechamente asociada con el deseo de la población de un ingreso en aumento (conjuntamente con la restricción correspondiente a los planificadores) estaba su preocupación por la estabilidad de los precios. El potencial de «irracionalidad», sostuvo Kornai, en este caso era alto. Aunque en un punto los precios pudieran haber sido fijados adecuadamente (por ejemplo, reflejando antiguos costos relativos o permitiendo la satisfacción de necesidades básicas), los costos relativos y las preferencias sociales variaban considerablemente con el paso del tiempo («¿Por qué –preguntaba Kornai– debían ser de interés social los subsidios estatales para necesidades básicas, que alentaban comer en exceso?»). El problema era que la «rigidez y la inercia impiden que los precios relativos para el consumidor se ajusten a nuevas condiciones»¹²⁸.

¿Quién, sin embargo, era rígido o conservador? La gente misma. La cuestión, sencillamente, era que los movimientos de los precios al consumidor eran «un problema político delicado». La restricción en el presupuesto doméstico es dura; por tanto, todo aumento de precio lo golpea fuertemente, generando gruñidos y protestas. «Precisamente porque un grado de estabilidad relativamente alto de los precios es uno de los más grandes logros de las economías socialistas, la población *espera* que los precios permanezcan invariables; *la estabilidad en sí misma es de valor para la gente*»¹²⁹. Y así, esta expectativa de la población generaba rigidez en los precios. Cualquier cambio significativo en los precios tendría un efecto redistributivo importante (como en el caso, por ejemplo, de poner fin a los alquileres subsidiados). «Cualquier redistribución radical inquietaría a la opinión pública. Aquellos que ganan con ello pueden incluso no reconocer su ganancia». Esto, explicaba Kornai, era el fenómeno de la «trampa de la estabilidad de los precios: la gente se acostumbra a la estabilidad y después de

127 *Ibíd.*, 415.

128 *Ibíd.*, 502-3.

129 *Ibíd.*, 485.

un tiempo incluso esperan que el gobierno la garantice. Cualquier aumento importante de precios da lugar a malestar»¹³⁰.

En resumen, fue la población misma la que se caracterizó por la «rigidez e inercia». En forma poco sorprendente, la gente era conservadora en relación con medidas que amenazaban sus ingresos reales. Si los planificadores emprendían una iniciativa en dirección a una mayor «racionalidad» económica, se enfrentaban directamente al hábito y la convención (es decir, contra la aceptación popular de las normas existentes).

La norma más significativa, empero, era la del pleno empleo. Kornai señaló que «una de las conquistas básicas históricamente importantes de la economía socialista es el pleno empleo. No sólo alcanza un alto nivel de empleo, sino que, una vez alcanzado, lo garantiza firmemente»¹³¹. A diferencia del capitalismo, con su mercado de compradores de fuerza de trabajo en el cual todas las cargas del mercado (tales como búsqueda, espera, colas y sustitución forzada) recaen en los vendedores, Kornai enfatizó que el socialismo está caracterizado por un mercado de vendedores de fuerza de trabajo, por tanto por una elevada tasa de participación, absorción de reservas potenciales y eliminación del desempleo crónico.

Por consiguiente, el sentimiento de «indefensión» de los obreros en el capitalismo, que resulta de la amenaza de desempleo, está ausente en el mercado de vendedores de fuerza de trabajo característico del socialismo: «La persona acostumbrada al empleo no tiene competidores desempleados en el mercado, ni tampoco tiene competencia por parte de un enorme ejército potencial de reserva. *El grupo acostumbrado al empleo se caracteriza por el empleo garantizado*»¹³².

Entonces, ¿era esto una restricción significativa para los planificadores? En la medida en que el pleno empleo era una expectativa clara de la población, ¿la violación de esta norma produciría «serias consecuencias políticas, tensión e incluso *shocks*»? Necesitamos entender más acerca de las dimensiones de esta norma de empleo si hemos de asumir que ella efectivamente obligó a los planificadores a seguir un determinado camino.

130 Ibid., 509-10.

131 Ibid., 235.

132 Ibid., 251-52.

Derechos del puesto de trabajo

En 1975, David Granick señaló que el derecho a un puesto de trabajo en la URSS involucraba mucho más que el pleno empleo a nivel macro, ya que también funcionaba a nivel micro. «Se considera inadmisibles, excepto en muy raras circunstancias», indicó, «el despedir a trabajadores por otras razones que no fueran gran incompetencia o repetidas violaciones a la disciplina de la fábrica». En pocas palabras, «los trabajadores han tenido una seguridad de empleo virtualmente completa. Más que ninguna otra cosa, éste es el rasgo que ha dado contenido en la mente del trabajador común a la consigna de un *Estado de trabajadores*»¹³³.

La «inadmisibilidad política de los despidos» dio así a los trabajadores una seguridad real, ya que estaban «protegidos no sólo contra la realidad del desempleo, sino también contra la necesidad de cambiar o bien la ocupación o el lugar de trabajo bajo la amenaza del desempleo»¹³⁴. Esta característica, que Granick llamó la restricción del «pleno empleo microeconómico» (pero que más tarde llamaría «derechos del puesto de trabajo»), significaba que los trabajadores eran «virtualmente inmunes a la presión de sufrir cambios de puesto de trabajo que ellos personalmente consideren, por cualquier razón, que reducen su bienestar individual».

Sin embargo, lo que era positivo para los trabajadores aparecía como esencialmente negativo para Kornai. Su análisis de la norma de empleo claramente demuestra (si es que hubiera habido alguna duda) que su concepto de racionalidad reflejaba todo el tiempo la perspectiva del director de empresa (la «célula» de la economía). En ausencia de mano de obra disponible en el mercado de fuerza de trabajo, explicaba Kornai, el comprador (el director) asume los costos de búsqueda, recogida de información, espera, etc¹³⁵. Además, en estas condiciones de escasez de oferta, las empresas se ven obligadas a acumular y reservar fuerza de trabajo para el futuro. Tan sólo desde esta perspectiva estaba justificado el «ajuste» de la norma

133 David Granick, *Enterprise Guidance in Eastern Europe: A Comparison of Four Socialist Economies* (Princeton: Princeton University Press, 1975), 245-46.

134 *Ibid.*, 473.

135 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 254.

de empleo: un pequeño tiempo muerto en el mercado laboral o un ejército industrial de reserva sería racional.

El mayor problema para Kornai, sin embargo, era el «tiempo muerto interno», «el desempleo en el puesto de trabajo». Kornai proponía que «mientras más frecuente e intensa fuera la escasez de fuerza de trabajo, mayor sería el tiempo muerto interno, es decir, el desempleo en el trabajo». ¿Por qué? Porque «la escasez crónica e intensa de fuerza de trabajo relaja la disciplina del taller, deteriora la calidad del trabajo y reduce la diligencia de los trabajadores». Apuntó que «la mayoría de las personas [...] realizan su trabajo razonablemente bien sin presión externa para hacerlo. Y mientras más comprenden la importancia social de su trabajo, más verdadera es esta afirmación». Pero «los factores que operan a favor de la disciplina, la diligencia y el cuidado son contrarrestados por la escasez crónica de fuerza de trabajo. La seguridad *absoluta* del trabajador, la garantía incondicional de empleo alienta la irresponsabilidad en cualquiera que sea susceptible a ello»¹³⁶.

¿Y qué podían hacer los directores de empresa acerca de esto? Los directores (incluyendo los capataces) estaban limitados para imponer disciplina y estaban obligados por el mercado de vendedores «a ser indulgentes». La cadena causal: a mayor intensidad de escasez de trabajo, con mayor frecuencia los trabajadores abandonan los puestos de trabajo inesperadamente para aceptar otros (dejando los puestos sin cubrir). «Alternativamente, puede que no se vayan, pero simplemente se ausentan sin justificación, o vienen al trabajo, pero en vez de trabajar debidamente sólo pierden el tiempo»¹³⁷. Claramente, a los ojos de Kornai pocas cosas eran peores que el comportamiento típico de los trabajadores en esta economía de escasez.

Obviamente, funcionar en este mercado de vendedores de fuerza de trabajo era un problema para los directores de empresa. La otra parte, desde luego, era que la economía de escasez y la norma del pleno empleo proporcionaron beneficios inmediatos a los trabajadores. Pero, ¿qué sucedía con las autoridades económicas centrales, los planificadores? ¿Explicó Kornai que la norma de empleo pleno (al igual que las otras normas) restringía a los planificadores, obligándolos a las decisiones que reproducían la economía de escasez? En realidad,

136 *Ibíd.*, 255.

137 *Ibíd.*, 256.

opinó sorprendentemente poco acerca de esto. Como comentara Granick sobre el *Anti-Equilibrium* de Kornai, «no hay nada en su tratamiento, ya sea de la historia o de la lógica de la succión, que sugiera algún papel para la restricción del mantenimiento del puesto de trabajo, que yo considero fundamental»¹³⁸. Y una vez que Kornai cambió su explicación acerca de las escaseces para subrayar el ansia insaciable de inversiones de los directores, cualquier vínculo directo en su análisis entre la norma del pleno empleo y el comportamiento de los planificadores se tornó incluso más oscuro.

No obstante, como «en el modelo de Kornai se invierte muy poco o nada sin la aprobación del Centro», la adaptación del plan al afán de inversión de los directores es «una condición necesaria para las tendencias inversionistas que conducen a la escasez de fuerza de trabajo». Dado que «es sólo la aceptación por parte del Centro de las solicitudes lo que ocasiona que la demanda de fuerza de trabajo para períodos futuros sea ilimitada», la teoría de Kornai pide a gritos responder a esa pregunta crítica: ¿por qué el Centro accedía?¹³⁹

Para tratar de dar respuesta a esta pregunta necesitamos saber más de esta norma de empleo. La norma parece haber tenido (al menos) tres aspectos relevantes: (a) presiones económicas que crean el mercado de vendedores de fuerza de trabajo, asegurando con ello una alta probabilidad de que haya puestos de trabajo disponibles para todos; (b) presiones políticas y legales para colocar a personas en puestos de trabajo; y (c) presiones políticas y legales para proteger a la gente de perder sus puestos o de verse obligados a cambiarlos en alguna forma. Obviamente estos aspectos están relacionados, pero si tomamos en cuenta sólo el primero de ellos (pleno empleo) es probable que malinterpretemos la base que subyace en los mismos.

Comencemos por el último de ellos: los derechos al puesto de trabajo, «la seguridad *absoluta* del trabajador», el derecho *de facto* del trabajador individual a su puesto de trabajo. Este derecho al puesto de trabajo fue confirmado explícitamente en la legislación laboral introducida en el período post-Stalin. El Artículo 17 de la Legislación Laboral Fundamental de la URSS (1971), por ejemplo, restringía las bases para el despido de un trabajador a razones específicas y

¹³⁸ David Granick, *Enterprise Guidance in Eastern Europe*, 249n.

¹³⁹ David Granick, *Job Rights in the Soviet Union: Their Consequences*, 69.

apuntaba que incluso estas razones solamente eran válidas «si es imposible transferir al empleado en cuestión a otro puesto, con su consentimiento»¹⁴⁰.

En teoría, un trabajador podía ser despedido por violar la disciplina laboral (por ejemplo, ausentismo y estado de embriaguez en el puesto de trabajo), por ser remiso, por estar incapacitado para realizar sus tareas o por redundancia (es decir, porque éstas ya no eran necesarias). En la práctica, sin embargo, no era tan fácil. La primera línea de defensa del trabajador era el comité sindical electo del centro de trabajo. Antes de cualquier despido, ese comité tenía que estar de acuerdo. Esto tenía que ocurrir en una reunión plenaria, para lo cual requeriría un quórum de dos terceras partes y una votación con mayoría absoluta por el despido¹⁴¹. Y esa decisión, si favorecía al trabajador, no podía ser revocada (un poder que Granick describió como «verdaderamente impactante» debido al principio usual en el *socialismo real* por el que «un órgano jerárquicamente superior siempre puede revocar la decisión de uno inferior»).

Suponiendo que el comité sindical apoyara el despido, el trabajador igualmente podía recurrir a los tribunales. Lewin puntualiza que «en 1965, en el 60% de los casos sometidos a ellos, los tribunales habían ordenado la reubicación de los trabajadores despedidos» –con pago retroactivo, lo que implicaba «serios costos» para el gobierno¹⁴².

Los trabajadores también estaban protegidos de cambios en su puesto y traslados a otros trabajos, incluso en casos claros donde habían devenido *redundantes* debido a cambios tecnológicos y reorganización. En tales casos, la mayoría de los trabajadores cuyo puesto de trabajo había desaparecido eran recalificados en la misma empresa. Si rehusaban, sin embargo, de nuevo podían apelar al sindicato para protección y a los tribunales (e incluso tenían más éxito aquí). Todo esto sucedía en un contexto donde había un permanente esfuerzo por encontrar puestos de trabajo para nuevos aspirantes al mercado laboral, por ejemplo presión a las empresas para que

140 David Laibman, *The «State Capitalist» and «Bureaucratic-Exploitative» Interpretations of the Soviet Social Formation: A Critique*, 29.

141 David Granick, *Job Rights in the Soviet Union* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), 103.

142 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 331.

contrataran a gente joven. La existencia de desempleo en áreas específicas trajo consigo igualmente presión de parte de los comités locales del partido para que todas las empresas locales añadieran a su fuerza de trabajo. Esta era una práctica apoyada por el Artículo 9 de la Legislación Laboral, que expresaba que «la negativa infundada de conceder un trabajo está prohibida por la ley»¹⁴³.

La protección de que gozaban los trabajadores individuales para sus puestos de trabajo, de parte de sindicatos y sistemas legales, era real. Empero, como apunta Lewin sobre la URSS, «los empleados poseían un arma más efectiva que apelar a los tribunales: podían defender sus intereses cambiando de trabajo»¹⁴⁴. En síntesis, la existencia de succión y la economía de escasez implicaban que los trabajadores podían garantizar sus derechos dentro del centro de trabajo (incluyendo el derecho a un día laboral con un ritmo que decididamente no era intenso). En este mercado laboral de vendedores, los trabajadores podían moverse libremente y aprovechaban esa oportunidad. El treinta por ciento de la fuerza laboral manual en la industria soviética abandonó la empresa donde trabajaban en un año dado, a pesar de las medidas implementadas por los directores de empresa para retener a sus trabajadores, tales como evaluación para un puesto superior, entrega de vivienda, cuidado de los niños, etc.¹⁴⁵.

¿Cuán importante era, pues, esta combinación de derechos en el puesto de trabajo y la economía de escasez para entender el *socialismo real*? Granick señaló que la condición de «derechos al puesto de trabajo y el pleno empleo» (JROE por sus siglas en inglés) tuvo «prioridad sobre la mayor parte de los demás objetivos de los planificadores centrales en la Unión Soviética». Se podría catalogar, propuso, como una meta clave de los planificadores centrales pues «tiene que ser cumplida plenamente antes de perseguir otros objetivos». El argumento alternativo, reconoció, es que los JROE eran una *restricción* que enfrentaban los planificadores centrales, impuesta «contra su voluntad»¹⁴⁶.

143 David Laibman, *The «State Capitalist» and «Bureaucratic-Exploitative» Interpretations of the Soviet Social Formation*, 29.

144 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 176.

145 David Granick, *Job Rights in the Soviet Union*, 13-14.

146 *Ibid.*, 1-3.

¿Cuál era ésta? Granick insistía en que garantizar los derechos al puesto de trabajo era la política preferida de los líderes soviéticos, ya fuera porque ellos mismos la preferían o porque «creían que las reacciones políticas de la población soviética a las violaciones [...] serían severas»¹⁴⁷.

Este último punto era el mismo que había esgrimido antes en relación a las reformas húngaras: «interferir en este derecho fundamental de los trabajadores húngaros haría surgir de la forma más aguda la cuestión del abandono del socialismo, tanto en las mentes de la población de Hungría como de los líderes de los demás países del CAME»¹⁴⁸. En cualquier caso, sostuvo que el resultado económico sería el mismo tanto si la conducta típica de los planificadores tenía lugar porque estas normas eran suyas o porque su no cumplimiento comenzaría «a hacer peligrar la estabilidad del sistema».

Sin embargo, dado que el mantenimiento de estas normas fue abandonado posteriormente por los que estaban a la cabeza, es importante determinar si planificadores y trabajadores tenían idénticas metas. Analícese, por ejemplo, la diferencia entre empleo pleno (el derecho a un puesto de trabajo en general) y derechos del puesto de trabajo (el derecho a un puesto de trabajo específico –lo que Granick denominó «restricción microeconómica del pleno empleo»). Hablando a un grupo de trabajadores, Janos Kadar, primer ministro de Hungría, decía que «el pleno empleo es la conquista de nuestro sistema». Empero, «al mismo tiempo es inevitable el reagrupamiento racional de la fuerza de trabajo. El desarrollo y expansión de la producción económica, la contracción y finalmente el cese de la producción no económica requieren el reagrupamiento adecuado de la mano de obra».

¿Qué revelaba esto? La interpretación de Ed Hewitt fue que en 1981 los líderes del partido y gobierno húngaros estaban en la situación en que «definían el pleno empleo como el derecho garantizado a un puesto de trabajo, pero no a un puesto de trabajo específico ni a una forma específica de realizar ese trabajo». Y eso significaba que «en los próximos años deben tratar de convencer a la población» de la necesidad de reagrupar a los trabajadores. Aquí había «dos escollos formidables

147 David Granick, *Central Physical Planning: Incentives and Job Rights* (Boston: Kluwer/Nijhoff, 1983), 139.

148 David Granick, *Enterprise Guidance in Eastern Europe*, 246.

para la ulterior reforma económica de Hungría: la población está convencida de que una distribución justa del ingreso es una distribución plana y están convencidos de que la garantía de un puesto de trabajo por parte del partido significa que cada persona puede mantener el puesto que él o ella tiene en este momento»¹⁴⁹. En pocas palabras, los de arriba estaban claramente restringidos por lo que los trabajadores consideraban su derecho.

Pero esto nos lleva a lo que algunos considerarían una paradoja del *socialismo real*. Analicemos el fenómeno de los derechos al puesto de trabajo —el paquete que incluía seguridad de empleo, un ritmo de trabajo relativamente cómodo y la disponibilidad de puestos de trabajo alternativos debido al pleno empleo. Estas eran características que serían reconocidas como grandes conquistas resultantes de las luchas obreras en el capitalismo. *Pero no eran conquistas de los trabajadores en el socialismo real; la clase obrera y las organizaciones obreras no eran lo suficientemente fuertes para garantizarlas y protegerlas.*

He aquí la paradoja de la situación de los trabajadores en la URSS, resumida por Linda J. Cook:

Su clase obrera hasta hace poco era políticamente inactiva y de organización débil; le estaban negados los derechos a crear sindicatos independientes, a organizar partidos políticos, incluso a ejercer una participación política efectiva o significativa. Sin embargo, los trabajadores soviéticos parecen haber obtenido de los regímenes de posguerra importantes metas políticas —empleo pleno y seguro, crecientes ingresos reales y servicios humanos socializados—, las que se han mantenido inaccesibles a las organizaciones de trabajadores mejor organizadas en el mundo industrializado. ¿Cómo podemos explicar esta paradoja?¹⁵⁰

¿Cuál era la representación orgánica de los trabajadores? Como hemos visto, los sindicatos oficiales protegían los derechos de los trabajadores individuales; sin embargo, sus líderes eran nombrados desde arriba y su principal función era servir como una correa de transmisión para movilizar a los trabajadores en apoyo de las metas estatales. El artículo 96 de la Legislación Laboral Fundamental

149 Ed Hewitt, *The Hungarian Economy: Lessons of the 1970s and Prospects for the 1980s*.

150 Linda J. Cook, *The Soviet Social Contract and Why It Failed: Welfare Policy and Workers Politics from Brezhnev to Yeltsin*, 1.

señalaba que las organizaciones sindicales participaban en la elaboración de los planes estatales de desarrollo económico (en la cima) y «enrolan a los trabajadores de las fábricas y empleados de las oficinas en la gestión de la producción; además organizan la emulación socialista, la participación a escala masiva en la promoción de nuevas ideas en tecnología, y ayudan a promover la producción y la disciplina laboral»¹⁵¹.

Sin embargo, no se dice una palabra acerca del *poder* obrero dentro del centro de trabajo, a menos que (como apunta el artículo 97) su derecho a participar en las discusiones y a «someter propuestas sobre cómo mejorar el trabajo de las empresas, instituciones y organizaciones» sea interpretado como poder. Y a menos que sea visto como una conquista de los trabajadores que «los funcionarios de las empresas, instituciones, organizaciones deben examinar con prontitud las propuestas y críticas formuladas por los trabajadores de las fábricas y los empleados de las oficinas, e informarles respecto a los pasos dados en estos asuntos»¹⁵². En otras palabras, la compañía estará feliz de recibir sugerencias de los trabajadores y la compañía decidirá cuáles, si es que hay alguna, serán aplicadas.

Ningún poder dentro del centro de trabajo para dirigir el proceso de producción, ninguna capacidad para que los trabajadores se transformen a sí mismos en el proceso de transformar las cosas, pero protección de los derechos del puesto de trabajo individual (especialmente contra iniciativas de los directores de empresas). Este cuadro es el de una fuerza laboral atomizada pero segura, una situación «en la que el trabajador atomizado, alienado, despojado de cualquiera y de todos los medios para ejercer la defensa colectiva de sus intereses dentro de la producción y de la sociedad en su conjunto, podía ejercer, y de hecho ejercía, control individual sustancial sobre la organización y la ejecución del trabajo». Y el resultado era «trabajo lento, defensa de una organización laboral ineficiente y tolerancia, cuando no exacerbación de las alteraciones

151 David Laibman, *The «State Capitalist» and «Bureaucratic-Exploitative» Interpretations of the Soviet Social Formation*, 28-9.

152 *Ibíd.*, 28.

en el régimen laboral y una indiferencia general hacia la calidad»¹⁵³. ¿Era éste el resultado que los trabajadores deseaban? ¿Era esto lo que deseaban los planificadores?

La naturaleza del contrato social

Según Lewin, el ingenioso comentario «usted simula pagarnos y nosotros simulamos trabajar» contenía «un grado de verdad, es decir, la existencia de un contrato social tácito, nunca firmado o ratificado, por el que las partes llegaban a un entendimiento sobre llevar adelante una economía de baja intensidad y baja productividad»¹⁵⁴. Sin embargo, el contrato social antes mencionado iba mucho más allá de esto, ya que comprendía no sólo derechos laborales, sino también ingreso creciente, necesidades subsidiadas y relativo igualitarismo, todo ello a cambio de la aceptación del poder del Estado y del partido y restricciones a cualquier poder desde abajo¹⁵⁵.

¿Este contrato daba a los trabajadores lo que ellos realmente querían o era lo mejor que ellos podían obtener en aquellas circunstancias? Cook sostuvo que «lo que el Estado soviético entregaba era precisamente aquello que su sociedad más valoraba, es decir, el partido y el pueblo compartían una concepción de justicia distributiva y social que daba prioridad al bienestar material y al igualitarismo»¹⁵⁶.

Sin embargo, dada la ausencia de un mecanismo mediante el cual los trabajadores pudieran expresar lo que querían, ¿cómo podemos saber si era así? Ciertamente, sería importante saber qué sucedió con aquellos trabajadores que opinaban que los términos del contrato no eran suficientemente buenos. Flaherty señaló, por ejemplo, represalias contra trabajadores soviéticos que desafiaron las condiciones en sus centros de trabajo y comentó: «El *status quo* corporativo del contrato social de Brézhnev es el balance entre lo máximo que la clase dominante concederá y lo mejor que puede

153 Donald A. Filzer, *Soviet Workers and the Collapse of Perestroika: The Soviet Labour Process and Gorbachev's Reforms, 1985-1991* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), 5.

154 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 320.

155 Linda J. Cook, *The Soviet Social Contract and Why It Failed*.

156 *Ibid.*, 3.

esperar la clase subalterna, dado lo “despiadado de la vida” en una sociedad industrial moderna»¹⁵⁷.

En pocas palabras, aunque este contrato social brindaba beneficios precisos a los trabajadores, no debe asumirse que sus condiciones habían sido negociadas por ellos o que ellos las habían realmente escogido. «Había un sistema de obligaciones mutuas», explicaba Boris Kagarlitsky:

Utilizamos el término «contrato social obligatorio» o contrato social asimétrico, queriendo decir que la población fue obligada a este contrato social. El contrato social definitivamente no era libre. Por otra parte, si uno vivía en el país, uno entendía que, aunque la población estaba obligada a este contrato, éste era aceptado, no sólo porque no había otra salida, sino porque a la gente le gustaban ciertos aspectos del contrato¹⁵⁸.

¿Quién, entonces, escogió este contrato y por qué? Para comprender el *socialismo real* necesitamos explorar la relación particular entre los trabajadores y el grupo que hemos venido denominando «los planificadores».

Estudiemos el curso de nuestro análisis del *socialismo real*. Comenzamos por un «hecho real», lo real concreto. La omnipresencia del fenómeno de las escaseces fue nuestro punto de partida, y seguimos el rastro de la causa aparente de las escaseces hasta la relación entre planificadores y directores de empresa. El análisis ulterior, no obstante, llevó a la conclusión de que la conexión interna que generó estos fenómenos había que encontrarla en la relación entre planificadores y trabajadores —una relación plasmada en el simple concepto del contrato social. Con este concepto podemos tratar de desandar nuestros pasos para desarrollar una comprensión del *socialismo real* como un todo.

Debemos hacer notar inmediatamente, sin embargo, dos silencios relativos al concepto del contrato social. Uno se refiere al lugar de los

157 Patrick Flaherty, «Perestroika and the Soviet Working Class». Flaherty cita el caso de una joven obrera internada en un hospital psiquiátrico por sus quejas a la «implantación de regulaciones sanitarias y de seguridad en el taller y [su] crítica verbal al mantenimiento de comedores privados de lujo para la dirección mientras los obreros carecían de ellos», 46.

158 Boris Kagarlitsky, «Interview», en *Against the Current*, 1995.

directores de empresa. Después de todo lo que hemos dicho acerca de ellos en este capítulo, ¿dónde encajan en este contrato social?

El segundo silencio se refiere al eslabón clave entre desarrollo humano y práctica. ¿Dónde, en esta discusión del contrato social, existe un enfoque sobre el desarrollo pleno de los seres humanos, un énfasis en la práctica revolucionaria, un énfasis en el desarrollo de las personas a través de su actividad en la esfera de la producción y en todos los aspectos de sus vidas, el desarrollo de seres humanos socialistas?

Estos silencios no son accidentales. En este concepto de un contrato social entre planificador y trabajador, o, más bien, entre la vanguardia y el obrero, podemos ver las características de la relación de producción dominante en el *socialismo real*. Este aparente contrato social permite la reproducción de esa relación, la que denominaremos *relación de producción de vanguardia*.

CAPÍTULO 3

La naturaleza y reproducción de las relaciones de producción de vanguardia

Los comienzos son críticos, en especial cuando uno está tratando de entender una combinación compleja de elementos. Cuando se inicia un examen del *socialismo real* concentrándose en los derechos jurídicos de propiedad (la propiedad estatal sobre los medios de producción) y un mecanismo de coordinación (la planificación central), inevitablemente se ve desplazada la centralidad de las relaciones de producción características del *socialismo real*. ¿Cuáles son las relaciones sociales en las que tienen lugar la producción, la distribución y el consumo? ¿Cuáles son los objetivos que dominan la producción? ¿Quién manda en el centro de trabajo? ¿Cuáles son las relaciones entre los productores? Debemos tener siempre presente que toda producción tiene lugar dentro y a través de un conjunto particular de relaciones sociales.

Así pues, ¿dónde comenzar? La selección de un punto de partida en una construcción lógica no puede ser arbitraria; antes bien, debe fluir de un análisis de lo concreto específico. Por consiguiente, tras concluir nuestra consideración del *socialismo real* resaltando la importancia del particular contrato social entre planificadores y trabajadores, comenzaremos con lo que hemos designado en el capítulo anterior como *relación de producción de vanguardia*. Pero si empezamos aquí, ¿no implica esto que la propiedad estatal y la planificación central que observamos en el *socialismo real* deberían ser entendidas como la forma *de vanguardia* de la propiedad estatal y la forma *de vanguardia* de la planificación central? Por supuesto. En una construcción dialéctica, todos los momentos posteriores están implícitos en el punto de partida.

Sin embargo, necesitamos tener cuidado con tal inferencia, pues ella presupone que las relaciones de producción de vanguardia coinciden precisamente con el *socialismo real*. Empero, al excluir a los directores de empresas del contrato social, ya hemos indicado que el *socialismo real* no está compuesto sólo de relaciones de producción de vanguardia. Existía más de una relación. Como veremos, había un proceso de reproducción en disputa y los fenómenos desde los años cincuenta hasta los años ochenta descritos en los capítulos anteriores fueron, en muchos aspectos, resultado de esa disputa. Además, tenemos que analizar si el contrato social descrito allí representa relaciones de vanguardia como tales o si era un modo particular de regulación para su reproducción en un determinado período.

El partido de vanguardia

Tras años de experimentar y estudiar el *socialismo real*, Kornai escogió empezar su obra fundamental sobre aquél por el Partido Comunista. De hecho, al inicio de *The Socialist System* expresó que «el único criterio» que utilizó para designar a un país como socialista fue el poder indiviso de un Partido Comunista¹⁵⁹. Para Kornai, por definición el socialismo «comienza a existir sólo cuando y donde el Partido Comunista está en el poder»¹⁶⁰. Por ende, la dirección del Partido Comunista es «necesaria y suficiente para que el sistema surja y se consolide»¹⁶¹.

El Partido Comunista tiene que tomar posesión íntegra del poder político para que el proceso pueda ponerse en marcha. Esta configuración histórica contiene el «programa genético» que transmite las principales características del sistema a cada célula del mismo. Esta es la semilla de la nueva sociedad a partir de la cual crece todo el organismo¹⁶².

En pocas palabras, para Kornai el sistema orgánico, el *socialismo real*, está latente en el Partido Comunista. «Este “programa genético” moldea la sociedad a su propia imagen, creando un sistema coherente

159 Janos Kornai, *The Socialist System*, 4 y 11.

160 *Ibíd.*, 87.

161 *Ibíd.*, 375.

162 *Ibíd.*, 368.

cuyos diversos elementos se conectan, se asumen y se refuerzan recíprocamente»¹⁶³. La propiedad estatal, la relación Estado-Partido y la planificación central son sólo algunos de los elementos que según Kornai dimanan de esta premisa, a través de una sucesión de pensamientos deductivos. «El factor principal que provoca los otros fenómenos específicos del sistema», argumentó, «es el poder indiviso del Partido Comunista, imbuido de su ideología específica»¹⁶⁴.

Según se indicó con anterioridad, nos apartamos muy significativamente del análisis y las conclusiones de Kornai. Sin embargo, tanto su punto de partida como su intento de deducir «fenómenos específicos del sistema» de esta premisa lógica conducen a la dirección correcta. De modo que comenzamos con una de las partes de la relación de vanguardia, el partido de vanguardia. Al hacerlo, sin embargo, nuestro enfoque inicial se centra en la *lógica* de la vanguardia, es decir, el partido de vanguardia en su «pureza» más que en cómo puede haber sido infectado en el transcurso de su interacción con otros elementos (tanto contingentes como inherentes).

Empecemos, pues, por proponer tres principios o doctrinas del partido de vanguardia:

1. *La meta del cambio de sistema*: un compromiso absoluto de reemplazar el capitalismo por el socialismo y construir una sociedad comunista (la cual tiene como premisa el desarrollo adecuado de las fuerzas productivas).
2. *La necesidad de un instrumento político*: lograr esta meta requiere un partido político con la misión y responsabilidad de organizar, guiar y orientar a la clase trabajadora, a todo el pueblo trabajador, y a las organizaciones sociales.
3. *El carácter necesario del partido de vanguardia*: la lucha por derrotar a los enemigos de la clase trabajadora requiere de un partido revolucionario disciplinado, centralizado y unido —*nuestro* partido.

Analicemos estos tres puntos. La meta del cambio del sistema distingue la idea del partido de vanguardia de un cuerpo de burócratas

163 *Ibid.*, 375.

164 *Ibid.*, 361.

interesados en sí mismos o de capitalistas en potencia. Comienza con un claro rechazo del capitalismo como sistema y la creencia en la necesidad del socialismo. Dado ese objetivo esencial, la pregunta es: ¿qué hay que hacer? Algo característico de los partidarios del partido de vanguardia es la convicción de que el logro de esta meta no tendrá lugar espontáneamente y, por consiguiente, requiere liderazgo. Esta orquesta, en pocas palabras, necesita un director: «La cohesión y unidad del proceso se representan necesariamente en una voluntad dirigente»¹⁶⁵. Y esa voluntad de mando tiene que ser el partido. Como lo expresara Stalin: «el partido tiene que estar a la cabeza de la clase obrera»¹⁶⁶.

Esta autoconcepción del partido como el dirigente necesario en el camino hacia el socialismo y el comunismo trae consigo responsabilidades y deberes; la meta es «lo único que cuenta y nadie está más convencido de esto que el propio director»¹⁶⁷. Dejar de dirigir sería traicionar a la clase trabajadora. Describiendo la autoconcepción del papel del Partido Comunista en el *socialismo real*, Kornai escribió: «La clase obrera no ejerce el poder directamente, sino que está representada por el partido, que es la vanguardia de la clase obrera y en última instancia de toda la sociedad. Como tal, está destinado a dirigir la sociedad»¹⁶⁸.

En resumen, el partido asume el papel de educador hacia el alumno, de líder hacia el dirigido y de conductor al que es conducido. Impartiendo su «conocimiento acumulado» en forma de marxismo-leninismo, el partido es el maestro, el mentor ideológico del pueblo y su brújula. Desde luego, para evitar confusión en la clase trabajadora y en la sociedad en su conjunto, cualesquiera divergencias internas del partido deben ser escondidas; sólo puede haber *una* comprensión aceptada del marxismo-leninismo, *un* maestro, *un* director para guiar el proceso. En esta perspectiva, el socialismo es un regalo para quienes están debajo, de parte de los únicos que están arriba, que son los que saben cómo crear el socialismo¹⁶⁹.

165 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7, 490.

166 Janos Kornai, *The Socialist System*, 56.

167 Elías Canetti, *Masa y Poder*, 497.

168 Janos Kornai, *The Socialist System*, 55.

169 Ver en *La alternativa socialista* de Michael Lebowitz (52-53) el análisis de las teorías de Paulo Freire y su relación con el rechazo por Marx del concepto utópico de cambiar las

Pero, ¿quién acepta esta responsabilidad de dirigir la sociedad? Aquellos que combinan el compromiso de construir el socialismo, el reconocimiento de la necesidad del liderazgo partidario y la aceptación de la importancia de la unidad son los miembros lógicos del partido. «Muchos miembros del aparato», reconoció Kornai, «son personas guiadas por propósitos nobles que trabajan largas, duras horas con la firme convicción de que al hacerlo sirven a la causa de su partido y del pueblo, al bien común y a los intereses de la humanidad»¹⁷⁰. Volvió a este punto cuando describió las motivaciones de miembros de la burocracia estatal en el *socialismo real*. Encabezando su lista de la compleja combinación de motivos (incluyendo el interés en el poder, el prestigio y el beneficio material) está la «convicción política y moral», basada en la «creencia en las ideas del partido, la aceptación de la ideología oficial y el entusiasmo por los objetivos del plan»¹⁷¹.

Esta convicción política y moral que hace a los miembros del partido trabajar «largas, duras horas» para construir el socialismo, no cae del cielo. El primer principio del reclutamiento del partido de vanguardia es atraer a aquellas personas que han demostrado, a través de su conducta (honesta o simulada) en sus centros de trabajo y comunidades, que son buenos candidatos y que aceptarán las responsabilidades del partido y sus normas.

Una vez en el partido, estos reclutas lógicamente deben ser ejemplares y modelos positivos para el resto de la sociedad. Así, se espera de ellos que estén dispuestos a sacrificarse, que sean ejemplo de la actitud comunista hacia el trabajo, que respeten, protejan y cuiden la propiedad socialista y que luchen por implementar las posiciones del partido incluso después de haber discutido y votado en contra de ellas¹⁷². Otros deberes subrayan la importancia de colocar los intereses sociales por encima de los intereses personales, ser ejemplo de sensibilidad y solidaridad humana, y fortalecer y ampliar las relaciones entre el partido y las masas, tratando de atraer a los mejores trabajadores y otros ciudadanos para el activismo revolucionario y

.....
circunstancias para la gente en vez de la práctica revolucionaria, en la cual la gente se transforma a sí misma en el proceso de transformar las circunstancias.

170 Janos Kornai, *The Socialist System*, 41.

171 *Ibid.*, 118-19.

172 Ver, por ejemplo, los cuatro primeros deberes de los miembros del Partido Comunista de Cuba en *Estatutos del Partido Comunista de Cuba*.

manteniendo en alto los principios de la unidad y la cooperación internacionalistas. Pero, ¿cómo es posible que esto no atraiga a los mejores y más idealistas jóvenes de la sociedad?

Es oportuno aclarar que no todo el que está comprometido con el objetivo de construir la sociedad socialista y dispuesto a sacrificarse calificaría como un buen miembro del partido. Se esperaba del militante que estudiara en profundidad la ideología partidaria, que trabajara para implementar las decisiones del partido, que aceptara el proceso de crítica y autocrítica, y que estuviese dispuesto a someterse a la disciplina partidaria. No todo el mundo está preparado para eso. Además, incluso si se está, la decisión no es solamente de uno mismo. Para ser aceptado como miembro del partido, un candidato tiene que ser aceptado no sólo por una unidad local sino también por el siguiente órgano superior del partido. En pocas palabras, el principio de que aquellos que están arriba son los que deciden está incorporado dentro de la propia estructura del partido de vanguardia. Y es la presencia continua de ese principio jerárquico lo que caracteriza al partido y da forma al comportamiento individual desde el momento del ingreso.

Hay una lógica particular en esto. Dado que la lucha por construir el socialismo requiere unidad y disciplina dentro del partido, las estructuras internas deben reflejar esas obligaciones. Con ese fin, el partido se basa en el «centralismo democrático», el que puede ser definido como la mayor democracia posible al tomar las decisiones, y el mayor centralismo y disciplina posibles al ejecutar tales decisiones. Descrito de esta forma, el centralismo democrático no es más que sentido común.

Esa democracia, sin embargo, es episódica, limitada en general a congresos del partido y otras ocasiones de toma colectiva de decisiones. La disciplina y el centralismo, en cambio, son parte de la vida diaria y de las responsabilidades de los militantes del partido. Para ilustrar la primacía de lo segundo, consideremos el primerísimo punto en «el principio básico de centralismo democrático» del Partido Comunista de China:

(1) El militante del partido está subordinado a una organización partidaria; la minoría está subordinada a la mayoría; el nivel más bajo de organización está subordinado al nivel más alto; cada organización y todos los miembros del partido están subordinados al Congreso Nacional del Partido y al Comité Central¹⁷³.

173 Ver: <<http://english.people.com.cn/data/organs/cpc.html>>.

De esta forma, un proceso de arriba-abajo, comenta Kornai, en la práctica *invierte* el concepto subyacente de centralismo democrático. Más que un proceso de organización desde abajo, en la práctica lo que existe es una «jerarquía burocrática que abarca a todo el partido, ya que las instrucciones provenientes de arriba deben ser ejecutadas por los subordinados»¹⁷⁴. Estructura e ideología se interpenetran porque «el código de imperativos morales» para los miembros del partido en la ideología oficial enfatiza la disciplina: «La línea política prevaleciente debe ser seguida, las decisiones respaldadas y las órdenes de los superiores obedecidas sin vacilación»¹⁷⁵.

Hay, sin embargo, otro aspecto muy importante de esta inversión de un proceso de abajo-arriba. Y es la tendencia de los de arriba a elegir selectivamente, es decir, la tendencia de aquellos que están en la cima de la jerarquía a nombrar como subordinados a personas que consideran confiables para la ejecución de sus propias políticas. Tenemos aquí el concepto de la *nomenclatura*, la lista de aquellos en quienes se puede confiar. El circuito invertido se cierra cuando quienes han sido nombrados desde arriba (y por lo tanto deben su lealtad hacia arriba y no a aquellos que están por debajo de ellos) proceden a escoger a los líderes del partido y votan por sus políticas.

Si bien tal estructura puede ser eficiente en lograr objetivos partidarios específicos, ¿cómo no habría de afectar la naturaleza de los militantes del partido producidos como resultado conjunto de esos procesos? Recordemos el principio del *eslabón clave* entre el desarrollo humano y la práctica —ese cambio simultáneo de circunstancias y actividad humana o auto-cambio que Marx llamó «práctica revolucionaria». ¿Qué clase de personas son producidas dentro de estas relaciones jerárquicas? Son personas que no querrían que se les considerase críticas respecto a las normas y decisiones del partido, o con una conducta individualista, colocándose así «por encima del partido»; son personas que entonces se autodisciplinan consecuentemente.

Describiendo el efecto a largo plazo de tales modelos en miembros de la estructura burocrática, Kornai escribió:

174 Janos Kornai, *The Socialist System*, 36.

175 *Ibid.*, 57.

Es poco aconsejable criticar hacia arriba, aparecer con ideas inusuales o tomar iniciativas. No da resultado pensar por sí mismo o arriesgarse por su cuenta [...] El efecto formador-de-carácter y de entrenamiento, y los criterios de selección del control burocrático se refuerzan uno al otro, prevaleciendo el servilismo y una mentalidad de inclinar las cabezas¹⁷⁶.

De forma similar, los economistas polacos Brus y Laski describieron la parálisis de la iniciativa, la audacia y la innovación dentro de la burocracia: «Un factor principal que fortalece estas actitudes es el sistema de selección para cargos de responsabilidad de la nomenclatura, que promueve a los seguidores obedientes de la línea del partido por sobre los independientes, audaces e imaginativos»¹⁷⁷. Si bien ambas referencias apuntan al tipo de comportamiento dentro de la burocracia estatal, es esencial comprender que el «programa genético» ya está presente en el partido de vanguardia.

Efectivamente, la reproducción del partido de vanguardia está asegurada por el hecho de que quienes resultan reclutados son los mejores y más idealistas dentro de la sociedad, y que su formación los conduce a aceptar el principio de que el partido debe dirigir desde arriba y siempre tiene la razón. Existe un paralelo interesante descrito por Marx en el tomo III de *El Capital*, donde señaló que la capacidad de una persona sin dinero para subir y convertirse en capitalista «en realidad refuerza el dominio del capital mismo». Continuaba:

Exactamente como la circunstancia de que, en la Edad Media, la Iglesia Católica formara su jerarquía sin tener en cuenta estamento, cuna o fortuna, recurriendo a las mentes mejor dotadas del pueblo, constituyó uno de los medios principales para consolidar la dominación clerical y el sojuzgamiento del Estado laico. Cuanto más capaz sea una clase dominante de incorporar a los hombres más eminentes de las clases dominadas, tanto más sólida y peligrosa será su dominación¹⁷⁸.

Desde luego, describir la lógica de la vanguardia no significa en absoluto que estemos ignorando la existencia de privilegios o de intereses personales de parte de miembros individuales de ésta, tal como Marx no ignoró

176 *Ibíd.*, 121.

177 Włodzimierz Brus y Kazimierz Laski, *From Marx to the Market: Socialism in Search of an Economic System* (Oxford: Clarendon Press, 1992), 47.

178 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 7, 774.

«el deseo de disfrute» de parte de los capitalistas. Ciertamente uno podría fijarse en capitalistas individuales y enfatizar su consumo de lujos y hacer de eso el centro de la reflexión. Sin embargo, ese no era el meollo del análisis de Marx. Él puso el énfasis en el capitalista como el portador de la lógica del capital, más que en el capitalista como consumidor privado: «En la medida en que es capital personificado, su fuerza impulsora no es la adquisición y disfrute del valor de uso» sino el crecimiento del capital. Aunque «dos almas» conviven dentro del pecho del capitalista, es «sólo como personificación del capital» que él conduce a «la raza humana a producir en aras de la producción» e incita al «desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad»¹⁷⁹. Del mismo modo, miembros individuales de la vanguardia son enfatizados aquí sólo como una personificación de la vanguardia, es decir, como portadores de la lógica de la vanguardia. En pocas palabras, nuestra discusión se centra en la lógica de la vanguardia cuando intenta incitar al «desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad»¹⁸⁰.

La clase obrera bajo las reglas de la vanguardia

Desde luego, hemos estado analizando sólo un lado de la relación de vanguardia. Es claro que una premisa de la relación descrita aquí es que la clase trabajadora acepta el liderazgo del partido de vanguardia así como su propio papel subordinado dentro del contrato social. La falta de poder para tomar decisiones en el centro de trabajo, la atomización e incapacidad de organizarse colectivamente dentro de éste y dentro de la sociedad en general, todo esto refleja la creencia de la vanguardia en que la marcha hacia el socialismo requiere de una autoridad dirigente que es el propio partido de vanguardia. Así pues, una parte esencial de ese contrato social es que los trabajadores están agrupados en sindicatos oficiales, sociedades deportivas oficiales, organizaciones femeninas y movimientos por la paz de carácter oficial, etc., y que cualesquiera esfuerzos por crear formas independientes de organización son vistas como herejías y amenazas a la relación en su conjunto.

179 *Ibíd.*, 1: 739-41.

180 Las condiciones bajo las cuales una segunda alma se expande a expensas de la lógica de la vanguardia son exploradas más adelante.

Según se analizó en el capítulo anterior, la clase trabajadora acepta todo esto siempre y cuando pueda lograr sus *propios* objetivos en el contrato social. Parte esencial de ese contrato es la protección y seguridad contra el desempleo y la mantención de sus derechos laborales (incluidas la baja duración e intensidad del día laboral). Agregados a los derechos laborales, estaban también la expectativa de aumento del ingreso a largo plazo, necesidades subsidiadas y un relativo igualitarismo. Así, como hemos visto, la clase trabajadora cede el control sobre su fuerza de trabajo a cambio de un paquete que es mucho mejor que lo que podría recibir en el capitalismo.

Sin embargo, esa aceptación es condicional, pues se condiciona a que la vanguardia cumpla su parte del contrato. Los decisores centrales, vimos antes, *se preocupaban* de esto; por ejemplo, les preocupaba no cumplir las normas para el crecimiento del consumo, se preocupaban por las «serias consecuencias políticas y sociales», por el surgimiento de insatisfacción y por el punto en que la insatisfacción «comenzaría a poner en peligro la estabilidad del sistema»¹⁸¹. Parfraseando a Lenin en sus comentarios sobre los campesinos y la necesidad de la NEP en la URSS de los años veinte, se preocupaban de que dentro del contrato social la clase trabajadora otorgara «crédito» al partido de vanguardia, pero era posible que llegara un momento en que la clase trabajadora «exigiera efectivo».

Por supuesto, cuando surge el descontento, el partido puede utilizar «todo el arsenal de educación y propaganda política moderna» para tratar de obtener apoyo para sus políticas. «Pero para aumentar el arsenal y dar énfasis especial a las palabras de esclarecimiento, hay represión»¹⁸². Sin embargo, si la represión y no el entendimiento es la respuesta general ante la reacción a su propio fracaso de cumplir su parte del contrato, esto sugiere un abandono unilateral de ese contrato social por parte de la vanguardia. Ésta es, de hecho, una posibilidad. Pero exploremos lo que lógicamente fluye del intento de *cumplir* los términos de este contrato.

181 Janos Kornai, *The Economics of Shortage*, 383 y 212.

182 Janos Kornai, *The Socialist System*, 45.

El Estado y la propiedad estatal

El razonamiento dialéctico requiere que siempre nos preguntemos ¿qué está *implícito* en las categorías que hemos considerado? ¿Qué fluye del concepto de partido de vanguardia? ¿Qué debe hacer el partido de vanguardia para construir el socialismo? En primer lugar, dado que el partido tiene la responsabilidad de dirigir la sociedad, debe tener el *poder* para hacerlo. Debe controlar el Estado, y no existe base lógica para compartir este poder con otros partidos o para renunciar al mismo voluntariamente. Además, dada su oposición a la explotación capitalista, el partido debe utilizar ese poder «tan pronto como sea políticamente factible, para organizar la sociedad sobre una base de propiedad pública en vez de privada»¹⁸³. De esta manera, argumentaba Kornai que la propiedad estatal sobre los medios de producción en el sistema socialista fluye de esta estructura política:

El atributo básico del sistema socialista es que un partido marxista-leninista ejerce el poder íntegramente. Ahora bien, puede añadirse otra característica: el partido está comprometido a eliminar la propiedad privada, y con su poder indiviso y su interpenetración con el Estado, logra, más tarde o más temprano, poner en práctica ese programa, o al menos acercarse a ello¹⁸⁴.

Pero esto involucra más que una transferencia de propiedad legal al Estado. La característica del partido como modelo jerárquico es *también* transmitida al Estado por este programa genético particular. En este caso, la propiedad estatal tiene lugar dentro de un tipo particular de Estado, uno que refleja la «jerarquía que abarca la totalidad del partido: las instrucciones que son impartidas desde arriba deben ser ejecutadas por los subordinados». Así, para ser efectivos, aquellos que están en la cima de este Estado deben asegurarse de que las personas correctas estén allí para recibir instrucciones; en consecuencia, «individuos superiores [...] son designados por sobre las cabezas de los subordinados en vez de ser elegidos por éstos»¹⁸⁵. Vemos aquí la necesidad lógica de la nomenclatura, esa lista de individuos que han demostrado su competencia y lealtad.

183 *Ibid.*, 87 y 50-51.

184 *Ibid.*, 89.

185 *Ibid.*, 93.

Lógicamente, también el partido de vanguardia debe monitorear el proceso mediante el cual se ejecutan sus decisiones. Percatándose de hasta qué punto decisiones importantes en cuanto al personal y decisiones sobre asuntos críticos eran tomadas por órganos del partido, Kornai comentó que «el Partido Comunista se considera responsable de todo y no permite absolutamente ninguna autonomía a las organizaciones del Estado y a los que trabajan en el aparato del Estado. Es más, la existencia del “Estado-Partido” y la mezcla de las funciones políticas y administrativas es una de las principales características del sistema»¹⁸⁶.

Al seleccionar al partido de vanguardia como su punto de inicio, Kornai realizó una consciente y significativa ruptura con los argumentos que ven la propiedad estatal sobre los medios de producción como el núcleo del *socialismo real*. Específicamente, insistió en que «no es la forma de propiedad –propiedad estatal– la que erige la estructura política del socialismo clásico sobre sí. Todo lo contrario: la estructura política dada genera la forma de propiedad que considera deseable»¹⁸⁷. De esta manera, el patrón de derechos de propiedad es, lógicamente, más un resultado que una premisa. Si bien es posible deducir la propiedad estatal a partir del poder y la ideología del partido de vanguardia, no podríamos hacer lo inverso. La propiedad estatal en sí misma, dicho en pocas palabras, no es condición suficiente para el *socialismo real*, ya que no implica la particular ideología, la estructura interna y el dominio del partido de vanguardia.

Comprendemos inmediatamente entonces que el *socialismo real* está permeado por el carácter del partido de vanguardia. Dentro de las relaciones de vanguardia, la propiedad estatal sobre los medios de producción existe dentro de una estructura jerárquica. Así pues, no se trata de propiedad estatal *en general*; más bien hay una propiedad estatal en su forma de vanguardia. Entonces, ¿esto mismo no será aplicable a *toda* característica que podamos observar en el *socialismo real*? Según Kornai, sí: «Las principales regularidades del sistema pueden ser deducidas» de la estructura de poder dominada por el partido, la cual «constituye la capa más profunda en la cadena causal que explica el sistema»¹⁸⁸.

186 Ibid., 37 y 39.

187 Ibid., 362.

188 Ibid., 33 y 409.

Crecimiento y coordinación burocrática

¿Qué sigue a continuación en esa cadena causal? Examinemos los objetivos de la vanguardia dentro del contrato social. En la restricción de los derechos laborales, no sólo deben producirse suficientes bienes de consumo para cubrir las demandas actuales de los trabajadores, sino que la capacidad productiva debe expandirse lo suficiente para construir la base del futuro desarrollo del socialismo, así como satisfacer la norma para el crecimiento del consumo futuro. El partido debe, pues, utilizar su poder estatal y la propiedad estatal sobre los medios de producción para expandir las fuerzas productivas. «Los líderes superiores», argumenta Kornai, «desean imponer con mano de hierro una política del más rápido crecimiento posible», y «los miembros del nivel medio e inferior de la burocracia están imbuidos de la misma convicción política que los líderes»¹⁸⁹.

¿Cómo ha de hacerse esto? Mediante «una escala de inversión tan grande como sea posible». Aunque el nivel de consumo actual es importante, constituye, cuando más, «un freno al impulso interno del liderazgo superior de maximizar la proporción de la inversión»¹⁹⁰. Dada su visión de que el desarrollo de las fuerzas productivas sirve al interés de satisfacer necesidades futuras de la clase trabajadora, la vanguardia estima un excedente de valores de uso por encima de las necesidades actuales de consumo como algo puramente *técnico*, como una división entre las necesidades presentes y futuras de los trabajadores. En consecuencia, extrae tanto excedente como le es posible en el interés de la clase trabajadora; *la razón de ser* de la vanguardia, después de todo, es conducir a la clase trabajadora. De este modo,

189 *Ibid.*, 161-62. Kornai señala que la orientación de la vanguardia a «un crecimiento forzado, con apuro y prisa inoportuna» (y la tendencia a no realizar inversiones «expresamente para proteger el entorno»), más la característica en el socialismo real de que «no hay forma de organizar en la sociedad movimientos ambientalistas independientes, fuertes, capaces de enfrentar a los decisores económicos si fuera necesario», tienen implicancias obvias en la destrucción del entorno (178). Para descripciones de la extensión del daño ambiental en el socialismo real, ver Marshall I. Goldman, *The Convergence of Environmental Disruption*, en *Comparative Economic Systems: Models and Cases*, ed. Morris Bornstein (Homewood, IL: Richard D. Irwin, 1974); y Ann-Mari Sätre Åhlander, *The Environmental Situation in the Former Soviet Union*, en *Environmental Problems in the Shortage Economy: The Legacy of Soviet Environmental Policy* (Cheltenham: Edward Elgar, 1994), 5-23.

190 Janos Kornai, *The Socialist System*, 167 y 169.

argumenta Kornai, «La decisión del liderazgo central a favor de una elevada proporción de inversiones expresa el deseo y propósito de toda la élite del poder»¹⁹¹.

Naturalmente, los medios por los cuales se lucha tras este «impulso interior» no son seleccionados al azar por la vanguardia: «Una estructura política e ideología específicas han ganado influencia, como resultado de lo cual se han desarrollado formas específicas de propiedad, lo que ha conducido al predominio de la coordinación burocrática y a los patrones de conducta típicos de los participantes»¹⁹².

Esta «coordinación burocrática», «una colección de relaciones sociales específicas» característica de la esfera productiva en el *socialismo real*, refleja el patrón de jerarquía partidaria¹⁹³. Dentro de la economía, señaló Kornai, prevalecen «las relaciones de superioridad-subordinación entre el individuo u organización que coordina y el individuo u organizaciones que son coordinados»; y el flujo más típico de información es el «comando, la orden del superior que el subordinado está obligado a obedecer»¹⁹⁴.

Pero, ¿qué hay que coordinar? Todo. Recordemos al director de orquesta, cuyo éxito depende de su habilidad para ver el cuadro completo, para saber lo que cada uno debe estar haciendo e intervenir a fin de corregir fallos individuales. De la misma forma, la burocracia siempre está preparada para intervenir en la economía a fin de alcanzar sus metas. Frente a «acciones espontáneas que la burocracia no considera deseables», la respuesta natural de la vanguardia es tratar de mejorar la coordinación burocrática, aumentar las regulaciones, etc. «La tendencia a ser total, abarcadora e inmodificable reaparece constantemente en las condiciones sociales de la coordinación burocrática»¹⁹⁵. De hecho, esta es una tendencia espontánea de la burocracia, una que no requiere mando central; cuando las cosas salen mal, todo miembro de la burocracia entiende lo que hay que hacer. Si aparece algo fuera de control, tiene que ser controlado:

191 *Ibíd.*, 169.

192 *Ibíd.*, 364.

193 *Ibíd.*, 91, 95 y 362-63.

194 *Ibíd.*, 91-92.

195 *Ibíd.*, 129.

Si algo anda mal en estas áreas, cada uno piensa: debe haber una mayor intervención para restaurar el orden. Cada uno en su propio terreno constantemente refuerza la tendencia descrita anteriormente como el completamiento del control burocrático, es decir, previniendo que fenómenos no deseados por la burocracia se salgan de la red de reglas, recetas y prohibiciones¹⁹⁶.

Así, la tendencia natural de la vanguardia es a *perfeccionar* los métodos de coordinación burocrática. «La consecuencia inevitable», apunta Kornai, «es la proliferación de la burocracia. La reproducción ampliada de la burocracia continúa»¹⁹⁷. En realidad, plantea, siempre fue así. Citando las quejas del propio Lenin en 1921, Kornai llama la atención hacia «la autogeneración espontánea, la autopropagación y la excesiva expansión de mecanismos burocráticos que iban más allá de las expectativas incluso de aquellos que iniciaron y dirigieron los cambios que hicieron época»¹⁹⁸.

El modo de producción específicamente de vanguardia

Dado que «la lógica interna del sistema impulsa al poder burocrático hacia el *perfeccionismo*», la forma final de organización latente en la vanguardia es el «control burocrático directo, basado en instrucciones, cuya naturaleza es una economía de comando». En el corazón del plan directivo central —«una pieza monumental de coordinación burocrática dirigida a la conciliación previa de los procesos de la economía (de comando)»— está el intento de coordinar y controlar toda la economía como «una “fábrica” única que abarca toda la nación», dirigida desde un único centro. Desde luego, para implementar el plan, «el método principal utilizado por la autoridad superior para controlar la inferior en todas las esferas de toma de decisiones y gestión [...] es la *orden*»¹⁹⁹.

Más que una planificación central como tal, también en este caso es la planificación central en su forma de vanguardia. Su característica dependencia de la organización, el control y la intervención centralizados

196 *Ibíd.*, 498-99.

197 *Ibíd.*, 129.

198 *Ibíd.*, 109 y 109n.

199 *Ibíd.*, 367, 114, 542 y 116.

fluyen directamente de la relación de vanguardia, esa relación en la que la cima (centro) define desde arriba lo que es correcto e impone la conformidad. Aquí otra vez la construcción lógica de Kornai proporciona una inferencia significativa, rechazando la visión simplista de que los problemas del *socialismo real* manan de la planificación como tal: «Las características del sistema no pueden derivarse del hecho de que no sea una economía de mercado y menos aún del hecho de que los precios sean irracionales, etc., etc.»²⁰⁰.

Por el contrario, la planificación mediante órdenes de la economía como una sola fábrica se deriva del programa genético de control jerárquico que hemos visto en el partido de vanguardia:

El control burocrático directo de la economía [...] abarca la elaboración de planes con fuerza de órdenes y la compulsión administrativa de implementarlos, la gestión administrativa basada en órdenes y la práctica de la organización superior interviniendo regularmente en cada detalle de los procesos de producción y distribución, así como el manejo diario de la organización subordinada²⁰¹.

El mecanismo de planificación por órdenes (*the command planning*) representa el desarrollo de un modo de producción específicamente de vanguardia. Sin embargo, al inicio su naturaleza es necesariamente inadecuada. Como en el caso del desarrollo de la manufactura y el desarrollo inicial de la fábrica en el capitalismo, este nuevo modo de producción es, al principio, dependiente de las características que hereda. Así como el capital necesitó liberarse del artesano experto y construir máquinas con máquinas, la vanguardia tiene que liberarse de intermediarios expertos para que este modo de producción crezca a brincos y saltos.

Para que la vanguardia esté en condiciones de dirigir la economía como una sola «fábrica» de toda la nación, debe estar segura de que toda la información que requiere para planificar sea transmitida con precisión desde abajo y sea consolidada, y que todas sus decisiones sobre la producción (distribución sectorial y crecimiento) sean transmitidas con precisión hacia abajo a cada unidad de producción. Y todo esto tiene que ser efectuado a tiempo, sin que los participantes

200 *Ibíd.*, 363.

201 *Ibíd.*, 117.

individuales puedan desviarse de la partitura. Pero esto requiere la *perfección* del modo de producción específicamente de vanguardia: una economía computarizada, cibernética, ¡*computopía!*.

En pocas palabras, el desarrollo de un sistema único automatizado de control es la condición para el perfeccionamiento de la dirección desde arriba de la fábrica nacional. En el modo de producción de vanguardia totalmente desarrollado, salvo los consumidores individuales cuyas decisiones atómicas son reflejadas en movimientos de inventario, sólo la vanguardia tiene el poder de usar su discreción y tomar decisiones con respecto al plan (y eso incluye una decisión política de no seguir el efecto de las preferencias de los consumidores, es decir, la política tiene el mando). En resumen, las decisiones finales se toman en la cima. Y una vez tomadas, la orquesta mecánica las ejecutará y así el director tendrá la orquesta perfecta.

El sistema orgánico de relaciones de vanguardia

Con el perfeccionamiento de este modo de producción de vanguardia, ¿qué podría impedir la reproducción ampliada del sistema? Las computadoras no sólo pueden producir otras computadoras, sino que, en vez que el obrero se aparte del proceso de producción para vigilar la máquina, las computadoras pueden vigilar a las computadoras. El resultado sería una productividad siempre creciente y la vanguardia suministraría no sólo los valores de uso necesarios para satisfacer las obligaciones presentes y futuras según el contrato social, sino también las condiciones necesarias para acercarse a la sociedad prometida por la vanguardia.

Con el perfeccionamiento del modo de producción de vanguardia, el *socialismo real* sería capaz de producir sus propias premisas. Los trabajadores podrían consumir más y trabajar menos, porque en esta relación de vanguardia está implícita la promesa de consumo ilimitado y el concepto del trabajo como carga. Sería un mundo de abundancia, «el reino de la libertad», todo proporcionado por la vanguardia. Los trabajadores aceptarían el mando del partido de vanguardia porque éste aportaría lo que ellos desean de esta relación.

En este sistema orgánico, cada relación económica presupone a otra en su forma de vanguardia y todo lo que se propone como principio es también una presuposición. Así, vemos aquí un sistema cuyos

elementos están orgánicamente conectados y se refuerzan uno al otro: un partido de tipo vanguardia, propiedad estatal en su forma de vanguardia, coordinación estatal en su forma de vanguardia, planificación central de tipo vanguardia, organizaciones sociales y civiles de tipo vanguardia y, desde luego, una población subyacente que *acepta* todo esto.

Aunque el partido de vanguardia es el punto de partida para esta construcción lógica, entendemos que un sistema orgánico no es una secuencia lineal; antes bien, cada parte del sistema actúa sobre cada una de las otras —«es el caso con todo sistema orgánico»²⁰². Así, el partido de vanguardia en este todo no es independiente de las otras partes. Es influido por los demás; es afectado por el desarrollo de su dominio indiviso dentro del Estado, por la naturaleza de la propiedad estatal y por las responsabilidades que asume para la coordinación y la planificación central. Con el completamiento del sistema orgánico de relaciones de producción de vanguardia, todas las tendencias jerárquicas del partido de vanguardia se ven reforzadas²⁰³.

Sin embargo, la naturaleza de este sistema orgánico, bajo una perspectiva *socialista*, evidencia insuficiencias. Ciertamente, desde su partida, este es un sistema de explotación. Desde el punto de vista de la vanguardia, la existencia y extensión de la plusvalía extraída es sencillamente una división técnica entre consumo presente y consumo futuro que se toma en nombre de la clase obrera, pero respecto de la cual los trabajadores mismos no tienen poder para decidir. Más bien, es decidido para ellos por «aquellos que saben más». De esta forma, la plusvalía es el resultado de lo que Mézáros llamó «la extracción política del trabajo excedente»²⁰⁴. Y el destino final de ese excedente no puede modificar lo que es. Incluso si los trabajadores fuesen los únicos receptores de este plus del producto (es decir, consumir todo

202 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 220.

203 Efectivamente, en cada paso de esta construcción lógica, el concepto de partido de vanguardia cambia, al igual que los conceptos de mercancía, dinero y capital son enriquecidos por Marx en el curso del desarrollo del concepto de capital. Por supuesto, dentro de un todo diferente, las características del partido de vanguardia pueden diferir debido a la interacción con otros elementos en ese todo diferente.

204 István Mézáros, *Más allá del Capital* (Caracas: Vadell Hermanos Editores S.A., 2006), 762.

lo que antes fue extraído), el excedente aún sería el resultado de la particular explotación inherente a esta relación de vanguardia.

En la medida que los trabajadores son los beneficiarios finales de las extracciones, la explotación es reducida a una carga. En efecto, podemos sugerir que, dentro del sistema orgánico de relaciones de vanguardia (el sistema *terminado*), esta carga sería secundaria respecto a la *deformación* inherente de las personas dentro de tal sociedad. La ejecución del modo de producción de vanguardia «desarrolla una clase trabajadora que, por educación, tradición y hábito, reconoce las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales, evidentes por sí mismas»²⁰⁵.

La sociedad de dirigentes y dirigidos es una con una profunda diferencia entre pensar y hacer, una donde los trabajadores no desarrollan su potencial porque no participan en una actividad protagónica. Es una sociedad alienada en la que los trabajadores no ven el trabajo como algo que les realice; están alienados de los medios de producción, desean consumir y consumir, y consideran el trabajo como algo no útil, una carga que debe ser reducida. Es una sociedad que no puede producir seres humanos socialistas.

¿Es sustentable un sistema que produce tales personas, incluso con el pleno desarrollo del modo de producción específicamente de vanguardia? Esta pregunta es abstracta y especulativa. Más importante aquí es la pregunta de cómo las relaciones de producción de vanguardia se reproducen en *ausencia* de la *computopía*, es decir, donde el sistema aún depende de premisas heredadas.

Tendencias dentro del modo de regulación de vanguardia

En el ínterin cronológico previo a la perfección del modo de producción específicamente de vanguardia, aquellos que están en la cima se basan en una cadena humana de mando más que en señales electrónicas. A través de una «coordinación burocrática», aquellas relaciones de superioridad-subordinación entre individuos e instituciones, funcionarios tanto de empresas como de agencias coordinadoras estatales llevan a cabo decisiones de quienes están jerárquicamente por encima de ellos. Para la ejecución exitosa de dichas decisiones, el director de orquesta

²⁰⁵ Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 922.

tiene que estar dentro de la cabeza de cada músico, y la disposición de los miembros de esta estructura «a obedecerle, hace posible que el director los transforme en una unidad, la cual él entonces personifica».

En la práctica, desde luego, el director *no puede* saber lo que cada intérprete está haciendo en todo momento y no puede responder a cada una de las situaciones que enfrentan sus subordinados, de manera que la respuesta consiste en establecer reglas para todos los subordinados. Es necesario establecer reglas, normas y procedimientos específicos para cubrir todas las contingencias, para que los músicos sepan qué hacer. Mientras sigan esas reglas, los miembros de esta estructura pueden estar seguros de que están haciendo lo correcto. Cualquier circunstancia que caiga fuera de esas reglas, en cambio, provoca un dilema potencial. La primera respuesta es la negación: «No, no es posible». Si eso no liquida el problema, el próximo recurso es la evasión: pasar el problema hacia arriba, a la siguiente persona en la jerarquía. Como describiera Kornai la conducta de aquellos que funcionan dentro de la estructura: «no vale la pena pensar por sí mismo o arriesgarse por su cuenta».

A pesar de una tendencia a la parálisis frente a circunstancias que caigan fuera de las reglas (y la frustración predecible que esto origina), el contrato social garantiza la aceptación continuada del poder del partido de vanguardia siempre que los trabajadores reciban ingresos crecientes, estabilidad, y tengan asegurados sus derechos al puesto de trabajo (es decir, su casi absoluta garantía de seguridad del puesto de trabajo). En este sentido, el contrato social es una forma exitosa de regulación de las relaciones de vanguardia. Sin embargo, obliga a la vanguardia a aumentar el consumo y la inversión, tanto presentes como futuros, a fin de cumplir el contrato social y desarrollar las fuerzas productivas que son la condición para construir la nueva sociedad.

¿Cuáles son las posibilidades de éxito? Si estas relaciones con su tendencia inherente a la reproducción ampliada existen paralelamente a formas de producción caracterizadas por relaciones productivas anteriores (por ejemplo, pequeña agricultura campesina), entonces existe un enorme potencial para la expansión, extrayendo recursos laborales y materiales de esas formas anteriores e incorporándolos a la producción bajo relaciones de vanguardia. La reproducción extendida de las relaciones de vanguardia aquí tiene por contrapartida

la reproducción contraída de esas otras relaciones. Aunque ignora este último aspecto, Kornai está en lo correcto al comentar que «al movilizar el trabajo como el recurso más importante de la sociedad, al introducir el trabajo sistemáticamente en el proceso de producción, la economía socialista demuestra ser altamente eficiente». Esto, admitió, es «uno de sus logros históricos más importantes»²⁰⁶.

Recordemos, no obstante, el argumento inicial de Kornai sobre la economía de escasez –que la reproducción de las escaseces «en última instancia está relacionada con la persecución impaciente del crecimiento económico, con forzar la aceleración de la tasa de crecimiento»²⁰⁷. Argumentó que, con las elevadas metas de producción y la alta demanda de fuerza de trabajo y recursos del sistema, existía una tendencia inherente a generar escasez. Sin embargo, la fuente de esta tendencia dentro del contrato social no sólo es resultado de la demanda. Al tratar de desarrollar rápidamente las fuerzas productivas, la vanguardia tropieza con límites en la oferta, inherentes a la naturaleza de ese contrato.

Por una parte, «la virtual seguridad total de empleo» de los trabajadores –el paquete de derechos laborales que les daban seguridad de su empleo particular y un ritmo de trabajo relativamente cómodo– afecta necesariamente el lado de la oferta²⁰⁸. Además, en la medida en que los trabajadores no podían ser despedidos ni obligados «a trabajar en oficios distintos a aquellos en los que fueron empleados cuando fueron contratados», se afectó el patrón de las inversiones. Los planificadores, según Granick, eran «reacios a involucrarse en inversiones que implicaran una economía sustancial de trabajo en las plantas existentes, porque nunca se sabe anticipadamente si tales inversiones podrían efectivamente ser utilizadas»²⁰⁹.

Pero esos planificadores pueden tomar la decisión de construir nuevas fábricas e infraestructuras y pueden estar seguros de que sus subordinados movilizarán recursos para poner en práctica

206 Janos Kornai, *Growth, Shortage and Efficiency*, 108.

207 Janos Kornai, *Anti-Equilibrium*, 321.

208 David Granick, *Enterprise Guidance in Eastern Europe* (Princeton: Princeton University Press, 1975), 245-46.

209 David Granick, *Central Physical Planning: Incentives and Job Rights* (Boston: Kluwer/Nijhoff, 1983), 149-50.

esas decisiones. Precisamente porque los trabajadores defienden activamente sus derechos al puesto de trabajo, la expansión de la producción tiende a darse combinando nuevos medios de producción con trabajadores en nuevos centros de trabajo, más que mediante la introducción de tecnología ahorradora de trabajo en los centros laborales existentes²¹⁰. En pocas palabras, la característica de la ley de movimiento en este contrato social es la *tendencia al crecimiento extensivo más que al crecimiento intensivo*.

Naturalmente, la reproducción ampliada se beneficia grandemente de la capacidad de desviar recursos y fuerza de trabajo bajo relaciones de producción preexistentes. Sin embargo, aunque una vía de desarrollo extensivo se beneficia claramente de tales reservas laborales, no depende del todo de ellas, ya que los nuevos y mejores lugares de trabajo pueden atraer a los trabajadores al brindarles mejores condiciones de trabajo, mejores salarios y beneficios. Después de todo, este contrato social incluye el derecho de los trabajadores individuales a perseguir su interés material y cambiar de trabajo. Los derechos al puesto de trabajo sólo garantizan que no están *obligados* a cambiar ni su trabajo ni su lugar de trabajo. En resumen, existe un mercado laboral, pero es un mercado de *vendedores* que, como comentara Lewin, permite a los trabajadores «defender sus intereses cambiando de trabajo»²¹¹.

Consideremos la «ley de movimiento» característica de este proceso. Dada su producción de trabajadores-consumidores atomizados, alienados, que desean minimizar el trabajo y maximizar el consumo, este sistema requiere una expansión cuantitativa permanente. Sin embargo, seguir un modelo de crecimiento extensivo implica que *más tarde o más temprano* el sistema se aproximará a límites en recursos y oferta de fuerza de trabajo. El punto en que esto pudiera tender a ocurrir difiere, desde luego, dependiendo, por ejemplo, de la medida en que el desarrollo previo en un país particular haya asimilado esas reservas de fuerza de trabajo y de recursos.

Bajo las condiciones señaladas, con todo lo demás igual, es probable que se obtenga una tasa de crecimiento menor. Como concluyó Kornai a partir de su modelo macroeconómico de la economía de escasez,

210 Hillel Ticktin enfatiza este punto en su *Origins of the Crisis in the USSR: Essays on the Political Economy of a Disintegrating System*.

211 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 176.

«el agotamiento de las reservas laborales por sí mismo es suficiente para obligar al sistema económico a abandonar su antigua vía de crecimiento por una más nueva y mucho más lenta»²¹². Todas las normas asociadas con el contrato social se ven amenazadas ahora: «*Todas las normas tienen que ajustarse para adaptarse a la nueva situación, pero esto no sucederá sin resistencia*»²¹³. Después de todo, como se cita en el capítulo 2, «retener aumentos de ingresos en el nivel de vida o su reducción absoluta [...] tarde o temprano trae consigo serias consecuencias políticas y sociales»²¹⁴. ¿En qué momento comienza la insatisfacción? «Y si hay insatisfacción, ¿en qué momento comienza a poner en peligro la estabilidad del sistema? Es un hecho histórico que el malestar puede ser tan grande que induzca a los líderes a cambiar la política económica»²¹⁵.

Variaciones no explicadas

No debemos concluir demasiado rápido que el contrato social fue la fuente de todos los fenómenos asociados con la economía de escasez del *socialismo real* o que por sí mismo produjo escaseces crecientes y amenazas a la continuación de ese contrato social.

Después de todo, ¿qué hay en esta descripción del contrato social (y en realidad, de las relaciones de producción de vanguardia) que explique la producción de pesados candelabros y «chaquetones bañados en oro»? ¿Qué tiene que ver la tendencia de «la dirección de las empresas a los planes flexibles, a esconder potenciales productivos y retener logros sobresalientes de producción» con las relaciones de vanguardia como tales? Como indicara Kornai en los años cincuenta, «esto es altamente peligroso y dañino». Entonces, ¿por qué la vanguardia querría esto y permitiría que continuara? y dada la dependencia de información precisa que tiene el modo de producción de vanguardia, ¿cómo no resulta disfuncional la tendencia a enviar información falsa?

212 Janos Kornai, *Growth, Shortage and Efficiency* (Berkeley: University of California Press, 1982), 114-17.

213 *Ibíd.*, 120.

214 Janos Kornai, *The Economics of Shortage*, 383.

215 *Ibíd.*, 212.

Tan pronto formulamos tales preguntas, volvemos necesariamente a recordar con sobresalto la existencia y el comportamiento de los directores de empresa que están *fuera* de este contrato social particular entre la vanguardia y la clase trabajadora. En ausencia del modo de producción de vanguardia totalmente desarrollado, la información completa requerida para la planificación central de la economía, considerada como una sola fábrica, no está disponible. Así pues, ¿qué mecanismo se escogió en el *socialismo real* para alentar a los directores de empresa a cumplir las metas de la vanguardia? Incentivos materiales (primas). Ya hemos visto una consecuencia indeseada de este mecanismo: la promoción de una relación *diferente* y de una lógica diferente que interactúa con la lógica de las relaciones de vanguardia.

CAPÍTULO 4

La reproducción impugnada dentro del *socialismo real*

Como hemos visto, Kornai argumentaba que el *socialismo real* era un sistema orgánico, un sistema cuya «combinación de rasgos principales forma un todo orgánico», un «sistema coherente», «un todo coherente» cuyos elementos están «conectados orgánicamente y se refuerzan recíprocamente»²¹⁶. Precisamente porque sus elementos «forman un conjunto y se fortalecen unos a otros», él insistía en que el sistema no podía ser reformado parcialmente, sino que tenía que ser sustituido²¹⁷.

Pero Kornai no fue el único que argumentó que el *socialismo real* era un sistema orgánico. Esa era la ideología oficial, como lo demostró Richard Kosolapov, un partidario soviético del *socialismo real*. Refiriéndose específicamente al análisis de Marx sobre los sistemas orgánicos, argumentó que el socialismo se convierte en una totalidad al subordinar todos los elementos de la sociedad a sí mismo y al crear los nuevos organismos que necesita, es decir, generando sus propias premisas y precondiciones. Se convierte en sistema social orgánico, explicaba Kosolapov, a través de su desarrollo de las fuerzas productivas que garantizan una economía socializada «de facto» y, con ello, una «correspondencia mutua natural» entre los elementos del sistema. Y esa etapa efectivamente había ocurrido ahora: «La etapa en que el sistema se convierte en totalidad es la etapa del socialismo desarrollado». Vemos aquí el argumento a favor del *socialismo real* como un sistema social completo y estable, el que da por resultado, en palabras de Brézhnev, la «integridad orgánica y fuerza dinámica del sistema social, su estabilidad política y su indestructible unidad interna»²¹⁸.

²¹⁶ Janos Kornai, *The Socialist System*, 198 y 500.

²¹⁷ *Ibid.*, 366.

²¹⁸ Richard Kosolapov, *Socialism: Questions of Theory*, 463 y 471-72.

Sin embargo, tanto el crítico como el partidario del socialismo real estaban equivocados. Nuestra descripción de la lucha entre vanguardia y directores revela que *no* era un sistema único, coherente, «una estructura en la que todos los elementos coexisten simultáneamente y se apoyan unos a otros». Más que una coherencia interna había una reproducción en disputa en el *socialismo real*, resultado de la lógica de diferentes sistemas que estaban contenidos en él y que interactuaban para generar esa disfunción.

Sin duda, no hay nada singular en señalar la «diferencia entre la empresa y el centro» y en enfatizar cómo «decisiones de directores de empresa llevarán a resultados que son disfuncionales desde el punto de vista de las autoridades centrales»²¹⁹. En efecto, la imagen de los directores de empresa presentada en el capítulo 1 resultaba tan familiar a los analistas del *socialismo real* que Granick pudo definirla en su libro de 1975 como «el modelo ortodoxo»²²⁰. En ese modelo, los directores son tratados como «decisores independientes y maximizadores» que «suboptimizan en relación a las metas de la sociedad tal y como éstas son percibidas por las autoridades centrales». Ese modelo enfatizaba además el «comportamiento suboptimizante por parte de empresas individuales, que conduce a un mal funcionamiento macroeconómico»²²¹.

Aunque ese «modelo ortodoxo» reconocía un paralelo entre la conducta maximizadora del ingreso de los directores de empresa en el *socialismo real* y la maximización de ganancias que se asume para las firmas en el capitalismo, no procedió, a partir de allí, a denominar capitalistas a los directores. Y, a primera vista, *no debiera*. Después de todo, estos directores no eran dueños de los medios de producción, no tenían poder para obligar a los trabajadores a realizar trabajo adicional y no poseían mercancías (como resultado del proceso de trabajo) que pudieran ser intercambiadas para realizar plusvalía, que pudiese ser la base para la acumulación de capital. Además, según

219 David Granick, *Enterprise Guidance in Eastern Europe*, 12-13.

220 *Ibíd.*, 11-13 y 90 ss. Granick se remonta a aspectos del modelo ortodoxo en publicaciones de 1957, dando crédito, entre otros, a Joseph Berliner, Holland Hunter, Alec Nove, Janos Kornai y a sí mismo, y señala que Sam Gindin hace el uso más explícito de primas como núcleo del modelo (Granick, 1975, 90n).

221 *Ibíd.*, 12 y 88.

el contrato social, carecían de la capacidad para rebajar los salarios reales, intensificar el proceso de trabajo e introducir tecnología que ahorrara trabajo. En pocas palabras, no encontramos aquí relaciones capitalistas de producción.

Empero, estos directores sí contienen en sí mismos la *lógica del capital*, al igual que los capitalistas comerciantes y prestamistas lo hicieron antes de que el capital lograra tomar posesión de la producción. Si bien las restricciones existentes para los directores no nos permiten clasificarlos como capitalistas, la tendencia, el impulso y la *lógica* de estos directores es un asunto diferente. Si estos directores maximizadores del ingreso luchan por eliminar las restricciones impuestas a ellos (por ejemplo, metas específicas de producción, proveedores y clientes designados, la apropiación de las ganancias empresariales, la incapacidad de sancionar o despedir a los trabajadores, o de introducir libremente nuevos métodos de producción), ¿qué es esta tendencia sino la *lógica del capital*? Expresar esa *lógica* es el estribillo: *¡liberen al capital!*

La interacción de las dos lógicas

¿Qué sucede cuando coexisten dos lógicas diferentes? En los años veinte, Eugen Preobrazhensky argumentaba que la economía estatal en la URSS estaba en «una guerra económica ininterrumpida con las tendencias del desarrollo capitalista, con las tendencias de la restauración capitalista»²²². Esto, sugirió, era una «lucha entre dos sistemas mutuamente hostiles», una guerra entre dos principios reguladores: uno, resultado de los efectos espontáneos de las relaciones mercantiles capitalistas («la ley del valor»), y el otro, basado en las decisiones conscientes de los órganos reguladores del Estado (que llamó «la ley de la acumulación socialista originaria») ²²³.

Preobrazhensky explicaba que cada uno de estos principios reguladores estaba «luchando por el tipo de regulación que es orgánicamente propio de un sistema dado de relaciones de producción

222 Donald A. Filzer, ed., *The Crisis of Soviet Industrialization: Selected Essays of E. A. Preobrazhensky*, 173.

223 Charles Bettelheim describiría para un periodo siguiente una lucha que consideró como característica de las «formaciones sociales de transición» entre la «ley del valor» y la «ley de la dirección social de la economía» (*Cálculo económico y formas de propiedad*, 196-197).

tomado en su forma pura». Sin embargo, lo que el resultado de su interacción planteaba era que la economía soviética en los años veinte no estaba regulada por *ninguno de ellos* en su forma pura. No había una combinación o adición simple de las relaciones productivas y sus principios reguladores asociados; más bien, insistía Preobrazhensky, estos principios se *interpenetraban*, coexistiendo, limitando y deformándose (significativamente) el uno al otro²²⁴.

En pocas palabras, dos sistemas y dos lógicas simplemente no pueden existir independientemente una respecto de la otra. Ellas *interactúan*. Se penetran mutuamente. Y se deforman entre ellas. Más que la combinación que permite lo mejor de ambos mundos, el efecto puede ser lo peor de los dos mundos. Precisamente porque existe una reproducción en disputa entre conjuntos diferentes de relaciones de producción, la interacción de los sistemas puede generar crisis, ineficiencias e irracionalidades que no se encontrarían en ninguno de los dos sistemas en su estado puro.

Esta es la historia confusa del *socialismo real*: que sus características particulares no fueron el resultado ni de la lógica de la vanguardia ni de la lógica del capital. Más bien fue la combinación particular de ambas lo que produjo la disfunción y deformación identificada con el *socialismo real*.

La ley del valor y la ley del plan central

Para entender la interacción entre ambas lógicas, necesitamos analizar no sólo cada lógica sino también cómo es llevada a cabo por los actores individuales. Recordemos la lógica del capital en el capitalismo una vez que está plenamente desarrollado. Dado el empuje del capital a la auto-expansión, su tendencia inherente es a incrementar la tasa de explotación aumentando la jornada laboral en extensión e intensidad, reduciendo el salario real, incrementando la productividad (en relación al salario real) y separando y dividiendo a los trabajadores a fin de debilitarlos. Además, el capital constantemente intenta expandir su capacidad de realizar la plusvalía contenida en las mercancías expandiendo su esfera de circulación y creando nuevas necesidades. La auto-expansión del capital también supone el intento

224 Evgeny Preobrazhensky, *La nueva economía* (Barcelona: Ediciones Ariel S.A., 1970), 90.

de reducir sus requerimientos tanto en la esfera de la producción –por ejemplo, sustituyendo fuerza de trabajo por maquinaria– y de la circulación –por ejemplo, los esfuerzos por reducir el tiempo de circulación– como al escoger para la acumulación aquellos sectores que maximizan el crecimiento del capital.

Al comprender la naturaleza del capital vemos su tendencia inherente al aumento de la composición técnica del capital (y al desarrollo intensivo), a la expansión de las necesidades y del mercado (por ejemplo, el mercado mundial) y a la acumulación del capital (y, sin lugar a dudas, a la sobreacumulación porque la expansión del capital tiene lugar sin tomar en cuenta las condiciones de realización). Sin embargo, esta interpretación proviene del desarrollo lógico del concepto de capital. En el mundo real no existe un actor único, el capital en general, que persiga estos objetivos directamente. Son los capitales individuales los que actúan empujados por la competencia y generan estos resultados. Las leyes internas del capital necesariamente aparecen ante los capitalistas individuales como leyes externas coercitivas²²⁵.

Para competir con otros capitalistas que se ven igualmente compelidos por el deseo de ganancias, el capitalista individual tiene que reducir sus costos, especialmente los de mano de obra; por ello trata de obtener una mayor cantidad de trabajo por un gasto dado en salarios incrementando la jornada laboral y reduciendo los salarios (quizás mudándose adonde la fuerza de trabajo sea más barata). Además, en relación con sus competidores, trata de reducir sus costos de producción en general (sustituyendo mano de obra por maquinaria) y sus costos de circulación (innovando para reducir necesidades de inventario y acelerando las ventas). Para obtener ganancias, desde luego, estos capitalistas individuales deben producir cosas que generen ganancias. Por lo tanto, subirán la producción en aquellas áreas para las cuales la demanda está aumentando, porque, si permanece igual todo lo demás, esto tenderá a generar alzas de precios y ganancias. Por consiguiente, los capitalistas individuales, en su búsqueda de

225 «[...] las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento externo de los capitales, [...] se imponen en cuanto leyes coercitivas de la competencia [...]» (Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 384). Para el desarrollo de la discusión de Marx sobre el surgimiento y la esencia en *El Capital*, véase el Capítulo 11 «What Is Competition?», en Michael Lebowitz, *Following Marx* (Chicago: Haymarket Books, 2009).

ganancias, son impulsados por la demanda y por la competencia con otros vendedores, es decir, *por el mercado*.

Esa demanda, desde luego, no es la demanda de consumidores individuales abstractos. Refleja la naturaleza de las relaciones de producción capitalistas, y su patrón es afectado por la lucha de clases (por ejemplo, la distribución del ingreso). Además, el mercado que impulsa a los capitalistas individuales es sencillamente la lógica del capital como debe aparecer ante ellos, o sea, la forma necesaria en que se manifiesta la ley interna del capital. El carácter esencial del capital, su empuje a la auto-expansión –que incluye la tendencia a economizar capital y a distribuir el trabajo de la sociedad de manera tal que maximice la auto-expansión–, adopta la forma necesaria de la compulsión del mercado; en pocas palabras, de la compulsión de «la ley del valor».

Considérese, por otra parte, la lógica de la vanguardia. Como hemos visto, en su orientación hacia la construcción del socialismo, la vanguardia busca el desarrollo más rápido posible de las fuerzas productivas. Kornai, en consecuencia, se refiere al «impulso interior de la alta dirección a maximizar la tasa de inversión»²²⁶. Siguiendo de manera lógica a partir de este «impulso interior», la vanguardia querría minimizar el derroche, la ineficiencia y la duplicación del esfuerzo, así como la inactividad y el subempleo de las personas y los recursos. Además, para lograr ese crecimiento y satisfacer las expectativas de la población, la vanguardia necesita distribuir trabajo entre y dentro de los departamentos 1 (medios de producción) y 2 (artículos de consumo). Finalmente, para hacer realidad estas decisiones, la lógica de la vanguardia clama por un plan económico que requiere instrucciones y órdenes desde arriba.

Si bien existe un actor real que personifica la lógica de la vanguardia (a saber, el partido de vanguardia), existe también, como en el caso de la lógica del capital, una diferencia entre leyes internas y la interacción de actores individuales reales que ejecuten esas leyes inmanentes. Considérese la perspectiva de aquellos individuos a la cabeza de la estructura del Estado-Partido en ministerios, órganos de planificación y otras instituciones que contribuyen a la creación del plan. En la

226 Janos Kornai, *The Socialist System*, 67 y 169.

forma pura de la relación de vanguardia, cada uno interioriza la perspectiva de la vanguardia en general. Cada uno busca construir el socialismo mediante el desarrollo de fuerzas productivas y ve la necesidad de la disciplina, la centralización y la unidad con el fin de lograr esto. Para aquellos actores individuales, la lógica interna de la vanguardia aparece como una compulsión, como *responsabilidad y deber*, como la sensación de que todo depende de ellos, y el resultado es que ellos «trabajan largas, duras horas con la firme creencia de que al hacerlo sirven a la causa de su partido y del pueblo, al bien común y a los intereses de la humanidad»²²⁷.

Para aportar mejor a la meta de construir el socialismo, cada uno de aquellos que están en la cima quiere regular estrechamente a todos los subordinados y desea más recursos. De esta manera, la formulación y ejecución del plan en la práctica refleja la interacción de esas perspectivas individuales, a través de sus demandas tanto de mayores recursos como de mayor poder sobre sus subordinados. Como resultado de esta combinación, aquellos que dirigen expresan el «impulso interior» de la vanguardia a maximizar la inversión y expandir el control jerárquico; cada uno piensa: debe haber mayor intervención. Añádase a los directores de unidades individuales de producción que internalizan de manera similar la perspectiva de la vanguardia y podremos visualizar el despliegue de la lógica de la vanguardia en su forma *pura*.

Existe, desde luego, una diferencia importante entre la forma en que son realizadas la lógica del capital y la lógica de la vanguardia. En contraste con el resultado inconsciente, espontáneo, que fluye de la conducta atomizada de los capitales individuales, en el caso de la vanguardia hay un compromiso colectivo consciente. El centralismo democrático es el mecanismo subyacente, y aunque pueden entrar intereses conflictivos en la formulación del plan, una vez que dicho plan es aprobado se supone que sea ejecutado y «las instrucciones que se impartan desde arriba deben ser implementadas por los subordinados»²²⁸. La lógica de la vanguardia adopta la forma del plan directivo-administrativo, la «ley» del plan central (*law of command*).

227 *Ibid.*, 41.

228 *Ibid.*, 36.

La disfunción en el socialismo real

¿Qué sucede cuando la lógica de la vanguardia y la lógica del capital interactúan? Cuando se emiten las órdenes por parte de los que están en la cima, éstas son recibidas por directores de empresas que personifican, no la lógica de la vanguardia, sino la lógica del capital. Esos directores no reaccionan desde la partida reconociendo la interdependencia entre sus metas de producción y el plan predeterminado como un todo. Por el contrario, estos directores que buscan maximizar el ingreso actúan en su propio interés individual. Sin embargo, no tienen libertad para perseguir sus propios intereses en condiciones seleccionadas por ellos mismos. Esos directores están limitados por relaciones de vanguardia y la lógica del capital requiere que eliminen esas limitantes. En la lucha entre estas dos lógicas podemos ver las bases de los fenómenos de la economía de escasez.

Analicemos, por ejemplo, cómo la lógica del capital se ve afectada como resultado de la ley del plan central. Al intentar maximizar el ingreso que pueden obtener a través de su acceso a los medios de producción, los directores de empresa están limitados por instrucciones de la vanguardia, por la ley del plan central. Pero ésta es una orden *miope* y, por consiguiente, la actividad de dirección incluye obtener ventaja de esa miopía.

La combinación de la conducta de los directores que actúan por interés propio y la miopía en la cima permite, como hemos visto, que los directores saquen ventaja de las ambigüedades del plan para ganar primas ordenando producciones perversas –por ejemplo, esos pesados candelabros y los chaquetones «bañados de oro». Y la misma combinación contamina al propio plan. Dado que el ingreso de los directores no se basa simplemente en el cumplimiento de un plan empresarial impuesto desde afuera, la negociación de la meta de producción es un objetivo de la actividad de dirección. Así, los directores de empresa mienten y distorsionan la información que envían hacia arriba. Como parte de este mismo patrón, el «director astuto» subproduce en relación con su potencial. Aquí es donde los directores podrían desarrollar, como indica Šik, «su iniciativa realmente a plenitud». ¿Cómo entonces es posible planificar con precisión sobre la base de tal información?

Esta no es, sin embargo, una cuestión de ineficiencia inherente a la planificación central o de incapacidad técnica para obtener y utilizar la información básica para planificar. *La mala información en este caso refleja la lucha de clases*. Kornai describió con acierto el resultado en los años cincuenta: «En una palabra, los actuales sistemas de planificación e incentivos han provocado una tendencia espontánea, cuyo efecto es inducir a las direcciones de las empresas a suavizar los planes, a esconder potenciales de producción y a esconder logros sobresalientes en la producción. Esto es altamente peligroso y dañino»²²⁹. Pero, ¿por qué estaba ocurriendo esto? Muy sencillo: esos resultados peligrosos y dañinos a los que se refería Kornai eran explícitamente el producto de una combinación particular de *dos lógicas diferentes*; en una palabra, el actual sistema de planificación (la lógica de la vanguardia) y el sistema de incentivos (la lógica del capital).

Estas disfunciones sistémicas no eran los únicos resultados dañinos. Sin lugar a duda, el derroche provocado por la compulsión del cumplimiento de las metas, del «frenesí» y la escasez producida por la acumulación de recursos y trabajadores, eran inherentes a la lógica del capital si los directores de empresas estaban sometidos a la miopía de la ley del plan central. Pero también era totalmente racional para los directores hacer todo lo que fuera necesario para tener más trabajadores y recursos a mano para cumplir las metas (por ejemplo, todo director trata de obtener de su superior salarios más altos para su taller, sección, etc.). Más que impelidos a reducir sus costos de trabajo y materiales por la ley del valor, los directores crean condiciones mediante las cuales puedan maximizar los suministros tanto de recursos como de trabajo dentro de sus propias unidades, aunque esto no sea racional para la sociedad en su conjunto.

Todo esto fluye de lo que Kornai denominó «los efectos conjuntos de las instrucciones e incentivos del plan». En sí, la orientación de los planificadores era característica de «un mecanismo coherente, unificado, que tiene su propia lógica interna y varias tendencias y regularidades muy propias»²³⁰. Sin embargo, vemos que dicha lógica no era la única. Existía también la lógica característica de los directores; y sobre el conflicto entre su sentido de responsabilidad

²²⁹ Janos Kornai, *Overcentralization in Economic Administration*, 137.

²³⁰ *Ibid.*, 215.

hacia la economía global y su propio interés económico, Kornai planteaba que «es sólo humano, si el interés económico individual muestra ser más fuerte»²³¹. Precisamente porque la lógica del capital es «sólo humana», Kornai concluyó que *era racional* liberarla de las restricciones de la lógica de vanguardia.

Consideremos la otra parte: cómo la lógica de la vanguardia se ve afectada por el comportamiento de los directores. Aquellos que están en la cima de la estructura del Estado-Partido saben que no pueden depender de la obediencia, de la lealtad a la vanguardia y de un sentido de responsabilidad hacia el interés social por parte de los directores. Efectivamente, ellos saben que los intereses de esos directores difieren y que tienen conocimientos de los cuales la vanguardia carece (los intereses divergentes y la miopía que son, desde luego, la premisa para el problema del principal y el agente analizado en el capítulo 2). Para lograr el objetivo de maximizar la producción movilizándolo recursos y trabajo para ese fin, la vanguardia debe tener en cuenta el comportamiento de los directores individuales.

En consecuencia, la vanguardia a todos los niveles debe enfatizar planes *rígidos* (que vayan aumentando sobre la base de *resultados alcanzados*) y normas exigentes en el uso de insumos, precisamente debido a la elevada probabilidad de reservas ocultas y «dificultades fingidas» alegadas por los directores. ¿Pero en qué medida? *Tanto como sea posible*. Dada su falta de información precisa y las escaseces reales producto del comportamiento de los directores, existe una tendencia a que los planes asignados vayan más allá de lo factible. Además, debido a los perversos patrones de producción generados por la actividad directiva en busca de primas, es lógico aplicar más regulaciones y normas –referidas, por ejemplo, a variedad de producto, calidad del producto, productividad, gastos de nómina, etc.²³². Así pues, más información de la que un centro sobrecargado necesita digerir.

231 *Ibíd.*, 107.

232 Como quiera que la prioridad es garantizar que todas las unidades de producción reciban los insumos necesarios, es lógico que el cumplimiento de metas de producción sea recompensado al máximo –con el resultado de que, a pesar de existir incentivos de primas, estas metas adicionales tienden a ser vistas por los administradores como menos importantes.

Todas estas respuestas desde la cima, acompañada por la multiplicación de la burocracia que debe monitorear y hacer cumplir las metas y regulaciones, sólo refuerzan la tendencia a generar escasez y fracasos en los planes. Y esto fomenta iniciativas *adicionales* de parte de los directores. Ante la perspectiva de no obtener la entrega planificada de los insumos necesarios y no garantizar así la obtención de sus primas, la respuesta lógica para estos directores es *salirse del plan*. Por lo tanto, se torna racional para cada empresa producir sus propios insumos esenciales e involucrarse en transacciones de canje con otras empresas, para intercambiar inventarios excedentes de algunos insumos a cambio de sus propios requerimientos. Esto no sólo significa apelar a una forma subdesarrollada de intercambio de bienes (lo que da lugar al surgimiento de especialistas en ofertas, los *tolkach*), sino que pronto puede conducir a la producción al propósito explícito del intercambio (y con ello un desvío adicional de recursos). Como comentara Kagarlitsky en relación con la URSS: «El trueque informal, lejos de resolver los problemas fundamentales de la producción, los complicaba al alentar la formación de reservas adicionales. Esto, a su vez, condujo a una exacerbación de la escasez»²³³.

En este contexto, ¿cómo puede hablarse de un plan central? El plan central es un intento de coordinar todos los aspectos de la economía tomando en cuenta anticipadamente las interdependencias de todas las sub-unidades y vinculando la producción de bienes de consumo con el ingreso a fin de garantizar balances macroeconómicos. Sin embargo, cuando los directores se salen del plan para acumular recursos y fuerza de trabajo (contribuyendo con ello a la escasez) producen sus propios requerimientos de insumos (contribuyendo a la irracionalidad económica) y desperdician recursos físicos, humanos y monetarios, llevando a sus empresas a la compulsión del cumplimiento de las metas (produciendo bienes de baja calidad o inservibles). Podemos ver así el carácter disfuncional del *socialismo real*. En palabras de Flaherty, se trata de una «estructura en la cual es impartida una orden central y después se hacen cargo procesos administrativos espontáneos»²³⁴.

²³³ Boris Kagarlitsky, *The Dialectic of Change*, 250-51.

²³⁴ Patrick Flaherty, «Cycles and Crises in Statist Economies», 120.

Describiendo la desintegración de la planificación en Polonia, Maziariski señalaba la incapacidad de aquellos en la cima para «llevar adelante cualquier tipo de política coordinada, porque los departamentos con mayor acceso al proceso de toma de decisiones políticas hacían *lobby* en favor de sus inversiones, destruían la lógica del plan y arruinaban cualquier oportunidad de escapar a la crisis»²³⁵. El intento de coordinar toda la economía como una sola fábrica a nivel nacional falla cuando existe un comportamiento orientado a sus propias necesidades por parte de aquellos que poseen los medios de producción de su empresa; falla al igual como lo haría un intento de coordinar desde arriba una fábrica única integrada verticalmente, en la cual existiera un intercambio de bienes por parte de productores independientes, autónomos, en cada etapa de producción en esa fábrica.

Los fracasos en el plan, sin embargo, no son aleatorios. Todas las industrias no son iguales; algunas tienen mayor prioridad que otras, incluso en un plan bien coordinado. Por consiguiente, algunas son más propensas a tener restricciones presupuestarias más flexibles que otras. En una situación de escaseces esporádicas y crecientes, la vanguardia necesita estar segura de que los insumos escasos sean asignados a los sectores más críticos, aquellos cuyos vínculos con el resto de la economía son mayores (y, por tanto, donde los fracasos del plan tendrían mayor impacto). Los sectores de alta prioridad, por tanto, tenderán a no ser los que produzcan bienes de consumo y, por consiguiente, los fracasos del plan (y la revisión de planes) tenderán a concentrarse en estos sectores, aun cuando el contrato social pueda requerir una producción incrementada de bienes de consumo²³⁶.

Dicho brevemente, habría escasez crónica para los consumidores: «se recomienda a cada miembro de la familia llevar consigo una bolsa

235 *Ibíd.*, 117.

236 Åhlander, *Environmental Problems in the Shortage Economy: The Legacy of Soviet Environmental Policy*, 48-55. Åhlander parte del tema de la prioridad para explicar «la ineficacia de los programas medioambientales, así como el mal manejo de los recursos naturales». Señala que, según este enfoque, la alteración medioambiental es resultado de la prioridad en el crecimiento económico y que «la ineficacia de los programas medioambientales se habría explicado por su baja prioridad en la planificación e implementación de medidas» (53). Obviamente, en estas condiciones, no habría primas disponibles para los administradores por evitar desperdicios y destrucción del entorno.

de compra». Estamos de regreso en nuestro punto de partida concreto y esta vez lo entendemos como una rica totalidad de muchas relaciones, como resultado de una «lucha entre dos sistemas mutuamente hostiles», donde cada una de las dos lógicas está luchando por el tipo de regulación orgánicamente característico del sistema particular de relaciones de producción, tomado en su forma pura²³⁷.

La deformación en el *socialismo real*

El problema no es simplemente que esta lucha entre dos lógicas opuestas genere disfunción. Está también la cuestión del efecto de esta interacción sobre cada una de las partes. En la combinación e interacción entre dos lógicas, ni directores ni la vanguardia operan en un vacío; en dicha interacción, cada uno es deformado.

Bihari, considerando la perspectiva de los directores de fábricas en los debates sobre la reforma del mercado húngaro, describía bien la deformación de la lógica del capital: «En principio, los administradores de fábricas simpatizan con la solución radical del mercado, ya que *a la larga conducirá al aumento de su poder económico y político*. Ellos serían los principales ganadores en la “mercantilización”». Sin embargo, en la práctica son pocos los que realmente prefieren la autonomía económica, debido al temor de no ser capaces de competir en el mercado. «Estos temores hacen que un gran número de administradores de fábricas apoye el *status quo*»²³⁸. Para los directores individuales, en concreto, esta distinción entre «en principio» (la lógica del capital) y «en la práctica», con relación al pleno desarrollo de reformas de mercado, refleja el efecto deformante de la interacción de la lógica del capital con la lógica de la vanguardia. La ley del valor da paso aquí a una ley del *lobbying* —una competencia por el acceso a los recursos.

Un desarrollo similar puede verse del lado de la vanguardia. ¿Qué tienen que hacer esos individuos a la cabeza de la estructura del Estado-Partido (ministerios, órganos de planificación, etc.) cuando se enfrentan a la perspectiva de escaseces que producen fracasos en el plan? Su compromiso con el proyecto global los lleva, antes que

²³⁷ Eugen Preobrazhensky, véase *supra*, nota al pie 9.

²³⁸ Peter Bihari, «Hungary: Toward a Socialist Market Economy?», 20.

todo, a tratar de aislar a sus propias instituciones de los fracasos, es decir, a controlar lo que es posible bajo su mando inmediato. Una manifestación de esta tendencia es el modelo del «departamentalismo» descrito por Kagarlitsky:

Las instituciones burocráticas operan según el principio de «cada cual para sí». Al distribuir sus productos, todas están regidas por el principio de «lo mío primero». Esto conduce al famoso «transporte anti-eficiente», donde una fábrica envía su producción, no a su vecino inmediato, sino al otro extremo del país, porque ahí es donde hay una empresa del mismo departamento ministerial, en tanto la empresa vecina pertenece a otro ministerio. Diferentes ministerios crean producciones del mismo tipo dentro de su propio sistema sólo para no tener que depender uno del otro²³⁹.

Con la escasez en aumento, la respuesta de los ministerios y de las asociaciones productivas se convierte en una «competencia anticipatoria», una lucha por garantizar que sus sub-unidades aseguren los recursos que necesitan. Así se crea un abismo entre las necesidades del sistema vistas por los que están en el centro y las necesidades de autosuficiencia según son percibidas por aquellos que están más abajo en la cadena de producción: «Las autoridades centrales están preocupadas, en primer lugar, por maximizar el crecimiento a largo plazo, en tanto las agencias subordinadas concentran sus energías en objetivos y ventajas a corto plazo»²⁴⁰.

Si la actividad autónoma de los directores de empresa infecta crónicamente el plan, ¿cómo pueden aquellos que tienen la responsabilidad de supervisar el plan, minimizar el efecto de la infección? La consecuencia no sólo consiste en el «departamentalismo», sino también en la necesidad de encontrar vías para facilitar que las empresas subordinadas a su autoridad produzcan tanto como les sea posible. Así, aquellos que están a la cabeza de la vanguardia, en vez de preocuparse de la exigencia de metas lo más elevadas posible en la concepción de los planes anuales, se ven en la necesidad de inducir a los directores a que al menos cumplan los objetivos del plan. Y para impedir que los directores pierdan toda esperanza de obtener sus primas, las metas del plan son ajustadas hacia abajo dentro del mismo

²³⁹ Boris Kagarlitsky, *The Dialectic of Change*, 251.

²⁴⁰ Patrick Flaherty, «Cycles and Crises in Statist Economies», 112-13.

período del plan, con el fin de ser más realistas. Además, los que están en la cima miran hacia otro lado cuando se trata de diversas medidas cuestionables e ilegales aplicadas por los directores para facilitar el cumplimiento del plan; es decir, ellos *consienten* el derroche, la acumulación de fuerza de trabajo y recursos, y la duplicación del esfuerzo, lo que es contrario al impulso interno de la vanguardia. Con escaseces crecientes y fracasos en el plan, la ley del plan central es transformada cada vez más en una ley de la *posibilitación*, otra cara de la deformación de la lógica de la vanguardia.

Así, en contraste con la jerarquía inherente a las relaciones de vanguardia, cuando se trata de la ejecución del plan la relación entre vanguardia y directores se invierte. Los que están en la cima son dependientes (y reconocen esa dependencia) de las empresas para cumplir su parte del plan central. Por otro lado, los directores de empresa se irritan con las restricciones de la vanguardia, pero también desarrollan un creciente sentido de independencia y poder, al punto de que son capaces de lograr sus metas a pesar de los controles ejercidos sobre ellos. Esta inversión (hegeliana) es precisamente la razón por la cual podemos considerar a los directores como los *principales* en su relación con los planificadores, y en ese contexto florecieron las coaliciones sectoriales y el modelo de dominio sectorial que se describió en el capítulo 3²⁴¹.

De esta forma, vemos aquí una tendencia definida a que la línea entre los dos opuestos se torne borrosa en la práctica, es decir, una tendencia a que surja una identidad de opuestos. De una parte, hay directores que vacilan en aplicar totalmente la lógica del capital; de la otra, vemos a planificadores que apoyan las acciones de directores con orientación propia. Aunque la unión de estos opuestos puede proporcionar seguridad mutua durante un tiempo y puede generar una estabilización clara dentro del *socialismo real*, esa unidad es sólo aparente. Lo que prevalece es la *lucha* a veces oculta, a veces abierta, entre las dos lógicas –una lucha especialmente por la propiedad de los medios de producción.

241 Esta inversión se hace eco de la exploración de la relación amo-esclavo hecha por Hegel, incluso hasta el punto en que los administradores de empresa parecen personificar el progreso. Ver Hegel, *Fenomenología del Espíritu* (México DF: FCE, 1973).

La propiedad, el plan y el mercado

Esta lucha toma la forma de una lucha entre el plan y el mercado. Es una lucha no por la propiedad jurídica, sino por la propiedad *real* de los medios de producción.

¿Qué significa ser propietario? Aunque una concepción popular tiende a pensar que la propiedad es indivisible, generalmente aquellos que estudian la propiedad aceptan que ésta comprende un paquete de diferentes derechos de propiedad que a menudo no están en manos de una sola parte²⁴². Basándose en la literatura sobre derechos de propiedad, por ejemplo, Kornai identificó como elementos clave: (1) el derecho al ingreso residual (y a decidir cómo usarlo); (2) el derecho a enajenar o transferir (a arrendar, vender, legar, etc.); y (3) el derecho a controlar (incluyendo el derecho a delegar ese control). Analizando el *socialismo real*, señaló que «la élite de poder, estructurada jerárquicamente y sin compartir el poder con ningún otro grupo, tiene el derecho exclusivo de disponer de los medios de producción de propiedad estatal»²⁴³.

242 De acuerdo a la jurisprudencia inglesa, por ejemplo, el grupo de derechos incluye el derecho a la posesión, el derecho al uso y disfrute de una cosa, el derecho a decidir cómo, cuándo y por quién una cosa será usada, el derecho al ingreso procedente de la cosa, el derecho a consumir y desperdiciar la cosa y el derecho a transmitirla mediante venta, regalo o herencia. Nótese que un accionista individual en una corporación capitalista, por ejemplo, tiene el derecho al ingreso proveniente de su acción y el derecho a vender esa acción, pero no tiene el derecho a poseer, usar, administrar o destruir los medios de producción. Los administradores, por otra parte, poseen la mayoría de esos otros derechos, pero legalmente no pueden utilizar los medios de producción para su disfrute personal (Andrew Kernohan, *Democratic Socialism and Private Property*, 152-157).

243 Janos Kornai, *The Socialist System*, 64-66 y 98. Además, Kornai enfatizó que la vanguardia no sólo tiene el derecho al ingreso residual, sino que también es capaz de determinar su magnitud mediante su poder sobre los precios, costos de materiales, salarios y asignación de fondos; el ingreso residual, cuya «magnitud económica es fijada arbitrariamente por la burocracia», fluye al presupuesto central que ella controla. Sin embargo, a pesar de su claro argumento sobre la vanguardia como dueño, Kornai insistió en que no existe propiedad real en el socialismo real porque no hay individuos reales que se beneficien personalmente. «Como quiera que nadie puede embolsarse las ganancias y nadie necesita pagar de su bolsillo por las pérdidas, la propiedad en este sentido no sólo está despersonalizada sino eliminada. La propiedad estatal pertenece a todos y a nadie» (Janos Kornai, *The Socialist System: The Political Economy of Communism*, 73 y 75). Este, desde luego, es el argumento conservador estándar contra toda propiedad común, incluyendo cualquier concepto de los *comunes* organizados por comunidades. Ver mis comentarios sobre los *comunes* en *La alternativa socialista* (138-140).

Pero una parte de aquel paquete no parecía estar presente. Según Andras Hegedus, ex primer ministro de Hungría, la burocracia estatal ejercía el poder para dirigir a las personas, para disponer de los medios de producción, y el poder casi ilimitado para usar y distribuir el producto excedente a través de su sistema de toma de decisiones organizado jerárquicamente; es decir, tenía todos esos atributos de la propiedad. Sin embargo, *carecía* del poder para vender, legar o enajenar los medios de producción. Esto llevó a Hegedus a describir la burocracia estatal en el *socialismo real* como la *poseedora* más que como la propietaria²⁴⁴.

Como principio general, Hegedus enfatizaba que: «debemos preguntar siempre si existe algún tipo de control real sobre aquellos que disponen de poder y ejercen la posesión a nombre del propietario»²⁴⁵. Dado que en el *socialismo real* la sociedad en su conjunto era el dueño jurídico (es decir, el propietario), entonces la pregunta en este caso era si existía control sobre la burocracia estatal. Efectivamente, argumentaba Hegedus, «el núcleo del problema de la propiedad» era la lucha por «la sustitución de la posesión de parte de la administración estatal por el ejercicio de la propiedad de parte de la sociedad como un todo». En consecuencia, Hegedus enfatizaba la necesidad de una lucha por la democracia, esto es, por el control real sobre el poseedor mediante el fortalecimiento de formas democráticas de administración²⁴⁶.

Sin embargo, Hegedus era bien consciente de que existía un desafío diferente e inmediato a la posesión vigente de los medios de producción. Había una «forma en rápido avance», una distribución de derechos de propiedad *diferente* que estaba surgiendo: «la posesión por parte de la dirección administrativa de la empresa». Los directores de empresa, señalaba, ejercitan su «posesión en el terreno de la propiedad con un grado de independencia relativamente alto»²⁴⁷. Y esta posesión por parte de los directores, sostuvo, avanza a expensas de la posesión por parte de la administración estatal. Esa usurpación es, «desde luego, un proceso que va acompañado de agudos conflictos. Esos órganos de la administración estatal que han ejercido la posesión hasta este

244 Andras Hegedus, *Socialism and Bureaucracy*, 109-111.

245 *Ibid.*, 95-96 y 101.

246 *Ibid.*, 111.

247 *Ibid.*, 115.

momento hacen todo lo que está en su poder para mantener sus viejas políticas»²⁴⁸.

Al igual que Hegedus, Charles Bettelheim identificó la lucha entre los directores y la administración estatal como una lucha por los derechos de propiedad. Aunque también enfatizó la distinción esencial entre posesión y propiedad, Bettelheim definió posesión de forma diferente: «la capacidad de poner en funcionamiento los medios de producción»²⁴⁹. Así, para él la posesión implicaba la capacidad técnica en un lugar específico para llevar a cabo y dirigir un proceso de trabajo. «Toda unidad de producción», argumentaba Bettelheim, «forma un *centro* para la apropiación de la naturaleza. Dentro de tal centro se articulan estrechamente diferentes procesos de trabajo; de esta manera, cada unidad de producción realmente tiene la capacidad de utilizar sus medios de producción, los que en consecuencia *poseen*»²⁵⁰.

Según esto, propiedad y pertenencia deben diferenciarse de posesión en el sentido de Bettelheim. Propiedad incluye «el *poder de apropiarse* de los objetos sobre los que actúa para usos que son dados, particularmente los *medios de producción*, y el poder de disponer de los productos obtenidos con ayuda de esos medios de producción». Y para que ese poder de propiedad (esos derechos de propiedad) sean efectivos, los agentes de la propiedad deben mandar, o deben poseer los medios de producción ellos mismos, o bien los agentes de posesión deben estar «subordinados a los agentes de propiedad»²⁵¹. Para Bettelheim, pues, la lucha crítica por la propiedad era entre los dueños (los agentes de la propiedad) y los *aspirantes* a dueños (aquellos que poseen unidades de producción).

Entonces, ¿quién es dueño de los medios de producción en el *socialismo real*? Depende. Depende de la fuerza relativa de las partes en contienda. El Estado, según Bettelheim, es capaz de actuar como propietario de los medios de producción cuando «esos medios son puestos directamente bajo control y puestos en operación», y esto tiene

248 Ibid., 117.

249 Charles Bettelheim, *Cálculo económico y formas de propiedad* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1981), 84-86.

250 Ibid., 154-155.

251 Ibid., 84-86.

lugar a través del «plan y de las relaciones planificadas que se derivan de este plan»²⁵². Mientras más el Estado coordine *a priori* las diferentes unidades de producción, tanto más estarán subordinados al Estado como propietario aquellos que poseen los medios de producción²⁵³.

En pocas palabras, el plan es la manera en que se impide a las empresas transformar su posesión en propiedad. El Estado actúa como dueño, «por una parte, cuando la propiedad estatal efectivamente permite a las autoridades gubernamentales «reapropiarse» de todo o parte de lo que cada empresa posee; por otra parte, cuando el Estado efectivamente *domina* el uso que las empresas hacen de sus medios de producción y productos». El Estado domina así a través del plan central: «el poder del Estado para disponer de los productos y apropiarse de los medios de producción» es «el efecto de relaciones de producción específicas, de *relaciones de propiedad*»²⁵⁴.

A la inversa, sustituir el plan por el mercado es, como formulara Hegedus, «la sustitución de la posesión de parte de la administración estatal por la posesión de parte de la dirección empresarial». Al introducirse precios de mercado «en lugar del precio burocrático anterior», al poder la empresa «tomar las decisiones relativas a todas las cuestiones importantes del desarrollo empresarial (cambios en la estructura de productos, desarrollo técnico, inversiones, etc.), «se fortalece la posesión por los directores»²⁵⁵. Desde la perspectiva de Bettelheim, efectivamente, dicha capacidad de las empresas de tomar sus propias decisiones sobre el uso de los medios de producción que poseen es «un efecto de relaciones de producción específicas, es decir, relaciones de producción capitalistas»²⁵⁶.

Este conflicto entre plan y mercado no debe entenderse como una lucha entre relaciones de producción socialistas y capitalistas. La dominación por la vía del plan central, apuntó Bettelheim, «puede ser de *relaciones socialistas* mientras que realmente garantiza el *dominio de los trabajadores* sobre las condiciones de producción y reproducción, y por tanto, sobre los medios y resultados de su

252 *Ibid.*, 78.

253 *Ibid.*, 79-81.

254 *Ibid.*, 105.

255 Andras Hegedus, *Socialism and Bureaucracy*, 117.

256 Charles Bettelheim, *Cálculo económico y formas de propiedad*, 106-108.

trabajo»²⁵⁷. Los poderes del Estado sobre los medios de producción –es decir, sus derechos de propiedad–, planteó, «sólo constituyen un efecto de las relaciones socialistas de producción en la medida en que estos poderes efectivamente garanticen el dominio de los trabajadores sobre las condiciones de producción y reproducción»²⁵⁸. Como hemos visto en nuestro análisis, sin embargo, *el dominio por parte de los trabajadores sobre las condiciones de producción y reproducción es precisamente lo que está excluido por las relaciones de producción de vanguardia*.

En tanto que los directores de empresas son impedidos de transformar su posesión de los medios de producción en propiedad, la vanguardia es el propietario colectivo de los medios de producción en el *socialismo real*. Sus poderes son poderes de propietarios, pues determinan la meta de producción y dirigen a las personas y a los medios de producción para cumplir esa meta; deciden cómo y por quién serán disfrutados los productos de esta actividad, y distribuyen el excedente más allá de lo que se requiere para reproducir las condiciones de producción²⁵⁹.

Además, demostrando su propiedad, la vanguardia está habilitada para asignar derechos particulares de propiedad a otros. Eso es precisamente lo que ocurrió en el contrato social cuando se concedió a los trabajadores el derecho al puesto de trabajo. El hecho de gozar de protección para no ser despedido u obligado a cambiar de trabajo contra su voluntad representaba en la práctica que el trabajador estaba vinculado a medios específicos de producción. *En pocas palabras, los trabajadores según el contrato social poseen derechos de propiedad particulares*, ya que tienen derecho a continuar utilizando esos medios de producción o a cambiar de trabajo y establecer un vínculo similar con otros medios de producción²⁶⁰.

257 *Ibíd.*, 105

258 *Ibíd.*, 105-106.

259 El partido de vanguardia, debe señalarse, también tiene el poder de enajenar los medios de producción privatizándolos.

260 Desde luego, ese derecho de propiedad ha sido truncado de manera significativa. Aun teniendo derecho a poseer medios privados de producción, los individuos no tienen derecho a dirigir la producción, a escoger el objetivo de la producción, a vender (legalmente) los medios de producción, a traspasarlos a sus hijos mediante herencia o a ejercer cualquier otro derecho de propiedad fuera del derecho de uso. No obstante, la pérdida de esos derechos laborales debe ser entendida como una confiscación de los derechos de propiedad de los trabajadores en el *socialismo real*.

Examínense las relaciones de producción de vanguardia. En ausencia del modo de producción específicamente de vanguardia, su reproducción requiere un modo de regulación que pueda garantizar la producción de las premisas del sistema. El control de los directores por medio del plan directivo-administrativo y la existencia del contrato social constituyen un modo específico de regulación de vanguardia que permitía tanto la reproducción de la vanguardia como dueña de los medios de producción, como la reproducción de los trabajadores en su relación existente con los medios de producción. Pero un modo exitoso de regulación no es automático, es el terreno donde ocurre la reproducción en disputa.

En la lucha entre dos sistemas mutuamente hostiles, que caracterizó al *socialismo real*, los directores querían ser *libres*. Libres de todo control, libres de la «mezquina tutela» de la vanguardia, libres de las restricciones del contrato social (en particular, libres de la restricción fundamental implícita en los derechos del puesto de trabajo). Al personificar la lógica del capital, los directores emergieron como una clase orientada por la idea de transferir a sí misma todos los derechos de propiedad sobre los medios de producción tanto de la vanguardia como de la clase trabajadora. No es sorprendente que su interés de clase particular fuera presentado como el interés general, es decir, como un fin a la irracionalidad.

CAPÍTULO 5

El dirigente y la batalla de ideas en la Unión Soviética

Recordemos la descripción de Canetti sobre el director de orquesta:

Su mirada [...] abarca la orquesta entera. Cada integrante se siente observado por él; más aún: escuchado por él. Las voces de los instrumentos son las opiniones y convicciones a las que presta mayor atención. Él es omnisciente, pues mientras los músicos sólo tienen ante sí sus propias voces, él tiene la partitura completa en la cabeza, o sobre el pupitre. Él sabe con toda exactitud qué le está permitido a cada cual en cada instante. El hecho de que preste atención a todos en conjunto le confiere el prestigio de la omnipresencia. Por así decirlo, está en la cabeza de todos y de cada uno. Él sabe lo que *ha de hacer* cada cual y sabe también lo que *hace* cada cual. Él, la suma viviente de las leyes, actúa a ambos lados del mundo moral, ya que por el mandato de su mano dispone lo que sucede y evita lo que no ha de suceder. Su oído explora el aire en busca de lo vedado²⁶¹.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando el director está obligado a admitir que algo ha salido terriblemente mal? Cuando el director concluye que hay un problema con la música que es «lo único que importa», ¿qué debe hacerse?

El contexto

Dada su importancia para la comprensión del destino del *socialismo real*, examinaremos aquí el caso específico de la Unión Soviética (URSS). Cuando dos sistemas hostiles interactúan, los resultados pueden ser crisis, ineficiencias e irracionalidades que no se encontrarían en ninguno de los dos sistemas en su pureza. Más que un «todo coherente»

²⁶¹ Elías Canetti, véase *supra*, Obertura, nota al pie 9.

compuesto de elementos que *se complementan mutuamente y se atraen recíprocamente*, la interacción de la lógica de la vanguardia con la lógica del capital produce algo totalmente diferente. En realidad, lo que puede surgir es lo peor de ambos mundos.

¿Fue ésta la situación en la URSS? Hay pocas dudas de cuán disfuncional era su economía: el derroche, la acumulación de fuerza laboral y recursos, los productos de baja calidad, la alienación extrema y la baja productividad de los trabajadores, la carencia de información correcta para emprender la planificación, el «departamentalismo», los incumplimientos del plan y finalmente la incapacidad para controlar a los directores de empresas. Y no falta la evidencia que apunta a una crisis en aumento: tasas de crecimiento cayendo significativamente desde los años cincuenta hasta los años ochenta del siglo XX, un declive de la eficiencia de la inversión (es decir, un descenso en la relación producto-capital), escasez creciente de recursos y mano de obra, y caída del crecimiento de la productividad²⁶².

Resulta tentador explicar la crisis simplemente haciendo referencia a la escasez de mano de obra y atribuir ésta a la continuación del modelo extensivo de crecimiento. Ciertamente, había señales obvias de escasez de trabajadores. En efecto, además de la evidencia de una creciente disponibilidad de puestos de trabajo vacantes, había incapacidad para aprovechar los aumentos en la capacidad industrial debido a la falta de fuerza de trabajo en los años sesenta y setenta. En los años 70, un director de investigaciones del Gosplan informó que 10 a 12% del incremento del capital fijo real estaba inutilizado debido a una escasez de mano de obra. Allen resume la situación comentando que «la reserva de capital aumentaba sin un crecimiento correspondiente del PIB debido a que no había fuerza de trabajo para operar la nueva capacidad»²⁶³.

En general, las fuentes de mano de obra adicional para la industria soviética estaban cada vez más agotadas. Ya en 1965, por ejemplo,

262 Ver, por ejemplo, Robert C. Allen, *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*. Además, ver un resumen conveniente de puntos importantes en «A Reassessment of the Soviet Industrial Revolution», *Comparative Economic Studies*, 47. Como ejemplo del problema, en 1981 se informó en *Voprosy Ekonomiki* que «por cada rublo de capital básico ahora hay un 28 por ciento menos de ingreso nacional». Citado en Boris Kagarlitsky, *The Dialectic of Change*, 242.

263 Robert C. Allen, «A Reassessment of the Soviet Industrial Revolution».

para los investigadores del Gosplan era evidente que la demanda de trabajo excedía ampliamente el crecimiento en el suministro de fuerza de trabajo. «En otras palabras, los trabajadores requeridos se obtuvieron principalmente recurriendo a aquéllos que trabajaban en sus casas o en sus parcelas privadas [...] Pero la cantidad de los que trabajaban en casa continuaba decreciendo y esta fuente pronto se extinguiría»²⁶⁴. Tomando en cuenta solamente los patrones demográficos, ¿cuánto tiempo podía la URSS seguir un modelo de desarrollo extensivo, que dependía de continuos incrementos de fuerza de trabajo, para combinarlo con recursos en nuevas unidades productivas sin generar una crisis?

Sin embargo, la explicación de la crisis no es tan simple. Ante todo, la escasez de mano de obra tiene que ser analizada en el contexto de la tendencia de los directores de empresa a acumular fuerza de trabajo. Myasnikov, por ejemplo, argumentaba en 1979 que «en la mayoría de las plantas soviéticas de maquinaria, la cantidad de empleados es de un 30 a 50% más alta que en empresas similares en el extranjero»²⁶⁵. De forma similar, mientras Grancelli estimaba en 1988 que, «como resultado de la acumulación de fuerza de trabajo, las reservas laborales ocultas en empresas industriales oscilaban entre el 10 y el 20% de todo el personal», otras fuentes sugerían mucha mayor acumulación de fuerza de trabajo en la URSS. Así, Kuznetsov dio un ejemplo de la industria del amoníaco: «Varios productores de amoníaco, utilizando la misma tecnología y planta, fueron estudiados en Rusia en 1983. Según una normativa, la producción requería de 83 trabajadores. El empleo real oscilaba entre la cifra normativa y cifras tan altas como 230, 294 e incluso 490 en algunas empresas»²⁶⁶. Según Filzer, había una «aparente paradoja de una severa y reproducible escasez de mano de obra conjuntamente con una sobredotación en cada unidad individual de producción»²⁶⁷.

264 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 206.

265 Current Digest of the Soviet Press, 31/29.

266 Kari T. Liuhto, «The Transformation of the Soviet Enterprise and Its Management: A Literature Review», University of Cambridge, Working Paper no. 146, ESRC Centre for Business Research. Septiembre, 1999, 15.

267 Donald Filzer, *Soviet Workers and the Collapse of Perestroika* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), 15.

Además, la escasez de fuerza de trabajo no era en modo alguno universal. Aunque existía marcadamente en algunas regiones occidentales y desarrolladas de la URSS (especialmente en el Báltico) y en Siberia, éste no era el caso en las repúblicas de Asia Central, donde las tasas de crecimiento de la población eran el doble del promedio soviético. No obstante, a pesar de las disparidades geográficas en la oferta de fuerza de trabajo, parece ser que la disponibilidad de mano de obra no era tomada en consideración al planificar la ubicación de plantas industriales. Importantes industrias intensivas de mano de obra fueron ubicadas en regiones donde la fuerza de trabajo era escasa y regiones con fuerza laboral excedente fueron objeto de inversiones reducidas. El informe del Gosplan de 1965 concluyó que la situación de deterioro era «parcialmente debida a cálculos erróneos de parte de agencias planificadoras y económicas, así como a errores de la política económica»²⁶⁸. Simplemente, el informe indicaba que «la variable empleo aún no está verdaderamente integrada al diseño del plan económico nacional»²⁶⁹.

Al parecer, tales advertencias no fueron suficientes para revertir la situación. Reflejando en parte el empleo de las mujeres en la industria, condiciones de vivienda inadecuadas e insuficientes instalaciones para el cuidado de los niños, el crecimiento poblacional en áreas de escasez de fuerza de trabajo continuó siendo bajo²⁷⁰. Entretanto, la combinación de un rápido y continuo aumento de la población y una relativamente baja expansión económica en partes no europeas de la URSS significó un sustancial desempleo a largo plazo a mediados de los años ochenta. En esta situación, dada la renuencia de los musulmanes de aquellas repúblicas a establecerse permanentemente en áreas distantes de sus comunidades culturales, las áreas urbanas occidentales con demanda insatisfecha de fuerza de trabajo reclutaban mano de obra temporal de Asia Central y usaban trabajadores contratados de Vietnam²⁷¹.

De esta forma, algo más que un conflicto entre desarrollo extensivo y factores puramente demográficos estaban produciendo la crisis.

²⁶⁸ Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 206-8.

²⁶⁹ *Ibíd.*, 210.

²⁷⁰ *Ibíd.*, 337-38.

²⁷¹ Donald Filzer, *Soviet Workers and the Collapse of Perestroika*, 22 y 28.

En áreas con escasez de mano de obra, la situación pudo haberse mitigado por medio de la reducción del exceso de demanda de fuerza de trabajo en operaciones ya existentes. Pero, esa demanda exagerada era inherente al esfuerzo de los directores de empresa por garantizar el logro de primas y por ello no podía ser reducida fácilmente sin una reestructuración significativa. Además, una planificación económica que hubiera dirigido recursos a sectores considerados improductivos, como la vivienda y el cuidado infantil, habría podido influir positivamente en las bajas tasas de natalidad, así como se habría podido reducir el regreso desde las nuevas áreas de inversión como Siberia, debido a la ausencia de inversión complementaria en viviendas.

Recordemos, no obstante, nuestro análisis del «departamentalismo» y la brecha entre la planificación desde la cima y las decisiones concretas en las empresas. Esto sugiere que el problema pudo haber sido *algo más* que no integrar la variable empleo en el diseño del plan central. Por ejemplo, comentando un informe de 1968 realizado para el Gosplan de la Federación Rusa, Lewin escribía:

En las veintiocho mayores ciudades del país fue prohibida la construcción de nuevas fábricas. Sin embargo, en el actual plan quinquenal, los ministerios, ya sea mediante la obtención de excepciones o simplemente ignorando las regulaciones, crearon empresas allí a fin de aprovechar la infraestructura superior, causando una seria escasez de mano de obra en esas ciudades²⁷².

Cuatro años más tarde, otro informe sobre el problema de los desequilibrios laborales (incluyendo los de género) indicaba que las medidas tomadas para rectificar la situación no habían tenido éxito y atribuían los obstáculos a la «pobre planificación, falta de incentivos para que los ministerios ubicaran industrias en poblaciones pequeñas, inestabilidades en sus planes y la debilidad de sus capacidades constructivas»²⁷³.

¿La incapacidad de romper con el modelo de crecimiento extensivo estaba relacionada con este patrón de la auto-orientación de los ministerios? Flaherty, en su análisis de las coaliciones sectoriales que involucraban a ministerios y empresas dentro de sus esferas, concluyó

²⁷² Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 211.

²⁷³ *Ibid.*, 213.

que el patrón de inversiones se tornó «casi totalmente una función del dominio sectorial o de la correlación de fuerzas sumamente sesgada que se daba entre los contendientes en el proceso de negociación del plan». Ese poder estaba concentrado particularmente en los sectores que habían sido beneficiarios del anterior camino de desarrollo extensivo, es decir, «una coalición de desarrollo extensivo». Flaherty planteaba que «la lógica evolutiva de un régimen de acumulación extensiva» tendía a su propia reproducción²⁷⁴. En resumen, cambiar el curso para seguir un camino más racional chocó con un problema de «sendero-dependencia», es decir, con la presencia de intereses creados, inversiones y agendas²⁷⁵.

Recuérdese, sin embargo, que no fueron sólo las coaliciones sectoriales las que reforzaron el patrón de crecimiento extensivo. Como se explicó en el capítulo 3, el propio contrato social generaba esta tendencia. Precisamente porque los derechos del puesto de trabajo eran un aspecto esencial del contrato social, la expansión de la producción tendía a ocurrir combinando nuevos medios de producción con trabajadores en nuevos centros de trabajo, más que mediante la introducción de tecnología ahorradora de fuerza de trabajo en los centros de trabajo existentes. En pocas palabras, en ese contrato social, que intercambiaba seguridad por protagonismo de parte de los trabajadores, era inherente la tendencia al crecimiento extensivo más que al intensivo. Esto, pues, era otro obstáculo potencial al cambio de patrón.

Por consiguiente, aunque en principio había un consenso general en que era esencial un cambio hacia el crecimiento intensivo (donde un aumento de la producción y el consumo podía ser sostenido por un aumento de la productividad), lograrlo en la práctica era otra cosa. Había continuas advertencias de que la URSS no podía continuar por el camino que llevaba. Kosygin fue alertado por la Academia de Ciencias en 1967, en un informe hecho por encargo, de que la economía estaba rezagada en comparación con la de los Estados

274 Patrick Flaherty, «Cycles and Crises in Statist Economies», 117-18.

275 Un ejemplo clásico de «sendero-dependencia» es el teclado QWERTY, que apunta a la gran dificultad de pasar a un sendero más eficiente una vez que se han invertido recursos sustanciales en un método que pareció ser racional en una etapa anterior. Ver Paul A. David, «Clio and the Economics of QWERTY».

Unidos en todos los indicadores clave y que el panorama no era halagüeño. Posteriormente, en 1970, el instituto de investigaciones del Gosplan advirtió que, a pesar del reconocimiento por parte del partido de que el éxito económico dependía del crecimiento intensivo, toda la información apuntaba en el sentido equivocado: «Los factores extensivos se están volviendo más fuertes en el desarrollo de la economía soviética, en primer lugar porque el crecimiento en bienes de capital básicos está dejando atrás al crecimiento en la producción». Esto fue seguido por la propia conclusión del Gosplan en 1970 de que «todos los indicadores básicos se van a desacelerar, deteriorar o estancar». El Gosplan apuntó hacia un desequilibrio dual, «por una parte, entre los recursos del Estado y las necesidades de la economía nacional; y por la otra, entre los ingresos monetarios de la población y la oferta de bienes de consumo y servicios»²⁷⁶.

A pesar de esas advertencias, la situación continuó desacelerándose, deteriorándose y estancándose en las décadas de los setenta y los ochenta, y los desequilibrios crecieron. Este escenario fue resumido en el Informe del Comité Central del PCUS al XXVII Congreso del Partido, rendido por Gorbachov en febrero de 1986, el cual señaló que «comenzaron a acumularse dificultades en la economía en los años setenta, cuando las tasas de crecimiento declinaron marcadamente». Incluso las metas más bajas de los planes quinquenales noveno y décimo no fueron alcanzadas, ni tampoco fue implementado en su totalidad el programa social para el período, a pesar de algunos avances importantes. Y la razón fue que «no nos habíamos percatado de la necesidad aguda y urgente de convertir la economía a métodos de desarrollo intensivo».

«Desde luego», proseguía el informe del Comité Central, «hubo muchas exhortaciones y se habló mucho sobre este tema, pero prácticamente no se avanzó nada». En pocas palabras, hubo estancamiento, años de estancamiento:

Por inercia, la economía continuó desarrollándose principalmente sobre una base extensiva, con la vista puesta en introducir fuerza de trabajo y recursos materiales adicionales en la producción. Como resultado de ello, la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo y algunos

²⁷⁶ Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 329, 216 y 371.

otros indicadores de eficiencia cayeron sustancialmente. Los intentos de rectificar la situación construyendo nuevas plantas agravaron el problema del balance. La economía, que tiene recursos enormes a su disposición, desembocó en la escasez. Apareció una brecha entre las necesidades de la sociedad y el nivel de producción alcanzado, entre la demanda efectiva y la oferta de bienes²⁷⁷.

Necesitamos añadir algo importante a este cuadro de inercia y crisis creciente. El informe indicaba que en el último cuarto de siglo se había producido un mejoramiento considerable del nivel de vida. Ésta fue también la observación de Lewin, quien escribió que «a pesar de las malas noticias anunciadas por las autoridades de planificación y de claros síntomas de un sistema en declive, los niveles de vida en realidad aumentaron durante los años de estancamiento»²⁷⁸. Diversos estudios mostraban que «las condiciones de vivienda han mejorado», que «la adquisición de bienes de consumo duraderos ha aumentado apreciablemente», que aquellos con menores recursos se habían beneficiado y que había una reducción de la desigualdad²⁷⁹. Además, añadía Flaherty, los niveles de educación de la clase trabajadora aumentaron significativamente en este período y «la mayor parte del progreso alcanzado por los consumidores se logró durante la era Brézhnev»²⁸⁰.

Esos avances para los trabajadores reflejaban, desde luego, el contrato social. En efecto, eran precisamente esos logros los que explicaban, según Lewin, «la paradoja de nostalgia entre la población de la Rusia poscomunista por “los buenos tiempos de antaño” de la época de Brézhnev»²⁸¹. Ese contrato social, sin embargo, era justo lo que estaba amenazado por la crisis en curso.

277 *New Times*, 9 (marzo 10, 1986), 20.

278 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 366.

279 *Ibid.*, 366-67.

280 Patrick Flaherty, «Perestroika and the Soviet Working Class», 40-41.

281 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 367.

¿Qué hay que hacer?

Recordemos el concepto de la vanguardia presentado en el capítulo 3. El partido de vanguardia se caracteriza por la convicción de que el logro del socialismo no ocurrirá espontáneamente y, por lo tanto, se requiere de liderazgo. La orquesta necesita su director. La interconexión y unidad del proceso están necesariamente representadas por una voluntad gobernante²⁸². Y la voluntad gobernante debe ser el partido. Como lo formulara Stalin, «el partido debe estar a la cabeza de la clase obrera»²⁸³.

Esta autoconcepción del partido como el conductor necesario en el camino al socialismo y al comunismo conlleva responsabilidad y deberes. La meta es «lo único que cuenta y nadie está más convencido de ello que el propio director»²⁸⁴. *Dejar de dirigir*, desde esta perspectiva, es traicionar el papel histórico asignado. Pero, ¿qué sucede cuando el director concluye que la partitura en la cual ha confiado presenta defectos, es decir, no está logrando los resultados deseados?

Para comprender la respuesta del partido de vanguardia a los síntomas de crisis emergente necesitamos considerar tanto las opciones como el contexto. Aceptar la necesidad de apartarse del modelo de desarrollo extensivo no apunta a una solución única. En principio, una forma de subir la producción mediante el aumento de la productividad es incrementando los medios de producción por obrero (por ejemplo, sustituyendo trabajadores por máquinas). Otra es aumentar la eficiencia de los medios de producción (esto es, aumentando la producción para un determinado nivel de medios de producción). Entre los métodos para lograr esto estaría un incremento en la eficiencia de la inversión, la disminución del derroche y la duplicidad, así como el estímulo a los trabajadores y la reducción de su alienación. Estos ejemplos no son mutuamente excluyentes; una combinación de ellos puede ser particularmente efectiva para aumentar la productividad.

Pero recordemos el contexto en el cual se presenta la necesidad de apartarse del modelo de desarrollo extensivo. No estamos considerando

²⁸² Véase *supra*, Karl Marx, Capítulo 3, nota al pie 7.

²⁸³ Janos Kornai, *The Socialist System*, 56.

²⁸⁴ Elías Canetti, *Masa y Poder*, 497.

una solución en el contexto de una sociedad donde sólo prevalecen las relaciones de producción de vanguardia. Si ése fuera el caso, la selección de opciones para la vanguardia habría sido un problema estrictamente de carácter técnico, a saber, la identificación del método más eficiente e inmediato para aumentar la productividad. Sin embargo, la crisis en el *socialismo real* tuvo lugar en el contexto de una *reproducción en disputa*, una lucha entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital, y en el centro de esta lucha estaba el fortalecimiento o debilitamiento del modo de regulación de vanguardia.

Así pues, las opciones para la vanguardia eran político-económicas más que puramente técnicas. Éstas podían enfatizar (a) el incremento de la eficiencia de la inversión mediante un sistema mejorado de información y mayores inversiones en la construcción de maquinarias y en la computarización. Esto permitiría una planificación más coherente y mayor supervisión de los ministerios y empresas, y mejor ejecución del plan. En el corto plazo podría fortalecer el modo de regulación de vanguardia en su camino hacia la «computopía», el modo de producción específicamente de vanguardia. En forma alternativa, la vanguardia podría (b) poner fin a ciertos derechos al puesto de trabajo (la *restricción microeconómica al pleno empleo*), alentar a los directores a introducir nuevas tecnologías economizadoras de mano de obra y eliminar restricciones a la iniciativa empresarial en las transacciones de mercado. En este caso, la vanguardia, efectivamente, pondría fin al contrato social adoptando la perspectiva general de los directores de empresa, sin renunciar por ello a su propio rol como conductora de la clase trabajadora. Finalmente, la vanguardia podría (c) concentrarse en incrementar las capacidades de los trabajadores eliminando la división entre pensar y hacer. En este caso estaría moviéndose para poner fin a la relación específica de vanguardia, al crear las condiciones para la dirección obrera y comunitaria democrática desde abajo.

Armando técnicamente a la vanguardia

Tras la muerte de Stalin y el drama del XX Congreso del Partido en 1956, el «deshielo» político asociado con Jrushchov creó las condiciones para que pudieran fomentarse nuevas ideas para organizar la economía. Entre las más importantes estaban las propuestas para hacer un uso pleno del potencial de las computadoras en la planificación económica

y la coordinación. Aquí estaba la oportunidad de trabajar hacia la creación de un modo de producción específicamente de vanguardia basado en relaciones de producción de vanguardia. En sus escritos de 1959 sobre los mecanismos soviéticos de planificación existentes, J. M. Montias predijo que si los planificadores podían utilizar con éxito las técnicas matemáticas entonces disponibles, «estarán explotando una capacidad nueva de mayor poder y crecimiento»²⁸⁵.

En diciembre de 1957, un informe confidencial de la Academia de Ciencias soviética subrayó la ganancia en eficiencia que resultaría del uso de computadoras para las estadísticas y la planificación. «En la mayoría de los casos, tal uso haría posible aumentar la rapidez en la toma de decisiones en cientos de veces y evitar errores que son producidos actualmente por el rígido aparato burocrático involucrado en estas actividades». Por consiguiente, la Academia propuso crear un centro de computación en cada región para ayudar a la planificación, la estadística, la ingeniería y la investigación científica²⁸⁶.

Se dieron muchos pasos en esta dirección. En 1958 fue creado el Instituto de Máquinas Electrónicas de Control, encabezado por Isaac Bruk, quien dos años antes había propuesto crear una red jerárquica de «máquinas de control» para recolectar, transmitir y procesar información económica y facilitar la toma de decisiones mediante simulación por computadoras (en 1961 este instituto fue puesto bajo el control del Consejo Estatal de Investigación Económica y posteriormente del Comité Estatal de Planificación). De forma similar, en enero de 1959 el ingeniero y coronel Anatoli Kitov, autor del primer libro soviético sobre computadoras digitales, envió su libro a Jrushchov, adjuntando una carta que propugnaba «un cambio radical y un mejoramiento de métodos y medios de dirección realizando una transición desde las formas manuales y personales de administración a sistemas automatizados, basados en el uso de máquinas de computación electrónica». La computarización de la dirección económica, argumentaba Kitov, «haría posible usar en toda su extensión las principales ventajas económicas del sistema

285 J. M. Montias, «Planeación con balances materiales en economías de tipo soviético», en Alec Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo* (México DF: FCE, 1978), 231.

286 Slava Gerovitch, «InterNyet: Why the Soviet Union Did Not Build A Nationwide Computer Network». *History and Technology*, Vol. 24, No. 4 (diciembre, 2008), 335-350.

socialista: la economía planificada y el control centralizado. La creación de un sistema automatizado de dirección significaría un salto revolucionario en el desarrollo de nuestro país y garantizaría una victoria total del socialismo sobre el capitalismo».

La cibernética al servicio del comunismo, un tomo publicado en octubre de 1961, en vísperas del XXII Congreso del Partido, por el Consejo de Cibernética de la Academia de Ciencias (y anualmente después), siguió a la primera conferencia nacional sobre modelos matemáticos en economía y planificación. En esa obra, la economía soviética era interpretada como «un sistema cibernético complejo, que incorpora una cantidad enorme de distintos ciclos de control interconectados». Los autores proponían conectar centros regionales de computación en una red nacional para crear «un solo sistema automatizado de control de la economía nacional». Y ésa fue precisamente la instrucción contenida en el nuevo programa del partido aprobado en el XXII Congreso. En éste se concluyó que la cibernética, las computadoras electrónicas y los sistemas de control «serán aplicados ampliamente en los procesos de producción en la manufactura, en la industria de la construcción y el transporte, en la investigación científica, en la planificación y el diseño, y en la contabilidad y la administración». Las computadoras, se declaró en la prensa soviética, eran «máquinas del comunismo»²⁸⁷.

Estas ideas de «cambio radical y mejoramiento de los métodos y medios de dirección» eran consecuentes con la dirección general de las medidas económicas de Jrushchov en aquel tiempo. Éstas no sólo incluían realzar el papel del partido respecto de los funcionarios estatales (enfaticando con ello el rol de la dirección política) y reducir las primas de gestión, sino que también incluían, en particular, el reemplazo de ministerios por órganos económicos regionales (*sovnarkhoz*) con el propósito de sustituir «la masiva pirámide de ministerios (la mayoría vinculados a la industria), que estaban supercentralizados y eran inconscientes de los intereses locales»²⁸⁸. Efectivamente, según Gerovitch, Jrushchov llegó a considerar el control cibernético como un modelo de comunismo: «En nuestra era, la era del átomo, la electrónica, la cibernética, la automatización

²⁸⁷ *Ibíd.*

²⁸⁸ Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 218 y 221.

y las líneas de montaje, lo que se necesita es claridad, coordinación ideal y organización de todos los eslabones del sistema social tanto en la producción material como en la vida espiritual». Hablando a intelectuales en 1963, Jrushchov argumentaba que: «el comunismo es una sociedad ordenada, organizada. En esa sociedad, la producción será organizada sobre la base de la automatización, la cibernética y las líneas de montaje»²⁸⁹.

Las posibilidades de un mejoramiento significativo en la calidad y la implementación de las decisiones centrales también eran evidentes para los economistas matemáticos que se beneficiaron del interés creciente por el control económico. Ahora, tras muchos años en que se tildó a las técnicas matemáticas de burguesas, los economistas matemáticos tuvieron audiencia. Especialmente importante fue la publicación en 1959 de la obra de Kantorovich, *El uso óptimo de los recursos económicos* (escrita en 1942, basada en su desarrollo previo en programación lineal de 1939). Esta obra se refería al problema de tomar decisiones basándose en una estructura de precios que no tomaba en cuenta el costo real de poner en uso nuevos recursos, siendo la base para una discusión de que los precios existentes asignados a actividades específicas distorsionaban la toma racional de decisiones económicas, generando despilfarro y costos excesivos.

Aunque criticaba los métodos de cálculo existentes, esa discusión no era un desafío al proceso de planificación o a las relaciones de vanguardia en sí mismas. Por el contrario, los objetivos generales debían darse desde arriba y se trataba de hallar el modo más eficiente para lograr esas metas. Los métodos matemáticos, argumentaba Kantorovich, eran especialmente útiles para encontrar soluciones concretas para una economía socialista y para descubrir «las ventajas de esta estructura social sumamente perfeccionada». La sociedad socialista, enfatizó, «por su naturaleza es capaz de obtener un uso más completo y racional de los recursos productivos». Por consiguiente, «para cada sector de producción socialista y para la sociedad socialista en [su] conjunto, el plan óptimo tiene una realidad concreta»²⁹⁰.

²⁸⁹ Slava Gerovitch, *InterNyct*.

²⁹⁰ L.V. Kantorovich, «Formulación matemática del problema de la planificación óptima», en Alec Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo*, 437 y 434.

Apenas puede existir duda de que los de arriba esperaban que «podían lograrse flujos mejorados de información y mejores comunicaciones con ayuda de computadoras y sistemas de análisis, que les permitieran mantener la dirección altamente centralizada existente sin alteraciones básicas en la posición de los niveles inferiores»²⁹¹. Así, en 1962 ellos apoyaron la proposición de Víctor Glushkov, director del Instituto de Cibernética, de construir «un sistema automatizado para la planificación y la dirección económicas sobre la base de una red de computadores de nivel nacional». Trabajando estrechamente con Nikolai Federenko, jefe del Instituto Central de Economía Matemática, ambos publicaron en 1964 un artículo conjunto pidiendo un sistema unificado de planificación y dirección óptimas, pretendiendo que ello brindaría apoyo a «la toma óptima de decisiones a escala nacional». Dicho artículo abogaba por una red principal de centros de computación, con toda la información económica recolectada y almacenada en centros de información y disponible para todas las agencias pertinentes. Consecuente con la revisión de los ministerios por parte de Jrushchov en aquel momento, la propuesta de Glushkov abogaba por una significativa vigilancia sobre los burócratas dentro de la esfera económica, creando «listas detalladas de sus deberes para determinar claramente el orden del procesamiento de documentos, la cadena de responsabilidad, el cronograma, etc.»²⁹².

No sorprende que la propuesta de computarización de Glushkov haya preocupado a directores y burócratas porque «en última instancia amenazaba con hacerlos innecesarios». Pero también se oponían economistas que la veían como «un intento conservador de continuar centralizando el control de la economía y suprimir la autonomía de las pequeñas unidades económicas». Para ellos, «el proyecto de Glushkov solamente conservaba formas obsoletas de una dirección económica centralizada». Su propuesta fue presentada formalmente al gobierno en junio de 1964. Sin embargo, en octubre Jrushchov fue destituido. Por ende, cuando en noviembre el proyecto de Glushkov fue puesto a la consideración del nuevo gobierno encabezado por

291 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to the Modern Reformers* (Londres: Pluto Press, 1975), 161.

292 Slava Gerovitch, *InterNyet*.

Brézhnev y Kosygin, la correlación de fuerzas ya no era tan favorable y la oposición logró dilatar cualquier desarrollo de una red nacional²⁹³.

El empuje ahora –además del desmantelamiento de los consejos económicos regionales de Jrushchov y la restauración del poder de los ministerios– estaba dirigido a aumentar la independencia económica de las empresas reduciendo el número de sus indicadores de éxito y permitiéndoles retener mayores recursos para inversiones individuales. Kosygin enfatizó el aumento de los incentivos materiales para los directores y los trabajadores: «Es necesaria la introducción de un sistema en el cual las oportunidades de la empresa para incrementar la remuneración de sus trabajadores se determinen sobre todo por el crecimiento de la producción, mejoramiento de la calidad, mayores beneficios y creciente rentabilidad de la producción»²⁹⁴.

Sin lugar a dudas, este énfasis en aumentar el poder de las empresas introdujo un tema diferente. Aunque no significaba un fin del enfoque en la computarización y planificación óptima, sí dio lugar a preguntas sobre las prioridades. Preocupado por esta cuestión, Novozhilov, un destacado economista matemático, escribió en 1966: «Es fácil ampliar los derechos de la empresa. En cambio, es difícil conciliar, como resultado de esta extensión, los intereses de los empleados de la empresa con los de la economía». Primero, habría que desarrollar un conjunto racional de precios y planificación. Consecuentemente, la ampliación de los poderes de la empresa debía ser «el último eslabón en la tendencia a desarrollar un sistema de administración de una economía socialista», y debería ser desarrollado sobre la base de la optimización de la planificación y de la fijación de precios. Novozhilov insistía en que «la optimización de la planificación es el eslabón principal de la cadena». De esa manera, la implementación de una transformación profunda de la administración industrial prevista sólo podía ser gradual. «Por ahora», argumentaba, «la planeación de precios es el principal cuello de botella en la organización de la economía socialista»²⁹⁵.

293 *Ibíd.*

294 A. N. Kosygin, «Sobre el mejoramiento de la producción industrial», en Alec Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo*, 307.

295 V. V. Novzhilov, «Problemas de los precios planificados y la reforma de la administración industrial», en Alec Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo*, 353, 354 y 369.

A finales de los años sesenta y en los años setenta hubo un continuo énfasis en la importancia de la cibernética y la computarización para la economía. Las técnicas de programación lineal fueron utilizadas de forma creciente para examinar proyectos específicos, se aprobaron resoluciones (incluyendo respaldo a las ya suavizadas proposiciones de Glushkov a favor de un sistema nacional de información) y el instituto de Federenko recibía un apoyo considerable. Pero al intentar balancear entre reformas al nivel de la dirección de las empresas y medidas para fortalecer el modo de regulación de vanguardia, no pudieron concretarse las ventajas de ninguna de las dos. En realidad, la interacción entre ambas lógicas condujo a un «callejón sin salida».

A pesar de los pasos iniciados en 1966 hacia la independencia empresarial, poco tiempo después estaba claro para partidarios como Nove que «el viejo sistema, de ideas o de sustancia [contenido] económica, ha sobrevivido sin un cambio fundamental»²⁹⁶. Aquellos que se oponían a las reformas de mercado estaban mirando hacia la administración computarizada y el flujo de información mejorado, a fin de «mejorar el resultado económico sin poner en peligro el *status quo*»²⁹⁷. Y tuvieron éxito en este punto al frenar las medidas de reforma. Como se quejara Nove: «El poder de asignación de recursos y de toma de decisiones de producción sigue en manos de las autoridades centrales»²⁹⁸.

Sin embargo, se había perdido el impulso para la creación de una red nacional que pudiera ayudar a planificar la economía como una fábrica única. En efecto, la idea de crear una red de centros de computación fue atacada por considerársela demasiado costosa; incluso un economista de la reforma (Popov) la describía como un plan para construir pirámides por todo el país. En ausencia de un compromiso político para crear esa red unificada, el vacío fue llenado al crear los ministerios e instituciones individuales sus propios sistemas de computación y desarrollar sus propios sistemas de información. Y esos sistemas eran incompatibles. Gerovitch señaló

296 Alec Nove, *Las reformas económicas de la URSS y Hungría, un estudio de contrastes*, en Alec Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo*, 331.

297 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, 187.

298 Alec Nove, *Las reformas económicas de la URSS y Hungría, un estudio de contrastes*, en Alec Nove y D. M. Nuti, *Teoría económica del socialismo*, 334.

que «al acelerar el desarrollo de sistemas incompatibles basados en ramas, los ministerios bloquearon con efectividad la idea de una red nacional de computación»²⁹⁹.

Las esperanzas iniciales en la computarización como solución se esfumaron. Un informe de 1985 indicaba que los resultados de la introducción de computadoras eran «sólo una cuarta o quinta parte tan efectivos como se había esperado de ellos»³⁰⁰. El efecto fue que ya en los años ochenta existía un *escepticismo generalizado* sobre la utilidad de la información empresarial y los sistemas de control. Según el economista Michael Ellman, «esto fue consecuencia, en gran medida, del fracaso en el cumplimiento de las exageradas esperanzas anteriores sobre los resultados que debían obtenerse de su introducción en la economía»³⁰¹. Empero, los problemas para los cuales esto iba a ser una solución no estaban desapareciendo; es más, estaban aumentando. De modo que ¿quién podía volverse director de orquesta?

La perspectiva de clase de los economistas

Las ideas pueden ser una fuerza material cuando se apoderan de las mentes de la vanguardia. Y en la batalla de ideas, los forzados capitalistas tenían armas poderosas. Por ejemplo, contaban con economistas como sus representantes ideológicos. Esos economistas no eran necesariamente aspirantes a capitalistas ni representantes conscientes del capital. Sin embargo, como comentara Marx acerca de los voceros de la pequeña burguesía:

Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que no van más allá, en cuanto a mentalidad, de donde van los pequeños burgueses en modo de vida; por tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones que impulsan, prácticamente, a los pequeños burgueses: el interés material y la situación social³⁰².

²⁹⁹ Slava Gerovitch, *InterNyet*.

³⁰⁰ Boris Kagarlitsky, *The Dialectic of Change*, 241.

³⁰¹ Michael Ellman, *Economic Calculation*, 99.

³⁰² Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, 55.

En este caso los economistas también tendían a quedar atrapados dentro de los límites de clase. En particular su ángulo ciego no era la clase obrera. La alternativa que ofrecían al mando jerárquico de la vanguardia no constituía un desafío al dominio sobre los trabajadores en los centros de trabajo y en la sociedad. En lugar de ello, los economistas enfatizaban las restricciones a los directores. No hablaban de ineficiencia dinámica como efecto de la división entre pensar y hacer sobre las capacidades de los trabajadores. En su lugar, los economistas empezaban y terminaban con las ineficiencias que los directores enfrentaban diariamente como resultado del dominio ejercido desde arriba.

«Denle libertad de empresa», era su solución. Desde luego, los economistas no identificaban abiertamente los intereses de los directores como la meta. Más bien, hacía notar Lewin con simpatía que «los economistas descubrieron a la persona olvidada, al consumidor», e insistía en que la producción y la actividad económica debían «servir a los consumidores». Responder al consumidor, afirmaba, era «la necesidad misma del progreso»³⁰³. Al propugnar terminar con todo lo que limitaba al director, los economistas argumentaban que «las condiciones *particulares* de su emancipación son las condiciones *generales* fuera de las cuales no puede ser salvada la sociedad moderna»³⁰⁴.

¿Pero salvada de qué? Salvada, por un lado, del ejercicio de los derechos de propiedad por parte de la vanguardia. Salvada, por otro, del contrato social que impedía a los directores ejercer poder sobre los trabajadores. Salvada, en general, de las disfuncionalidades de la economía soviética, para la cual la única solución era liberar a los directores. En contraste con los directores mismos (influidos en su actividad diaria por sus relaciones con la lógica de la vanguardia), los economistas representaban la lógica del capital en toda su pureza.

En su búsqueda de las condiciones generales para salvar a la sociedad soviética, los economistas comenzaron poniendo el foco en la eficiencia abstracta: *la empresa es demasiado grande*. Argumentaban que los planificadores centrales –al insistir en tratar a la economía como «una sola fábrica» dirigida desde un centro– habían creado una

303 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, 180.

304 Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (Barcelona: Ediciones Ariel, 1971), 55.

ineficiencia extensiva. Era posible, efectivamente, localizar el origen de todos los problemas en la excesiva centralización. La planificación central «tenía que soportar el peso como fuente principal de todas las disfuncionalidades». Tomando en cuenta «cada aspecto del trabajo de los planificadores –las técnicas involucradas en realizar su trabajo, el fijar las metas y obtener resultados de los subordinados–», los economistas concluían que «el grado de centralización existente era en sí mismo disfuncional e insostenible»³⁰⁵.

Por consiguiente, la respuesta fue reducir el tamaño de la empresa, apartándose de la «fuerte concentración de decisiones en el centro hambriento y codicioso de poder, que estaba inundado de información que no podía digerir debidamente y por ello tendía a perder contacto con la realidad»³⁰⁶. Así, la respuesta fue apartarse de «las líneas de mando jerárquicamente verticales» y admitir que «los contactos horizontales son indispensables para que una economía funcione óptimamente»³⁰⁷. «Horizontal», empero, no significaba planificación local y coordinación consciente desde abajo. Horizontal significaba mercados. Existía una «aceptación generalizada» entre los economistas, sostenía Lewin, de que «las categorías del mercado no eran ajenas al socialismo sino inherentes a él»³⁰⁸.

Pero, ¿por qué *inherentes*? Porque, según se argumentaba, las empresas estaban separadas y tenían intereses separados. Los articulistas señalaban que la economía estaba compuesta de miles de unidades de producción, empresas y fábricas relativamente independientes, muy claramente separadas unas de otras. Y como los productores no podían apropiarse de productos sin vender los suyos a cambio, estaban produciendo «mercancías» más que «productos». De manera que, según Lewin, «la mayoría de los economistas soviéticos cedió ante la evidencia y aceptó que, en todos sus sectores, la economía soviética era y es un productor de mercancías». Existía, declaró, «prueba suficiente» de que, «en general, los productos eran intercambiados y

305 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, 139, 141, 162 y 166. En este trabajo, Lewin ofrece una presentación comprensiva y favorable de los argumentos de los reformistas económicos.

306 *Ibid.*, 144.

307 *Ibid.*, 164-65.

308 *Ibid.*, 140.

no meramente apropiados y distribuidos directamente». En síntesis, más que ser sustituido por la planificación, el mercado estaba allí y «había demostrado ser un mecanismo vital e importante de la economía socialista»³⁰⁹.

Desde esta perspectiva, *impedir* el funcionamiento en el mercado de estas empresas económicamente independientes a través de la imposición de líneas de mando verticales iba a remplazar relaciones económicas reales por voluntarismo, un voluntarismo, además, que no podía asegurar su éxito porque el Estado no poseía ni el conocimiento ni la capacidad para la planificación mediante el control administrativo. Imponer esto, argumentaba Nemchinov, era «contrario a las condiciones contemporáneas de compleja y profunda división del trabajo social que caracteriza a todas las esferas de la economía socialista a nivel nacional»³¹⁰. El resultado, escribió en 1965, era un sistema económico «trabado de arriba abajo»; lo que existía era «un sistema anquilosado, mecánico, en el que todos los parámetros de dirección estaban dados de antemano y el sistema completo estaba engrillado de arriba abajo, en cualquier momento y en cualquier punto»³¹¹.

Así pues, ¿qué había que hacer? La respuesta no era acabar con la planificación como tal. Los planes a mediano y largo plazo y los pronósticos seguían siendo esenciales, pero el plan anual, el *plan operativo* con sus metas detalladas y directivas desde arriba tenía que ser sustituido por «palancas económicas», incentivos que guiaran a las empresas individuales a actuar por el interés de la sociedad persiguiendo a la vez su propio interés. «El consenso entre los reformistas», comentaba Lewin, «parecía ser que la planificación central debía concentrarse en objetivos macroeconómicos de largo plazo», mientras que a nivel microeconómico la empresa «en su actividad cotidiana [...] sería dejada en libertad para trabajar para el consumidor más que para el plan»³¹².

En efecto, como se indicó arriba, cambiar la iniciativa hacia las empresas fue la meta declarada de la reforma económica introducida

309 Ibid., 171-74.

310 Ibid., 139.

311 Ibid., 157.

312 Ibid., 165-66.

tras la remoción de Jrushchov. La primera cláusula del Estatuto de la Empresa Industrial Socialista, aprobado en octubre de 1965, expresaba: «La empresa industrial socialista será la unidad fundamental de la economía nacional en la Unión Soviética. Su explotación se basará en la dirección centralizada combinada con la independencia económica e iniciativa por parte de la empresa»³¹³. Desde luego, pasar de considerar la economía como un todo a convertir a las empresas individuales en las unidades básicas de la economía, involucraba más que sólo un énfasis en la eficiencia. Aunque el argumento en contra de la planificación central adoptó la forma de una crítica a la ineficiencia, no debe ser analizado de manera abstracta, es decir, al margen de la lucha de clases concreta que estaba teniendo lugar.

Más bien, necesitamos comprender estos argumentos en el contexto de la lucha entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital. Recordemos la pregunta de Bettelheim: «¿Es el Estado capaz de subordinar a aquellos que poseen los medios de producción, los directores de empresa?» Según él, el Estado actúa como propietario de los medios de producción poseídos por la empresa cuando «estos medios son puestos directamente bajo control y en operación», lo cual ocurre a través del «*plan* y las relaciones planificadas que se derivan de este plan». Desde esta perspectiva, ceder a las empresas el poder de tomar decisiones sobre el uso de los medios de producción que poseían era transferir derechos de propiedad a dichas empresas³¹⁴.

No obstante, los reformistas económicos argumentaron que de hecho el Estado no tenía poder para dirigir la economía; sólo tenía poder para *interferir en las empresas*, es decir, había límites objetivos a la capacidad del Estado para ejercer sus derechos de propiedad. Shkredov escribió en 1967 que «el alcance de la planificación era excesivo, porque la socialización jurídica de los medios y productos no coincidía con la socialización económica»³¹⁵. Por consiguiente, «era necesario eliminar la interferencia inepta del Estado en la economía y su arbitrariedad»³¹⁶.

313 Maurice Dobb, *El nuevo socialismo*, 67.

314 Charles Bettelheim, *Cálculo económico y formas de propiedad*, 78 y 106-108.

315 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, 210-11.

316 *Ibid.*, 213.

Era un argumento marxista conocido: las fuerzas productivas han entrado en conflicto con las relaciones de producción que han cambiado; en lugar de formas de desarrollo de las fuerzas productivas, se han convertido en sus trabas; en resumen la economía soviética era víctima de su propio éxito. En el pasado, reconocían los economistas, los métodos de comando administrativos habían industrializado y desarrollado las fuerzas productivas de la URSS. El control centralizado de la economía puede ser exitoso, sostenía Maurice Dobb, cuando «la situación es de tal naturaleza que permite objetivos políticos relativamente sencillos» y cuando la estructura de la economía «se encuentra en una fase [...] simple, en lugar de compleja»³¹⁷. Pero esos métodos ya no eran apropiados; pues el propio éxito del modelo había creado una economía compleja en la cual el control administrativo era claramente dañino para la economía.

El fracaso en ajustar el modelo de los derechos de propiedad a las verdaderas relaciones de producción en la economía significaba para Shkredov que «la economía había sido desarticulada por una contradicción básica entre la función reguladora del Estado-propietario y las leyes de la economía de mercado»³¹⁸. La conclusión general de los reformadores fue que las *relaciones de producción* inadecuadas que entorpecen el desarrollo económico tienen que ser adaptadas a las *fuerzas productivas*; de lo contrario se desarrollaban crisis. Sin embargo, el propio sistema existente «no tenía la capacidad de “readaptarse” (*perestroit'sia*) para reorganizar las instituciones de planificación y dirección de modo que pudieran corresponder a las nuevas condiciones»³¹⁹. Por lo tanto, era esencial cambiar las relaciones de producción de manera que pudieran ser nuevamente formas de desarrollo de las fuerzas productivas. Dado que las unidades productivas estaban separadas económicamente, los derechos de propiedad debían ser ejercidos por los verdaderos poseedores: las empresas³²⁰.

Eso era precisamente lo que rechazaban los partidarios del sistema de planificación central existente. Rechazaban la idea de abandonar

317 Maurice Dobb, *El nuevo socialismo*, 18.

318 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, 206 y 209.

319 *Ibid.*, 192.

320 *Ibid.*, 205-6.

el plan anual con sus directrices específicas para las empresas y rechazaban la propuesta de orientarse hacia los mercados. En 1968, por ejemplo, el jefe del Comité de Precios se opuso «al abandono de indicadores cuantitativos obligatorios» y argumentó que los precios de mercado son «ajenos a nuestra economía y contradicen la tarea de la planificación centralizada». El balance entre oferta y demanda, insistía Sitnin, «es tarea de los órganos de planificación»³²¹.

Además, era una distorsión, una sustitución de la realidad por un deseo, decir, como expresó Lewin, que «la mayoría de los economistas soviéticos cedieron a la evidencia y aceptaron que, en todos sus sectores, la economía soviética era y es un productor de mercancías». ¿Cómo podía decirse que las empresas tenían intereses separados y que producían mercancías y no productos, cuando esas empresas estaban subordinadas al plan que les asignaba fuentes de los insumos y destinos de la producción, y donde ellas no demandaban compensación por distribuir su producción? Lopatkin, previsiblemente descrito por Lewin como «dogmático», enfatizó que la empresa estaba subordinada al Estado: «La empresa socialista no tiene ni puede tener intereses propios, análogos a los intereses de un empresario privado». La sociedad había creado a la empresa y era «libre de terminar con ella, ni hablar de no tener derechos preferenciales sobre sus recursos»³²².

Precisamente debido a la fuerte oposición, los reformistas no tuvieron éxito en hacer avanzar el programa anunciado en 1965 y las reformas mismas fueron reducidas en cuestión de algunos años. Con ello se produjo el «callejón sin salida» (¡otro más!) marcado por esa contradicción básica entre la función reguladora del Estado-propietario y las leyes de la economía de mercado, es decir, esa reproducción en disputa en la cual interactuaban la ley del plan central y la ley del valor. No fue sino hasta principio de los años ochenta (y la muerte de Brézhnev) que aquellos que abogaban por la independencia empresarial se envalentonaron para reanudar la ofensiva.

321 Alec Nove, *The Soviet Economic System*, 179. Citado en el Capítulo 1.

322 Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates*, 181 y 193. Nótese que Lewin describió a muchos de los economistas que se opusieron a las reformas como «profesores de economía política que habían construido sus carreras en base a dogmas totalmente divorciados de las realidades económicas» (185).

De nuevo se planteó explícitamente el efecto sobre las fuerzas productivas del retraso de las relaciones de producción. «Cada paso importante en el desarrollo de las fuerzas productivas del socialismo requiere la corrección de todo este sistema real de relaciones de producción socialistas», escribió Butenko en 1982. De forma similar, Tatiana Zalavskaia aseveró en el «Novosibirsk Report», en 1983, que las relaciones de producción habían caído considerablemente por debajo del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, no era posible reformar esas relaciones con un enfoque poco sistemático, porque un conjunto de relaciones de producción constituye un sistema integrado, un todo. Por lo tanto, sólo «una profunda reestructuración [*perestroika*]» puede tener éxito, una que reemplace el viejo «mecanismo económico» por uno nuevo; en resumen, un nuevo conjunto de relaciones de producción, un todo nuevo³²³.

Este llamado a la *perestroika* fue respondido de manera creciente. Por ejemplo, en el centenario de la muerte de Marx, en 1983, Andropov, el nuevo Secretario General del Partido, escribió que «nuestro trabajo dirigido al mejoramiento y reestructuración [*perestroika*] del mecanismo económico, de formas y métodos de dirección, se ha quedado atrás en relación con las demandas planteadas debido al nivel de desarrollo técnico-material, social e intelectual alcanzado por la sociedad soviética», y llamó explícitamente a un cambio en las «formas de organización de la vida económica», a fin de «acelerar el progreso de las fuerzas productivas». Ese también fue el tema del nuevo programa aprobado en el XXVII Congreso del Partido bajo Gorbachov en 1986, el cual hacía referencia a «los errores de los años setenta y principio de los ochenta» y enfatizaba la necesidad del «mejoramiento constante de las relaciones de producción» para corresponder a las «fuerzas productivas en dinámico desarrollo»³²⁴.

Éste, desde luego, fue el tema del propio informe de Gorbachov al XXVII Congreso: «No podemos limitarnos a mejoras parciales. Se requiere una reforma radical». Esto implicaba un cambio teórico

323 James P. Scanlan, *From Samazidat to Perestroika: The Soviet Marxist Critique of Soviet Society*, 24-25.

324 James P. Scanlan, *From Samazidat to Perestroika*. En R. Taras (ed.), *The Road to Disillusion: From Critical Marxism to Post-Communism in Eastern Europe* (Nueva York), 1991, 26-27.

significativo: «La vida nos obliga a echar una nueva mirada a algunas ideas y conceptos teóricos». En particular, continuó Gorbachov, «la práctica ha revelado la insolvencia de las ideas de que en las condiciones del socialismo *la conformidad de las relaciones de producción con la naturaleza de las fuerzas productivas* está garantizada automáticamente». Las relaciones de producción tenían que ser mejoradas, y los «métodos de dirección económica desactualizados» tenían que ser sustituidos por nuevos métodos. Un aspecto importante llamaba a «aumentar resueltamente el marco de autonomía de las asociaciones y empresas». Gorbachov subrayó su importancia señalando que «todo cuanto hacemos para mejorar la dirección y la planificación, y para reajustar las estructuras organizativas va dirigido a crear las condiciones para *un funcionamiento efectivo del eslabón básico del sistema económico: la asociación o empresa*»³²⁵.

Así, el programa de *perestroika* significaba que los directores tendrían éxito al arrebatarse a la vanguardia claros derechos de propiedad sobre las empresas. Pero aceptar a las empresas como *unidad básica* de la economía era sólo una parte de la batalla por liberar a los directores. Mientras los trabajadores siguieran estando protegidos por el contrato social, parte del viejo sistema aún estaría presente. ¿Cuán exitosas podrían ser las reformas de mercado con esta restricción? El otro aspecto de la batalla de ideas para los directores y sus representantes ideológicos era la necesidad de atacar el contrato social. En pocas palabras, el segundo aspecto de la batalla de ideas para los economistas era el ataque a la clase trabajadora.

Aunque Gavril Popov había propuesto en 1980 «limitar el derecho al trabajo» a fin de permitir una mayor flexibilidad empresarial, pocos estaban inicialmente preparados para dar ese paso³²⁶. El ataque en este frente, sin embargo, aumentó a medida que la crisis de la economía se profundizaba y se intensificaba la presión para transferir todos los derechos de propiedad a los directores de empresa. Ahora el problema que enfrentaba la economía fue identificado por G. Lisichkin en 1987 como «una conciencia arcaica de nivelación» que predominaba entre el grueso de una clase trabajadora «debilitada por una larga dependencia» de un Estado

³²⁵ *New Times*, 9 (marzo 10, 1986), 24-26.

³²⁶ Patrick Flaherty, *Perestroika and the Neoliberal Project*, 148.

de bienestar social colectivista. Los reformistas económicos llegaron a la conclusión de que era necesario dismantlar un sistema de «*Garantirovannost* enervante» (literalmente, garantía de un amplio espectro de derechos socioeconómicos). Los excesivos derechos al bienestar, argumentaba Zaslavskaja, condujeron al «relajamiento de la compulsión administrativa y económica para realizar un trabajo enérgico en la producción social», y era hora de reducir significativamente el salario social y de restablecer «un interés personal en el trabajo duro y eficiente»³²⁷.

Como parte de este ataque al contrato social, los reformistas propusieron la mercantilización de los servicios sociales; por ejemplo, el establecimiento de un sistema de salud mixto, público y privado³²⁸. También abogaron por poner fin a todos los subsidios alimentarios y permitir que los precios fuesen determinados por el mercado³²⁹. Reducir los salarios reales de lo que los reformistas consideraban «un sector social privilegiado del contrato social brezhneviano» era una idea indiscutida de esta versión soviética del neoliberalismo. Y enseguida estaba el ataque a los derechos de propiedad de los trabajadores: sus derechos al puesto de trabajo.

«El socialismo no es una filantropía que automáticamente le garantice empleo a todo el mundo con independencia de su capacidad para realizar el trabajo», argumentaba Stanislav Shatalin en 1986. Escogido posteriormente por Gorbachov para preparar su Plan de 500 Días para reformar la economía soviética, ciertamente no estuvo solo en el ataque a los derechos al trabajo. Al estilo de un representante de Thatcher y Reagan, Nikolai Shmeliov se quejaba del «daño económico causado por una confianza parasitaria en puestos de trabajo garantizados», y urgió al gobierno a analizar las ventajas que «un ejército laboral de reserva comparativamente reducido» podría proporcionar a una economía política socialista. «El pleno empleo excesivo» producía «una multitud de males sociales» y «el peligro

327 *Ibid.*, 146; Patrick Flaherty, *Recasting the Soviet State: Organizational Politics in the Gorbachov Era*, 98.

328 Patrick Flaherty, *Perestroika and the Soviet Working Class*, 44.

329 Patrick Flaherty, *Perestroika and the Neoliberal Project*, 147.

real de perder un trabajo [...] es una buena cura para la pereza, la embriaguez y la irresponsabilidad»³³⁰.

Dado lo sensible de esta cuestión, no se incluyó un ataque explícito a los derechos al trabajo como parte del proyecto de la *perestroika*; sin embargo, el cambio que enfatizaba la independencia e iniciativa de las empresas, llamándolas a generar sus fondos internamente mediante «contabilidad de costos» (*khozraschet*), de hecho, significaba que se daba luz verde a los directores para despedir a los trabajadores superfluos. De esta manera, aun cuando no se cumplían inmediatamente todas las metas de los reformistas económicos (especialmente debido a la continua resistencia de los partidarios de las relaciones de vanguardia), la trayectoria estaba clara: el fin del modo de regulación caracterizado por el contrato social.

Pero, ¿por qué? Dado que la posición planteada por los economistas era una perspectiva clasista que desafiaba las relaciones de vanguardia y atacaba a la clase obrera –que había sido apoyada por la vanguardia con el contrato social–, ¿por qué la vanguardia aceptó la posición de los capitalistas *de facto*, los directores de empresa?

El partido de vanguardia en el contexto de la reproducción en disputa

En parte, la decisión de la vanguardia reflejó la batalla de ideas. Los economistas, después de todo, tenían a la *ciencia* detrás de ellos, la ciencia de la corriente occidental dominante, es decir, neoclásica³³¹.

330 Ibid., 148-49; Linda J. Cook, *The Soviet Social Contract and Why It Failed*, 85. Tales comentarios por parte de intelectuales acerca de los trabajadores soviéticos eran relativamente moderados. Mandel informa que un sociólogo soviético escribió que «el igualitarismo de la población soviética no es más que “envidia negra”, la ideología de elementos lumpen, desclasados, que componen tan gran parte de la sociedad, una consecuencia de la rápida industrialización y el desorden social. La ideología de la “masa marginal” es “envidia niveladora, destructiva y malévola, y obediencia agresiva”» (David Mandel, *Perestroika and the Soviet People. Rebirth of the Labor Movement*, Montreal: Black Rose Books, 1991, 86).

331 Una victoria ideológica similar ocurrió en otros países del socialismo real, aunque no fue sólo la economía neoclásica como tal la que influyó sobre los economistas, sino la «escuela austriaca». Ejemplo de cómo los reformadores económicos aceptaron en última instancia al empresario capitalista (y llegaron a la conclusión de que sólo la propiedad privada de los medios de producción puede generar eficiencia) puede verse en la discusión de Kornai y Włodzimierz Brus, en *The Socialist Fetter: A Cautionary Tale* de Michael Lebowitz. No resulta sorprendente que en varios países del socialismo

Pero ésta no era una decisión tomada en abstracto. La elección no fue hecha por un partido de vanguardia *puro* (según se analizó en el capítulo 3), sino más bien por uno «infectado en el curso de su interacción con otros elementos (tanto contingentes como inherentes)». En resumen, más que con el concepto abstracto de la vanguardia, debemos tratar aquí con la vanguardia concreta, la que surgió en el contexto de la reproducción en disputa.

Después de todo, ésta no era una sociedad consistente sólo de relaciones de producción de vanguardia, sino que contenía también la lógica del capital como se manifestaba en el comportamiento de los directores. De este modo el partido de vanguardia estaba previsiblemente más o menos deformado por su interacción con esa otra lógica. Por una parte, los directores orientados a sí mismos, a quienes se les había permitido poseer los medios de producción de propiedad del Estado, tendían a ser miembros del partido de vanguardia. En pocas palabras, el conflicto entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital no era algo que estuviera fuera del partido de vanguardia, sino que se había internalizado.

Sin embargo, el efecto de la lógica del capital sobre el partido de vanguardia iba mucho más allá del número de directores que eran militantes del partido. El contrato social siempre incluyó el interés material individual para la clase trabajadora; empero, la sustitución de directores «guiados por propósitos nobles, que trabajaban largas, duras horas con la firme convicción de que al hacerlo sirven a la causa de su partido y del pueblo, al bien común y a los intereses de la humanidad», por directores que trabajaban activamente por maximizar su propio ingreso, tuvo una influencia previsible³³².

Los militantes que mantienen «su creencia en las ideas del partido, su aceptación de la ideología oficial y el entusiasmo por los objetivos del plan» no pueden evitar verse afectados³³³. El constatar la tolerancia frente al comportamiento de maximizar el ingreso y la capacidad de

real los libros preferidos sobre economía llegaron a ser *Economics*, de Paul Samuelson, e incluso los de Milton Friedman y sus seguidores. La ironía fue más marcada en la Universidad de Economía Karl Marx, de Budapest, donde el texto utilizado fue el de Samuelson.

332 Janos Kornai, *The Socialist System*, 41.

333 *Ibíd.*, 118-19.

los directores para avanzar dentro del Estado y el partido, aumenta la posibilidad de que los militantes del partido justifiquen racionalmente su propio acceso a ventajas especiales, como ingresos más elevados, acceso a bienes escasos y mejores instalaciones médicas y recreativas. Y los burócratas encargados de la supervisión directa de los directores de empresa, además de convertirse en dependientes de estos segundos para el cumplimiento del plan, pueden convertirse en beneficiarios de su apoyo monetario. De esta manera, los *lobbies* y las coaliciones sectoriales modelan y usurpan de forma creciente la autoridad de las «agencias centrales nominalmente soberanas»³³⁴.

Éstas son condiciones en las que los miembros de la vanguardia actúan menos como vanguardia «personificada» y se concentran de manera creciente en privilegios asociados a posiciones en la jerarquía. La «segunda alma» que habita en el pecho del miembro de la vanguardia, con su centro de atención en la acumulación de placeres, está cada vez menos subordinada a (o reprimida por) la lógica de la vanguardia. En esta situación, aunque el partido de vanguardia puede continuar atrayendo lo mejor de la sociedad, también puede recibir lo peor. La tendencia a buscar la membresía en el partido (y a simular la conducta adecuada) puede estar basada cada vez más en el potencial para avanzar en las carreras y en la obtención de ventajas especiales. Como dijera a Alena Ledeneva un especialista en la URSS: «Era de conocimiento público que a menos que uno fuera militante del partido, no podía ser nombrado en un puesto dirigente. La membresía en el partido era como un diploma adicional que calificaba para oportunidades adicionales de hacer carrera»³³⁵. La enfermedad se propaga por todo el partido, afectando tanto a los miembros existentes como a los nuevos militantes.

Este partido (y no el partido *puro*), un partido que contiene dentro de sí esa «contradicción entre la función reguladora del Estado-propietario y las leyes de la economía de mercado», es el que decide qué debe hacerse frente a la crisis económica. La reproducción en disputa dentro del propio partido de vanguardia genera un *impasse* en el cual los partidarios de las relaciones de vanguardia pierden

334 Patrick Flaherty, *Cycles and Crises in Statist Economies*, 116.

335 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours*, 102.

progresivamente confianza en el camino anterior, mientras aquellos que apoyan las relaciones capitalistas se envalentonan cada vez más.

Finalmente, el capital ganó la batalla de ideas en la URSS porque invadió con éxito al partido de vanguardia. Pero el capital no pudo ganar por sí mismo la batalla de la reproducción en disputa. Para avanzar en el *socialismo real*, «la burguesía en alza necesita el poder del Estado», del Estado de *vanguardia*. La subordinación de la lógica de la vanguardia y la reproducción ampliada de las relaciones capitalistas de producción fueran posibles por el propio modo de regulación de la vanguardia.

CAPÍTULO 6

De la economía moral a la economía política

¿Qué sucede con las ideas de la clase trabajadora en esta batalla de ideas? ¿Quién expresó esas ideas en el *socialismo real*? La respuesta es previsible. Es característico de la relación de vanguardia que la *vanguardia* hable en nombre de la clase trabajadora. Cualquier intento de los trabajadores de organizarse independientemente de los canales oficiales designados por la vanguardia para representarlos era reprimido. Sin espacio para una organización autónoma, o incluso para una comunicación efectiva entre ellos, los trabajadores en la URSS estaban desarmados en la lucha ideológica.

Además, la clase trabajadora estaba desarmada de otra manera: en vez de un marxismo que coloca en su centro el *eslabón clave* del desarrollo humano y la práctica, lo que se ofrecía era *marxismo vanguardista*, una deformación similar a la propiedad estatal de vanguardia y la planificación de vanguardia. Más que enfatizar la toma de decisiones por parte de los trabajadores y la comunidad, que desarrollan las capacidades de los trabajadores, el marxismo vanguardista fue la contrapartida ideológica de las diversas correas de transmisión de la vanguardia (como los sindicatos oficiales) del dirigente a la clase obrera, que fueron, en la práctica, armas contra la clase obrera.

No obstante, a pesar del alcance con que el marxismo vanguardista desarmó a la clase trabajadora en la lucha ideológica, ello no significa que los trabajadores no tuvieran ideas. Sin embargo, es importante no proyectar las metas de un *proletariado abstracto* sobre la clase trabajadora real producida dentro del *socialismo real*. Sustituir circunstancias concretas por deseos es un problema muy común.

Las normas de la clase obrera en el *socialismo real*

En el período que se analiza, los trabajadores en el *socialismo real* esperaban que se cumpliera el contrato social. A cambio de aceptar su falta de poder en el centro de trabajo y en la sociedad, se consideraban con derecho a la seguridad y a mejorar sus condiciones de vida. Parte de ello lo obtenían a través de sus derechos al trabajo y la ausencia de un ejército laboral de reserva, así como la economía de pleno empleo que les permitía tanto minimizar la duración e intensidad de su jornada laboral como incrementar sus ingresos cambiando de trabajo. Pero también era importante la existencia de precios fijos para los productos de primera necesidad, que permitían transformar el aumento del ingreso en aumento del consumo.

¿Y si la vanguardia no cumplía su parte? En el capítulo 2 vimos que la vanguardia estaba preocupada porque la violación de las normas existentes «tarde o temprano conlleva serias consecuencias políticas y sociales, tensiones e incluso conmociones»³³⁶. Precisamente por esta razón, los planificadores intentaron durante este período satisfacer las expectativas y el sentido de derecho de la clase trabajadora. En la relación entre vanguardia y clase trabajadora, como se encarna en el contrato social, «había un sistema de obligaciones mutuas»³³⁷.

Al igual que las normas sociales relativas al compromiso de la vanguardia con los trabajadores, también era esencial entender las concepciones de lo correcto y lo incorrecto características de las relaciones entre trabajadores en el *socialismo real*. Estas relaciones no eran independientes de la relación específica de los trabajadores con los medios de producción, en particular sus derechos de propiedad según estaban contenidos en la existencia real de derechos al trabajo (y reforzados ideológicamente por el concepto de un Estado de trabajadores). Dadas las escaseces crónicas de productos de primera necesidad, esa percepción de los derechos de propiedad –mal definidos, sin embargo– proporcionó la racionalización para el empleo de métodos informales de obtención de bienes y servicios, en especial el robo³³⁸.

336 Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 383.

337 Boris Kagarlitsky, *Interview*.

338 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours*, 87. Ella señala además el dicho ruso: «“Público” quiere decir que una parte es mía» (36).

En la medida en que el propio centro de trabajo proporcionaba acceso a recursos materiales escasos, se veía como un comportamiento aceptable para las personas, como individuos, utilizar esos recursos, ponerlos a disposición de amigos, vecinos, miembros de su red social, y usarlos con el propósito de intercambiarlos por bienes necesitados, es decir, dentro de una segunda economía. Ledeneva comenta: «En una economía controlada por el Estado del tipo soviético, la propiedad estatal era omnipresente y todo ciudadano que trabajara estaba en contacto directo con ella en su puesto de trabajo. La mayoría de las fuentes confiables coinciden en que el robo de propiedad (estatal) socialista estaba casi tan extendido como la propiedad estatal misma»³³⁹.

Algunos robos servían a los trabajadores como un medio para complementar sus ingresos oficiales mediante el desvío de materiales con el fin de intercambiarlos o para segundos trabajos, que a menudo incluían el uso privado de medios de producción de su centro de trabajo. Pero el robo significaba más que aumentar simplemente el ingreso propio. Bajo condiciones de escasez, proporcionar suministros escasos a amigos y conocidos producía una gran satisfacción: «Traer algo del centro de trabajo se convirtió en una norma e incluso en un orgullo si algo se daba a un amigo en apuros o que lo necesitara»³⁴⁰. Éste, en efecto, era uno de los significados del término ruso *blat*, que lo diferenciaba del robo como tal en las mentes de la gente: «Obtener algo mediante *blat*—en un volumen modesto, con discreción, normalmente en situaciones de necesidad urgente y dentro de un círculo personal cerrado— es una norma; exceder los límites es robo, corrupción, etc.»³⁴¹.

Precisamente Ledeneva comenta sobre estas relaciones entre personas que «se sentían muy cómodas contrabandeando cosas o haciendo *chanchullos*—era colectivo, es decir, ¡después de todo, en parte era su propiedad!— para sus amigos, pero odiaban la idea de comerciantes o cuadros haciendo lo mismo»³⁴². En estas relaciones, «compartir el acceso con amigos y conocidos se volvió tan rutinario que la diferencia entre *blat* y relaciones de amistad se borró: una cosa

339 *Ibid.*, 49.

340 *Ibid.*, 132.

341 *Ibid.*, 167.

342 *Ibid.*, 133.

casi se volvía consecuencia de la otra»³⁴³. Parecido a un intercambio de regalos, esta autora sostiene que *blat* «refuerza las relaciones sociales y está interesada en la reproducción social». Efectivamente, se basa en relaciones sociales preexistentes y la reciprocidad en esas relaciones es «creada y preservada por un sentido mutuo de “equidad” y confianza»³⁴⁴.

Pero las relaciones *blat* y sus contrapartidas en cualquier otro lugar en el *socialismo real* no fueron fenómenos aislados. Analicemos las dificultades para despedir a trabajadores incluso por alcoholismo evidente y la aceptación social del robo desde el centro de trabajo. Existía un consenso popular de que todo el mundo debía poder satisfacer sus necesidades básicas (reflejado en el *blat*), una concepción de una sociedad igualitaria y una creencia en la importancia de la reducción de la inseguridad (y con ello, en el empleo y el ingreso).

La economía moral de la clase trabajadora

Todo esto era parte de un conjunto de normas y creencias sociales respecto a lo correcto y lo incorrecto que, tomado en conjunto, podemos calificar como «la economía moral» de la clase trabajadora en el *socialismo real*. Este concepto (y su misma redacción) proviene de lo que E. P. Thompson denominó «la economía moral de los pobres» en su artículo clásico «La economía moral de la multitud y otros ensayos»³⁴⁵. Los disturbios por comida de este período, argumentaba, reflejaban un consenso amplio y apasionado sobre lo que era correcto, y conducían a una fuerte reacción a las violaciones flagrantes de esa concepción de justicia. Comentando el informe de Thompson, Li Jun observaba: «Los alborotadores se sentían legitimados por la creencia de que estaban defendiendo derechos tradicionales o costumbres que eran apoyadas por el más amplio consenso de la comunidad»³⁴⁶.

343 *Ibíd.*, 35.

344 *Ibíd.*, 140-42.

345 E. P. Thompson, *La economía moral de la multitud y otros ensayos*, en *Costumbres en común*, 216.

346 Li Jun, «Collective Action of Laid-off Workers and Its Implication on Political Stability: Evidences from Northeast China» (discusión de Tesis de Doctorado, City University of Hong Kong, 2008), 34.

De forma similar, en su obra *La economía moral del campesino*, James Scott se centró en la noción de justicia económica entre los campesinos y se refirió a las revueltas y rebeliones que podían surgir cuando esas nociones eran violadas. Para Scott, estas ideas de justicia tenían sus raíces en la necesidad de mantener la subsistencia. De hecho, un enfoque preponderante en la subsistencia caracterizaba las relaciones tanto entre los campesinos como entre éstos y aquéllos que los explotaban³⁴⁷. «La prueba para el campesino», sostiene Scott, «es más probable que sea “¿Qué queda?” a “¿Cuánto se llevaron?”»³⁴⁸.

Desde esta perspectiva, la explotación como tal no es suficiente para generar disturbios, revueltas y rebeliones. «Los economistas morales», comentaba Kopstein en su estudio sobre la resistencia obrera en Alemania Oriental, «postulan la existencia de un contrato social tácito en casi todas las formaciones sociales antiguas, en las que grupos subalternos toleran su propia explotación». Toleran esa explotación mientras se les deje suficiente para ellos mismos, esto es, mientras puedan asegurar su respectiva subsistencia. Sin embargo, cuando la norma prevaleciente es violada, según Kopstein, se genera «resistencia que va desde haraganear, quejarse, tácticas dilatorias, falsa aceptación, disimulo y otras “armas de los débiles” hasta iniciar huelgas y otras formas de acción colectiva». Pero sólo para *anular* esa violación. Según los economistas morales, reportaba Kopstein, «los grupos explotados sencillamente quieren restablecer sus estándares anteriores, previos al deterioro. Rara vez tratan de revocar totalmente el orden existente»³⁴⁹.

El concepto subyacente aquí es el de un equilibrio, un concepto que Thompson empleó explícitamente al hablar de «un conjunto particular de relaciones sociales, un equilibrio especial entre la autoridad paternalista y la muchedumbre»³⁵⁰. Cuando ese equilibrio es alterado, hay un mecanismo de retroalimentación: las masas

347 James C. Scott, *La economía moral del campesino. Rebelión y subsistencia del Sudeste Asiático*.

348 James C. Scott, *La economía moral del campesino*, extraído de: <<https://es.scribd.com/document/166519798/La-economia-moral-del-campesino>>.

349 Jeffrey Kopstein, «Workers' Resistance and the Demise of East Germany», extraído de: <<http://libcom.org/history/workers-resistance-demise-east-germany-jeffrey-kopstein>>.

350 E. P. Thompson, *La economía moral de la multitud y otros ensayos*, en *Costumbres en común*, 283.

(los campesinos, la multitud, los trabajadores) reaccionan para restablecer las condiciones correspondientes a las normas sociales apoyadas por el consenso de la comunidad. Así con todas las demás cosas iguales, hay una tendencia hacia la estabilidad. La pregunta obvia, sin embargo, es: ¿cuál era la *fente* de esas normas?

Para Thompson, Scott y otros que han desarrollado el concepto de economía moral, el punto de referencia giraba en torno a la necesidad de subsistencia en la sociedad campesina tradicional, tanto antes del avance de la economía política del capital como en la lucha defensiva contra ella. ¿Fue la sociedad campesina, pues, la fuente de la economía moral en el *socialismo real*? ¿Las normas sociales de los trabajadores fueron heredadas de la economía moral de los campesinos y, por ello, una característica que debe ser superada en un proceso de modernización?

Por supuesto, para los reformistas económicos que apoyaban la eliminación de restricciones a los directores, todos los elementos de la economía moral –y en particular, la noción de relaciones igualitarias– miraban hacia *atrás*, a la sociedad campesina tradicional. Lisichkin, por ejemplo, describía lo que hemos llamado la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real* como la continuación de una «conciencia niveladora arcaica» y una matriz normativa igualitaria «feudal»³⁵¹. De forma similar, el sociólogo yugoslavo Josip Zupanov proponía que «el síndrome igualitario» era una «reliquia de sociedades tradicionales»; es más, su «legado vicioso»³⁵².

Las normas sociales tradicionales y las creencias que valoraban la igualdad, ¡ése era el enemigo que había que combatir! Aquellos elementos retenidos de la cultura campesina tradicional, según los asesores neoliberales de Gorbachov, estaban en la raíz de la resistencia al cambio, ya que ellos habían generado «una sociedad contaminada por una psicología igualitaria» que rechazaba «toda manifestación de individualismo, independencia, iniciativa personal y los éxitos que llevan aparejados»³⁵³. Zupanov se refirió a lo mismo: el síndrome igualitario, con su «temor a la iniciativa privada

.....
351 Patrick Flaherty, *Recasting the Soviet State*, 89–89.

352 Ivan Bernik, «Political Culture in Post-Socialist Transition: Radical Cultural Change or Adaptation on the Basis of Old Cultural Patterns?».

353 Patrick Flaherty, «Perestroika and the Neoliberal Project», 145.

[individual], el anti-profesionalismo, la nivelación intelectual hacia abajo y el anti-intelectualismo», fue un obstáculo crítico para el desarrollo de una sociedad industrial moderna³⁵⁴.

En efecto, si estos legados de cultura campesina tradicional estaban actuando como trabas al desarrollo de las fuerzas productivas, entonces se deduce que debían ser reconocidos como claramente *no proletarios*. «El marxismo-leninismo barre decididamente con la teoría pequeñoburguesa de nivelar la distribución y el consumo», declaró en 1985 Efim Manevich, un economista laboral soviético. «Nivelar», argumentaba, «es incompatible con los intereses del desarrollo de la producción socialista». En realidad, dichas ideas acerca de la igualdad universal, explicaba, eran «ajenas al proletariado»³⁵⁵.

Existe un problema en tales afirmaciones. Dada su incorporación en el contrato social, ¿cuán ajenas pueden ser tales ideas al proletariado existente (en contraposición al teórico)? De hecho, el contrato social en el *socialismo real* reforzó y *validó* la economía moral de la clase trabajadora. Garantizó que el concepto de justicia de los trabajadores recibiera apoyo. Aunque ese contrato social no excluía la explotación, sí entregó algo que los trabajadores querían. Kopstein sostenía, por ejemplo, que «juntamente con la seguridad laboral, los trabajadores de Alemania Oriental tenían el poder de exigir un tipo sencillo de igualitarismo salarial y precios al consumidor que permanecieran bajos en relación con los salarios»³⁵⁶.

El mismo argumento sobre una economía moral de la clase trabajadora y el apoyo que brindaba el contrato social está explícito en el análisis de Li Jun acerca de las huelgas en China: «Dicho simplemente, en el entorno socialista chino, los trabajadores se ven a sí mismos como partes de una relación con el Estado, una relación que opera de acuerdo a la norma de reciprocidad: se espera que el Estado se comprometa a garantizar que los trabajadores tengan una vida decente proporcionándoles seguridad laboral y un prodigioso paquete de bienestar, mientras que los trabajadores, a cambio, defienden el mando del partido al entregar su apoyo político y lealtad al Estado». Para apoyar lo que Li Jun llama «la economía moral de

354 Ivan Bernik, «Political Culture in Post-Socialist Transition».

355 Efim Manevich, *Labour in the USSR: Problems and Solutions*, 175-76.

356 Jeffrey Kopstein, «Workers' Resistance and the Demise of East Germany».

los trabajadores», se esperaba que la autoridad estatal cumpliera «su responsabilidad de proteger y beneficiar a su clase obrera asegurando el “tazón de arroz de hierro”»³⁵⁷.

En resumen, la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real* no era simplemente la herencia de una sociedad campesina tradicional. Fundamental para su existencia era una combinación en la que el papel de la vanguardia era crítico. Reconociendo este punto central, Zupanov describía el síndrome igualitario como una «fusión», ya que estaba «compuesto básicamente de dos grupos de orientaciones de valor y actitudes complementarias –de índole igualitaria y de índole autoritaria». En esta combinación, la orientación hacia el igualitarismo estaba «vinculada indisolublemente al apoyo a un Estado autoritario que se suponía se ocupara de las expectativas igualitarias»³⁵⁸. Así, el síndrome igualitario legitimaba la posición de la vanguardia, pues «proporcionaba una base para una interacción estable entre la élite política socialista y los sectores estratégicos de la población, especialmente los trabajadores manuales»³⁵⁹.

Según Zupanov, esta fusión particular proporcionó una base de masas para el *estatismo*. Esto lo dijo también Alex Pravda en 1981:

Lo que asegura la adhesión de la mayoría de los trabajadores soviéticos y del este europeo al *socialismo realmente existente* es el pleno empleo, un salario de bienestar, bajos diferenciales de ingreso y precios estables de los alimentos. En cierto sentido, la aceptación por los trabajadores de un fuerte control estatal está condicionada por la entrega por parte de ese Estado del citado paquete de beneficios de seguridad-bienestar. La situación puede ser vista como un convenio social tácito que apuntala la relación entre trabajadores y régimen en todos los estados comunistas industrializados³⁶⁰.

357 Li Jun, «Collective Action of Laid-off Workers», 64.

358 Ivan Bernik, *Political Culture in Post-Socialist Transition*, Frankfurt Institute for Transformation Studies, no. 09 (2000).

359 Significativamente, Bernik señala que el estudio de Zupanov sobre Yugoslavia indicaba que tanto los componentes igualitarios como los componentes autoritarios del síndrome igualitario no eran aceptados al menos por dos capas sociales: los profesionales y los administradores.

360 Alex Pravda, «Industrial Workers and Political Development in the Soviet Union and Eastern Europe», extraído de: <<http://www.ucis.pitt.edu/nceeer/1981-624-16-Pravda.pdf>>.

Para los reformistas, sin embargo, el «equilibrio» generado por este pacto era más bien de *estancamiento*. Esa fusión impedía el desarrollo de lo que el sociólogo polaco P. Sztompka denominaba «competencia civilizadora [...] un conjunto complejo de reglas, normas y valores, hábitos y reflejos, códigos y matrices, copias y formatos», cuyos componentes son «la cultura empresarial, cívica, discursiva y cotidiana». Sztompka argumentaba que «las décadas de *socialismo real* no sólo bloquearon la aparición de la competencia civilizadora, sino que de muchas maneras ayudaron a conformar [un] síndrome cultural contrario –la incompetencia civilizadora»³⁶¹. Esta incompetencia cultural, sostuvo, fue principalmente un resultado del «adocctrinamiento por parte de la élite socialista de [la] población y su control sobre ella».

En resumen, el reclamo ideológico de la existencia de un Estado de trabajadores y la afirmación real a las aspiraciones de los trabajadores brindado a través del contrato social fueron fuentes importantes para la economía moral de la clase obrera. En el caso del movimiento huelguístico más importante (motivado por los aumentos de precios) en la URSS, en Novocherkassk en 1962, «Mandel informaba que la conciencia de la clase trabajadora provenía de la enseñanza recibida, de libros y películas y, desde luego, de la situación laboral que compartían»³⁶². El hecho de que los líderes constantemente enfatizaran su compromiso con el socialismo también tuvo claras consecuencias. «De la ideología oficial del marxismo-leninismo, a la cual por lo general son indiferentes», comentó Pravda, «los trabajadores han “rescatado” nociones de seguridad, bienestar e igualdad, y ven el pleno empleo, el salario de bienestar, las bajas diferencias de ingreso y los precios estables como derechos socialistas básicos»³⁶³.

De esa forma, aunque estaban presentes elementos de las sociedades campesinas tradicionales, las partes no existen fuera de los todos específicos. Necesitamos analizar las ideas de los trabajadores como fueron reproducidas en este nuevo todo. Más que ser desafiadas por lo que Thompson llamaba una nueva economía política «desinfectada

361 P. Sztompka, citado en Bernik, «Political Culture in Post-Socialist Transition».

362 David Mandel, *Perestroika and the Soviet People: Rebirth of the Labour Movement*, 37-40.

363 Alex Pravda, «Industrial Workers and Political Development in the Soviet Union and Eastern Europe».

de imperativos morales invasivos», las normas asociadas con la economía moral fueron fortalecidas y profundizadas en el *socialismo real*. En la URSS, por ejemplo, fueron reforzadas las tendencias a la igualdad y a las bajas diferencias de ingresos, por ejemplo a través de lo que Gorbachov posteriormente denominó «serias infracciones al principio socialista de distribución según el trabajo». El resultado, a juicio del líder soviético, era que «se ha desarrollado una mentalidad de dependencia. En la conciencia de la gente se ha enraizado la psicología de la nivelación»³⁶⁴. Tales ideas eran más que un legado de la sociedad tradicional, ya que eran producidas y reproducidas en el nuevo contexto.

Sin embargo, como en el caso del análisis hecho por Thompson de la economía moral de la gente del siglo XVIII, las ideas de los trabajadores no sólo incorporaban sino también trascendían las relaciones de vanguardia contenidas en el contrato social. Aunque «la masa derivaba su sentido de legitimación, en realidad, del modelo paternalista» –y repetía dichas nociones «tan alto a la vez que las autoridades, en cierta medida, eran prisioneras de aquéllas»–, en su apoyo a la acción directa de las masas «la economía moral de la multitud rompió decisivamente con la de los paternalistas»³⁶⁵. De manera similar, en el *socialismo real*, la economía moral de la clase trabajadora rompió decididamente con la perspectiva de la vanguardia respecto al consenso popular sobre el robo individual. Los trabajadores «se sentían muy cómodos», según se señaló anteriormente, contrabandeando cosas del trabajo para sus amigos, dado que esta propiedad estatal «era colectiva, es decir, ¡después de todo, era en parte su propiedad!»³⁶⁶.

Había, no obstante, una brecha general entre lo que pregonaban los que estaban arriba y las ideas de los trabajadores. «Obligados a participar en rituales que proclamaban que el socialismo era justo, eficiente e igualitario», observaba Burawoy con relación a los trabajadores, «ellos estaban demasiado conscientes de las injusticias,

364 David Mandel, «Economic Reform and Democracy in the Soviet Union», *Socialist Register* 1988, 141.

365 E. P. Thompson, «La economía moral de la multitud y otros ensayos». En *Costumbres en común* (Barcelona: Editorial Crítica S. L., 1995), 241.

366 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours*, 133.

ineficiencias y desigualdades que impregnaban sus vidas». En este sentido, el sistema era vulnerable a una «crítica inmanente, exigiendo que el sistema cumpliera sus promesas»³⁶⁷.

En ausencia de su articulación y desarrollo específicos, ¿podían las ideas de los trabajadores ser otra cosa que la base para respuestas defensivas, muy similares a las respuestas campesinas a las violaciones de sus normas sociales? «La rebelión o huelga típica de la economía moral», indicaba Kopstein, «es espontánea, carece de líder y es defensiva»³⁶⁸. Cuando los trabajadores no van más allá de la economía moral y no actúan sobre la base de una alternativa consciente, Burawoy sugirió un posible resultado: «La crítica inmanente, llamando la atención sobre las promesas fallidas del socialismo, puede conducir al cinismo y a la retirada si no va unida a movimientos sociales inspirados por alternativas que pugnen por liberarse de las ataduras de lo existente. Eso fue lo que sucedió»³⁶⁹.

Como hemos visto, sin embargo, más que esto fue lo que ocurrió como resultado del desarme de los trabajadores en el *socialismo real*. La economía moral de la clase trabajadora en sí fue atacada cuando avanzó la economía política del capital. Ahora, en palabras de Thompson, «La “naturaleza de las cosas” que en otros momentos había hecho imperativa, en épocas de escasez por lo menos, una solidaridad simbólica entre las autoridades y los pobres, dictaba ahora la solidaridad entre las autoridades y el “empleo de capital”»³⁷⁰. En el *socialismo real*, el contrato social aparente llegaba a su fin.

Más allá de la economía moral

Si los trabajadores luchan por ideas y normas asociadas con la economía moral, entonces está claro que esas ideas son una fuerza material. Al considerar esas normas y creencias sociales en cuanto a qué está bien y qué está mal, podemos enraizar nuestro análisis en lo concreto y evitar la tendencia a comenzar con una teoría preconcebida y luego

367 Michael Burawoy, «Working in the Tracks of State Socialism», *Capital & Class*, 98 (summer, 2009).

368 Jeffrey Kopstein, «Workers' Resistance and the Demise of East Germany».

369 Michael Burawoy, «Working in the Tracks of State Socialism».

370 E. P. Thompson, «La economía moral de la multitud y otros ensayos», en *Costumbres en común*, 286.

buscar apoyo concreto que sirva como notas al pie para la teoría³⁷¹. Además, es posible que también podamos señalar elementos en la economía moral que apunten más allá, hacia una nueva sociedad. Sin embargo, por su propia naturaleza, las actitudes y nociones de la economía moral existen al nivel de las apariencias; más que revelar las relaciones propiamente dichas, reflejan cómo las cosas aparecen –y pueden aparecer necesariamente– ante los actores reales.

Para ilustrar este punto, consideremos los conceptos espontáneos de justicia característicos de los trabajadores en el capitalismo, lo que podríamos llamar la economía moral de los trabajadores en el capitalismo. A mediados del siglo XIX, Marx observó que el 99% de las luchas salariales seguían a cambios que habían conducido a que los salarios cayeran. «En una palabra –señaló–, es la reacción del obrero contra la acción anterior del capital»³⁷². En resumen, aquellas luchas salariales eran un intento por restablecer «el nivel de vida tradicional» que estaba siendo atacado³⁷³.

El impulso espontáneo de los trabajadores en estas condiciones era luchar por *justicia* contra las violaciones de las normas existentes; incluso, librar una guerra de guerrillas contra los efectos iniciados por el capital. Su objetivo explícito era luchar por «un salario diario justo por un día de trabajo justo». Pero al hacerlo, no estaban intentando cambiar el sistema ni en verdad luchando contra la explotación (excepto en la medida en que la explotación era entendida como injusticia). Por consiguiente, Marx describió las demandas de los trabajadores como «conservadoras» y argumentó que, en lugar de esas demandas de justicia, ellos «deberían inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: *¡Abolición del sistema de trabajo asalariado!*»³⁷⁴.

Pese a lo anterior, Marx comprendía muy bien por qué el lema de los trabajadores se enfocaba en salarios justos y un día de trabajo justo: aquél fluye de la necesaria apariencia de una transacción en la cual el trabajador cede el derecho de propiedad a utilizar su

371 Marx habló de la desintegración de una teoría cuando ésta, más que la realidad, es el punto de partida. Ver Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 6.

372 Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*, en Marx y Engels, *Obras Escogidas* (Moscú: Editorial Progreso, s/f), 226.

373 *Ibíd.*, 227.

374 *Ibíd.*, 231.

capacidad de trabajo (es decir, su fuerza de trabajo) por un período dado. «En la superficie de la sociedad burguesa», señaló Marx, «el salario del obrero se pone de manifiesto como el precio del trabajo, como determinada cantidad de dinero que se paga por determinada cantidad de trabajo»³⁷⁵. De esta manera, la lucha consciente de los trabajadores es por la justicia de cierta «cantidad de dinero» y la justicia de cierta «cantidad de trabajo». Lo que es percibido como justo y razonable es que reciben un equivalente por su trabajo, que ellos no son engañados. De la forma del salario como pago por un día de trabajo dado vienen «todas las nociones jurídicas tanto del obrero como del capitalista»³⁷⁶.

«Nada es más fácil de comprender», comentaba Marx, «que la necesidad, las razones de ser, de esa *forma de manifestación*» que subyace en la economía moral de la clase trabajadora en el capitalismo³⁷⁷. En la superficie, el trabajador vende su trabajo al capitalista. Sin embargo, esta forma de apariencia «vuelve invisible la relación efectiva y precisamente muestra lo opuesto de dicha relación»³⁷⁸. Específicamente no parece haber explotación, no parece existir división de la jornada laboral en trabajo necesario y trabajo excedente; todo el trabajo aparece más bien como trabajo pagado. Precisamente porque la explotación está escondida en la superficie, es necesario profundizar debajo de ésta: «[...] las *formas de manifestación* [...] se reproducen de manera directamente espontánea como *formas* comunes y corrientes *del pensar*», mientras «[...] su trasfondo oculto [...] tiene que ser primeramente *descubierto* por la ciencia»³⁷⁹.

Al nivel de las apariencias, esgrimía Marx, no podemos comprender el capitalismo, pues «la interconexión del proceso de reproducción no es comprendida». Después de todo, ¿en este caso qué garantiza la reproducción de la clase obrera? Como argumenté en «The Fallacy of Everyday Notions»:

375 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 651.

376 *Ibid.*, 657.

377 *Ibid.*, 659.

378 *Ibid.*, 657.

379 *Ibid.*, 661.

Sólo «cuando es visto como un todo conectado», cuando vemos al capitalista y al trabajador no como individuos sino en su totalidad «a la clase capitalista y, frente a ella, a la clase obrera» —es decir, cuando nos apartamos de la forma en que las cosas aparecen necesariamente ante los actores individuales—, es que podemos comprender el requerimiento estructural esencial para la existencia del capitalismo como sistema: la necesidad de la reproducción de los trabajadores asalariados³⁸⁰.

Eso fue lo que hizo Marx en *El Capital*. Considerando a los trabajadores como un todo, asumió que a cambio de ceder al capitalista el uso de sus capacidades, ellos reciben su «nivel de vida tradicional», lo que es necesario para reproducirse a sí mismos como trabajadores asalariados en un tiempo y lugar dados. Este concepto de un nivel de necesidad dado (la base del valor de la fuerza de trabajo) le permitió demostrar cómo el día laboral estaba dividido en trabajo necesario y trabajo excedente, y cómo la explotación de los trabajadores era la condición necesaria para la reproducción de los capitalistas.

Para esta deducción vital, Marx no tuvo que explicar la fuente de esta norma existente de necesidad. En efecto, él simplemente la asumió como algo dado, una suposición que quería eliminar en su libro proyectado sobre el trabajo asalariado³⁸¹. Con este enfoque, Marx pudo revelar la naturaleza del capital y sus tendencias inherentes, algo que un enfoque en las apariencias (la venta de una cantidad específica de trabajo por los trabajadores) nunca podría revelar. Así, quedaba claramente argumentada la necesidad de terminar las relaciones capitalistas de producción más que luchar por «salarios justos».

¿De qué otra forma podríamos entender lo que es el capital sin la crítica de esas formas de apariencia que subyacen en la economía moral de la clase trabajadora en el capitalismo (y en la economía política del capital)? Ciertamente, «la relación de intercambio entre capitalista y obrero» fortalece la dominación del capital, porque ella «mistifica» la verdadera relación y garantiza que se perpetúe el vínculo específico de dependencia, adornándola con «una apariencia

380 Michael Lebowitz, *Following Marx*, 12-15; Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 724.

381 Ver capítulo «El libro que falta sobre el trabajo asalariado», en Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*.

correspondiente al proceso de circulación»³⁸², con la *ilusión* engañosa de una transacción. Para permitirles a los trabajadores ir más allá de ese lema conservador al «lema revolucionario», Marx ofreció el arma de la crítica, pero una crítica basada en una economía política alternativa: la economía política de la clase trabajadora³⁸³.

La economía política de la clase trabajadora

En *Más allá de «El Capital»: La economía política de la clase trabajadora*, yo recordé los comentarios de Marx en el Discurso inaugural de la Primera Internacional acerca de la victoria de la economía política de la clase obrera sobre la economía política del capital como resultado de la restricción del día laboral mediante la Ley de las Diez Horas y el «triunfo más completo todavía de la economía política del trabajo» con el desarrollo de fábricas cooperativas. ¿Qué era —pregunté— esta economía política que Marx introdujo y que abarcaba ambas victorias?³⁸⁴

Una parte de mi respuesta se centraba en la importancia de la asociación de los trabajadores y la lucha contra aquellos que los separan³⁸⁵. Pero esto es sólo parte de la economía política de la clase trabajadora. Para exponer esa economía política más ampliamente que en *Más allá de «El Capital»*, contrastémosla con la economía política del capital, aquella que Marx criticó en *El Capital*.

En primer lugar, si bien la economía política del capital se concentra en fenómenos superficiales (precios, salarios, rentas, ganancias y la manera en que las cosas aparecen ante los actores individuales), la economía política de la clase trabajadora penetra bajo la superficie para examinar la estructura subyacente y las condiciones necesarias para la reproducción de esa estructura. Por ejemplo, se centra en el trabajo que subyace en la producción de valores de uso particulares y ve en los precios de las mercancías (y en sus movimientos) la manera en que una

382 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 921; Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 276 y 277.

383 Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 280 y 283.

384 *Ibid.*, 157.

385 «Quienes median entre los productores tienen interés en mantener y aumentar el grado de separación, división y atomización entre ellos, para continuar asegurándose los frutos de la cooperación en la producción» (Michael Lebowitz, *Más allá de El «Capital»*, 180).

economía de mercancía-dinero hace lo que toda economía debe hacer: distribuir el trabajo de la sociedad para satisfacer las demandas de ésta.

En segundo lugar, hemos visto que la economía política del capital acepta la apariencia de que el trabajador recibe un equivalente por una cantidad dada de trabajo que proporciona al capitalista. En consecuencia, ésta concluye que el trabajador no es explotado y que las ganancias son el resultado de la propia contribución del capitalista. En contraste, la economía política de la clase trabajadora de Marx analiza las relaciones de producción en el capitalismo y demuestra que la reproducción de esas relaciones requiere la explotación del trabajador.

En tercer lugar, para la economía política del capital, el crecimiento de la producción y la productividad es el resultado de la inversión, es decir, la acumulación de capital; y esto ocurre porque el capitalista hace un sacrificio al no consumir toda la ganancia que ha obtenido como resultado de su contribución. En contraste, para la economía política de la clase trabajadora, el crecimiento de la producción y la productividad es, en esencia, el resultado de la combinación de trabajadores, tanto la combinación del trabajo presente como la de éste con los productos del trabajo social pasado. Desde esta perspectiva, la asignación de dinero (representativo del trabajo social) por el capitalista para la inversión es la forma en que una sociedad capitalista asigna trabajo a los medios de producción para la expansión de la producción futura³⁸⁶.

Por último, para la economía política del capital, el objetivo supremo es el crecimiento de éste, es decir, la acumulación de capital; con ese fin, cualquier cosa que actúe como barrera a su crecimiento ha de ser eliminada. En cambio, para la economía política de la clase trabajadora, el objetivo supremo es el pleno desarrollo de las capacidades humanas y cualquier cosa que actúe como una barrera al pleno desarrollo humano ha de ser eliminada. Marx comprendió que «todos los métodos para desarrollar la producción se trastocan en medios de dominación y explotación del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fraccionado, lo degradan» y lo enajenan «de las potencias espirituales del proceso laboral»³⁸⁷.

386 Ver capítulo «La riqueza de los seres humanos», en *La alternativa socialista* de Lebowitz.

387 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 804; Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 55-59.

Sencillamente, la producción bajo las relaciones capitalistas no sólo conduce a la explotación (generando con ello capital) sino también a la *deformación* de los trabajadores, produciendo con ello «seres humanos pobres»³⁸⁸. Por lo tanto, el capitalismo debe ser eliminado.

Para la economía política de la clase trabajadora, tanto la explotación como la deformación de los trabajadores surgen de las relaciones capitalistas de producción. Aquéllas no están separadas ni diferenciadas, sino que interactúan. Analicemos la compraventa de fuerza de trabajo. Lo que el capitalista compra es el derecho a usar como desee la capacidad del obrero en un tiempo dado. Ello, como demostrara Marx, permite al capitalista obligar al trabajador a realizar trabajo adicional y así producir la plusvalía que, si es realizada, es la base del capital. Vemos, pues, que el capital es el producto del propio trabajador y que nuestro propio producto es vuelto contra nosotros.

Sin embargo, cuando consideramos este proceso explícitamente desde el lado del trabajador, reconocemos que lo que los trabajadores entregan al capitalista por ese período es algo más que su capacidad. Ellos también le entregan lo que es potencialmente «tiempo para el desarrollo pleno del individuo», proceso «que a su vez reaccúa como máxima fuerza productiva sobre la [propia] fuerza productiva de trabajo»³⁸⁹. Dentro del proceso de producción capitalista, ese tiempo para el desarrollo de sus capacidades se pierde para el trabajador y «no pueden ocurrir las cosas de otra manera en un modo de producción donde el trabajador existe para las necesidades de valorización de valores existentes»³⁹⁰. En estas relaciones, más que satisfacer «las necesidades de desarrollo del trabajador», el tiempo del trabajador es consagrado «a la autovaloración del capital»³⁹¹.

Por consiguiente, esa necesidad de autodesarrollo forzosamente aparece como una necesidad de *negar* tiempo de trabajo. «Tiempo para la educación humana, para el desenvolvimiento intelectual, para el desempeño de funciones sociales, para el trato social, para el libre juego de las fuerzas vitales físicas y espirituales»; todo esto aparece como la necesidad de *tiempo libre* más que como la necesidad de transformar

388 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 47-50.

389 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo II, 236.

390 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 770.

391 *Ibíd.*, Tomo I, vol. 3, 770; vol. 1, 319.

las relaciones de producción³⁹². Sin embargo, este interés en reducir el día de trabajo cuantitativamente es claramente deficiente, porque no comprende el eslabón clave del desarrollo humano y la práctica (el cambio simultáneo de las circunstancias y el cambio propio). Una vez que comprendemos que todo proceso de actividad genera un ser humano formado por esa actividad como un producto conjunto (*joint product*), es obvio que el trabajo bajo relaciones capitalistas no sólo *desvía* a los trabajadores de la oportunidad de satisfacer su propia necesidad de desarrollo, sino también los *deforma*, convirtiendo al obrero en un fragmento de persona.

Así, cuando el capitalista compra la capacidad del obrero y la utiliza para su objetivo de expandir el capital, degrada no sólo su presente sino también su *futuro*. La producción bajo relaciones capitalistas, sostuvo Marx, da por resultado la «ignorancia», el «embrutecimiento y la degradación moral»³⁹³. *¿Cómo no habría de afectar esto al trabajador cuando esa degradación moral invade igualmente su «tiempo libre»?* Para la economía política de la clase trabajadora, la reproducción del capitalismo como sistema es la reproducción de trabajadores que lucharán por *salarios justos* y un *día de trabajo justo*, trabajadores que ven la inversión capitalista como si fuese en su interés, «una clase trabajadora que, por educación, tradición y hábito, reconoce las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales»³⁹⁴. En resumen, comprendemos que el capitalismo produce trabajadores que toleran su explotación (porque no es evidente), aunque estén preparados para luchar contra cualquier violación de su concepto de justicia, es decir, la violación de su economía moral.

Pero, ¿qué determina las normas que subyacen bajo esos conceptos, es decir, el equilibrio que es la base del consenso? Ésta no es una cuestión que Marx analizara teóricamente de manera explícita. Como se indicó con anterioridad, Marx comenzó con el supuesto de que el nivel de vida tradicional no cambiaba, que el nivel de necesidades estaba *dado*. Ese supuesto fue suficiente para su propósito inmediato de demostrar que el capital es el resultado de la explotación de los trabajadores. Más allá de *El Capital*, empero,

392 Ibid., Tomo I, vol. 1, 319.

393 Ibid., Tomo I, vol. 3, 805.

394 Ibid., 922.

demuestra que, con la *eliminación* de este supuesto de un nivel de vida dado, ya no es posible argumentar que el efecto automático de los aumentos de la productividad es un aumento de la explotación (plusvalía relativa)³⁹⁵. Como el propio Marx sabía, asumiendo todo lo demás constante, una caída en los valores de las mercancías causada por una productividad creciente implicará que los salarios reales aumenten³⁹⁶. La condición, entonces, para la reproducción del nivel de vida estándar es que todo lo demás no puede ser constante. Es esencial considerar el estado de la lucha de clases para ir más allá del nivel de las apariencias a fin de comprender el nivel de necesidades (y cualquier movimiento en éste).

Con este fin introduce como una variable el concepto del «grado de separación entre los trabajadores», que implica que en la medida en que los capitalistas pueden aumentar el grado de separación entre los trabajadores (como ocurre con el desplazamiento de trabajadores por maquinaria), pueden captar los frutos de las ganancias de productividad; y en la medida en que los trabajadores tienen éxito en unirse, como cuando organizan «una cooperación planificada entre los empleados y los desempleados», pueden incrementar los salarios reales y reducir la duración e intensidad de la jornada laboral³⁹⁷.

Analícemos entonces cómo tal concepto subyacente necesariamente aparece. Un grado dado de separación entre los trabajadores implica la reproducción de un nivel estándar de necesidad, un equilibrio en el que cualquier desviación provoca tendencias de retroalimentación para restaurar las normas. En la medida en que esas desviaciones son temporales, ello fortalece la creencia en la permanencia de esas normas particulares³⁹⁸. Por otra parte, si el capital tiene éxito en aumentar el grado de separación de los trabajadores (es decir, si los trabajadores son incapaces de contrarrestar el ataque del capital),

395 Ver el resumen y la profundización de este análisis en Michael Lebowitz, «Trapped Inside a Box? Five Questions for Ben Fine», *Historical Materialism*, 18/1 (2010).

396 Ver la discusión de los *Manuscritos Económicos de 1861-63* de Marx en Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, Capítulo 6 («Salarios»), 183-207.

397 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 3, 797.

398 El equilibrio a este respecto es la Ley, «la perdurable (la persistente) en apariencia», como comentara Lenin en su lectura de Hegel. Si bien comprender su carácter es un adelanto, la Ley no va más allá del reino de las apariencias. Ver Michael Lebowitz, *Following Marx*, 71-73.

entonces la tendencia será el desarrollo de un nuevo conjunto de normas, más bajas, un nuevo equilibrio.

Para comprender la economía moral de la clase trabajadora en el capitalismo, es necesario buscar los factores subyacentes que producen un aparente equilibrio. Es esencial intentar ir debajo de la superficie. De forma similar, para comprender la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real* necesitamos investigar su base interna.

Más allá de la economía moral del *socialismo real*

El derecho de cada cual a la subsistencia y a más altos niveles de vida, la importancia de precios estables y pleno empleo, la orientación hacia el igualitarismo –y con ello, la poca diferencia en los ingresos–, todo ello fue parte de las normas que modelaban la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real*. Este consenso popular de justicia y equidad fue reproducido regularmente y en consecuencia fortalecido como resultado de la retroalimentación cuando se producían desviaciones de un aparente equilibrio.

La retroalimentación y una tendencia hacia el equilibrio es precisamente lo que Kornai identificó al expresar que «cuando los desarrollos en la esfera real generan resultados que se desvían de las normas existentes (resultantes de “hábitos, convenciones, aceptación social apoyada tácita o legalmente, o conformidad”), el sistema genera señales que son retroalimentadas al sistema por la vía de la esfera de control»³⁹⁹. Kornai argumentaba que los decisores centrales en Hungría tenían como meta una tasa normal de crecimiento del consumo real per cápita de un 3 a un 4%, con el resultado de que «si el crecimiento del consumo se mantiene por debajo de su tasa normal, se reducirá la escala de inversión, de manera de dejar una mayor parte del ingreso nacional para el consumo»⁴⁰⁰.

Para Kornai resultaba muy claro por qué la vanguardia actuaba de esta manera. Aquellos que estaban en la cima, decía, estaban limitados a lo que «la población esté dispuesta a aceptar, y en qué punto comienza a manifestarse la insatisfacción». Había un costo

³⁹⁹ Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 380.

⁴⁰⁰ Janos Kornai, *Growth, Shortage and Efficiency*, 47-48.

potencial por violar las normas. «Frenar los incrementos en los niveles de vida, o su total reducción, e infringir el límite inferior [...] tarde o temprano supone serias consecuencias políticas y sociales, tensión e incluso conmociones, las cuales, tras un intervalo de tiempo mayor o menor, obligan a una rectificación»⁴⁰¹. En otras palabras, detrás del intento de la vanguardia por evitar desviaciones de la norma estaba la anticipación de las respuestas de los trabajadores (por ejemplo, a aumentos de precios). La gente, admitía él, quiere estabilidad de precios «y después de un tiempo incluso esperan que el gobierno lo garantice. Cualquier aumento importante de precio da lugar a malestar»⁴⁰². Por consiguiente, la cuestión que enfrentaba la vanguardia era: ¿en qué momento la insatisfacción comenzaría a poner en peligro la estabilidad del sistema?

Pero, ¿por qué los trabajadores reaccionaban de esta forma a violaciones percibidas de las normas existentes? No era porque los trabajadores en el *socialismo real* sintieran que no estaban recibiendo un salario justo por un día de trabajo justo. Detrás de la visión de justicia de los trabajadores no estaba la apariencia –como en el caso del capitalismo– de que ellos vendían una cierta cantidad de trabajo a cambio de una cierta cantidad de dinero. En pocas palabras, no los movía el incumplimiento de la norma de recibir «de acuerdo con su contribución». De hecho, esta era precisamente la crítica hecha por los reformistas: que las normas existentes en el *socialismo real* no estaban basadas en lo que ellos llamaban «el principio socialista». Como lo expresara Gorbachov, había «serias infracciones al principio socialista de distribución según el trabajo».

Por el contrario, el sentido de derecho de los trabajadores se basaba en el concepto de la propiedad común de los medios de producción, los cuales eran de propiedad colectiva, y puesto que los trabajadores eran parte del colectivo, ésta era la fuente de su derecho. Pero si eran dueños comunes de medios de producción, los productores estaban en una relación de *igualdad*. Todos ellos debían tener acceso a los medios de producción y debían tener la oportunidad de trabajar y garantizar los frutos de esa propiedad. Además, la tendencia será hacia ingresos iguales, precisamente porque todos son iguales como

⁴⁰¹ Janos Kornai, *Economics of Shortage*, 383.

⁴⁰² *Ibid.*, 509-10.

dueños de medios de producción⁴⁰³. Aquí también estaba la base para el malestar latente frente a la evidencia de riqueza y privilegios individuales, en la medida que los trabajadores conocían de éstos (lo cual explica por qué era característico de la vanguardia el esconder tales «abusos» de la propiedad común).

Estos aspectos de la economía moral de la clase trabajadora no cayeron del cielo. Más bien, estas ideas de equidad y justicia eran reforzadas de manera regular por las declaraciones de la propia vanguardia. Los trabajadores tenían derecho porque el Estado era dueño de los medios de producción y éste era un Estado de los trabajadores. Naturalmente, se comprendía que los trabajadores no podían recibir toda la producción actual. Puesto que la economía moral incluía la expectativa de que el consumo futuro sería mayor, una parte de su derecho como dueños necesariamente se reservaba para invertir en la expansión de los medios de producción. Entendían también que ésta era una decisión tomada por la vanguardia, más que una decisión sobre la cual ellos tuvieran control. Sin embargo, podían reaccionar ante lo que se captaba como una decisión política. Esta es la razón por la que las desviaciones respecto de las normas aceptadas tendían a generar una retroalimentación política de todos los afectados.

En resumen, la combinación de respuestas de los trabajadores a las violaciones a la justicia y las anticipaciones de la vanguardia a dichas respuestas provocaron lo que Thompson llamó «un equilibrio particular entre autoridad paternalista y las masas». Ese equilibrio en el *socialismo real* apareció como resultado de un acuerdo implícito según el cual los trabajadores ceden el poder de decidir a cambio de garantías de la vanguardia. Empero «nada es más fácil de comprender que la necesidad, la razón de ser, de esta *forma de manifestación*»⁴⁰⁴. Para revelar las relaciones subyacentes que generan estas formas de apariencia en el *socialismo real* debemos volver a la economía política de la clase trabajadora.

403 En 1986 propuse que «la relación de distribución que fluye de la relación de dueños comunes e iguales de los medios de producción es a cada cual según su participación per cápita» Michael Lebowitz, «Contradictions in the “Lower Phase” of Communist Society», *Socialism in the World*, 59 (1987), 124.

404 Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, 658.

Recordemos nuestro análisis de las relaciones de vanguardia y su reproducción de los capítulos 3 y 4. Vimos en ellos que es característico de estas relaciones –excepto cuando los directores de empresa han logrado hacer avances– el que la vanguardia ejerza todos los atributos que otorga la propiedad de los medios de producción. Si bien la vanguardia asigna a los trabajadores derechos de propiedad específicos –por ejemplo, derechos laborales– como parte del contrato social, el conjunto completo de derechos de propiedad pertenece a la vanguardia como dueño colectivo.

Y las relaciones de producción reproducen esas relaciones de distribución. Bajo la dirección y el mando de la vanguardia, los productores están subordinados a un plan trazado por la vanguardia y su actividad está sujeta a su autoridad y propósito. En esta relación, los trabajadores son explotados (y lo serían incluso si fuesen los receptores finales de los frutos de su trabajo excedente). Además, son deformados dentro de esta relación. Mientras la vanguardia intenta desarrollar las fuerzas productivas para lograr su objetivo preconcebido, todos los medios para el desarrollo de la producción bajo las relaciones de vanguardia distorsionan al trabajador, convirtiéndolo en un fragmento de un ser humano, lo degradan y lo enajenan de las potencialidades intelectuales del proceso de trabajo. Este resultado tiene que anotarse como negativo en cualquier sistema contable que valore el desarrollo humano⁴⁰⁵.

La producción bajo relaciones de vanguardia genera una clase trabajadora coherente con el mantenimiento de las relaciones de vanguardia. Y, por su parte, la vanguardia retiene su capacidad de mando y de decisión sobre el destino de la producción. Ella determina qué recibirán los trabajadores como sus raciones actuales y cómo y dónde se invertirán los excedentes que se produzcan. En las relaciones de vanguardia, tanto la vanguardia como los trabajadores se reproducen.

Mientras la vanguardia pueda satisfacer lo que los trabajadores consideran justo y mientras los trabajadores continúen aceptando esta situación, la aparente reciprocidad entre vanguardia y clase obrera «mistifica» la verdadera relación y garantiza la perpetuación de la relación específica de dependencia, dotándola de la *ilusión* engañosa

405 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 55-59 y 145.

de una transacción⁴⁰⁶. Ir más allá de la mistificación y la ilusión de una transacción nos exige ir más allá de la economía moral, esto es a la economía política de la clase obrera.

En el caso de la base subyacente del nivel de vida tradicional de los trabajadores en el capitalismo, el grado de separación de éstos es esencial para definir los términos del contrato social entre la vanguardia y los trabajadores. En la medida en que existe un equilibrio aparente, uno que refuerza el sentido de justicia y equidad característicos de la economía moral de la clase trabajadora, ello refleja un grado constante de separación entre los trabajadores. El *socialismo real*, como se advirtió antes, genera trabajadores que toleran su explotación (porque no es evidente) pero que están preparados para oponerse a cualquier violación de sus ideas de justicia y equidad, es decir de su economía moral.

Ese contrato social, sin embargo, no está grabado en piedra. Si los trabajadores fueran capaces de reducir la atomización provocada por las relaciones de vanguardia y con ello aumentar su unidad, podrían reescribir el contrato social a su favor. A la inversa, para que la vanguardia reescriba el contrato social a su favor (o lo clausure completamente) debe actuar contra las instituciones vigentes a fin de aumentar el grado de separación de los trabajadores. Una forma en que los modelos asociados con la economía moral de la clase obrera pueden ser atacados por la vanguardia es la represión. Sin embargo, con el avance de la lógica del capital en el *socialismo real*, tiene lugar una forma más común (aunque no excluyente de la represión) cuando la vanguardia inicia un movimiento hacia *khozraschet*, en otras palabras, la contabilidad basada en la separación económica y organizativa de las unidades económicas.

Al enfatizar que el ingreso de los trabajadores debe estar vinculado con la rentabilidad de las empresas individuales, la vanguardia intenta debilitar la idea de la propiedad común sobre los medios de producción en la cual descansa la economía moral de la clase trabajadora. Se dirige a poner fin a aquellas *serias infracciones del principio socialista de distribución según el trabajo*. Efectivamente,

406 Karl Marx, ver *supra* nota al pie 47.

las exhortaciones sobre «el principio socialista» son el signo más claro de la batalla de ideas contra la clase trabajadora en el *socialismo real*.

Así, en lugar de la igualdad de los trabajadores como dueños colectivos de los medios de producción, la ofensiva consiste ahora en aislarlos en sus propios mundos individuales. Más que recibir un derecho basado en ser miembros del conjunto, ellos se vuelven dependientes de los directores de sus empresas individuales, lo que implica un profundo aumento en el grado de separación entre los trabajadores. Además, en la medida en que este enfoque hacia la contabilidad de la empresa individual trae consigo la eliminación de restricciones en relación con el despido, crece una división entre ocupados y desocupados. *Khozraschet* representa no sólo la captura de derechos de propiedad de la vanguardia por capitalistas emergentes sino también la pérdida de derechos al puesto de trabajo, el desplazamiento de trabajadores, la creación de un ejército de reserva de desempleados y el ataque al igualitarismo.

Este desarrollo no sólo es el fin del contrato social aparente, es decir, de este modo particular de regulación, sino también reúne todos los elementos de la victoria capitalista. En ausencia de una alternativa obrera (en realidad, una alternativa socialista) en la batalla de ideas, una que identifique la fuente de explotación y deformación en el *socialismo real*, este resultado es inevitable.

CAPÍTULO 7

Hacia una sociedad de productores libres y asociados

En una sociedad de productores libres y asociados, los productores cooperan en el proceso de producir para sus necesidades y simultáneamente se producen a sí mismos como seres humanos socialistas. Es una sociedad donde las personas son capaces de desarrollar su pleno potencial, esa «rica individualidad tan multilateral en su producción como en su consumo». En la sociedad de productores asociados, un individuo ya no es un medio para el fin de otro; más bien existe lo que Marx llamó la situación inversa, en la cual la riqueza objetiva está ahí para satisfacer la propia necesidad «de desarrollo del trabajador»⁴⁰⁷.

El desarrollo humano está en el núcleo de esta sociedad, no mediante la entrega de regalos desde arriba sino por medio de la actividad de productores libres y asociados. Como se señaló en la introducción, esta es una sociedad caracterizada por la democracia como protagonista: «La democracia en este sentido –democracia protagonista en el centro de trabajo, en los vecindarios, comunidades, comunas– es la democracia de personas que se están transformando a sí mismas en sujetos revolucionarios».

El *socialismo real* es una sociedad dividida en dirigentes y dirigidos, por tanto, no era una genuina sociedad socialista, es decir, una sociedad en que todos asumen un rol de dirigentes. Ésa fue su contradicción fundamental.

⁴⁰⁷ Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 267; Karl Marx, véase *supra*, Introducción, nota al pie 15.

La contradicción fundamental del *socialismo real*

La contradicción fundamental del *socialismo real* es inherente a las relaciones de producción de vanguardia. Aunque la fuente inmediata de crisis fue la lucha entre la lógica de la vanguardia y la lógica del capital, la base subyacente era la naturaleza de una sociedad dividida entre dirigentes y dirigidos, es decir, entre la vanguardia y la clase trabajadora.

Es característico de las relaciones de vanguardia el que el dominio sobre los trabajadores impida el desarrollo de sus capacidades, asegure su enajenación del proceso de producción y frene el desarrollo de la productividad, esto es, el desarrollo de las fuerzas productivas de los trabajadores. Sin embargo, éste es sólo un aspecto de esas relaciones. El otro aspecto es la campaña de la vanguardia por el crecimiento, por la reproducción ampliada de los medios de producción, con el objetivo explícito de construir el socialismo.

Sin embargo, dada la naturaleza de los trabajadores formados bajo las relaciones de producción de vanguardia, la vanguardia tiene que depender de directores que actúen en su nombre a fin de garantizar el logro de sus objetivos. Empero, los directores, que tienen una relación particular con los medios de producción (es decir, poseen esos medios de producción), se tornan cada vez más conscientes de sus propios intereses particulares, por lo que actúan de acuerdo a una lógica propia que no es idéntica a la lógica de la vanguardia. Los directores, de hecho, surgen como una clase en sí y sus esfuerzos por perseguir sus propios intereses interactúan con los intentos de la vanguardia de hacer efectivos sus derechos de propiedad.

Así, la lucha entre la vanguardia y los directores desplaza la relación entre la vanguardia y los trabajadores, constituyéndose en la contradicción que produce el movimiento particular del *socialismo real*. Esa reproducción en disputa genera una crisis que históricamente ha conducido a que la lógica de la vanguardia quede subordinada en medida creciente a la lógica del capital. Esta crisis no puede ser resuelta mediante reformas. Por una parte, ninguna reforma como tal resuelve la contradicción fundamental del *socialismo real*: el dominio que ejerce la vanguardia sobre los trabajadores. Por otra, cada nuevo paso en este proceso de subordinación al capital emergente, cada avance despótico en los derechos de propiedad de la vanguardia,

revela aún otra inadecuación en un sistema que todavía contiene la lógica de la vanguardia. Por consiguiente, el capital está obligado a abrirse más camino en las relaciones de propiedad de vanguardia a fin de generar sus propias condiciones de existencia. Y lo hace con la ayuda del Estado de vanguardia.

¿Es que no existe una salida alternativa del *socialismo real*, una que vaya más allá de las relaciones de vanguardia, en dirección al socialismo?

Los gérmenes del socialismo

El socialismo no cae del cielo «ni de las entrañas de la idea que se pone a sí misma» (lo que equivale a decir: de las mentes de los teóricos). Más bien proviene «desde el interior» y en antítesis de la sociedad existente⁴⁰⁸. Esto significa que no podemos ignorar los aspectos concretos de esas sociedades. En *Construyámoslo ahora* argumenté: «Cada sociedad tiene características únicas: su propia historia, sus tradiciones (incluyendo las religiosas e indígenas), sus mitos, sus héroes, aquellos que han luchado por un mundo mejor, y las capacidades individuales que las personas han desarrollado en el proceso de lucha»⁴⁰⁹.

Tenemos que entender a la gente en estas sociedades; en particular qué identifica *ellos* como justo y equitativo. Si queremos mirar más allá del *socialismo real*, ¿podemos ignorar la economía moral de la clase trabajadora que ha sido producida y reproducida en esas sociedades? En palabras de E. P. Thompson, «si ha de construirse un futuro, ése deberá ser construido a partir de ésta (de la clase trabajadora). No a partir de la cabeza de algún teórico»⁴¹⁰.

En sí misma, la economía moral de la clase trabajadora no apunta más allá del *socialismo real*. Más bien, en ausencia de cambios en la estructura subyacente, la interacción entre la economía moral de la clase obrera y la preocupación de la vanguardia sobre las reacciones obreras a las desviaciones de las normas existentes, tiende a generar mecanismos de retroalimentación que restablecen un equilibrio

408 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 219.

409 Michael Lebowitz, *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*, 67.

410 E. P. Thompson, *The Poverty of Theory* (Nueva York: Monthly Review Press, 1978).

aparente. Pero, ¿habrá algunos elementos latentes en las ideas de la clase trabajadora de los cuales se podría extraer un futuro socialista?

En su orientación hacia el igualitarismo, podemos ver destellos de esa característica: el enfoque en la propiedad común sobre los medios de producción. En la medida en que los trabajadores en el *socialismo real* aceptan que son propietarios comunes, pueden sentir que tienen derecho a compartir igualmente como dueños (afirmando explícitamente con ello que la distribución de los frutos de la producción debiera ser coherente con la distribución de la propiedad sobre los medios de producción). Las repetidas exhortaciones de la vanguardia contra el igualitarismo demuestran que este sentido de propiedad tuvo una fuerza perdurable en las mentes de los trabajadores.

El contrato social promovió y reforzó este aspecto de la economía moral de la clase trabajadora. Sin embargo, esa economía moral rompió decididamente con la perspectiva de la vanguardia respecto al consenso popular sobre el robo por parte de los individuos. La propiedad estatal «era colectiva, es decir, ¡en parte era su propiedad, después de todo!»⁴¹¹. Ésta no era la única forma, sin embargo, en que las ideas de la clase trabajadora se apartaban de las ideas plasmadas en las relaciones de vanguardia.

Los trabajadores también aprendieron por su propia experiencia en la esfera de la producción. La economía de escasez, con la incertidumbre producida por «la cantidad y calidad fluctuantes de los insumos, por una parte, y la presión de las metas del plan, por otra», estimuló lo que Burawoy llamó «la colaboración espontánea de los trabajadores». Argumentó que «fue su improvisación colectiva y cooperación espontánea lo que hizo posible la producción en la fábrica socialista». El resultado fue generar solidaridad en el centro de trabajo: «Una economía de escasez requería de una especialización espontánea y flexible en el taller que dio origen a formas de solidaridad que pudieron haber estimulado un movimiento de la clase trabajadora contra el socialismo de Estado»⁴¹².

Del centro de trabajo surgió, pues, un sentido común particular, ya que la economía moral de los trabajadores incluía un sentido de su propio poder colectivo como trabajadores y un apoyo latente al control

411 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours*, 133.

412 Michael Burawoy, «Working in the Tracks of State Socialism».

por parte de ellos. No obstante, a diferencia de la «concepción de justicia distributiva y social que colocaba en primer lugar el bienestar material y el igualitarismo» –que según Cook eran compartidos por el partido y el pueblo–, eso no era algo «que el Estado soviético entregara»⁴¹³. Por el contrario, inherente a las relaciones de vanguardia era la *oposición* al poder obrero y a las decisiones desde abajo.

Desde luego, en circunstancias normales ninguna campaña organizada a favor del poder obrero era posible en las condiciones impuestas por la vanguardia. Los trabajadores, eso sí, no esperaron por una violación de las normas existentes para comprometerse en una «resistencia que iba desde haraganear, refunfuñar, falsa sumisión, disimulo y otras “armas de los débiles”»⁴¹⁴. Existía un amplio consenso entre los trabajadores y apoyo a la resistencia a la dominación y explotación desde arriba. La lucha de clases, representada por acciones individuales y el respaldo que ellas recibían, era parte esencial de un proceso de profundización del consenso entre los trabajadores.

Pero, ¿qué nos permite sostener que el conjunto de ideas de los trabajadores en el *socialismo real* incluía una orientación hacia el poder de los trabajadores? Muy sencillo. Al igual que Thompson identificó en las revueltas espontáneas por comida del siglo XVIII una economía moral subyacente de las masas, el surgimiento espontáneo de consejos de trabajadores en puntos débiles del sistema nos permite inferir la existencia de un consenso subyacente entre los trabajadores. ¿Qué probabilidad existe de observar desarrollos como los de Hungría en 1956 y Polonia en 1980 en ausencia de estos elementos en la economía moral de la clase obrera en el *socialismo real*?⁴¹⁵ –Existe una razón adicional para asignar una alta probabilidad a la orientación hacia la toma de decisiones por parte de los trabajadores: las acciones de la propia vanguardia cuando buscó reforzar el apoyo a su papel. En Yugoslavia en 1950 y Checoslovaquia en 1968, la vanguardia demostró su propia creencia acerca de lo que movería a los trabajadores

413 Linda J. Cook, *The Soviet Social Contract and Why It Failed* (MA: Harvard University Press, 1993), 3.

414 Kopstein, *Workers' Resistance and the Demise of East Germany*.

415 Ver, por ejemplo, Bill Lomax, *The Working Class in the Hungarian Revolution*, Critique, otoño-invierno, 1979-80; el *Programa de Solidarnosc* adoptado en 1981, como se describe en *Labor Focus on Eastern Europe*, 5/1-2 (primavera, 1982); y *Poland: The Fight for Workers' Control, Workers' Liberty*, 10 (mayo, 1988).

introduciendo la autogestión en centros de trabajo específicos, y su comprensión de la visión de los trabajadores en el *socialismo real* fue validada por el entusiasmo con que esta opción fue acogida por ellos⁴¹⁶. También la *perestroika* incluyó inicialmente acciones en esta dirección, pero estas fueron socavadas rápidamente por el poder de los directores de empresas y la retirada de la vanguardia⁴¹⁷.

Dos elementos están latentes en la economía moral de la clase trabajadora: la propiedad social sobre los medios de producción y la producción social organizada por los trabajadores, es decir, dos lados del triángulo socialista descrito en la introducción a este libro (y desarrollado en *La alternativa socialista*). Ambos implican el concepto de «la sociedad cooperativa basada en la propiedad común sobre los medios de producción». Sin embargo, la cooperación en una sociedad incluye algo más que cooperación en la esfera de la producción, incluso si se entiende que la producción incluye actividad fuera de los centros de trabajo formales, por ejemplo en las comunidades. También comprende la cooperación con respecto a la determinación del *propósito* de la actividad productiva. Desarrollada a plenitud, tal sociedad se concentra directamente en las necesidades sociales, esto es, en la producción para las necesidades y propósitos comunitarios, siendo éste el tercer lado del triángulo socialista. Ese lado también está latente en la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real*.

Para ese tercer lado, el concepto clave es la solidaridad. En la sociedad solidaria, las personas no se relacionan como propietarios, exigiendo un *quid pro quo* para desprenderse de su propiedad o su trabajo. Su punto de partida no es el de los propietarios con intereses propios, sino más bien el concepto de una comunidad: «está presupuesta una producción colectiva, el carácter colectivo como base de la producción». Nuestra actividad como miembros de la comunidad es «fruto de una asociación». El trabajo individual «es puesto desde el inicio como trabajo social», como trabajo para todos, y el producto de nuestra actividad es «desde el principio un producto colectivo,

416 Ver Karol Kovanda, «Czechoslovak Workers' Councils», de *Rendez-nous nos usines* (París: PEC, 1985).

417 David Mandel, *Perestroika and the Soviet People*, 89-90 y 123; Flaherty, «Perestroika and the Neoliberal Project», 151-52.

universal»⁴¹⁸. En la sociedad solidaria nos auto-producimos como seres sociales conscientes, ya que existe «la actividad *común* y el goce *común*, es decir, la actividad y el goce que se manifiestan y exteriorizan directamente en la *comunidad real* con otros hombres»⁴¹⁹.

El germen de tales relaciones está presente entre las personas en el *socialismo real* cuando se ayudan unos a otros sin exigir un equivalente a cambio. Para Ledeneva, *blat* era una relación de este tipo, una que, «a la larga, engendra respeto y confianza». En contraste con una relación en la que individuos enajenados, mutuamente indiferentes, intercambian cosas alienadas, ella sostenía que las relaciones *blat* eran similares al intercambio de regalos en la medida en que este último «subraya las relaciones sociales y se interesa por la reproducción social». *Blat* se basa en relaciones sociales ya existentes, y la reciprocidad en esas relaciones es «creada y preservada por un sentido mutuo de “justicia” y confianza». En las relaciones *blat*, las personas están disponibles las unas para las otras, comprenden recíprocamente sus valores y existe «un conjunto de obligaciones normativas para proporcionar ayuda a otros para que puedan llevar a cabo sus proyectos»⁴²⁰.

Ledeneva describió a la URSS como una «economía de favores». Y el concepto de «regalo» que ella introduce es significativo, porque la sociedad solidaria es precisamente una «economía de regalos», en la que aquellos que dan son recompensados, no por la anticipación de lo que puedan recibir en algún momento a cambio, sino más bien por la forma en que ellos «se construyen a sí mismos como cierta clase de persona, y construyen y mantienen ciertas relaciones de deuda y cuidado»⁴²¹. Es característico de la economía de regalos el que aquellos que reciben en esta relación también dan, no porque la reciprocidad sea impuesta externamente, sino porque *no dar viola el propio sentido de virtud y honor*. La relación de regalo presupone así a personas que tienen un vínculo, personas que tienen un pasado

418 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 78-82; Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 86, 100.

419 Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en Marx y Engels, *Escritos económicos varios*, 84.

420 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours*, 140-42 y 147.

421 Holly High, «Cooperation as Gift versus Cooperation as Corvee», Council of Southeast Asian Studies, Yale University. Disponible en: <<http://www.freeebay.net/site/content/view/801/34/>>.

y esperan tener un futuro, y su resultado es el fortalecimiento de la solidaridad.

El actuar dentro de esta relación crea confianza y solidaridad entre la gente, y su «producto conjunto» (*joint product*) es gente que es diferente de los productos intercambiados. Más que tus necesidades sean el medio «para darme a mí poder sobre ti» (como en la relación de intercambio entre «personas mutuamente indiferentes»), al producir conscientemente para satisfacer tus necesidades, doy valor a mi actividad. En palabras de Marx, habría «por tanto *confirmado* y *realizado* inmediatamente en mi actividad individual mi verdadera esencia, mi esencia *comunitaria, humana*»⁴²².

En las relaciones de regalos, los dadores son recompensados «porque pensar en la felicidad de otra persona» los libera, ya que «la liberación resulta de una renuncia al beneficio personal para afirmar un compromiso de cuidar a otra persona»⁴²³. En dicha relación, uno hace lo máximo que puede según su capacidad, como ocurre en el caso de los *cuidados maternos*. La actividad y el disfrute son una misma cosa; nuestra actividad se convierte en el *principal deseo de la vida*. En la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real* podemos vislumbrar no sólo la orientación a la propiedad social sobre los medios de producción y la producción social organizada por los trabajadores, sino también necesidades y propósitos comunitarios como meta de la actividad productiva, siendo éste el tercer lado del triángulo socialista.

En la economía moral de la clase trabajadora del *socialismo real* está latente el potencial para un tipo distinto de sociedad, una sociedad cooperativa donde la gente se relacione conscientemente como miembros de una comunidad. Es una sociedad en la cual la cooperación en sí misma es un proceso de hacer regalos, donde podemos desarrollar todas nuestras fuerzas sin restricciones. Más que una sociedad dividida en dirigentes y dirigidos, ésta es una sociedad de la «libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de

422 Karl Marx, *Cuadernos de París. Notas de Lectura de 1844*, 156. Michael Lebowitz, *La Sociedad Solidaria*, en *La alternativa socialista*, 67-82.

423 Mark Osteen, «Jazzing the Gift: Improvisation, Reciprocity, Excess», *Rethinking Marxism*, 22/4, 570.

los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social»⁴²⁴.

En la sociedad de productores libres y asociados, «con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos», crecen «también las fuerzas productivas y [corren] a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva»⁴²⁵. Mientras que las fuerzas productivas desarrolladas en el capitalismo y las relaciones de vanguardia en el *socialismo real* «distorsionan al trabajador convirtiéndolo en un fragmento de ser humano» y «enajenan de él las potencialidades intelectuales del proceso de trabajo», en contraste, las particulares fuerzas productivas generadas en las relaciones socialistas promueven el desarrollo polifacético de los productores.

Nadie podría confundir jamás este impulso con la lógica de la vanguardia; ni, obviamente, es la lógica del capital. Esta es la lógica de la clase trabajadora, la lógica de los productores asociados. Es una lógica que coloca el desarrollo humano pleno en su centro e insiste en que las personas se desarrollen a través de su actividad, una que toma en cuenta el «eslabón clave [...] la coincidencia del cambio de las circunstancias con el de la actividad humana o cambio de los hombres mismos».

Sin embargo, para que esa sociedad de productores asociados se desarrolle, los elementos de la vieja sociedad deben ser subordinados. Así, el proceso necesario es el de subordinar «todos los elementos de la sociedad» o crear «los órganos que le hacen falta. De esta manera llega a ser históricamente una totalidad»⁴²⁶.

Subordinando las relaciones de vanguardia

¿Qué es necesario para el desarrollo del socialismo como sistema orgánico? Primero, revisemos cómo surgió el capitalismo como sistema orgánico. Según se analizó en *La alternativa socialista*, la secuencia histórica que tuvo lugar en el devenir («llegar a ser») del capitalismo, se desarrolló desde (a) *el surgimiento de una relación social particular subordinada* (es decir, capital comercial y de préstamo) que se llevó

⁴²⁴ Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 85.

⁴²⁵ Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 335.

⁴²⁶ Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 220.

a cabo al interior de las relaciones de producción precapitalistas⁴²⁷. En un cierto momento se produce (b) *una ruptura en los derechos de propiedad*, con el resultado de que aquellos que estaban orientados a la expansión del capital se convirtieron en dueños de los medios de producción –por ejemplo, de la tierra– y estuvieron en posición de determinar el carácter de la producción e introducir relaciones capitalistas de producción.

Sin embargo, aunque la ruptura de los derechos de propiedad era una precondition histórica necesaria, no era una condición *suficiente* para las relaciones capitalistas de producción: aquellos campesinos separados de los medios de producción podían ya sea arrendar tierra o vender su fuerza de trabajo. En resumen, había otra condición: era necesario que el capital tomara posesión de la producción para establecer la relación capitalista; sólo entonces, cuando los trabajadores estuvieran obligados a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, podríamos hablar del (c) *surgimiento de una nueva relación de producción*.

Sin embargo, la reproducción de esta relación permaneció débil, mientras «la subordinación del trabajo al capital fue sólo formal»; en otras palabras, mientras el capital era aún dependiente de condiciones –en particular, el modo de producción– heredadas de la sociedad anterior. Por consiguiente, (d) *el desarrollo de un modo específico de producción* fue el medio por el cual el capitalismo produjo sus propias premisas espontáneamente, es decir, se convirtió en un sistema autorreproductor que descansaba en sus propios cimientos. Sin embargo, hasta el momento en que el capital tuvo éxito en desarrollar un modo de producción específicamente capitalista, requirió de un modo de regulación específicamente capitalista (el poder coercitivo del Estado capitalista) para garantizar la reproducción de las relaciones capitalistas⁴²⁸.

En este contexto, especulemos acerca de un proceso de trascender el *socialismo real*. Ya hemos sugerido el camino por el cual surgen relaciones *capitalistas* que subordinan al *socialismo real*: los directores de empresa tienen éxito en acabar con el poder del Estado para

⁴²⁷ Ver Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 91-98.

⁴²⁸ Para este análisis, ver «El Ser y el Devenir de un Sistema Orgánico» en el Capítulo 4 de *La alternativa socialista*, especialmente las páginas 88-98.

dirigirlos y con ello ganan derechos de propiedad sobre los medios de producción (la ruptura), toman posesión de la producción y utilizan al Estado para garantizar la destrucción tanto del poder de la vanguardia como de los trabajadores. De lo que se trata aquí, empero, es de la posibilidad de un camino *socialista alternativo* para salir del *socialismo real*.

La relación social entre los trabajadores en el *socialismo real* incluye la solidaridad en los centros de trabajo individuales y las comunidades, una visión compartida de sí mismos como dueños colectivos de los medios de producción, y la comprensión general de que el dominio por parte de la vanguardia impide a todos los trabajadores actuar colectivamente en su propio nombre. Es el último de estos puntos el que en un momento de crisis puede conducir a los trabajadores a desafiar el dominio existente por parte de la vanguardia.

Dada la propiedad estatal sobre los medios de producción, no sería necesaria para los trabajadores una ruptura jurídica de los derechos de propiedad. Sin embargo, como hemos visto, la vanguardia es la propietaria real de los medios de producción en general y de las unidades individuales de producción (al punto de que controla a los directores). En consecuencia, se requiere una ruptura tanto en lo general como en lo particular para convertir los medios de producción en propiedad real de la clase trabajadora. «La sustitución de la posesión por parte de la administración estatal por el ejercicio de la propiedad por la sociedad en su conjunto», en palabras de Hegedus, así como la sustitución del poder de los directores por el poder de los trabajadores es la ruptura necesaria para que se desarrolle el control democrático por parte de la clase trabajadora tanto en el Estado como en las unidades de producción individuales.

Pero, ¿qué es el control democrático? Tanto en el centro de trabajo como en la sociedad, la capacidad de los trabajadores de elegir a aquellos que gestionen rompe la propiedad del partido de vanguardia. La elección de los directores por parte de los trabajadores en cada centro de trabajo y la elección de los órganos de gobierno de la sociedad afectarán los derechos de propiedad sobre los medios de producción. *Pero esto no sería suficiente para cambiar las relaciones de producción*. Incluso si aquellos que están en la cima son ahora responsables ante los de abajo, las verdaderas relaciones entre

dirigentes y dirigidos permanecen inalteradas. El resultado es que las relaciones jerárquicas pueden con facilidad restablecer una división de clases en la sociedad, ya que los directores pueden dominar a los trabajadores y el Estado puede erigirse por encima de la sociedad, aun cuando los rostros de aquellos que dominan puedan cambiar.

Las nuevas relaciones de producción requieren que los trabajadores tomen posesión de la producción. Allí donde surjan consejos trabajadores para dirigir la actividad, disponer de los medios de producción y determinar el uso de los productos excedentes (y en este proceso pongan fin a la división entre pensar y hacer), se establecería una nueva relación de producción, una en la que los trabajadores serán capaces de desarrollar sus capacidades. Pero esas nuevas relaciones no sólo han de ser producidas; tienen que ser reproducidas. Y ése no es en absoluto un proceso automático.

En ausencia de un modo de producción específicamente socialista que desarrolle una clase obrera que, por educación, tradición y costumbre, considere los requerimientos de ese modo de producción como leyes naturales evidentes, existe siempre el potencial para la no-reproducción de las relaciones socialistas⁴²⁹. Mientras el socialismo no se desarrolle como sistema orgánico, sus elementos coexistirán con elementos de sistemas diferentes. En las circunstancias concretas del *socialismo real* debe desarrollarse un modo de regulación que subordine la lógica tanto de la vanguardia como la del capital. Sin embargo, también debe subordinar las tendencias espontáneas características de los trabajadores «producidos» en el *socialismo real*.

Las marcas de nacimiento de la vieja sociedad

La sociedad de productores asociados necesariamente surge *en todos sus aspectos, económica, moral e intelectualmente, signada aún con las marcas de nacimiento de la vieja sociedad*. No puede producir sus propias premisas al inicio como tampoco pudo el capitalismo. Es inevitable que dependa de elementos que tienen que ser subordinados.

Pero, ¿cuáles son esos elementos? Hablar de marcas de nacimiento que afectan a la nueva sociedad *económica, moral e intelectualmente* es comenzar hablando de gente formada con ideas particulares en la

429 Karl Marx, ver *supra*, Cap. 3, nota al pie 47.

vieja sociedad. Por lo tanto, necesitamos preguntar de nuevo: *¿quiénes son las personas «producidas» en el socialismo real?*

No todas las características de los trabajadores producidos y reproducidos en el *socialismo real* apuntan en dirección a la sociedad de productores asociados. Una que no lo hace, es su orientación hacia el interés individual. Analícese el comportamiento de los trabajadores en el centro de trabajo bajo las relaciones de vanguardia. En la esfera de la producción, vemos personas que están orientadas hacia sí mismas y concentradas en aumentar el ingreso y reducir la extensión e intensidad de la jornada laboral. Están enajenadas de su actividad y de los productos de su trabajo. Los trabajadores, después de todo, son participantes activos en el proceso de *frenesí* y lo hacen sin importarles esos productos inferiores creados en el proceso. Si no estuvieran concentrados en sus primas sino en los valores de uso, ¿cómo podría seguirse produciendo tal desperdicio? Éstas no son personas que piensan en los intereses de la sociedad.

Además, su tratamiento de los medios de producción de propiedad estatal revela una tendencia a la privatización espontánea. Para algunos, el robo de materiales tiene como meta el intercambio directo con otros que poseen dinero u otros materiales; para otros, el robo tiene el fin de utilizar los medios de producción como insumos para producir bienes y servicios como parte de la *segunda economía*. De hecho, la sola existencia de esa segunda economía (o «economía de la sombra») es significativa. Aunque no sólo involucraba propiedad estatal sustraída, el tamaño de ese sector en la URSS al final de los años ochenta, indicaba en qué medida la economía estatal no era la única relación productiva dentro de la cual operaba la gente: más de una quinta parte de la población trabajadora (unas 30 millones de personas) estaba involucrada en la economía de la sombra, y «en algunas ramas del sector de los servicios (construcción y reparación de viviendas, reparación de automóviles) era responsable de entre el 30% y el 50% de todo el trabajo realizado»⁴³⁰.

Es probablemente una exageración decir que tales actividades de la segunda economía eran tan fundamentales para el funcionamiento cotidiano de la sociedad soviética que «el sistema no hubiera podido

430 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 363.

funcionar» sin ellas⁴³¹. Sin embargo, esas actividades estaban claramente interrelacionadas con el contrato social, ya que «la baja intensidad y baja productividad de la jornada laboral, que estaban en la base del “contrato social” entre los trabajadores y el Estado, facilitaban el “trabajo por cuenta propia” (cultivo de parcelas privadas, por ejemplo)»⁴³². Naturalmente, era lógico que quienes dedicaban tiempo y energía a la economía en la sombra quisieran minimizar la intensidad del trabajo en su empleo estatal formal.

Al defender una jornada laboral de baja intensidad, así como las conductas de los individuos, hay solidaridad entre estos trabajadores, pero es la solidaridad de trabajadores enajenados, una solidaridad dentro de límites (los límites del grupo de trabajo). Aunque puede existir solidaridad con otros trabajadores por agravios comunes, como los aumentos de precio, la solidaridad producida en el centro de trabajo no es una solidaridad abstracta enfocada hacia la sociedad como un todo, sino que está orientada al grupo específico. En la medida en que el objetivo de los trabajadores en este grupo es maximizar su ingreso, ellos trabajan juntos para garantizar el éxito en cumplir los dictados del plan y con ello garantizar las recompensas por primas asociadas a éste. No es entonces un gran salto el sugerir que, de haber sido liberados del dominio de las instrucciones desde arriba, se habrían inclinado espontáneamente a trabajar juntos para seguir los dictados del mercado como un medio *alternativo* de maximizar el ingreso.

De esta forma, rechazando su impotencia en el centro de trabajo, las aspiraciones de los trabajadores en el *socialismo real* pueden conducirles en la dirección de un modelo de autogestión de mercado característico de la ex Yugoslavia. Llevar a cabo tal objetivo latente, desde luego, requeriría que los trabajadores usurparan los derechos de propiedad tanto de la vanguardia como de los directores de empresa. Al eliminar controles tanto *sobre* las empresas (por la vanguardia) como *dentro* de las empresas (por los directores), los trabajadores podrían transformar en propiedad de su grupo los medios de producción que poseen en virtud de sus derechos laborales. Estarían entonces en condiciones de dirigir las empresas (las que, como en Yugoslavia, podrían continuar siendo jurídicamente de

431 Alena V. Ledeneva, *Russia's Economy of Favours*, 103.

432 Moshe Lewin, *The Soviet Century*, 365-366.

propiedad estatal) y producir para el mercado con el objetivo de maximizar el ingreso de cada miembro de la empresa.

Sin embargo, tenemos que admitir que puede haber una diferencia significativa entre la forma y la esencia de la administración obrera. En el *socialismo real* estos trabajadores son el producto de una clara división entre el pensar y el hacer. Al no haber desarrollado los conocimientos para la autogestión, el deseo de maximizar el ingreso genera una tendencia espontánea a seguir a aquellos que sí poseen este conocimiento: los directores de empresa y los expertos. Y entonces lógicamente puede surgir el sentido común de «nosotros hacemos bien nuestro trabajo y esperamos que los directores hagan bien el suyo», que surgió con la autogestión de mercado en Yugoslavia. La autogestión obrera puede reducirse a sólo dar el visto bueno a propuestas de los expertos y no al desarrollo de las capacidades de los trabajadores. En este caso puede estar presente la forma de la administración obrera, pero no su esencia.

Existe la posibilidad de que los trabajadores puedan desarrollar gradualmente la capacidad técnica para auto-administrarse. Pero mientras el objetivo primordial sea maximizar el ingreso por trabajador, puede suspenderse el desarrollo de las capacidades individuales y colectivas a fin de tener éxito en el mercado. Éste es sólo un elemento de una sociedad socialista que se suspende cuando domina el interés propio (pero circunscrito). Al poner a los trabajadores a competir entre sí, la autogestión de mercado tiende a producir una sociedad marcada por la desigualdad y la ausencia de solidaridad⁴³³. Como tal, amenaza *otras* relaciones entre trabajadores en el *socialismo real*: sus relaciones *fuera* del centro de trabajo, *fuera* de las relaciones de vanguardia.

Lo que genera el mercado difiere para todos los grupos de trabajo. Como vendedores de mercancías en un mercado, el éxito de cada grupo de trabajo depende no sólo de sus propios esfuerzos sino también de la suerte y del acceso a medios específicos de producción. En ausencia de un enfoque de solidaridad con otros trabajadores o con la sociedad como un todo, la probabilidad de desigualdad significativa (como

433 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 67-82.

ocurrió en la autogestión de mercado en Yugoslavia) es elevada. Este es un mal que destruye la solidaridad en la sociedad⁴³⁴.

Pero, ¿puede la falta de solidaridad entre centros de trabajo en la sociedad ser contrarrestada por solidaridad dentro de la comunidad? En otras palabras, cuando observamos el concepto de la economía de regalos según se manifestó en las relaciones entre personas en el *socialismo real*, ¿podemos ver el potencial para impedir la creciente desigualdad y la falta de desarrollo de las capacidades humanas? De nuevo tenemos que señalar algunas de las deficiencias inherentes a los productores generadas en el *socialismo real*. Aquellas relaciones sociales que contienen de forma latente el concepto de la economía de regalos existen, como hemos visto, como relaciones dentro de pequeñas redes. De nuevo aquí la solidaridad es solidaridad dentro de límites, *solidaridad de grupo*.

Dentro de estas relaciones de regalos, el receptor del regalo siempre tiene un rostro. En otras palabras, hay familias, redes y grupos en los que existe la solidaridad de la economía del regalo. Sin embargo, fuera de estos vínculos horizontales particulares, la solidaridad sólo es latente; y dentro de ellos, la sociedad en abstracto tiene poca relevancia. En ocasiones es posible movilizar con éxito a la gente desde arriba para cooperar en el interés general de la sociedad para cumplir objetivos específicos (cosechas, trabajos de irrigación, etc.) o para enfrentar crisis (inundaciones, huracanes, etc.). Sin embargo, la orientación hacia las necesidades abstractas de la sociedad no fluye espontáneamente desde las redes de las relaciones de regalos. Ella carece de rostro, con el resultado de que tal cooperación puede aparecer más como un deber social impuesto desde afuera que como una libre expresión propia.

Para personas formadas en el *socialismo real*, la participación en tal actividad puede parecer como más de lo mismo, como una actividad enajenada que requiere presencia, pero no estimula una actividad de acuerdo con la capacidad propia. En efecto, el resultado de la cooperación dirigida desde afuera puede ser «la resistencia, que incluye haraganear, quejarse, tácticas dilatorias, falsa aceptación, disimulo y otras “armas de los débiles”». La sociedad solidaria,

434 Ver también el análisis de problemas en la autogestión de mercado yugoslava en el Capítulo 6 de *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI* de Michael Lebowitz.

como premisa de la actividad productiva para satisfacer necesidades y propósitos comunitarios, no se desarrolla espontáneamente.

Si la producción social organizada por los trabajadores y la producción para las necesidades sociales son infectadas a medida que la nueva sociedad emerge de la vieja, así también lo será el tercer lado del triángulo socialista: la propiedad social sobre los medios de producción. Lo que vemos es la tendencia espontánea hacia la propiedad de grupo más que hacia la propiedad social. En la medida en que los trabajadores formados en el *socialismo real* poseen sus unidades de producción particulares y son orientados hacia maximizar su ingreso, su posesión se vuelve su propiedad. Como escribí en *La alternativa socialista*: «Cuando la posesión diferenciada o el desarrollo diferenciado de las capacidades (ninguno de los cuales implica un antagonismo en sí mismo) se combinan con el interés individual y una orientación individualista para generar la convicción y el deseo de contar con derechos privilegiados, se produce una tendencia a la desintegración de la propiedad común de los medios de producción»⁴³⁵.

En resumen, aunque podemos identificar gérmenes de una sociedad de productores asociados en el *socialismo real*, resulta fundamental reconocer que éstos aparecerán inicialmente de forma defectuosa. Eso era de esperar⁴³⁶. Además, esos elementos no se desarrollan por sí mismos en un vacío. Más bien existen conjuntamente e interactúan con remanentes de la lógica de la vanguardia y la del capital, en un proceso de reproducción en disputa. Este es el terreno para la lucha. Pero, ¿cómo luchar?

435 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 77.

436 La actitud adecuada fue indicada por Hegel: «No nos contentamos con que se nos enseñe una bellota cuando lo que queremos ver ante nosotros es un roble con todo el vigor de su tronco, la expansión de sus ramas y la masa de su follaje». Efectivamente, ese nuevo sistema, «hallándose en sus comienzos, no ha llegado todavía a la plenitud del detalle ni a la perfección de la forma, por ello se expone a verse censurado. Pero si esta censura tratara de afectar su esencia sería tan injusta como inadmisible sería el no querer reconocer la exigencia de aquel desarrollo completo» (G. W. F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, 12 y 13).

Más preguntas que respuestas

Nada es más fácil que sacar soluciones del bolsillo trasero. No se necesita explorar circunstancias particulares, concretas, si uno ya tiene las respuestas a todas las cuestiones de interés. Ya sea el mercado y la propiedad privada en un polo o la revolución proletaria y la aplicación correcta del marxismo-leninismo en el otro, el mantra nunca deja de consolar al intrépido. Pero puede ser de poco consuelo para aquellos que están fuera del respectivo redil.

Cuando el discípulo ya no toma como su materia prima «la realidad», sino una teoría heredada, *la relación no pocas veces paradójica entre esta teoría y la realidad* conduce al discípulo a *explicar ignorando* la realidad. De esta forma, comentaba Marx respecto al discípulo de Ricardo: «personifica [...] la incipiente *disolución de la teoría* que tiene en él a su representante dogmático»⁴³⁷.

En este libro hemos intentado partir de la consideración de fenómenos concretos y desarrollar percepciones teóricas que nos permitan comprender dichos fenómenos⁴³⁸. Pero ello no significa que ahora tengamos todas las respuestas, que ahora podamos declarar: «He aquí la verdad. ¡Arrodíllense ante ella!»⁴³⁹. Por el contrario, lo que nuestro examen del *socialismo real* genera son más preguntas que respuestas; preguntas, en particular, en cuanto a las posibilidades de construir una sociedad de productores asociados partiendo de la vieja sociedad del *socialismo real*.

Hay muchas razones por las cuales terminamos con preguntas. Por una parte, todas las experiencias del *socialismo real* no son idénticas. En la medida en que una nueva sociedad emerge necesariamente en medio de un proceso de lucha de reproducción en disputa, las condiciones

437 Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo III, 72, en C. Marx y F. Engels, *Obras fundamentales*, Tomo 14. Ver también los comentarios de Marx sobre los discípulos de Ricardo, quienes intentaron resolver “una serie de inconsistencias, contradicciones no resueltas y fatuidades [...] con frases de estilo escolástico. El empirismo craso se convierte en falsa metafísica, escolasticismo, que se esfuerza penosamente por deducir fenómenos innegablemente empíricos a través de la simple abstracción formal directamente desde la ley general, o por mostrar mediante ingeniosos argumentos que están de acuerdo con esa ley” (*Marx, Economic Manuscript of 1861-63*, in Marx and Engels, *Collected Works*, vol. 30, 395).

438 Ver Michael Lebowitz, *Following Marx*, especialmente el Capítulo 5, «Following Hegel: the Science of Marx», y el Capítulo 10, «Marx’s Methodological Method as a Whole».

439 Marx and Engels, *Collected Works*, vol. 3, 144.

materiales, la correlación de fuerzas y las capacidades particulares que las personas han desarrollado pueden diferir en cada caso concreto; y como resultado de ello, cuando el asunto (como toda la historia) gira en torno a lucha, las respuestas pueden no ser idénticas.

Así, en contraste con mi libro *La alternativa socialista*, que explícitamente traza un camino general hacia el socialismo con medidas concretas, órganos específicos de una nueva sociedad, características de un modelo socialista de regulación y un programa de transición, nuestras aspiraciones aquí son más modestas. Preguntamos sencillamente: ¿qué fue y es posible en el *socialismo real* como no sea una marcha hacia el capitalismo? Y lo hacemos, no con soluciones que caen del cielo (o de nuestros bolsillos), o que vienen de «las entrañas de la idea que se pone a sí misma», sino con preguntas inherentes a las especificidades de estas sociedades que hemos estado analizando⁴⁴⁰.

Se presentan dos preguntas en particular. La primera: ¿pueden los trabajadores en el *socialismo real* llegar a romper los derechos de propiedad existentes? ¿Y pueden proceder a *tomar posesión de la producción*? Es decir, ¿pueden establecer nuevas relaciones socialistas de producción? Y la segunda pregunta es: ¿pueden lograr garantizar la *reproducción* de esas relaciones productivas? Es decir, en ausencia de un modo específicamente socialista de producción, ¿pueden desarrollar un modo socialista de regulación que apoye la reproducción del nuevo sistema antes de que éste se convierta en un sistema orgánico?

Comencemos por analizar algunas cuestiones en relación con la primera de estas preguntas. La ruptura de los derechos de propiedad existentes en este caso, como se señalara anteriormente, involucra una revolución democrática tanto en los centros de trabajo como en el Estado. Dada la economía moral de la clase obrera en el *socialismo real*, ¿es probable que suceda esto en ausencia de una crisis significativa? ¿Es ello probable dado que una característica de estos trabajadores es la aceptación del contrato social existente (y la explotación que el mismo supone)? Aunque ocurran estallidos ocasionales cuando se violen las normas sociales plasmadas en el contrato, mientras la vanguardia pueda restaurar el viejo equilibrio, la clase trabajadora surgida en el *socialismo real* tenderá a no desafiar ese modelo de toma de decisiones.

440 Karl Marx, véase *supra*, nota al pie 2.

Pero, ¿qué sucede cuando hay una crisis prolongada, cuando los que mandan ya no pueden hacerlo de la forma acostumbrada cumpliendo con el contrato social? A medida que las cosas se deterioran, ¿aceptarán los trabajadores el argumento de la vanguardia de que la crisis se ha debido a errores tales como violaciones del «principio socialista» en el contrato social y que la solución a la crisis es quitar las amarras al desarrollo de las fuerzas productivas? Además, en ausencia de una lógica articulada de la clase trabajadora, ¿puede evitarse la hegemonía creciente de la lógica del capital (y la particular ruptura de los derechos de propiedad que esto implica)?

Supongamos que las condiciones específicas en un país sí permiten un cambio democrático que transfiera el poder de la toma de decisiones a la clase trabajadora. Este desarrollo puede ocurrir mucho más fácilmente en unidades de producción individuales que en la sociedad como un todo, y puede ser fomentado allí por la propia vanguardia (como una forma de mantener relaciones de vanguardia en la sociedad globalmente). Ya sea que este cambio ocurra al nivel de unidades individuales –por ejemplo, a través de la creación de consejos de trabajadores con poder jurídico– o al nivel de la economía como un todo, este cambio por sí mismo no sería suficiente para crear nuevas relaciones socialistas de producción. A menos que la clase trabajadora tome posesión de la producción y eche abajo la división entre pensar y hacer mediante su protagonismo, es otro el que gobierna.

En unidades de producción individuales es posible para los trabajadores comenzar inmediatamente a ejercer la propiedad real por medio de consejos de trabajadores. Y eso es importante en términos del desarrollo de sus capacidades. Al nivel de la sociedad como un todo, sin embargo, para que los objetivos y decisiones de los trabajadores guíen la actividad se requiere el desarrollo de todo un complejo de órganos: consejos de trabajadores, entidades coordinadoras de los consejos de trabajadores y organismos que transmitan las necesidades identificadas (consejos comunales, municipalidades, etc.). ¿Pueden establecerse éstos por mandato o ello implica un proceso prolongado de aprendizaje y desarrollo? Y en este último caso, ¿es posible evitar la desigualdad?

¿Qué sucede si los trabajadores en empresas auto-administradas se concentran en su propio interés colectivo tratando de maximizar

el ingreso por trabajador? Si hacen eso dependiendo de directores y expertos para todas las decisiones clave, ¿no garantiza esto que sus propias capacidades permanezcan subdesarrolladas y que la lógica del capital se fortalezca? Además, ¿no se genera una tendencia espontánea a la creciente desigualdad (desigual acceso en la sociedad a medios específicos de producción y desiguales ingresos, es decir, propiedad desigual de grupo más que propiedad social)?

En esta situación, ¿quién habla por la clase trabajadora como un todo? ¿Quién tiene la responsabilidad de ocuparse de la desigualdad y el desempleo? ¿En qué punto los trabajadores menos privilegiados y aquellos que rechazan la destrucción de la igualdad y la solidaridad existentes –es decir, aquellos aspectos de la economía moral apoyados por el contrato social– desearán crecientemente la restauración de las relaciones de vanguardia, un regreso a lo que Thompson llamó «un conjunto determinado de relaciones, un equilibrio particular entre la autoridad paternalista y las masas»?

En ausencia de la articulación e implementación de la lógica de la clase trabajadora –una lógica que enfatiza la necesidad de construir solidaridad inmediatamente–, ¿existe una institución a la cual la gente generada en la vieja sociedad pueda acudir y que no sea un Estado por encima de la sociedad? En ausencia del desarrollo de los órganos de un Estado desde abajo, ¿cómo es posible evitar el surgimiento de un nuevo dirigente?

¿Cuán estables, en resumen, son las relaciones socialistas de producción cuando emergen «en cada aspecto –económica, moral e intelectualmente– signadas aún con las marcas de nacimiento de la vieja sociedad?» Bajo las condiciones de la reproducción en disputa, donde la lógica de la vanguardia y la lógica del capital continúan infectando a la nueva sociedad, ¿cuál es el modo de regulación que podría permitir la reproducción de nuevas relaciones de producción socialistas?

Y enseguida, siempre queda la cuestión de los actores. Dada la naturaleza de las personas formadas en el *socialismo real*, ¿quiénes son los sujetos que pueden llevar a cabo tanto la creación de relaciones socialistas como su reproducción? ¿Qué formas de organización y coordinación pueden lograr subordinar no sólo la lógica de la vanguardia y la del capital, sino también las tendencias y defectos

espontáneos producidos por la vieja sociedad? Y en este proceso, ¿pueden desempeñar un papel los miembros de la vanguardia, dada la naturaleza de su formación?

Estas son preguntas que necesitan ser formuladas, no sólo para comprender mejor las tragedias del pasado, sino también para evitar la repetición de la historia. No hay respuestas fáciles. Sin embargo, una cosa es cierta: en la lucha ideológica, cualesquiera que sean nuestras circunstancias, tenemos que tratar de articular lo que está implícito en los conceptos y luchas actuales, y desarrollar una visión consciente de una nueva sociedad. En el centro de tal visión, he argumentado, está el concepto del *eslabón clave* del desarrollo y de la práctica humanos. Con este fin propuse en *La alternativa socialista* un conjunto sencillo de proposiciones, una «Carta para el desarrollo humano», que puede ser reconocido como requerimientos evidentes para el desarrollo humano:

1. Todo el mundo tiene derecho a compartir el patrimonio social de los seres humanos: un derecho igual al uso y a los beneficios de los productos del cerebro social y de la mano social, para poder desarrollar su pleno potencial.
2. Todo el mundo tiene derecho a desarrollar su pleno potencial y capacidades mediante la democracia, la participación y el protagonismo en el centro de trabajo y en la sociedad: un proceso en el cual todo el mundo que practica este derecho goza de las condiciones previas de salud y educación que les permitan utilizar plenamente esta oportunidad.
3. Toda persona tiene derecho a vivir en una sociedad en la que los seres humanos y la naturaleza puedan recibir los cuidados necesarios, una sociedad en la que podamos desarrollar nuestro pleno potencial en comunidades basadas en la cooperación y la solidaridad⁴⁴¹.

Otra cosa es segura: no es posible construir una sociedad de productores libres y asociados en ausencia de una teoría que exprese la lógica de la clase obrera.

441 Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 124.

CAPÍTULO 8

Adiós al marxismo vanguardista

Tras haber considerado la naturaleza de las relaciones de producción de vanguardia, las contradicciones al interior del *socialismo real* y la tendencia al surgimiento de relaciones capitalistas y a un ataque a la clase trabajadora en el *socialismo real*, toda ulterior discusión puede parecer decepcionante. Sin embargo, es importante no terminar sin considerar antes la teoría que ha acompañado y brindado apoyo a esos desarrollos. El problema del *socialismo real* como tal no es el resultado de circunstancias particulares (por ejemplo, retraso económico) bajo las cuales fue aplicada una teoría correcta. Por el contrario, el marxismo vanguardista es un marxismo deformado y si no es cuestionado, los resultados de su aplicación serán básicamente los mismos en cualquier circunstancia⁴⁴².

El marxismo vanguardista como unilateral

«El marxismo unilateral», argumenté en *Más allá de «El Capital»*, es seriamente defectuoso debido a su incapacidad de concentrarse en el lado del trabajador⁴⁴³. *El Capital* de Marx tenía un propósito esencial: armar a los trabajadores mediante la revelación de la naturaleza subyacente del capital. Sin embargo, la incapacidad para comprender que *El Capital* tenía un objetivo limitado, que era un estudio no del capitalismo como un todo sino sólo del lado del capital, contribuyó a una distorsión del pensamiento y del aporte de Marx.

⁴⁴² Por supuesto, el marxismo vanguardista no cayó del cielo. Pero eso es tema para lo que iba a ser la segunda parte de este libro y que ahora será parte de un libro posterior.

⁴⁴³ Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*.

El determinismo económico y el funcionalismo, que insisten en que cualquier cosa que suceda es resultado de las necesidades del capital, colaboraron en esta distorsión. Para el marxismo unilateral, argumenté, «si la jornada laboral se acorta es porque el capital necesita que los trabajadores descansen. Si el salario real sube es porque el capital necesita resolver el problema de la realización. Si se introduce un sistema público de salud es porque el capital necesita trabajadores sanos y reducir sus propios costos». Y así sucesivamente hasta el infinito. La idea era simple: cuando son ignoradas las necesidades y luchas de los trabajadores, «no es extraño que un marxismo con esos rasgos halle en los resultados de cada una de las luchas reales [...] una correspondencia con las necesidades del capital»⁴⁴⁴.

Ésta, sin embargo, era sólo una de las características del marxismo unilateral. Cuando no se enfoca el lado de los trabajadores, ni siquiera se comprende correctamente el lado del capital. No se reconoce, por ejemplo, que en la medida en que los trabajadores son sujetos, el capital tiene que encontrar formas de dividirlos y separarlos a fin de lograr sus propias metas. Así, en el capitalismo como un todo, el impulso de vencer a los trabajadores está presente en todo cuanto hace el capital. En pocas palabras, cuando el capital reorganiza el centro de trabajo o introduce nuevas fuerzas productivas, su propósito no es la eficiencia como tal, sino que incorpora la necesidad de vencer a los trabajadores para aumentar las ganancias.

Si olvidamos que nuevas fuerzas productivas emergen dentro de relaciones de producción particulares y están marcadas por la lucha de clases característica de esas relaciones, «se tiende a pensar de acuerdo a la concepción típica del economismo, esto es, en términos del desarrollo autónomo de las fuerzas productivas y la neutralidad de la tecnología»⁴⁴⁵. En parte, el problema surgió de la incapacidad de Marx de ir más allá de *El Capital* para completar su propia obra, aunque mucho más serio fue el fracaso de los discípulos de Marx en comprender que el capitalismo es una totalidad marcada por una lucha de clases entre dos lados. Esto «facilita la aceptación del [economismo] y de las leyes objetivas deterministas [y automáticas]»⁴⁴⁶.

444 *Ibíd.*, 230-231.

445 *Ibíd.*, 213.

446 *Ibíd.*, 214. (Nota de los traductores: se ha corregido la traducción ofrecida por la edición venezolana).

Necesitamos ir más allá de *El Capital* si queremos comprender el lado de los trabajadores. Limitados a los temas de *El Capital*, no comprendemos la importancia de la lucha como un proceso de producir y transformar a las personas. Y no sólo la lucha de clases como tal: toda actividad determina a la gente ocupada en ella. Este es el concepto fundamental del enfoque de Marx respecto de la práctica: «la modificación simultánea de las circunstancias y la auto-transformación»; es la visión esencial de Marx, lo que hemos llamado «el eslabón clave» del desarrollo y la práctica humanos. De no destacarse esto, perdemos de vista el consistente énfasis de Marx en el desarrollo humano: en el «ser humano rico», en el desarrollo de una «rica individualidad», en el «desarrollo de todos los poderes humanos en cuanto tales»⁴⁴⁷.

No enfocarse en el olvidado «doble producto» de la producción capitalista –los seres humanos que el capitalismo produce– es minimizar la insistencia de Marx en cómo la producción en las relaciones capitalistas mutila a los trabajadores. El marxismo unilateral se enfoca en la explotación más que en la deformación, en cuánto extrae el capital del obrero (lo cual es, desde luego, el objetivo del capital) más que en los seres humanos vacíos y fragmentados que consideran las necesidades del capital como «leyes naturales evidentes». Sus temas son los excedentes extraídos, la acumulación de capital y el desarrollo de las fuerzas productivas, más que la forma en que las relaciones capitalistas de producción frustran la propia necesidad «de desarrollo del trabajador»⁴⁴⁸.

Dado que el marxismo unilateral considera al trabajador o trabajadora principalmente en la medida en que existe para el capital, en la medida en que es explotado o explotada por el capital, naturalmente opaca la importancia de los otros aspectos de ese trabajador como ser humano en la sociedad. Así, ignora otras relaciones que no sean las del trabajo asalariado en las que la gente se produce a sí misma (despojándola con ello de todas las determinaciones que no sean como trabajadores). Por consiguiente, está ciego respecto a la forma en que las luchas de los trabajadores en esas otras relaciones (contra el patriarcado, el racismo, la opresión nacional, etc.) transforman a

447 Ibid., 294-295 y 224-225; Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 23-25 y 47-50.

448 Karl Marx, véase *supra*, Introducción, nota al pie 15.

esas personas y cómo ellos entran en todas sus relaciones como estos seres humanos transformados⁴⁴⁹.

En particular respecto a esto, el marxismo unilateral es muy parecido a la economía política del capital que Marx condenó en 1844, una economía política que veía al proletariado sólo como un animal de trabajo para enriquecer al capital, que «en los momentos que no trabaja, no lo toma en consideración como a un ser humano»⁴⁵⁰. Para Marx, tal unilateralidad seguía siendo objeto de preocupación. Ver, por ejemplo, su comentario explícito en 1875 sobre un punto de vista de productores que son considerados «sólo en cuanto obreros y no se vea en ellos ninguna otra cosa»⁴⁵¹.

«Elevémonos ahora por encima del nivel de la economía política», propuso Marx⁴⁵². Desafortunadamente, el marxismo vanguardista no se eleva por encima del nivel de la economía política del capital. Aunque rechaza la perspectiva del capital, reproduce la unilateralidad de esa economía política a través de su total desatención a la existencia de un «doble producto» específico: la naturaleza de los trabajadores surgidos bajo las relaciones de producción de vanguardia. El marxismo vanguardista no toma en consideración cómo los trabajadores son deformados por su falta de poder para tomar decisiones y desarrollar sus capacidades mediante su actividad. ¿Cómo podría negarse así que el marxismo vanguardista es unilateral?

Además, dado que el marxismo vanguardista no ve al trabajador como un sujeto (sea dentro del proceso formal de producción o fuera de éste), no explora el comportamiento de los trabajadores subsumidos en las relaciones de producción de vanguardia. Ni tampoco considera los otros lados de estos trabajadores, por ejemplo las otras relaciones dentro de las cuales se desenvuelven los trabajadores, tales como sus comunidades, sus redes de amigos y familia, y su posición común como miembros de una sociedad con propiedad común de los medios de producción. Al considerarlos «solamente como trabajadores [...],

.....
449 Ver, en particular, *La unilateralidad del trabajo asalariado*, Capítulo 8, y *De la economía política a la lucha de clases*, Capítulo 10, en Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*.

450 *Ibíd.*, 81; Karl Marx, «Manuscritos económico-filosóficos de 1844», en C. Marx y F. Engels, *Escritos económicos varios*, 33.

451 Karl Marx, *Critica del Programa de Gotha*, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 334-335; Lebowitz, *La alternativa socialista*, 73.

452 Karl Marx, «Manuscritos económico-filosóficos de 1844», en C. Marx y F. Engels, *Escritos económicos varios*, 33.

ignorando todo lo demás», el marxismo vanguardista ofrece una caricatura de los trabajadores en el *socialismo real*.

Esta unilateralidad permea al marxismo vanguardista. Se refleja, entre otros aspectos, en la desaparición de las relaciones de producción, el enfoque puesto en la marcha de las fuerzas productivas neutrales y el paso de una etapa de socialismo a una de comunismo. Pero el marxismo vanguardista es más que unilateral. Es también un rechazo de una perspectiva dialéctica.

El marxismo vanguardista como rechazo de una visión dialéctica del mundo

Lo característico de una visión dialéctica del mundo es enfocarse en el todo y en la interacción de las partes dentro del todo. Como hemos visto en el análisis del «paradigma de sistema» en el capítulo 1 y la economía política de la clase obrera en el capítulo 6, Marx enfatizó el concepto de una totalidad donde todos sus elementos «son miembros de una totalidad, distinciones dentro de una unidad», y donde «se opera una interacción mutua entre los diversos momentos»⁴⁵³. En este enfoque del todo estamos describiendo lo que Lukács vio como la base de una revolución científica: «La categoría de totalidad, el dominio omnilateral y determinante del todo sobre las partes, es la esencia del método que Marx tomó de Hegel y transformó de manera original para hacer de él el fundamento de una nueva ciencia»⁴⁵⁴.

Característico de tal visión es el reconocimiento de lo que Lenin describió en sus notas sobre la *Ciencia de la lógica* de Hegel como «la conexión universal, multilateral, *vital* de todo con todo»:

Un río y las *gotas* en este río. La posición de *cada* gota, su relación con las otras, su conexión con las otras, la dirección de su movimiento, su velocidad, la línea del movimiento –recta, curva, circular, etc., hacia arriba, hacia abajo. La suma del movimiento [...] He ahí a *peu près* (aproximadamente) la imagen del mundo según la *Ciencia de la lógica* de Hegel; desde luego, sin Dios y el Absoluto⁴⁵⁵.

453 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 20. Ver el análisis del concepto de un sistema orgánico de Marx, en Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 120-128, y Lebowitz, *La alternativa socialista*, 85-91.

454 Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, 29.

455 V. I. Lenin, *Cuadernos Filosóficos* (Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1972), 142.

Desde esta perspectiva, no se puede mirar a las partes individuales como aisladas (con sus propias propiedades intrínsecas), independientes e indiferentes entre sí; más bien entendemos a las partes «en su totalidad», donde existe una «interdependencia entre [los] diversos aspectos»⁴⁵⁶. Y, en esa interacción, esas partes se *interpenetran*, ya que «se recrean una a la otra al interactuar y son recreadas por las totalidades de las cuales ellas son partes»⁴⁵⁷. Por consiguiente, es difícil sostener una visión del cambio como resultado de estímulos exógenos. Como apuntara Lenin en su lectura de Hegel, «La universalidad y el carácter omnímodo de la interconexión del mundo [...], la causalidad» sólo la «expresa en forma unilateral, fragmentaria e incompleta»⁴⁵⁸.

Comprender la sociedad como una totalidad es comprender que su cambio y desarrollo no es una simple relación de causa y efecto, de variables independientes y dependientes. Una visión dialéctica del mundo necesariamente rechaza una perspectiva que ignora la interacción de las partes dentro del todo o que ofrece un concepto de cambio basado en una sola causa. Se deduce que necesariamente rechaza el marxismo vanguardista.

Analicemos, por ejemplo, cómo desaparecen las relaciones de producción a causa del unilateralismo del marxismo vanguardista. Dado que la naturaleza de los trabajadores generados bajo relaciones de vanguardia no es objeto de investigación, no existe necesidad de investigar esas relaciones. El marxismo vanguardista, empero, identifica las relaciones de producción con la propiedad jurídica de los medios de producción; de esta forma *no necesita* introducir una variable separada para la primera. La historia que narra el marxismo vanguardista es que construir la nueva sociedad depende del desarrollo de las fuerzas productivas, su única variable real.

¿Por qué, de acuerdo con el marxismo vanguardista, se desarrollan las fuerzas productivas? Muy sencillo: porque la vanguardia garantiza su desarrollo. Así, a partir de la causa única de desarrollar las fuerzas productivas, somos conducidos al impulsor fundamental, el dirigente. Desde luego, el dirigente no es todopoderoso; no puede desarrollar

456 K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana* (Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1968), 39.

457 Richard Levins y Richard Lewontin, *The Dialectical Biologist* (Cambridge: Harvard University Press, 1985), 274-75.

458 V. I. Lenin, *Cuadernos Filosóficos*, 154.

totalmente la nueva sociedad al inicio. Debe guiar esta sociedad desde una etapa inferior, el socialismo, a una etapa superior, el comunismo; un movimiento desde el reino de la necesidad a una sociedad marcada por la abundancia. La historia que cuenta el marxismo vanguardista es sencilla. Con el fin de la propiedad capitalista sobre los medios de producción, el dirigente puede conducir a los pasajeros a la tierra prometida de la abundancia (donde podemos ser como «los lirios del campo que no trabajan duro ni dan vueltas»)⁴⁵⁹.

Este sencillo recuento lineal de progreso tiene poco en común con una visión dialéctica de la sociedad como una totalidad. Así se burlaba Marx de la teoría de Proudhon: «¿Cómo la fórmula lógica del movimiento, de la sucesión, del tiempo, podría explicarnos por sí sola el cuerpo de la sociedad, en el que todas las relaciones coexisten simultáneamente y se sostienen las unas a las otras?»⁴⁶⁰.

Al no tomar en consideración la naturaleza de las personas surgidas en las relaciones de producción de vanguardia, el marxismo vanguardista no puede explorar cómo las fuerzas productivas están marcadas por el carácter de las relaciones de vanguardia, incluyendo la lucha de clases. Ni tampoco es capaz de pensar acerca del trabajador cuando interactúa con otros en el centro de trabajo, en sus relaciones con otras personas en la sociedad fuera del centro de trabajo o como un miembro de una sociedad en la que se presume la propiedad común de los medios de producción. La forma en que estos elementos actúan sobre otros elementos –y estos otros sobre aquéllos–, en esta estructura de sociedad, es un libro cerrado para el marxismo vanguardista.

No obstante, la historia que cuenta el marxismo vanguardista conlleva implícitamente una determinada visión del trabajador. Y ello se revela en lo que llama «el principio socialista». Antes de que el dirigente nos conduzca al final de la línea (el reino de la libertad), surge la pregunta de cómo «la cantidad de productos que será recibida por cada uno» será regulada en la primera estación en que paremos (es decir, la etapa del socialismo). Para el marxismo vanguardista, la respuesta es clara: «hasta que llegue la fase “superior” del comunismo»

⁴⁵⁹ La referencia aquí es al «Sermón de la Montaña», el cual, como se puede ver más abajo, fue evocado por Keynes.

⁴⁶⁰ Karl Marx, *Miseria de la Filosofía*, 69.

debe existir «el más *riguroso* control por parte de la sociedad y *por parte del Estado* sobre la medida del trabajo y la medida del consumo»⁴⁶¹.

Así pues, es necesario un Estado que «velando por la propiedad común sobre los medios de producción, vele por la igualdad del trabajo y por la igualdad en la distribución de los productos»⁴⁶². Para garantizar esta igualdad durante el reino de la necesidad, el principio rector debe ser «el principio socialista» que vincula la cantidad de productos a recibir por cada uno con la cantidad de trabajo realizada por cada uno. *Una cantidad igual de productos por una cantidad igual de trabajo*; distribución de acuerdo con la contribución.

Debido a que el marxismo vanguardista asume implícitamente que el trabajador en la etapa del socialismo está enajenado de su trabajo y enajenado de los productos de su trabajo, considera este principio de distribución como necesario. Este trabajador enajenado debe ser regulado, ya que desea minimizar su trabajo y maximizar su consumo; en particular, el «principio socialista» de «a cada cual según su contribución» debe respetarse estrictamente. Al asegurar que aquellos trabajadores que más aporten reciban más, la vanguardia concluye que los trabajadores tendrán un incentivo para aportar más.

De acuerdo con este enfoque, ¿qué sucedería si el «principio socialista» es ignorado? Dado que los trabajadores enajenados consideran el trabajo como una carga, ellos actuarán como si pudieran satisfacer sus necesidades sin tener que trabajar por artículos de consumo. De manera que, si la productividad es baja o no sube, el marxismo vanguardista tiene una respuesta preparada: «violación del principio socialista». No se puede confiar en que el obrero produzca para las necesidades de la sociedad en ausencia de una autoridad directriz. Para «salvaguardar la igualdad en el trabajo y la igualdad en la distribución de productos» es necesaria la regulación estatal⁴⁶³.

Pero, se nos dice, esta situación no es permanente. Sería necesaria sólo hasta cuando se alcance «un enorme desarrollo de las fuerzas

461 V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*, 92.

462 *Ibid.*, 89.

463 En el juego de suma-cero de individuos intercambiando su trabajo con la sociedad, si algunos son capaces de recibir más que su contribución, otros recibirán menos. Por consiguiente, el «principio socialista» es un modo de reglamentar relaciones iguales entre propietarios de fuerza de trabajo.

productivas» que hiciera posible poner fin a la antítesis entre trabajo intelectual y trabajo físico. «La base económica para la extinción completa del Estado representa un desarrollo tan elevado del comunismo, que en él desaparece el contraste entre el trabajo intelectual y el manual». En este reino de la abundancia, la sociedad puede adoptar ahora la regla «de cada cual según su capacidad; a cada cual según sus necesidades», y el Estado puede extinguirse⁴⁶⁴.

La promesa es que vendrá una época en que el trabajo de la gente «será tan productivo, que trabajará voluntariamente *según su capacidad*». En este punto no se requerirá «que la sociedad regule la cantidad» de productos «que reciba cada uno», pues cada cual «podrá tomar libremente» de acuerdo «a “sus necesidades”»⁴⁶⁵. Pero este momento aún no llega. El trabajador permanecerá enajenado de su trabajo y los productos de su trabajo hasta el momento en que la abundancia permita que su actividad y su disfrute sean una sola cosa, es decir, que el trabajo sea «la principal motivación de la vida»⁴⁶⁶.

No hay nada especialmente marxista —o socialista— en esta promesa. Efectivamente, la idea de que el interés material personal, plasmado en el «principio socialista», puede guiarnos y nos guiará al reino de la libertad fue expresado de mejor manera por Keynes, un no socialista y crítico del marxismo:

Nos veo libres, entonces, para recuperar algunos principios más seguros y ciertos de la religión y la virtud tradicional: que la avaricia es un vicio, que la usura es una falta y que el amor por el dinero es detestable, que aquellos que van por los caminos de la virtud y la sana sabiduría de manera más verdadera son los que menos piensan en el mañana. Debemos de nuevo valorar el fin por encima de los medios y preferir lo bueno a lo útil. Debemos honrar a aquellos que pueden enseñarnos cómo aprovechar el día y la hora virtuosamente, y bueno, a la gente encantadora que es capaz de disfrutar directamente de las cosas, los lirios del campo que «no trabajan, ni hilan».

464 V I. Lenin, *El Estado y la revolución*, 90-91.

465 *Ibid.*, 91.

466 Desde luego, desafía toda lógica el sugerir que alentar una conducta de auto-interés en las relaciones de vanguardia conducirá a ese «enorme» crecimiento de las fuerzas productivas que anuncie la sociedad de la abundancia. En la medida en que exista un aumento de producción bajo relaciones vanguardistas, se trata de producción *enajenada*, y el producto conjunto (*joint product*) es *trabajo enajenado*. Por tanto, la necesidad de poseer productos extranjeros crece y la abundancia siempre estará fuera del alcance.

¡Pero, cuidado! Todavía no ha llegado el tiempo para todo esto. Durante otros 100 años, al menos, tendremos que convencernos a nosotros mismos y a todo el mundo que lo bueno es vil y que lo vil es bueno; porque lo vil es útil y lo bueno no lo es. La avaricia, la usura y la precaución tendrán que ser nuestros dioses durante algún tiempo más, aún. Porque sólo éstas pueden conducirnos, a través del túnel de la necesidad económica, hasta alcanzar la luz del día⁴⁶⁷.

¿Cuán diferente del argumento del marxista vanguardista es el argumento de Keynes sobre la necesidad de depender del interés personal para conducirnos a la abundancia? Como parte de su exhortación de suspenderlo todo hasta que las fuerzas productivas adecuadas se hayan desarrollado, el marxista vanguardista invoca una afirmación de Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*: «El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado»⁴⁶⁸. Su interpretación de esto, sin embargo, es una distorsión completa de Marx, que no sorprende, dada su reducción de la *estructura económica de la sociedad* al desarrollo de las fuerzas productivas.

Analícemos nuevamente el énfasis de Marx en «una estructura de la sociedad en la cual todas las relaciones coexistan simultáneamente y se apoyen una a la otra». Esta es una concepción de un sistema en el que todos los elementos interactúan. Pero esos elementos no necesariamente son perfectamente compatibles, excepto en un sistema orgánico «realizado». En el sistema burgués realizado, por ejemplo, toda relación económica presupone a toda otra en su forma económica burguesa y todo lo propuesto como principio es así también una presuposición; este es el caso de todo sistema orgánico⁴⁶⁹.

Antes de que el sistema produzca sus propias premisas y presuposiciones, debe descansar en premisas «históricas», las que hereda de la vieja sociedad. El curso de desarrollo de la nueva sociedad necesariamente involucra la subordinación de aquellos elementos que ha heredado y la producción de sus propias presuposiciones,

467 J. M. Keynes, «Las posibilidades económicas de nuestros nietos», en *Ensayos de Persuasión* (traducción tomada de Josseline Jara, Estrella Ruiz Martín y Luisa Montes Ruiz, Universidad de Sevilla).

468 Karl Marx, «Crítica del Programa de Gotha», en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 335.

469 Karl Marx, véase *supra*, Introducción, nota al pie 21.

es decir, cuando estas últimas emergen «no como condiciones de su génesis sino como resultados de su existencia»⁴⁷⁰. Como se señaló en el capítulo 1, Marx estaba claro en cómo surge un nuevo sistema orgánico: «su desarrollo hasta alcanzar la totalidad plena consiste precisamente en que subordina todos los elementos de la sociedad, o en que crea los órganos que aún le hacen falta a partir de aquélla. De esta manera llega a ser históricamente una totalidad»⁴⁷¹.

Ésta, como vemos en *El Capital*, es la forma en que el capitalismo emergió como «completamente desarrollado». Inevitablemente, el sistema al principio es inadecuado, pero la cuestión está en subordinar sus defectos heredados de manera que pueda erigirse sobre sus propios cimientos. Esta distinción entre el *llegar a ser* y el *ser* de un sistema orgánico reaparece en la *Crítica al Programa de Gotha*, donde Marx identificó un defecto «inevitable» en la nueva sociedad «cuando brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento». Comenzamos con una sociedad que no «se ha desarrollado sobre su propia base sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede»⁴⁷².

¿Cuál es exactamente ese defecto inevitable? Que, a pesar de replazar la propiedad capitalista por la propiedad común de los medios de producción, en la nueva sociedad está la continuación del «derecho burgués»; en particular, la fuerza de trabajo sigue siendo propiedad privada:

El modo de producción capitalista [...] descansa en el hecho de que las condiciones materiales de producción les son adjudicadas a los que no trabajan bajo la forma de propiedad de capital y propiedad del suelo, mientras la masa sólo es propietaria de la condición personal de producción, la fuerza de trabajo⁴⁷³.

470 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 421. Ver el análisis sobre «el devenir de un nuevo sistema» en Lebowitz, *La alternativa socialista*, 88-98.

471 Karl Marx, *Grundrisse*, Tomo I, 220.

472 Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 335 y 333.

473 *Ibíd.*, 335.

La continuación de esta propiedad tiene implicancias definidas. Como dueños de fuerza de trabajo, los productores actúan en su propio interés; como cualquier dueño, exigen el máximo por su propiedad. El trabajador insiste en no ser engañado, que «la misma cuota de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la reciba de ésta bajo una forma distinta». Subyacente en este intercambio de equivalentes («se cambia una cantidad dada de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma») está la propiedad privada de la condición personal de producción, de la fuerza de trabajo. Esto no es más que la continuación del derecho burgués⁴⁷⁴.

Esta relación de intercambio, heredada por la nueva sociedad «tal como *emerge* de la sociedad capitalista», es precisamente lo que debe ser subordinado. La nueva sociedad sólo puede desarrollarse «subordinando todos los elementos de la sociedad a sí misma, o creando a partir de ella los órganos de los que aún carece». Para el desarrollo de «seres humanos ricos», de esa «rica individualidad que es tan multifacética en su producción como lo es en su consumo», la *Crítica al Programa de Gotha* ve la necesidad de terminar «la antítesis entre trabajo mental y físico» y garantizar el «desarrollo multilateral del individuo». Era inevitable al inicio que los propietarios de la fuerza de trabajo se consideraran con derecho a un equivalente por su trabajo. Sin embargo, Marx rechazó este punto de vista de los productores «sólo como trabajadores», considerándolo unilateral, y opuso al productor en su «calidad de individuo», en su «calidad de miembro de la sociedad»⁴⁷⁵.

Lamentablemente, el marxismo vanguardista extrajo una lección diferente de la *Crítica al Programa de Gotha* y la aplicó a una sociedad que Marx nunca anticipó, una donde los trabajadores son dominados, deformados y explotados bajo la dirección de una vanguardia. Para Marx, la nueva sociedad habría de ser una sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción, una sociedad para la cual las fábricas cooperativas del siglo XIX eran «los primeros ejemplos del surgimiento de una nueva forma».

474 Ibid., 334.

475 Ibid., 333. Además, Marx apuntó que aquella «*parte que se destine a la satisfacción colectiva de las necesidades* [...] aumentará considerablemente desde el primer momento y seguirá aumentando en la medida que la sociedad se desarrolle».

El gran mérito de aquellas cooperativas, argumentaba, había sido demostrar prácticamente que el dominio sobre los trabajadores «puede ser sustituido por un sistema republicano y bienhechor de la *asociación de productores libres e iguales*»⁴⁷⁶. Y al abolir la vieja división del trabajo que separaba pensar y hacer, esos productores asociados crearían las condiciones para el «desarrollo completo del individuo»⁴⁷⁷.

Pero, como hemos visto, la lección que el marxismo vanguardista sacó fue la necesidad de imponer el «principio socialista» en la etapa inferior, el socialismo. Más que subordinar el «defecto» heredado, insiste en *fortalecerlo*, es decir, construir sobre el defecto la nueva sociedad⁴⁷⁸. Para el marxismo vanguardista, ese defecto sólo sería eliminado mediante el desarrollo de las fuerzas productivas, de manera que el defecto *real* era el desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas.

Ustedes no encontrarán en el marxismo vanguardista enfoque alguno de la acción recíproca de las distintas partes de un todo ni un concepto del «carácter multilateral y abarcador de la interconexión del mundo». Su concepción lineal, en la que toda la historia es la historia del desarrollo de las fuerzas productivas, no es meramente un rechazo de la concepción dialéctica de una estructura de sociedad en que todos los elementos interactúan; es también una perspectiva de clase.

476 Karl Marx, «Instrucciones a los delegados del Consejo Central Provisional. Sobre algunas cuestiones», en Marx Engels, *Obras Fundamentales*, Tomo 17, 15. Ver Michael Lebowitz, *Más allá de «El Capital»*, 167; y Lebowitz, *La alternativa socialista*, Capítulo 3, «La sociedad solidaria», para un análisis de los límites de las cooperativas.

477 Ver Michael Lebowitz, Capítulo 2, «La producción de los seres humanos», en *La alternativa socialista*.

478 Nótese, sin embargo, el punto fundamental expresado por el Che en *El socialismo y el hombre en Cuba*: «[...] Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y donde es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta (Ernesto Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba*, citado por Carlos Tablada en *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, 37).

Yo exploré el problema de construir a partir de los defectos en la Tercera Conferencia Internacional sobre la obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI, La Habana, Cuba, 3 al 6 de mayo de 2006. Ver Michael Lebowitz, «Building on the Defects: Theses on the Missinterpretation of Marx's Gotha Critique», en *Science and Society*, octubre, 2007.

El marxismo vanguardista como perspectiva de clase

¿Qué convierte un conjunto de ideas en una perspectiva de clase? Aquí podemos recordar los comentarios de Marx, citados en el capítulo 5, sobre los representantes ideológicos de la pequeña burguesía: «En sus mentes, aquéllos no van más allá de los límites que ésta no trasciende en su vida; aquéllos, por consiguiente, son empujados teóricamente a los mismos problemas y soluciones a los cuales prácticamente los empujan el interés material y la posición social de ésta»⁴⁷⁹.

Analicemos el siguiente experimento de reflexión. Imagine una sociedad en la cual no hay explotación, donde los trabajadores colectivos reciben directa o indirectamente todos los frutos de su trabajo, bien inmediatamente o en última instancia a lo largo de sus vidas. Si en tal sociedad los trabajadores son dirigidos desde arriba, son impedidos de desarrollar sus capacidades (en particular, separados del desarrollo de sus capacidades intelectuales), permanecen enajenados y se concentran en la posesión de cosas, ¿podríamos considerar que ésta es la sociedad de los productores asociados?

Esto no pretende sugerir que no había explotación de los trabajadores en el *socialismo real*. Más bien, el experimento de reflexión es útil porque demuestra claramente que una sociedad dividida en dirigentes y dirigidos –*incluso si no hubiera explotación como tal*– tiene poco que ver con aquello a que aspiraba Marx. Sólo una perspectiva teórica que ignore la naturaleza de las personas surgidas en cada actividad humana, el producto humano que resulta del cambio simultáneo de circunstancias y del cambio propio, podría dejar de enfatizar la deformación de la gente bajo relaciones de producción de vanguardia.

Esa posición teórica es la misma que la posición práctica de la vanguardia. Al igual que la vanguardia se orienta a maximizar la inversión para lograr el mayor crecimiento posible de las fuerzas productivas, al igual que la vanguardia enfatiza la necesidad de que el Estado dirija desde arriba para aumentar la producción sin tener en cuenta las relaciones productivas y determinar la relación entre producción y consumo, así también el marxismo vanguardista proporciona la justificación teórica para la vanguardia. El marxismo vanguardista es la perspectiva teórica de un dirigente que cree que la

⁴⁷⁹ Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, véase Capítulo 5, nota al pie 42.

clase trabajadora debe ser conducida a la Tierra Prometida, y «que su responsabilidad es hacer música e interpretarla fielmente». Es la perspectiva teórica de aquellos que están por encima de la clase trabajadora. Pero también en contra de ella.

Además de apoyar las relaciones de vanguardia que explotan y deforman a los trabajadores, el marxismo vanguardista brinda la justificación teórica para ataques a la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real*. La administración obrera, el igualitarismo y el enfoque en producir para las necesidades de otros, todas éstas semillas de una sociedad socialista, son declaradas prematuras.

En su visión de que estos elementos de la economía moral de la clase trabajadora en el *socialismo real* deben ser pospuestos hasta la etapa superior del comunismo, podemos percatarnos cómo la unilateralidad que ve a los productores «solamente desde un lado *definido* [...] *solamente como trabajadores y más nada* [...]» apoya un ataque a la clase trabajadora existente. Cualquier cosa contraria al «principio socialista» es juzgada por el marxismo vanguardista como una violación que será una traba al desarrollo de las fuerzas productivas y, con ello, al socialismo, siendo declarada «ajena al proletariado»⁴⁸⁰.

El marxismo vanguardista y la economía política de la clase trabajadora apuntan en direcciones opuestas. Mientras que el marxismo vanguardista enfatiza su «principio socialista» de distribución y atribuye los problemas a las violaciones de ese principio, la economía política de la clase trabajadora dice con Marx que es «equivocado, en general, tomar como esencial la llamada *distribución* y hacer hincapié en ella, como si fuera lo más importante»⁴⁸¹. Marx insistió en que las relaciones de distribución corresponden a relaciones específicas de producción y que es en estas últimas en las que debemos enfocarnos. Éste es, entonces, el contexto en el cual debemos entender su comentario de que el derecho nunca puede estar por encima de la estructura económica de la sociedad y del desarrollo cultural condicionado por

480 Efim Manevich, *Labour in the USSR*, 175-76. ¿Es una paradoja que el llamado del marxismo vanguardista a la aplicación de «una cantidad igual de productos para una cantidad equivalente de trabajo» es por una paga justa para un día justo de trabajo (la economía moral de la clase trabajadora bajo el capitalismo)?

481 Karl Marx, «Crítica del Programa de Gotha», en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, 335.

ella⁴⁸². Para la economía política de la clase trabajadora, el punto está claro: «La estructura económica de la sociedad» son sus relaciones de producción; cambie éstas y estará cambiando la cultura de la sociedad. Cambie las relaciones de producción y ponga fin a la enajenación, la explotación y la deformación, es decir, produzca trabajadores de forma diferente.

El problema es que la idea de cambiar las relaciones de producción tiene poco sentido para aquéllos que igualan las relaciones de producción con la propiedad jurídica de los medios de producción y para quienes las relaciones de producción reales son invisibles. Como quiera que los marxistas vanguardistas consideran la enajenación de los productores como una presuposición heredada, histórica, más que como una situación producida y reproducida cada día bajo las relaciones de producción de vanguardia, ellos «no van más allá de los límites» teóricos que la vanguardia no sobrepasa en la vida real.

Si queremos construir en serio una alternativa viable al capitalismo, tenemos que reconocer el impacto de la perspectiva de clase del marxismo vanguardista. En la medida en que ha identificado el socialismo con la propiedad jurídica e ignorado la explotación y deformación de los trabajadores bajo relaciones de vanguardia, ha tendido a desacreditar tanto el socialismo como el marxismo, en cuyo nombre todo esto ocurre. Esto no sólo desarma a los trabajadores en el *socialismo real*, sino que también envía un mensaje a los trabajadores de otras partes de que el marxismo está de acuerdo con la explotación y deformación de los trabajadores.

Más allá del marxismo vanguardista

Nada en la discusión anterior (o en ningún lugar en este libro) debe ser interpretado como una crítica a la necesidad de liderazgo en la lucha contra el capital o para crear una nueva sociedad socialista. Ni tampoco debe haber ninguna duda de que construir una sociedad que permita el pleno desarrollo humano debe comenzar por terminar la propiedad capitalista sobre los medios de producción por todos los medios posibles. De forma similar, no cuestiono la necesidad de un

482 Karl Marx, véase *supra* nota al pie 27. Ver también Marx, «Relaciones de producción y relaciones de distribución», en *El Capital*, Tomo III, vol. 8, Capítulo LI.

período en el cual servirse del Estado heredado (con todos los peligros que esto comporta) como parte de un modo socialista de regulación.

Este libro, sin embargo, no explora tales cuestiones. Tiene un objetivo limitado que se concentra en un fenómeno particular, el *socialismo real*, que se consolidó aproximadamente a partir de 1950. Necesitamos aprender de esa experiencia si vamos a construir una sociedad que permita el pleno desarrollo humano que Marx comprendió como el objetivo correcto, una sociedad de seres humanos ricos. Para hacer eso, resulta esencial que reconozcamos el vínculo entre marxismo vanguardista y relaciones de producción de vanguardia. En el *socialismo real*, al igual que la coerción estatal que impide la organización independiente de los trabajadores, el marxismo vanguardista sirve como un arma en manos de la vanguardia contra la clase trabajadora. Fuera del *socialismo real*, el marxismo vanguardista ofrece un mapa de ruta hacia el *socialismo real* y, más allá, al resurgimiento del capitalismo.

¿Cómo podemos ir más allá del marxismo vanguardista? Restituyendo el marxismo como una filosofía de la práctica y la libertad. Regresando a un marxismo donde los seres humanos sean el eje y donde el enfoque esté en «la propia necesidad de desarrollo del trabajador». Esto significa un énfasis en las condiciones en las que la gente se produce a sí misma a través de su propia actividad, en el carácter de las relaciones de producción y en todas las relaciones sociales en las cuales actúe.

Pero eso también significa tomar en serio la economía moral de la clase trabajadora. Como indiqué en el capítulo 6: «Si los trabajadores luchan por ideas y normas asociadas con la economía moral, entonces está claro que esas ideas son una fuerza material. Al considerar esas normas y creencias sociales en cuanto a qué está bien y qué está mal, podemos enraizar nuestro análisis en lo concreto». Mediante ese análisis también podremos señalar elementos de la economía moral que puedan apuntar más allá, hacia una nueva sociedad. Las ideas y conceptos de lo correcto y lo justo de parte de la clase trabajadora deben ser analizados a fin de comprender lo que subyace bajo esas ideas: proporcionar a la clase trabajadora las armas necesarias para ir más allá de las apariencias.

Necesitamos un marxismo que articule la lógica de la clase trabajadora, la lógica de los productores asociados, una que apunte al papel central de la cooperación, al desarrollo de la solidaridad, al protagonismo y a la construcción de una sociedad de individualidad libre, basada «en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social», como su riqueza social⁴⁸³.

Si ese marxismo se enfoca adecuadamente en la naturaleza de la gente surgida en determinadas relaciones de producción, entonces parece cuestionable la premisa de que la abundancia es una precondition necesaria para una sociedad caracterizada por la comunidad, la solidaridad y la igualdad. El reino de la libertad no tiene que esperar hasta que el reino de la necesidad se haya terminado. Al contrario, «el desarrollo de las fuerzas humanas, considerado como un fin en sí mismo, el verdadero reino de la libertad», puede ser construido *dentro* del propio reino de la necesidad y puede redefinir la necesidad⁴⁸⁴. A través de instituciones que fomenten el desarrollo de las capacidades humanas podemos ser llevados al punto donde nuestra actividad y disfrute sean uno, donde el ejercicio de nuestra capacidad, nuestro trabajo, sea nuestra verdadera necesidad.

Si queremos terminar con la alienación de las personas que fomenta su interés egoísta y un consumismo que reproduce la separación de aquéllas y las deja siempre deseando más, es necesario desarrollar nuevas instituciones que permitan a la gente transformarse a sí mismas mientras transforman las circunstancias. En *La alternativa socialista* identifiqué tales instituciones y medidas como el desarrollo de la administración obrera, el fortalecimiento de consejos comunales, la expansión de lo común y el desarrollo de vínculos directos entre estas células de un nuevo Estado socialista. Pero esas ideas específicas no nos ocupan aquí. Lo que es esencial, sin embargo, es que los

483 Karl Marx, véase *supra*, Capítulo 7, nota al pie 18.

484 Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, vol. 3, 1044. Aunque Marx comentó con relación al reino de la libertad que «la reducción de la jornada laboral es su prerequisite básico», ésta es una concepción del trabajo en el día laboral como inherentemente enajenada y separada del desarrollo humano. En oposición a ello he argumentado que, más que reducir la jornada laboral, se trata de *transformarla* en una jornada de trabajo socialista, lo cual incluye en su definición tiempo para la educación en administración obrera y tiempo para contribuir a la comunidad y a la casa (Ver Michael Lebowitz, «The Capitalist Workday, the Socialist Workday», MRZine, abril, 2008; y Michael Lebowitz, *La alternativa socialista*, 134).

marxistas deben romper con el marxismo vanguardista que insiste en un dirigente que esté arriba y por encima de los dirigidos. Para los marxistas y para todos aquellos que quieren construir una sociedad socialista, no hay lugar para una teoría que no ponga el desarrollo y la práctica humanos en su centro.

El marxismo vanguardista se presenta en diferentes formas. Están aquellos que, en el poder, les sirve como justificación teórica de su posición. Están también aquellos que lejos del poder, aceptan la teoría, pero cuya crítica principal al *socialismo real* ha sido que la vanguardia *equivocada* era la que estaba en el poder. Este último grupo puede criticar la falta de democracia en el centro de trabajo y los perjuicios de una mal definida *burocracia*, pero mientras ellos abracen la teoría de un *director* sin el cual la música del futuro jamás será ejecutada, ellos no ofrecen una alternativa real. Mientras sus políticas no hagan del *eslabón clave* el centro tanto de la teoría como de la práctica –es decir mientras no comprendan la importancia del cambio simultáneo de circunstancias y de la actividad humana o auto-cambio–, será todo más de lo mismo⁴⁸⁵.

En la práctica, es fundamental construir esas instituciones por medio de las cuales la gente sea capaz de desarrollar sus habilidades y de crear un mundo nuevo. Pero existe también una condición teórica. Una filosofía de la práctica, una filosofía de la libertad, una economía política que debe expresar la lógica de la clase trabajadora; éstas son las características de un marxismo que puede ser un arma para los productores libres y asociados. Ya es tiempo de decir adiós al marxismo vanguardista.

485 En *La alternativa socialista* hago hincapié en la importancia de un instrumento político para proveer de un liderazgo en la lucha por el socialismo: «Pero, ¿qué clase de instrumento político puede construir ese proceso? Sólo un partido de tipo diferente. Nada podría ser más opuesto a una teoría que enfatiza el auto-desarrollo de la clase trabajadora a través de la práctica revolucionaria, que un partido que se considera a sí mismo como superior a los movimientos sociales y como el lugar donde sus miembros –se supone– aprenderán los méritos de la disciplina al seguir las decisiones de comités centrales infalibles», 150.

Bibliografía

- ÅHLANDER, ANN-MARI SÄTRE. *Environmental Problems in the Shortage Economy: The Legacy of Soviet Environmental Policy*. Cheltenham: Edward Elgar, 1994.
- ALLEN, ROBERT C. *Farm to Factory: A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*. Princeton: Princeton University Press, 2003.
- BAUER, TAMAS. «Investment Cycles in Planned Economies». *Acta Oeconomica* (1978).
- BERLINER, JOSEPH S. «Proceedings». *American Economic Review* (mayo, 1966). Ponencia presentada en la reunión anual de la American Economics Association.
- _____. *The Innovation Decision in Soviet Industry*. Cambridge, MA: MIT Press, 1976.
- _____. *The Economics of the Good Society: The Variety of Economic Arrangements*. Oxford: Blackwell, 1999.
- BERNIK, IVAN. «Political Culture in Post-Socialist Transition: Radical Cultural Change or Adaptation on the Basis of Old Cultural Patterns?». Frankfurt Institute for Transformation Studies No. 09 (2000).
- BETTELHEIM, CHARLES. *Cálculo económico y formas de propiedad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1981.
- BIHARI, PETER. «Hungary: Towards a Socialist Market Economy?». *Studies in Political Economy*, 18 (otoño, 1985).
- BRECHT, BERTOLT. «Canciones para los niños, Ulm 1592». En Bertolt Brecht, *Poemas y Canciones*. Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- BRUS, WŁODZIMIERZ, and KAZIMIERZ LASKI. *From Marx to the Market: Socialism in Search of an Economic System*. Oxford: Clarendon Press, 1992.
- BURAWOY, MICHAEL. «Working in the Tracks of State Socialism». *Capital & Class*, 98 (verano, 2009).
- CANETTI, ELÍAS. *Masa y Poder*. Barcelona: Muchnik Editores, 1981.
- COOK, LINDA J. *The Soviet Social Contract and Why It Failed: Welfare Policy and Workers Politics from Brezhnev to Yeltsin*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1993.

- DAVID, PAUL A. «Clio and the Economics of QWERTY». *American Economic Review* (mayo, 1985).
- DOBB, MAURICE. *El nuevo socialismo*. Barcelona: Oikos Tau Ediciones, 1973.
- ELLMAN, MICHAEL. «Economic Calculation in Socialist Economies». En *The New Palgrave: Problems of the Planned Economy*, ed. John Eatwell, Murray Milgate, and Peter Newman. Nueva York: W. W. Norton, 1990.
- _____. *Socialist Planning*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- FILZER, DONALD A., ed. *The Crisis of Soviet Industrialization: Selected Essays of E. A. Preobrazhensky*. Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, 1979.
- _____. *Soviet Workers and the Collapse of Perestroika: The Soviet Labour Process and Gorbachev's Reforms, 1985-1991*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- FLAHERTY, PATRICK. «Cycles and Crises in Statist Economies». *Review of Radical Political Economics*, 24/Nros. 2-3 (1992).
- _____. «Perestroika and the Neoliberal Project». En Ralph Miliband y Leo Panitch (eds.), *The Socialist Register 1991*. Londres: Merlin, 1991.
- _____. «Perestroika and the Soviet Working Class». *Studies in Political Economy*, 29 (summer, 1989).
- _____. «Recasting the Soviet State: Organizational Politics in the Gorbachev Era». *Socialist Register* (1988).
- GEROVITCH, SLAVA. «InterNyet: Why the Soviet Union Did Not Build A Nationwide Computer Network». *History and Technology*, Vol. 24, No. 4 (diciembre, 2008): 335-350.
- GOLDMAN, MARSHALL I. «The Convergence of Environmental Disruption». En *Comparative Economic Systems: Models and Cases*, ed. Morris Bornstein. Homewood, IL: Richard D. Irwin, 1974.
- GRANICK, DAVID. «Central Physical Planning: Incentives and Job Rights». En *Comparative Economic Systems: An Assessment of Knowledge, Theory and Method*, ed. Andrew Zimbalist. Boston: Kluwer/Nijhoff, 1983.
- _____. *Enterprise Guidance in Eastern Europe: A Comparison of Four Socialist Economies*. Princeton: Princeton University Press, 1975.
- _____. *Job Rights in the Soviet Union: Their Consequences*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- HEGEDUS, ANDRAS. *Socialism and Bureaucracy*. Londres: Allison & Busby, 1976.
- HEGEL, G. W. F. *Fenomenología del espíritu*. México DF: FCE, 1973.
- HEWITT, ED. «The Hungarian Economy: Lessons of the 1970s and Prospects for the 1980s». Ponencia presentada ante el Joint Economic Committee, U.S. Congress, febrero, 1981.

- HIGH, HOLLY. «Cooperation as Gift versus Cooperation as Corvee». Ponencia presentada en: *Regenerations: New Leaders, New Visions in Southeast Asia*, Council of Southeast Asian Studies, Yale University. Disponible en: <<http://www.freeebay.net/site/content/view/801/34/>>.
- JUN, LI. «Collective Action of Laid-off Workers and Its Implication on Political Stability: Evidences from Northeast China». Discusión de Tesis de Doctorado, City University of Hong Kong, 2008.
- KAGARLITSKY, BORIS. «Entrevista», en *Against the Current*, marzo, 3, 1995.
 —————. *The Dialectic of Change*. Londres: Verso, 1990.
- KANTOROVICH, LEONID VITÁLIEVICH. «Formulación matemática del problema de la planificación». En *Teoría económica del socialismo*. A. Nove y D.M. Nuti, ed. México DF: FCE, 1978.
- KERNOHAN, ANDREW. «Democratic Socialism and Private Property», *Studies in Political Economy*, Vol. 22, 1987.
- KEYNES JOHN MAYNARD «Las posibilidades económicas de nuestros nietos». En *Essays in Persuasion*. J. M. Keynes. New York: W. W. Norton & Co., 1963 (traducción de Josseline Jara, Estrella Ruiz Martín y Luisa Montes Ruiz, Universidad de Sevilla), disponible en <<https://arquitecturacontable.wordpress.com/2016/10/23/posibilidades-economicas-de-nuestros-nietos-j-m-keynes-1930/>>.
- KOPSTEIN, JEFFREY. «Workers» Resistance and the Demise of East Germany. Disponible en: <<http://libcom.org/history/workers-resistance-demise-east-germany-jeffrey-kopstein>>.
- KORNAL, JÁNOS. *The Socialist System: The Political Economy of Communism*. Princeton: Princeton University Press, 1992.
 —————. *Anti-Equilibrium: On Economic Systems Theory and the Tasks of Research*. Amsterdam: North-Holland, 1971.
 —————. *Economics of Shortage*. Amsterdam, 1980.
 —————. *Growth, Shortage and Efficiency: A Macrodynamic Model of the Socialist Economy*. Berkeley: University of California Press, 1982.
 —————. *Overcentralization in Economic Administration: A Critical Analysis Based on Experience in Hungarian Light Industry*. Oxford: Oxford University Press, 1959.
 —————. *The Socialist System: The Political Economy of Communism*. Princeton: Princeton University Press, 1992.
 —————. *The System Paradigm*. Discussion Paper Series 58. Budapest: Collegium Budapest, Institute for Advanced Study, julio, 1999.
- KOSOLAPOV, RICHARD. *Problems of Socialist Theory*. Moscú: Editorial Progreso, 1974.
 —————. *Socialism: Questions of Theory*. Moscú: Editorial Progreso, 1979.
- KOSYGIN, ALEXEI NIKOLAYEVICH «Sobre el mejoramiento de la producción industrial». En *Teoría económica del socialismo*. A. Nove y D.M. Nuti, ed. México DF: FCE, 1978.

- KOVANDA, KAREL «Czechoslovak Workers' Councils». *Telos*, no. 28, verano de 1976.
Labor Focus on Eastern Europe, no. 5/1 y 2, primavera de 1982.
- LAIBMAN, DAVID. «The "State Capitalist" and "Bureaucratic-Exploitative" Interpretations of the Soviet Social Formation: A Critique». *Review of Radical Political Economics* (winter, 1978).
- LAVIGNE, MARIE. *The Socialist Economies of the Soviet Union and Europe*. White Plains, Nueva York: International Arts and Science Press, 1974.
- LEBOWITZ, MICHAEL A. «Building on Defects: Theses on the Misinterpretation of Marx's Gotha Critique». *Science and Society* (octubre, 2007).
- _____. «Holloway's Scream: Full of Sound and Fury». *Historical Materialism*, 13/4 (2005).
- _____. «Kornai and Socialist Laws of Motion». *Studies In Political Economy*, 18 (otoño, 1985).
- _____. «New Wings for Socialism». *Monthly Review* (abril, 2007).
- _____. «The Capitalist Workday, the Socialist Workday». *MRZine* (abril, 2008).
- _____. *The Socialist Fetter: A Cautionary Tale*. The Socialist Register 1991, ed. Ralph Miliband and Leo Panitch. Londres: Merlin, 1991.
- _____. «Trapped Inside a Box? Five Questions for Ben Fine». *Historical Materialism*, año 18, No. 1, 2010a.
- _____. *Más allá de «El Capital»*. *La economía política de la clase obrera en Marx*. Caracas: Monte Ávila Editores L.A., 2006.
- _____. *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*. Caracas: Editorial Centro Internacional Miranda, 2006.
- _____. *Following Marx: Method, Critique, and Crisis*. Chicago: Haymarket Books, 2009.
- _____. *The Socialist Alternative: Real Human Development*. Nueva York: Monthly Review Press, 2010.
- LEDENEVA, ALENA V. *Russia's Economy of Favours: Blat, Networking and Informal Exchange*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.
- LENIN, V. I. *Cuadernos Filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1972.
- _____. *El Estado y la revolución*. Moscú: Editorial Progreso, 1970.
- LEVINS, RICHARD AND RICHARD LEWONTIN. *The Dialectical Biologist*. Cambridge: Harvard University Press, 1985.
- LEWIN, MOSHE. *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to the Modern Reformers*. Londres: Pluto Press, 1975.
- _____. *The Soviet Century*. Londres: Verso, 2005.
- LIUHTO, KARI T. «The Transformation of the Soviet Enterprise and Its Management: A Literature Review». University of Cambridge, *Working Paper* no. 146, ESRC Centre for Business Research. Septiembre, 1999.

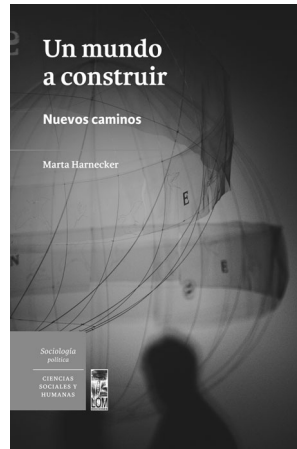
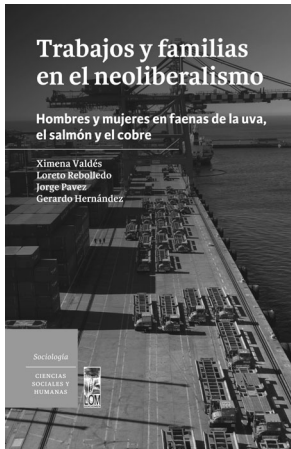
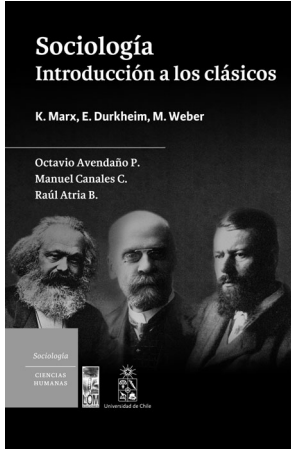
- LOMAX, BILL. «The Working Class in the Hungarian Revolution». *Critique* (otoño-invierno, 1979-80).
- LUKÁCS, GEORG. *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*. México DF: Editorial Grijalbo S.A., 1969.
- MANDEL, DAVID. «Economic Reform and Democracy in the Soviet Union». En R. Miliband y L. Panitch (eds.): *The Socialist Register 1988*. Londres: Merlin, 1988.
- _____. *Perestroika and the Soviet People: Rebirth of the Labour Movement*. Montreal: Black Rose Books, 1991.
- MANEVICH, EFIM. *Labour In the USSR: Problems and Solutions*. Moscú: Editorial Progreso, 1985.
- MARX, CARLOS y FEDERICO ENGELS. *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1968.
- _____. *Collected Works*, vol. 3. Nueva York: International Publishers, 1973.
- MARX, KARL. «Instrucciones a los delegados del Consejo Central Provisional. Sobre algunas cuestiones». En Marx, Carlos y Engels, Federico: *Obras Fundamentales*, Tomo 17. México DF: FCE, 1988.
- _____. *Cuadernos de París. Notas de Lectura de 1844*, México DF: Editorial ERA, 1980.
- _____. *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1971.
- _____. «Tesis sobre Feuerbach en Marx». En Marx, Carlos y Engels, Federico. *La ideología alemana (Apéndice)*. Montevideo: Ediciones Pueblos Unidos, 1968.
- _____. «Salario, precio y ganancia». En Marx, Carlos y Engels, Federico. *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso, s/f.
- _____. *El Capital*, Tomo I, vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009.
- _____. *El Capital*, Tomo I, vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1987.
- _____. *El Capital*, Tomo I, vol. 3. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986.
- _____. *El Capital*, Tomo III, vol. 7. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1987.
- _____. *El Capital*, Tomo III, vol. 8. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1986.
- _____. «Crítica del Programa de Gotha». En Marx, Carlos y Engels, Federico, *Obras Escogidas*. Moscú: Editorial Progreso, s/f.
- _____. *Economic Manuscript of 1861-63*. En Marx and Engels, *Collected Works*. Vol. 30. Nueva York: International Publishers, 1988.
- _____. *Grundrisse*, Tomo I. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982.

- _____. *Grundrisse*, Tomo II. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982.
- _____. *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la Filosofía de la Miseria de J.P. Proudhon*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1982.
- _____. *Teorías sobre la plusvalía*, Tomo III. En Marx, Carlos y Engels, Federico, *Obras fundamentales*, Tomo 14. México DF: FCE, 1989.
- _____. «*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*». En Marx, Carlos y Engels, Federico, *Escritos económicos varios*. México DF: Editorial Grijalbo S. A., 1966.
- MÉSZÁROS, ISTVÁN. *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadell Hermanos Editores C.A., 2006.
- MONTIAS, JOHN MICHAEL «La planeación con balances materiales en economía del tipo soviético». En A. Nove y D.M. Nuti, *Teoría económica del socialismo*. México DF: FCE, 1978.
- NEW TIMES. *Editorial* (10 de marzo, 1986).
- NOVE, ALEC. «Las reformas económicas de la URSS y Hungría, un estudio de contrastes». En *Teoría económica del socialismo*. A. Nove y D.M. Nuti, ed. México DF: FCE, 1978.
- _____. *The Economics of Feasible Socialism Revisited*. Londres: Harper Collins Academic, 1991.
- _____. *The Soviet Economic System*. Londres: George Allen & Unwin, 1977.
- NOVE, ALEC y DOMENICO MARIO NUTI, eds. *Teoría económica del socialismo*. México DF: FCE, 1978.
- OSTEEN, MARK. «Jazzing the Gift: Improvisation, Reciprocity, Excess». *RethinkingMarxism*, 22/4 (octubre, 2010).
- PARTIDO COMUNISTA DE CUBA. *Estatutos*. Disponible en: <www.pcc.cu/pdf/documentos/estatutos/estatutos.pdf>.
- PRAVDA, ALEX. «*Industrial Workers and Political Development in the Soviet Union and Eastern Europe*». National Council for Soviet and East European Research, 1981. Disponible en: <<http://www.ucis.pitt.edu/nceer/1981-624-16-Pravda.pdf>>.
- PREOBRAZHENSKY, EUGEN. *La nueva economía*. Barcelona: Ediciones Ariel S.A., 1970.
- SCANLAN, J. P. «From Samazidat to Perestroika: The Soviet Marxist Critique of Soviet Society». En R. Taras (ed.), *The Road to Disillusion: From Critical Marxism to Post-Communism in Eastern Europe*. Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, 1991.
- SCOTT, JAMES C. *La economía moral del campesino. Rebelión y subsistencia del sudeste asiático*. Disponible en: <<https://es.scribd.com/document/166519798/La-economía-moral-del-campesino>>.
- ŠIK, OTA. *Czechoslovakia: The Bureaucratic Economy*. White Plains, Nueva York: International Arts and Sciences Press, 1972.

- TABLADA, CARLOS. *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*. Caracas: Monte Ávila Editores S.A., 2006.
- THOMPSON, EDWARD PALMER «*La economía moral de la "multitud" en la Inglaterra del siglo XVIII*». En Thompson, E. P. *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica S. L., 1995.
- _____. *The Poverty of Theory*. Nueva York: Monthly Review Press, 1978.
- TICKTIN, HILLEL. *Origins of the Crisis in the USSR: Essays on the Political Economy of a Disintegrating System*. Armonk, Nueva York: M. E. Sharpe, 1992.
- «Workers' Liberty», 10 (may, 1988), excerpted from Kowalewski, Zbigniew. *Rendez-nous nos usines*. París: PEC, 1985. Disponible en: <<http://www.workersliberty.org/system/files/wl10poland.pdf>>.

COLECCIÓN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

OTROS LIBROS DE LA COLECCIÓN



ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE POR EL TRABAJO DE

COMITÉ EDITORIAL Silvia Aguilera, Mario Garcés, Ramón Díaz Eterovic, Tomás Moulían, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Santiago Santa Cruz, María Emilia Tijoux **SECRETARIA EDITORIAL** Marcela Vergara **EDICIÓN** Braulio Olavarría, Héctor Hidalgo **PRODUCCIÓN EDITORIAL** Guillermo Bustamante **PRENSA** Tania Toledo, Isabel Machado **PROYECTOS** Ignacio Aguilera **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN EDITORIAL** Leonardo Flores, Max Salinas, Gabriela Ávalos **CORRECCIÓN DE PRUEBAS** Raúl Cáceres **COMUNIDAD DE LECTORES** Francisco Miranda **VENTAS** Elba Blamey, Olga Herrera, Daniela Núñez **BODEGA** Francisco Cerda, Hugo Jiménez, Maikot Calderón, Lionel Díaz, Juan Huenuman, Viviana Santander **LIBRERÍAS** Nora Carreño, Gladys Bustos, Ernesto Córdova **COMERCIAL GRÁFICA LOM** Juan Aguilera, Elizardo Aguilera, Danilo Ramírez, Eduardo Yáñez, Camila Morales, Ernesto Guzmán **SERVICIO AL CLIENTE** José Lizana, Ingrid Rivas **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN COMPUTACIONAL** Luis Ugalde **PRODUCCIÓN IMPRENTA** Carlos Aguilera, Gabriel Muñoz **SECRETARIA IMPRENTA** Jasmín Alfaro **PREPrensa** Daniel Alfaro **IMPRESIÓN DIGITAL** William Tobar **IMPRESIÓN OFFSET** Rodrigo Véliz **ENCUADERNACIÓN** Rosa Abarca, Andrés Rivera, Edith Zapata, Pedro Villagra, Romina Salamanca, Fernanda Acuña, Iván Peralta, Angie Alvarado **MENSAJERÍA** Cristóbal Ferrada **MANTENCIÓN** Jaime Arel **ADMINISTRACIÓN** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, César Delgado, Matías Muñoz.

L O M E D I C I O N E S